Introducción a la historia de la Edad Media europea

Emilio Mitre

ISTMO

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DE LA EDAD MEDIA EUROPEA

Colección Fundamentos n.º 56

Maqueta de portada:
Sergio Ramírez

Diseño interior y cubierta:
RAG

1.ª edición, 1976
1.ª reimpresión, 2004
6.ª reimpresión, 2019

© Emilio Mitre Fernández, 1976

© Ediciones Istmo, S. A., 1976
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax.: 918 044 028
www.akal.com

ISBN: 978-84-7090-479-0
Depósito legal: M-8.737-2004

Impreso en España

INDICE

INTRODUCCION 13

PRIMERA PARTE. LA TRANSICION AL MEDIEVO (siglos V al VIII): LA GÉNESIS DE LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL 17

1. *La crisis de la civilización clásica* 19
   La crisis institucional del Imperio romano 20
   Factores sociales y económicos de la crisis del mundo antiguo 23
   El recodo espiritual: el triunfo de Cristianismo 26

2. *Las migraciones germánicas y la constitución de los primeros Estados bárbaros en la Europa occidental* 33
   Los germanos y sus primeros contactos con Roma 34
   Las «grandes invasiones» del siglo V 36
   Las grandes entidades políticas germánicas 40

3. *Los destinos del Imperio romano en Oriente: la Era de Justiniano* 49
   De la fundación de Constantinopla a Justiniano 50
   Justiniano y la política de reorganización interna 53
   La política exterior. La reunificación mediterránea 56
   La irrupción lombarda en Italia: invasión tardía y primera fisura de la unidad bizantina en el Mediterráneo. 58

4. *La Iglesia Católica como heredera del Imperio en Occidente* 61
   Cristianismo y cultura antigua 61
   El movimiento monacal hasta el triunfo de la regla benedictina 66
   El auge del poder pontificio 69

SEGUNDA PARTE. LA ALTA EDAD MEDIA (siglos VIII al XI). LOS ASALTOS CONTRA LA EUROPA CRISTIANA 73

1. *Mahoma y la expansión del Islam* 75
   Las primeras entidades históricas en la Península Arábiga 76
   Mahoma y el nacimiento del Islam 77

La primera fase de la expansión islámica: Omar y el califato ortodoxo ... 79
La segunda fase de la expansión: los Omeyas y el reino árabe ... 80
La definitiva articulación política del mundo musulmán: los abbasíes ... 82

2. *El repliegue bizantino: las dinastías heráclida e isáurica* ... 87
Las presiones exteriores desde la muerte de Justiniano ... 87
Transformaciones y reorganización del Imperio ... 89
Las cuestiones religiosas. La querella de las imágenes ... 91

3. *El Occidente europeo en torno al 800: fundamentos políticos* ... 95
El auge de los carolingios. Carlomagno y la gran expansión franca ... 95
La restauración imperial del 800 y su problemática inmediata ... 98
Los mecanismos institucionales del mundo carolingio ... 100
La sucesión de Carlomagno y la quiebra de su construcción política ... 101

4. *Fundamentos económicos y sociales de la Europa carolingia* ... 105
El estancamiento mercantil y la reforma monetaria ... 105
Economía rural y sistemas de explotación ... 108
Estructura social de la Europa carolingia ... 112

5. *Iglesia y cultura en la Europa carolingia* ... 117
La expansión de la Cristiandad ... 117
El «Renacimiento» carolingio ... 119
Los intentos de emancipación pontificia y reforma monacal ... 122

6. *El nuevo asalto contra la Europa cristiana* ... 127
Los pueblos de las estepas ... 128
Los sarracenos ... 129
Los eslavos ... 130
Los normandos y su expansión ... 131
La trayectoria política del Occidente ante las invasiones ... 135

7. *La Europa del Año 1000: los primeros intentos de recuperación* ... 141
La restauración imperial otónida ... 142
Al margen de la influencia política del Sacro Imperio ... 145

8. *Movimientos heterodoxos y secesionistas en el mundo islámico* ... 147
Los conflictos ideológicos ... 147
La disgregación política. Los tres Califatos ... 149

9. *El régimen feudovasallático y la sociedad feudal* 153
El concepto de «feudalismo» y su controversia 153
La evolución del vasallaje en el mundo medieval 155
Sociedad feudal, sociedad trinitaria 160

TERCERA PARTE. LA PLENITUD DEL MEDIEVO (siglos XI al XIV): LA EXPANSIÓN DEL OCCIDENTE EUROPEO 165

1. *Oriente en vísperas de las Cruzadas* 167
La recuperación militar bizantina 167
Las medidas de política interna 168
El distanciamiento Roma-Constantinopla. La consolidación del Cisma 170
El enderezamiento militar islámico y el repliegue bizantino: los turcos seldjúcidas 171

2. *La contraofensiva occidental en el Mediterráneo. Las Cruzadas* 175
Las Cruzadas y su significado 176
El reino latino de Jerusalén 179
Las expediciones del siglo XIII y el deterioro del ideal cruzadista 180

3. *La pugna de los poderes universales* 183
Cesaropapismo y reforma gregoriana. La querella de las Investiduras y el «Dictatus Papae» 183
El replanteamiento de la problemática 185
Federico Barbarroja y el desarrollo de la tesis del «dominium mundi» 187
La marcha alemana hacia el Este 189

4. *La evolución política de las monarquías feudales* 191
Los intentos de enderezamiento de la monarquía francesa bajo los primeros Capeto 191
Inglaterra bajo la dinastía normanda: Guillermo el Conquistador y sus sucesores 193
La dinastía Plantagenet y el Imperio angevino 196
El gran choque Capetos-Plantagenet 199
Los reinos ibéricos 202
La monarquía normanda de Sicilia 203

5. *La plenitud del siglo XIII en los Estados del Occidente europeo* 205
Francia durante el «Siglo de San Luis» 206
Monarquía y revolución en Inglaterra. Los inicios del parlamentarismo 210
Las monarquías ibéricas en la plenitud del Medievo 214

6. *El triunfo de la teocracia pontificia* 219
Inocencio III, árbitro de los destinos de la Cristiandad . 219
Federico II, última tentativa imperialista de los Staufen. 221
La disolución del eje imperial italo-alemán: el Gran Interregno y la irrupción angevina en Italia 224

7. *Las transformaciones económicas y sociales en la plenitud del Medievo (I): la expansión agraria* 229
El proceso de roturaciones 229
Trabajos y técnicas agrícolas 233
Expansión agraria y estructuras sociales 234

8. *Las transformaciones económicas y sociales en la plenitud del Medievo (II): La «revolución mercantil» y el renacimiento urbano* 237
La génesis de la expansión mercantil 237
Instrumentos y condiciones técnicas del comercio 239
La madurez del siglo XIII y el gran comercio 242
La ciudad medieval: del repliegue a la expansión 243
Movimiento comunal y autogobierno 246
Sociedad y economía en el mundo urbano. La organización del trabajo 248

9. *Espiritualidad y cultura en el Occidente (siglos XI al XIII)* .. 251
El gran impulso monacal: de la plenitud de Cluny a la del Cister 251
El «renacimiento del siglo XII» 253
Las corrientes heterodoxas y su nuevo sentido 254
El nuevo signo de las órdenes religiosas: dominicos y franciscanos 258
Del Renacimiento del siglo XII a las grandes transformaciones del XIII. La génesis de las Universidades 260
Las vías de perfeccionamiento religioso 266

10. *Los confines de la Cristiandad* 267
Las monarquías escandinavas 267
Los eslavos balkánicos 269
Los Estados de la Europa central 270
Los principados rusos 272
Bizancio frente a los occidentales 274

11. *Hacia la ruptura del equilibrio en la Europa occidental* ... 277
Los últimos Capeto. El desplazamiento hacia Francia de la pugna Estado-Iglesia 277
La Inglaterra de los primeros Eduardos: la lucha por la estabilidad constitucional 281
Los reinos hispano-cristianos: dificultades internas y expansión exterior 283

CUARTA PARTE. LA BAJA EDAD MEDIA (siglos XIV y XV): LA CRISIS DE LA SOCIEDAD MEDIEVAL 287

1. *La crisis económica y social de la Baja Edad Media* 289
Problemática e interpretación de la crisis 290
El problema de la regresión demográfica 293
Inquietudes y transformaciones en el medio rural 296
La agitación en los medios urbanos 303

2. *El comercio en la Baja Edad Media* 311
Los fundamentos y las técnicas de las transformaciones mercantiles 311
Los ámbitos mercantiles del mundo mediterráneo 314
El campo de acción hanseático 317
La promoción de nuevas áreas: del Cantábrico al Mar del Norte 319
La promoción de nuevas áreas: el Atlántico Sur 320
Las vías continentales 322

3. *La crisis espiritual y las nuevas corrientes culturales* 325
El Pontificado de Aviñón 325
El cisma y la crisis conciliar 327
Hacia la secularización de la teoría política 332
Los movimientos heterodoxos 334
Las transformaciones intelectuales en la Baja Edad Media 337

4. *El Occidente europeo durante la Guerra de los 100 Años* ... 343
Los comienzos del conflicto y las grandes victorias inglesas 343
Los reinos hispánicos nuevos protagonistas de la guerra . 346
Hacia un largo intermedio de paz (1388-1415) 349
La reanudación de la lucha: el imperialismo lancasteriano y la doble monarquía 353
La recuperación francesa: Juana de Arco y las últimas etapas del conflicto 354
Los reinos ibéricos en la primera mitad del siglo XV 357

5. *La marcha hacia el autoritarismo monárquico en la Europa occidental* 359
La Francia de Luis XI y el Estado borgoñón 360
Inglaterra: la Guerra de las Dos Rosas y el ascenso de los Tudor 362
Los reinos hispanocristianos y la unión personal castellano-aragonesa 363

6. *Alemania e Italia a la búsqueda de la estabilidad política* ... 367
Los intentos de reorganización política en Alemania. Habsburgos y Luxemburgos 367
Las ciudades-república del norte de Italia 370
Los Estados Pontificios 373
Los reinos de la Italia meridional e insular 374

7. *La Europa oriental y nórdica en la Baja Edad Media* 377
Los Estados del área báltica y la búsqueda de una difícil unidad 377
Las monarquías de la Europa central 378
Los principados rusos. Los inicios de la hegemonía de Moscú 381

8. *Los turcos otomanos y el fin del Imperio bizantino* 385
Los Paleólogo entre occidentales y turcos: los comienzos del poderío otomano 385
El intermedio timúrida 388
El nuevo empuje otomano y la caída de Constantinopla . 389
CONCLUSIÓN 391
BIBLIOGRAFÍA 399

INTRODUCCION

Decir que el término Edad Media sigue teniendo un cierto matiz peyorativo resulta ya un lugar común. Acuñado a mediados del siglo XV por el eclesiástico Giovanni Andrea de Bossi, obispo de Aleria, y popularizado en las centurias siguientes, fue utilizado para definir la época que transcurre entre la caída del Imperio romano en Occidente y el Renacimiento. De ahí que los siglos medievales pasaran a identificarse con una época «intermedia» y «oscura», como un «paréntesis de barbarie entre dos épocas de esplendor» en el que imperaron el fanatismo religioso y la ignorancia. La Edad Moderna, así, forjó la «leyenda negra» de la Edad Media.

La revalorización del pasado medieval no se inició en firme hasta después de la Revolución Francesa. A ello contribuyeron factores a veces contrapuestos: el romanticismo, el liberalismo y el nacionalismo, la labor de una pléyade de eruditos, el reverdecimiento de los sentimientos religiosos tanto en el campo católico como en el protestante, etc. La Edad Media pasó así a convertirse en la época de los santos y los héroes, de las grandes concepciones universalistas en lo político y en lo espiritual, de la gestación del parlamentarismo y las libertades ciudadanas... La «leyenda negra» pareció derivar hacia «leyenda rosa».

En el momento presente, bastantes de los prejuicios de uno y otro signo se han superado. A nivel de la

sociedad europea, la Edad Media ha dejado de ser considerada como un simple puente entre el mundo clásico greco-romano y la eclosión renacentista, para reconocérsele unas características propias. El trinomio romanismo-cristianismo-germanismo ha pasado a constituir la clave de la explicación de este dilatado período.

* * *

Siguiendo una pauta esencialmente eurocentrista, hemos procedido a una división cuatripartita del pasado medieval. Como toda periodización puede tener mucho de convencional. Sin embargo, es preciso también reconocer que cada una de estas cuatro etapas tiene unas características suficientemente definidas:

a) Transición al Medievo o Temprana Edad Media, que discurre entre los siglos V al VIII. La crisis de la civilización clásica, gestada en el Occidente desde el siglo III, culmina en el V. Su última manifestación serán las migraciones masivas de los pueblos germánicos y la consiguiente formación de unas entidades políticas incipientemente nacionales. Mientras en Oriente Bizancio salvaguardó la unidad legada por Roma, en Occidente fue la Iglesia católica la verdadera heredera del Imperio romano.

b) La Alta Edad Media corresponde a los siglos VIII al XI. El impacto de la expansión musulmana, y más tarde de las «segundas oleadas de pueblos» (vikingos, eslavos, pueblos de las estepas y sarracenos), provocaron sucesivos repliegues de la Cristiandad occidental, cuyos centros motores experimentan una basculación hacia el Norte. Desde el punto de vista político, el Imperio carolingio y el otónida son las respuestas a las presiones exteriores y a la amenaza de disgregación. Será sin embargo el feudalismo en sus distintas dimensiones (socio-económicas, institucionales, políticas, etc.) el auténtico elemento configurador de una Europa en formación.

c) La Plenitud del Medievo cubre los siglos XI al XIV. El Sacro Imperio romano-germánico, como

fuerza aglutinadora de la Cristiandad europea, choca repetidas veces con un Pontificado cada vez más fuerte. Por otro lado, las monarquías del Occidente y las de los jóvenes países del Norte y el Este aspirarán a convertirse en modelo político a seguir frente a la tesis universalista y a la disgregación feudal.

El equilibrio logrado en el terreno político a lo largo de estos siglos tendrá su equivalente en otros campos. En el económico los síntomas son inequívocos: expansión agraria, impulso mercantil y renacimiento urbano. En el ámbito de la espiritualidad y la cultura son excelentes muestras la renovación de las órdenes religiosas (desde la plenitud de Cluny a la aparición de las órdenes mendicantes) y la génesis del movimiento universitario.

d) La Baja Edad Media —siglos XIV y XV— es considerada como la etapa de crisis de la sociedad medieval en los distintos ámbitos: social y económico, político, cultural y espiritual. En muchas de sus manifestaciones se encuentran ya los gérmenes del mundo moderno.

* * *

Procurando ser fieles al título de este trabajo, aspiramos a que *Introducción a la Historia de la Edad Media europea* sea una obra dirigida principalmente a los estudiantes universitarios que se inician en el estudio de una época hasta el presente tan descuidada en las explicaciones de Historia Universal. Deseamos también que cualquier lector con interés por los estudios históricos en general encuentre en ella una guía para ulteriores lecturas. Sin ánimo de hacer una relación exhaustiva recogemos en las páginas finales una serie de títulos, muy asequibles la mayoría. En ellos puede encontrar el lector el medio de ampliar sus conocimientos sobre los distintos aspectos tratados a lo largo de los capítulos que constituyen este trabajo de síntesis.

PRIMERA PARTE

LA TRANSICION AL MEDIEVO (SIGLOS V AL VIII): LA GENESIS DE LA CIVILIZACION OCCIDENTAL

1

LA CRISIS DE LA CIVILIZACION CLASICA

La evolución de las distintas civilizaciones constituye un tema al que la «filosofía de la Historia» ha dedicado tradicionalmente especial atención. En este sentido, el mundo clásico —particularmente en su dimensión romana— se ha presentado como un excelente modelo de trabajo.

Dentro de este contexto, la crisis del Imperio romano ha sido reiteradamente vivo objeto de estudio para los historiadores, desde el Renacimiento hasta nuestros días. Santo Mazzarino, en una excelente síntesis, ha resumido de forma magistral esta problemática. Los nombres de Montesquieu, Gibbon, Burckhardt, Rostovtzeff, etc., se encuentran entre los de una pléyade de verdaderos clásicos orientados a desentrañar los mecanismos bajo los que se movió la civilización greco-romana en el último período de su existencia.

Edward Gibbon, en su *History of the decline and fall of the Roman Empire*, aparecida en 1776, vio el fin del mundo antiguo como el «triunfo de la barbarie y la religión». Siglo y medio después, otro pensador anglosajón, A. Toynbee, en su *A Study of History*, consideró la existencia de dos fuerzas en la desintegración de toda sociedad: los «proletariados» interno y externo. Cara al mundo antiguo, el primero estaba representado por las masas populares del Imperio encuadradas en buena medida por las nuevas corrientes espirituales, el Cristianismo entre ellas. El externo era identificado con las invasiones germánicas.

Sin embargo, reducir las causas de la crisis del mundo

romano a estos dos órdenes de factores supondría una simplificación excesiva. Se hacen necesarias, para una mayor aproximación a las realidades del momento, unas más amplias matizaciones.

En efecto, en el ambiente general de decadencia de la sociedad clásica, que adquiere formas elocuentes desde el siglo III, han incidido una serie de circunstancias que conviene analizar con cierto detalle. En ellas se encuentran las raíces de muchas de las realidades constitutivas de la sociedad medieval.

La crisis institucional del Imperio romano

Dentro de la trayectoria política del Imperio romano, desde Augusto hasta el destronamiento de Rómulo Augústulo en el 476, es necesario tener en cuenta varias circunstancias que explican lo precario de la estabilidad en las más altas instancias:

a) La alternancia de los principios de principado y monarquía:

Desde la crisis de la república romana tras las grandes conquistas en el mundo mediterráneo, dos fórmulas de gobierno se ofrecieron a la hora de presentar una alternativa que superase el estrecho marco de las instituciones de una ciudad-estado. Una de ellas el principado, que, respetando las excelencias de la constitución republicana, admitiese la necesidad de una autoridad superior (el *princeps*), que coexistiera con las instituciones tradicionales republicanas para reforzar su poderío, riqueza, gloria, virtud...; otra la monarquía, que había de superponerse a éstas apoyándose en unas victorias militares y en el aplauso del pueblo. Su inspiración era eminentemente helenística. La pugna entre Pompeyo y César primero y luego entre Octavio y Marco Antonio va marcada por esta oposición de ideales políticos.

La propia trayectoria del Imperio romano, como ha destacado León Homo, es la de la alternancia de estos dos principios: el «liberalismo» de la tesis del principado,

que llega a su momento de mayor brillantez en el siglo II, y el autoritarismo de algunos emperadores, que, apoyándose en criterios de centralización y de militarismo, serán los defensores de las tesis de una monarquía absoluta que desde el siglo III da pasos ya decisivos.

b) Intimamente ligada a la idea anterior se encuentra la inexistencia de una fórmula sucesoria estable:

La transmisión del poder de unos emperadores a otros atravesó las más diversas vicisitudes: desde el intento de Augusto de educación de un familiar, pasando por la pura y simple herencia bajo los Flavios (segunda mitad del siglo I), y la «elección entre los mejores» bajo los Antoninos (siglo II) hasta el puro y simple golpe de estado a cargo de los distintos generales al frente de los ejércitos de las fronteras, tal y como sucedió a lo largo de buena parte del siglo III.

A fines de esta centuria surge una de las fórmulas más originales de articular el principio de autoridad: la Tetrarquía de Diocleciano. El sistema, dice Roger Remondon, pareció el ideal para la salvaguarda de la permanencia (supresión de peligrosos interregnos), la eficacia (dada la especialización de trabajo y de ámbitos geográficos de los tetrarcas) y la unidad (el Imperio no se divide entre los cuatro emperadores, sino que constituye una especie de *patrimonium indivisum* gracias a la solidaridad de los tetrarcas por sus lazos familiares, a la legislación en común y —arma de doble filo— a la personalidad de Diocleciano).

La autoridad de los tetrarcas se reforzaba con una suerte de mística imperial: las tesis monárquicas triunfaban definitivamente con la asociación del emperador a la divinidad. Su poder es definitivamente de derecho divino y se ve garantizado con el acrecentamiento de un gigantesco aparato burocrático respaldado por una radical reestructuración administrativa del Imperio: escalonamiento de las distintas entidades político-territoriales en tres niveles (prefecturas, subdivididas en diócesis, y éstas, a su vez, en provincias).

Sin embargo, la obra de Diocleciano no sobrevivió a su permanencia en el poder: el sistema tetrárquico saltó en

pedazos. A lo largo del siglo IV asistimos a sucesivos y pocas veces acertados intentos de reunificación del Imperio. El último, bajo Teodosio. Su muerte supone la definitiva fragmentación del Imperio. También la consagración de las diferencias entre la *pars occidentalis* (víctima de los repartos entre los pueblos germánicos asentados en su solar) y la *pars orientalis* (base de la entidad política universalmente conocida bajo el nombre de Imperio bizantino).

c) La degradación social de los cuadros de gobierno:

Desde la toma del poder por Augusto hasta el fin del Imperio en Occidente, la cúpula del poder va siendo ocupada sucesivamente: por la aristocracia senatorial bajo los Julio-Claudios; por la burguesía de ascendencia itálica bajo los Flavios; por la burguesía de todo el ámbito mediterráneo bajo los Antoninos; hasta que, en el siglo III, con el ascenso del ejército al poder, serán gentes de extracción proletaria las que lleguen a ocupar la más alta magistratura. La figura del general que, tras iniciarse en los escalones más bajos de la milicia llega a acceder al solio imperial, se hace familiar a lo largo de esta centuria.

Proletarización de los cuadros de gobierno, pero también barbarización de éstos. Ya desde los inicios del Imperio, pero con más fuerza en los años sucesivos, los claros que se van produciendo en las filas del ejército van siendo ocupados por gentes venidas del otro lado de las fronteras. Primero lo harán a título de simples auxiliares y de forma esporádica. Con el transcurso del tiempo y al calor de la crisis del siglo III, más de un extranjero accede a la más alta magistratura: Maximino, sucesor de Alejandro Severo, o Filipo El Arabe, que llegó al poder en el 244 y bajo cuyo gobierno se celebró el milenario de la fundación de Roma.

En lo sucesivo, la figura de un generalísimo de ascendencia germánica al lado de los últimos emperadores, va a ser algo familiar. Uno de estos caudillos, el herulo Odoacro, será quien en el 476 dé el golpe de gracia al Imperio en Occidente al destronar al último emperador, Rómulo Augústulo.

Factores sociales y económicos
de la crisis del mundo antiguo

El Imperio romano aprovechó, al unificar políticamente el mundo mediterráneo, las condiciones favorables creadas en este ámbito desde el punto de vista económico por sus antecesores fenicios y griegos. Con la crisis iniciada en el siglo III, los marcos socio-económicos sobre los que descansó el imperialismo romano saltaron en pedazos. Las guerras civiles, que convirtieron el Imperio en un inmenso campo de batalla, provocaron tanto un frenazo a la expansión militar externa (verdadero motor de la economía del Imperio) como una parálisis de las actividades mercantiles dentro de las fronteras.

De inmediato se puso en evidencia la endeblez de los mecanismos sobre los que descansaba la economía de cambio romana: las depreciaciones monetarias y el comercio exterior deficitario son dos síntomas suficientemente elocuentes.

Algunos autores han hablado de «hemorragia de oro» para definir este fenómeno. Roma compraba una serie de productos en el exterior (India y China, fundamentalmente) que suponían una fuerte salida de numerario, no compensada por una venta equivalente de productos propios. Se ha insistido en la ausencia en Roma de unas estructuras capitalistas lo suficientemente desarrolladas. Ferdinand Lot lo achaca en buena medida al apego excesivo del mundo romano a una economía estrictamente doméstica. Los intentos de crear empresas industriales o agrícolas con mano de obra servil tuvieron escaso éxito. La prosperidad de Roma resultó desde el siglo III sumamente engañosa e igual pudo decirse, como apuntan Lot y Latouche, de otras ciudades creadas por el imperialismo romano. Más que centros de producción lo fueron de consumo: núcleos puramente tentaculares que rara vez fecundaron el territorio vecino.

Desde Caracalla, en los primeros años del siglo III, asistimos a sucesivos intentos de los emperadores por enderezar la economía del Imperio. La creación de una nueva moneda de plata, el «antoniniano», con un peso de

5.11 gramos y la baja en un 11% de la tradicional moneda de oro, el *aureus,* fueron las primeras medidas. Condenadas al fracaso, ya que en los años siguientes el antoniniano pasó a 3 gramos. Paralelamente, la ley cada vez fue más baja: con Galieno (260-68) las monedas de plata alcanzaron un ínfimo porcentaje de este metal.

En otro capítulo, el alza de precios se hizo fulminante: en la segunda mitad del siglo III el precio del trigo aumentará veinte veces.

Bajo Diocleciano primero y luego bajo Constantino se hicieron los últimos intentos de reforma financiera: acuñación de nuevas monedas (sueldo de oro de 4,50 gramos y silicua de plata con un valor equivalente a la veinticuatroava parte de éste), así como medidas para regular de forma minuciosa los precios de los productos y los salarios de los trabajadores (Edicto del Maximum de Diocleciano del 301). Medidas de escasa eficacia y de cuyo incumplimiento el propio Estado se hizo cómplice. Dada la ineficacia de la nueva reforma monetaria, la recaudación de tributos se hizo cada vez más por la vía de su pago en especie (la annona).

La sociedad del mundo antiguo sufrió de forma cruel los efectos de la crisis económica.

Paul Petit ha explicado con las siguientes palabras el impacto que las clases sociales experimentaron ante las medidas del Estado romano: «El Alto Imperio había favorecido a los ricos. Los Severos se mostraron niveladores, y la urgencia de los problemas obligó a Diocleciano a poner a todas las clases al servicio del Estado. Pero las leyes económicas y las innovaciones constantinianas anularon la nivelación del siglo III; desde Constantino, los *potentes,* clases superiores, ricas, influyentes y privilegiadas se oponen a los *humiliores* (o *tenuiores*) que el sistema de «compulsión» tiende a rematar hereditariamente en sus funciones».

Las clases altas, si bien duramente castigadas por las guerras civiles, lograron soportar la prueba. Las clases medias (artesanos, pequeños propietarios y comerciantes) quedaron prácticamente barridas por la crisis y fueron las víctimas de un galopante proceso de proletariza-

ción. Por último, si el fin del mundo antiguo va suponiendo el declive de la sociedad esclavista tradicional, ello no trajo consigo el triunfo del trabajo libre, sino su hundimiento. Los criterios totalitarios con los que los últimos emperadores romanos trataron de enderezar el Imperio se reflejaron en la vida económica a través de la adscripción del hombre a su oficio. Un intento desesperado, en definitiva, de evitar el descenso de los niveles de producción: bajo Aureliano, a fines del siglo III, se obligó a los artesanos a integrarse en corporaciones (los *collegia*) con el fin de garantizar el abastecimiento de las ciudades y de conseguir un sistema tributario más eficaz. En una línea semejante, dentro también del ámbito urbano, la clase media de los curiales se vio sujeta a su condición, que sería transmisible hereditariamente, y obligada a responder con sus bienes de la recaudación de impuestos.

Algo semejante cabría decir del mundo rural: el sistema de colonato, una vez en vía de desaparición los pequeños propietarios, es el que da la pauta. Desde comienzos del siglo IV figuran en su mayoría adscritos a un gran señor, con lo que el latifundio se constituye en un organismo tanto económico como de relación de patrocinio entre *potentes* y *humiliores*. El pesado sistema fiscal del Bajo Imperio, que generalizó el procedimiento de *Jugatio et capitatio* (impuestos sobre la posesión de la tierra y sobre el trabajo de las personas, respectivamente) explica en buena medida la extensión de estos lazos de protección. El propio Estado romano hubo de cerrar los ojos ante esta realidad que no cuadraba demasiado con su mentalidad jurídica, dada la necesidad de obtener del campesino el máximo rendimiento. Tal tarea quedaba ahora bajo la responsabilidad de los grandes propietarios.

La sociedad del Bajo Imperio amenazaba con derivar en un verdadero régimen de castas, paralelo a su vez a una agudización de la atonía política. M. Rostovtzeff ha expresado que las dos únicas clases «privilegiadas» en este sistema esclerosado fueron los proletarios sin trabajo y los mendigos.

En este clima de frustración se producirán en los últimos tiempos del Imperio una serie de revueltas campesinas tanto contra los grandes propietarios como contra el propio Estado romano. La más conocida de todas fue el movimiento bagauda en la Galia y España, repetidas veces aplastado por las autoridades romanas y otras tantas vuelto a retoñar. En una línea semejante cabe colocar la rebelión de los circumcelliones del Norte de Africa, ligada a corrientes espirituales de signo rigorista en las que las masas populares vieron un soporte mental para combatir al sistema político-social de la época, aliado con la Iglesia jerarquizada. Los factores de orden religioso juegan, así, un papel de primer orden en la crisis del mundo antiguo.

El recodo espiritual: El triunfo del Cristianismo

En el momento de plenitud del Imperio cabe distinguir —siguiendo al historiador de las religiones Karl Prümm— tres estratos religiosos: el filosófico, en el que la divinidad tiene una orientación fundamentalmente panteísta; el civil, adscrito a la idea del culto al emperador; y el popular. En este último se advierten tres tendencias: los cultos de estrato señorial greco-itálico, los cultos de las tradiciones de las distintas poblaciones indígenas y, por último, los cultos y misterios de los dioses orientales.

Las religiones de signo mistérico se fueron abriendo paso entre la masa popular desde el siglo III por vía, fundamentalmente, de las unidades militares, muchas de ellas de extracción oriental: culto de Mitra, pasión de Atis, el Sol Invicto, que ofrecían la esperanza de salvación y de vida eterna en unos momentos particularmente difíciles. El Cristianismo fue, en amplios sectores, considerado como una religión de misterios más. Los cultos de este signo habrían de ser sus más peligrosos competidores. En efecto, aunque los autores cristianos tratasen de presentar sus creencias como algo diferente, resulta

sumamente significativo —apunta O. Gigon— que designaran bajo el nombre de misterios a sus principales verdades de fe.

La marcha del Cristianismo hasta su triunfo definitivo se presenta como una lucha en un doble frente:

a) El mundo judío del cual surgió:

Los especialistas que han analizado la situación espiritual del mundo judío en tiempos de Jesús acostumbran a reconocer cuatro movimientos sectarios principales hacia los cuales se polarizaron las corrientes de opinión del mundo hebreo: los saduceos, portavoces de la aristocracia sacerdotal; los fariseos, con su principal refugio en la sinagoga; los zelotes, movimiento furibundamente nacionalista; y los esenios, corriente que, dentro de unos marcos protomonásticos, practicó una serie de ritos de signo bautismal, escatológico y ascético. Los testimonios de Flavio Josefo y los manuscritos descubiertos en las cuevas de los acantilados del Mar Muerto desde 1948 constituyen fuentes de inapreciable valor a la hora de analizar las actitudes del esenismo.

Ligadas a su pensamiento, se han tenido en consideración otras sectas de menor importancia: la de los baptistas, cuyo principal portavoz fue Juan el Bautista, puede ser considerada, *grosso modo*, como puente hacia la predicación de Jesús. En el ámbito general del mundo mediterráneo, y al calor de la tolerancia del Estado romano hacia las distintas creencias, las comunidades judías fueron creando un especial clima de acercamiento hacia la gentilidad: fruto de ello sería la *Biblia de los Setenta*, vehículo a través del cual el Cristianismo habría de encontrar su terreno preparado para la posterior predicación.

En efecto. Dentro de este contexto, el mensaje de Jesús presentaba, en su interpretación, un claro dilema: ¿mera prolongación del judaísmo como pensaron los propios apóstoles? En este caso, la nueva doctrina corría el riesgo de convertirse en una secta más del mundo mosaico incapaz de superar unas dimensiones puramente nacionalistas y «dinásticas». O bien ¿podía ser considerado dentro de unas dimensiones de signo universalis-

ta que rompiesen con las viejas observancias de la ley judía? Esta será la actitud tomada por Pablo de Tarso, calificada por M. Goguel como la creación de un «nuevo objeto religioso». En una línea semejante, M. Simón dice: «El drama del Calvario, que para los primeros discípulos plantea un problema tan difícil, para él (Pablo) responde a una necesidad absoluta: es la encrucijada de la historia del mundo, el cumplimiento del plan providencial».

La pugna entre las dos tendencias —judeo-cristiana la primera, y pagano-cristiana la segunda— habría de prolongarse durante algún tiempo en los círculos palestinos y proyectarse, en cierta medida, en el ámbito general del mundo mediterráneo.

b) El mundo helenístico sobre el que el Cristianismo se expandió:

Los historiadores de la Iglesia acostumbran a distinguir varias etapas en la propagación del Cristianismo:

1) La época apostólica, que se podría hacer arrancar del Concilio de Jerusalén del año 51, en el que se impusieron las tesis universalistas paulinas: el Cristianismo rompe con las barreras nacionales y se lanza a los «caminos de la gentilidad». Desde el año 58 aproximadamente, Roma empieza a convertirse en cabeza de la nueva Iglesia, aunque la autonomía de las primeras comunidades sea prácticamente total.

2) La época postapostólica, que arrancaría de la muerte de Juan el Evangelista y se prolongaría hasta fines del siglo II. La nueva Iglesia se consolida en Oriente frente a las tendencias del judaísmo y del judeocristianismo que sufren golpes mortales con la destrucción del templo de Jerusalén por Tito en el año 70 y el aplastamiento de la rebelión de signo mesiánico de Bar-Kochba por Adriano en el año 135. En el Occidente, Africa parece campo abonado; y en menor grado Italia, la Galia y España, a propósito de las cuales habla San Ireneo de la consolidación de algunas comunidades.

3) Los comienzos de la Gran Iglesia. Al calor de la crisis de la sociedad clásica, el Cristianismo experimenta un impulso indudable. El desarrollo de una literatura

cristiana propia (Clemente, Tertuliano, Orígenes, Cipriano), el afianzamiento de la vida espiritual y litúrgica, y el rebasamiento en la proyección evangelizadora de las propias fronteras del Imperio, constituyen bazas de primer orden.

Los obstáculos para la consolidación se dieron tanto en el seno de la propia comunidad, con la exacerbación de las controversias espirituales (gnosticismo, montanismo, marcionismo), como en la hostilidad de las autoridades romanas. Lo que tradicionalmente se ha colocado bajo el concepto de «persecuciones» M. Simon lo ha definido como «un conjunto de medidas oficiales, legales, judiciales o administrativas cuyo objeto era obstruir el desarrollo del Cristianismo e inclusive destruirlo». En función de ello, sólo cabría hablar de medidas «legales» desde comienzos del siglo III. Las anteriores (persecuciones de Nerón, Domiciano o Trajano) no respondieron a esta pauta; sólo fueron producto de caprichos de déspotas o medidas con una proyección puramente local.

Bajo Septimio Severo, a comienzos del siglo III, se pusieron ya serias cortapisas a la predicación. Con Decio, a mediados de la centuria, se dictaron normas que hacen pensar en una incompatibilidad Iglesia-Estado. Bajo Diocleciano asistimos ya a una verdadera prueba de fuerza: la creación de una mística imperial y la sacralización de la figura del emperador eran de todo punto inadmisibles para los cristianos. Los cuatro edictos persecutorios dados durante la Tetrarquía se mostraron, a la larga, como inoperantes. El tetrarca Galerio, uno de los más furibundos enemigos del Cristianismo, acabaría en los últimos años de su vida promulgando una amplia disposición de tolerancia. El Cristianismo empezaba a ganar la partida.

4) El triunfo del Cristianismo: de Constantino a Teodosio:

Diversas han sido las razones alegadas a la hora de explicar el triunfo del Cristianismo. La más simple se cifra en el llamado «giro constantiniano»: la conversión de Constantino y el trato de favor dado al Cristianismo por parte de este emperador dentro del contexto de una am-

plia libertad religiosa. No hay que olvidar tampoco el hecho de la desintegración espiritual del mundo antiguo, frente a la cual el Cristianismo opuso, dentro de un feroz exclusivismo, un elevado nivel moral producto de la originaria selección de los bautizados. Por último se ha alegado como razón el hecho de que, en el ambiente general de frustración en que la sociedad de fines del mundo antiguo vivía, el Cristianismo se convirtió (en expresión de E. Fromm) en una suerte de elemento «compensador» de los sufrimientos de una sociedad amenazada por la miseria y la incertidumbre.

Constantino, antes de su conversión, fue un adicto a los cultos orientales, particularmente a los de la teología solar. Tanto él como sus antecesores vieron en ellos el posible aglutinante de un Imperio en desintegración. Su «giro» hacia el Cristianismo no fue, según han opinado algunos autores, producto del oportunismo. Se aferró a él con la mezcla de ardor y superstición con que otros se volcaron hacia distintas creencias. «El resto, dice Paul Petit, fue obra de los que le rodeaban; obispos hábiles (Osio de Córdoba) le persuadieron tanto de que era cristiano que llegó a serlo de veras...» Durante buena parte de su vida (recibiría el bautismo sólo en el lecho de muerte) adoptó una postura que conciliaba políticamente los principios del Cristianismo con los de un paganismo aún fuerte. Ha sido, dice Cochrane, la única persona con el privilegio de ser adorado por los paganos como Dios y como santo por los cristianos. Sin embargo, su progresiva intervención en los asuntos doctrinales acabaría pesando de forma aplastante: su actuación de forma indirecta en el Concilio de Nicea del 325 supone el primer paso en la intromisión del poder secular en los asuntos internos de la Iglesia.

En el período que transcurre después de la muerte de Constantino, el Imperio romano conoce el último intento coherente de restauración pagana: el llevado a cabo por Juliano. Muy en la línea de autores anteriores como Celso y Porfirio, pretendió mostrar la inferioridad del Cristianismo en función de su bajo nivel intelectual («superstición galilea»). Su idea religiosa se adscribía a la de un

monoteísmo solar sincretista que aceptaba en principio todas las religiones —incluida la de Jehová— mediante una jerarquización de sustancias y fuerzas que había de culminar en Helios, el Sol intelectual. Falto de principios teológicos y morales y de disciplina eclesiástica, el intento de restauración del paganismo no duró más que la vida de su valedor, muerto en una campaña contra los persas el año 363.

Con Teodosio, último gobernante en la totalidad del Imperio romano y católico por convicción, se asiste a la consumación de un proceso intentado por Constantino: el reajuste radical de las relaciones Iglesia-Estado sobre la base de la deliberada aceptación del credo de Nicea. El Cristianismo, reconocido como religión oficial en el Edicto de Tesalónica, pasaba a convertirse en verdadera «carta de ciudadanía». El paganismo, así, estaba condenado a morir por las mismas armas que había utilizado contra los cristianos. Sin embargo, para la Iglesia tales actitudes amenazaban con convertirse en una pesada hipoteca.

5) Las primeras disidencias heterodoxas:

Aunque las fisuras en el seno de la comunidad cristiana se pueden apreciar desde los primeros momentos, será con el triunfo de la Gran Iglesia cuando sus efectos se aprecien de forma más elocuente. En principio podemos remitirnos a tres grandes corrientes que, nacidas en la cuenca oriental del Mediterráneo, habrán de tener una amplia proyección:

El gnosticismo, que pretendía relegar la revelación a un segundo plano fortaleciendo la importancia del conocimiento intuitivo. Se han reconocido varias decenas de sistemas gnósticos que matizaron fuertemente distintas corrientes heterodoxas, aunque manteniéndose, por regla general, como una doctrina para iniciados.

El maniqueísmo tuvo una mayor proyección social, más aún si tenemos en cuenta que su contenido dualista puede ser tomado *grosso modo* como una constante de casi todas las religiones. Desde el punto de vista sociológico, se ha dicho, constituye una de las más congruentes explicaciones de la existencia del mal.

El arrianismo fue producto de las corrientes de especulación teológica de Antioquía y Alejandría en cuyo ambiente Arrio se formó: Cristo de distinta naturaleza que el Padre, aunque dotado de una fuerza divina que le hizo la más preciada criatura de Dios, que acabó adoptándole como hijo. La doctrina fue oficialmente condenada en el Concilio de Nicea del 325, en el que se definió a Cristo como «consustancial (*omousios*) con el Padre». La resistencia del arrianismo, sin embargo, sería aún fuerte en todo el mundo mediterráneo. En Constantinopla todas las iglesias siguieron siendo arrianas por mucho tiempo, hasta que la herejía sufrió un golpe mortal en el Concilio de Constantinopla del 381 patrocinado por Teodosio. En el Mediterráneo occidental, la población de ascendencia romana aceptó desde muy temprano el credo de Nicea. Sin embargo, el arrianismo había de transmitirse por otro conducto: las poblaciones germánicas que desde el siglo V se van asentando en su ámbito geográfico.

Ello constituye un problema a analizar en el contexto de un fenómeno más amplio: el de las migraciones de los pueblos bárbaros que acaban dando el golpe de gracia al Imperio romano en el Occidente.

2

LAS MIGRACIONES GERMANICAS Y LA CONSTITUCION DE LOS PRIMEROS ESTADOS BARBAROS EN LA EUROPA OCCIDENTAL

Bajo el concepto de «bárbaros» se conoció en la Grecia clásica a todos aquellos pueblos situados fuera de la órbita cultural de la Hélade. Bárbaros eran considerados tanto los persas como los cartagineses, los escitas o los pueblos del centro y norte de Europa a los que de forma genérica se les dio el nombre de celtas o gálatas.

El sentido del término es altamente peyorativo: bárbaros equivale a gentes de un nivel cultural inferior. Nada menos acertado si tenemos en cuenta que los cartagineses, por ejemplo, constituyeron una verdadera civilización competitiva de la helénica en el Mediterráneo; o que los persas habían elaborado unos principios espirituales que, en muchos aspectos, superaban a una religión griega demasiado ceñida a conceptos míticos y de un nivel moral generalmente bajo.

Sin embargo, el término «bárbaros» pasaría al mundo romano y Roma acabaría designando como tales a todos aquellos pueblos que habitaban más allá de sus fronteras. Sobre esta base, el historiador francés Ferdinand Lot fijó cinco categorías de pueblos que, de forma sucesiva, fueron cayendo sobre el ámbito geográfico de la *pars occidentalis* del Imperio romano y sus aledaños; sobre el espacio, en definitiva, que iba a ser el marco de la sociedad europea. Estos pueblos serían: germanos, eslavos, escandinavos, árabes y moros y mongoles y turcos.

De todos ellos, los primeros son los que nos interesan con preferencia en este capítulo.

Los germanos y sus primeros contactos con Roma

Las fuentes históricas (la *Germania* de Tácito, principalmente), los restos arqueólogicos y la aplicación de determinados criterios sociológicos, nos permiten reconstruir con cierta aproximación lo que pudo ser la vida de los germanos en vísperas de su entrada masiva en el solar imperial.

Las formas económicas parecen ligarse a una ganadería como principal fuente de riqueza, y a una agricultura con una estructura comunal: el sistema de «marcas» que, con el tiempo, y al calor de los contactos mantenidos con Roma, experimentaría un serio desgaste y derivaría hacia formas de propiedad privada más acentuadas.

La base de toda la estructura social se encuentra en la *sippe*, comunidad de linaje que aseguraba la protección al grupo de personas bajo su autoridad. Por encima de ella se sitúan otras entidades: la *centena*, asentada en un distrito o *gau*, organismo con funciones judiciales y de reclutamiento militar, y el *pueblo*, cuyo organismo representativo era el *thing* o asamblea de hombres libres.

Estos constituían la mayor parte de la población y entre ellos destacaba un grupo, los *adalingi*, equivalentes a una especie de nobleza de linaje. Los grupos de semilibres (*laeti*) y de siervos, sometidos bien por propia voluntad o por la fuerza, constituían las capas más bajas de la sociedad germánica. Mundo con una estructura en principio fuertemente gentilicia, la sociedad germana habría de experimentar amplias transformaciones en sus contactos con el mundo romano.

La resultante de ello va a ser tanto una romanización del mundo germano como una barbarización del mundo romano.

Hasta que se produzca la gran irrupción, desde los albores del siglo V, los contactos entre estos dos mundos pueden resumirse de acuerdo con el siguiente esquema:

a) Hasta el siglo III. La primera confrontación entre las legiones romanas y los germanos tuvo como protagonista a Mario, vencedor de los teutones en Aix y de los

cimbrios en Vercelli (entre el 102 y el 101 a. de C.). La ocupación de las Galias por César puso en contacto a los romanos con los suevos de Ariovisto, que fueron rechazados al otro lado del Rin. Sin embargo, los intentos posteriores bajo Augusto y Tiberio de ocupar la zona entre este río y el Elba no tuvieron demasiado éxito, y algunas de las campañas (la de Varo en el bosque de Teutoburgo) se saldaron con rotundos fracasos. Desde fines del siglo I se prefiere, o bien la penetración pacífica o bien la defensa estática. El resultado de tal política será la progresiva penetración del elemento germano en las filas del ejército romano y la colonización, a cargo de soldados-agricultores bárbaros, de algunos de los sectores fronterizos. Es el caso de los *laeti* asentados por las autoridades romanas en los Campos Decumates (actuales Baden y Wurtemberg).

Las campañas que lleven a cabo algunos emperadores del siglo II no tienen unas miras estrictamente imperialistas sino las de simple consolidación de los atrincheramientos del *limes* o de acortamiento de las líneas defensivas. Las operaciones militares de Trajano en la Dacia entre el 101 y el 107 o la lucha de Marco Aurelio en la cuenca central danubiana contra quados y marcomanos (entre el 169-174) responden en buena medida a esta pauta.

b) Los bárbaros ante la crisis del siglo III:

Las guerras civiles que enfrentaron a lo largo de esta centuria a las distintas facciones del ejército romano convirtieron el *limes* desguarnecido en una línea defensiva fácilmente vulnerable. Al hostigamiento de los persas en el área Mesopotamia-Siria se une la penetración de los godos en el bajo Danubio y los franco-alamanos en Occidente.

Durante muchos años los emperadores romanos trataron de evitar la catástrofe y lo consiguieron a costa de duras pruebas. Los godos fueron derrotados en Nish en el 269 por Claudio II. Tardarán más de un siglo en volver a constituir un peligro grave para la estabilidad del Imperio. Período a través del cual y por la vía del arrianismo (el obispo Ulfilas fue consagrado obispo de

los godos en el 341) recibirán los rudimentos de la fe cristiana. En cuanto a los franco-alamanos, las violentas razzias sobre la Galia y la Península Ibérica provocaron la destrucción de muchas florecientes urbes tal y como recientes estudios arqueológicos han demostrado (trabajos de Blázquez, Balil, Palol, Tarradell, etc.). Si al final los incursores fueron rechazados, las daños causados tenían difícil reparación.

Bajo Diocleciano y Constantino, el peligro parece conjurarse. A lo largo de buena parte del siglo IV, la política de enderezamiento de los emperadores romanos obtiene notorios éxitos en los distintos sectores fronterizos: victoria de Juliano sobre los francos en Estrasburgo, derrota de sármatas y quados a manos de Valentiniano I en el Danubio... Sin embargo, el apuntalamiento del *limes* era sumamente precario. Los acontecimientos que se empiezan a precipitar desde fines de la centuria vienen a demostrarlo.

Las «grandes invasiones» del siglo V

A mediados del siglo IV, los godos ocupaban el espacio comprendido entre el curso bajo del Danubio y la cuenca del Don. La aparición, en estos años, de los hunos en la llanura rusa habría de provocar fuertes presiones sobre los pueblos germánicos que, como mejor expediente, optaron por la penetración masiva dentro del Imperio romano. Más que de invasiones —término a todas luces exagerado— cabría hablar de asentamiento de estos pueblos, muchas de las veces de acuerdo y en nombre de las autoridades romanas. Sin embargo, esta corriente migratoria habría de provocar las lógicas tensiones derivadas tanto del «hambre de tierras» de los recién llegados como de la mala fe recíproca. No obstante, es necesario reiterar que la caída del Imperio en Occidente, si bien coincidió con la entrada masiva de los germanos, no fue provocada sólo por éstos. En efecto, generales de ascendencia bárbara (Estilicón, Aecio, Ricimer, Odoa-

cro...) puestos a la cabeza de ejércitos nominalmente «romanos» serán los que traten de defender la ficción del Imperio cuando el ejercicio de su autoridad en el Occidente es prácticamente nulo.

Cabría, por tanto, considerar una serie de hechos que, a lo largo de un siglo, aceleran el desplome total del Imperio en Occidente y el reparto de su espacio geográfico entre los distintos pueblos germánicos.

a) En el 378 los visigodos, que, habiendo sido presionados por los hunos habían cruzado el Danubio, aplastaron a las legiones romanas en Adrianópolis. Este hecho de armas les permitió esparcirse por los Balkanes sembrando el pánico. La actitud de Teodosio, profundamente filogoticista, logró provisionalmente su pacífica asociación como pueblo al cuerpo del Imperio. Sin embargo, la fidelidad de los godos se vinculaba, más que a una institución como era el Estado romano, a una persona: el emperador de turno. Cuando Teodosio muera, la *entente* se romperá.

b) En la noche del 31 de diciembre del 406, masas de suevos, vándalos y alanos cruzaron los hielos del Rin y se extendieron por las Galias. Tres años después penetraron en la península por los pasos de los Pirineos occidentales. Un testigo de estas conmociones, el obispo de Aquae-Flaviae (actual Chaves) Idacio, nos presenta un sombrío panorama: la invasión como una calamidad a la que se unieron el hambre y la peste.

c) En el 410, el peregrinar de los visigodos al mando de Alarico acaba desembocando en Roma, que sufre un feroz saqueo. El impacto de tal acontecimiento en el mundo mediterráneo fue enorme. De resultas de él, se abrió una polémica entre autores cristianos y paganos. En este contexto, San Agustín escribió su *De Civitate Dei*.

d) En los primeros años del siglo V las islas británicas sufren el asalto de anglos, jutos y sajones. Las poblaciones autóctonas bretonas se vieron progresivamente reducidas a las zonas más occidentales (Gales y Cornualles) u obligadas a traspasar el canal asentándose en la península de Bretaña. Estas zonas habrán de constituirse a lo

largo del Medievo en irreductibles bastiones del celtismo.

e) El objetivo de los visigodos no era la destrucción del Imperio. De ahí que los sucesores de Alarico, Ataúlfo y Walia, llegasen a un entendimiento con las autoridades romanas que cristalizaría en el «Foedus» del 418 por el que se instalaron en el Sur de la Galia y se comprometieron a combatir en España a suevos, alanos y vándalos. Estos últimos pasarían en el 430 al Norte de Africa provocando una tremenda crisis. No sólo fue la ferocidad con la que persiguieron a la población católica, sino también el hecho de que su flota se erigiera en dueña de la cuenca occidental del Mediterráneo a través de una serie de acciones de abierta piratería. Los suministros de grano africano a Roma quedaron prácticamente interrumpidos y, con ello, una de las principales razones para la pervivencia de la capital del Imperio como gran urbe.

f) En el 436 los burgundios, tras una lenta marcha iniciada en las regiones de Brandeburgo y Lusacia, acaban asentados en la cuenca del Ródano a título también de federados. Se trató, sin duda, del caso de instalación más pacífica de germanos llevado a cabo hasta entonces.

g) Entre el 450 y el 451 tiene lugar la más terrible prueba de fuerza no sólo para el Imperio romano en sus dos parcelas, oriental y occidental, sino también para los pueblos germanos que, asentados en la última, habían alcanzado ya ciertos niveles de romanización. Los hunos, que bajo Atila habían constituido un gran Imperio desde el Volga hasta el Rin, desviándose de su primitivo interés por Constantinopla, se encaminaron hacia la Galia. Aunque las observaciones de un Amiano Marcelino o un Jordanés sobre la ferocidad de los hunos y la de su caudillo en particular parecen adornadas de excesos retóricos, el hecho cierto es que la confrontación tuvo el carácter de todo un choque entre la mentalidad nómada típica de la estepa asiática y la de una incipiente Europa que empezaba a configurarse como una mezcla de romanismo y germanismo. El choque se resolvería en muy pocos años: en el 450 una coalición militar de roma-

nos, francos, visigodos y burgundios logró rechazar a la oleada húnica en la batalla de Campus Mauriacus, cerca de Troyes (el legendario encuentro de los Campos Cataláunicos). Al año siguiente, la nueva intentona de Atila sobre una Italia indefensa se topó con la venerable figura del papa León I (a quien el Senado romano confió la difícil misión de la negociación), y con las epidemias que acabaron diezmando su ejército. Retornado a sus cuarteles de Panonia, moriría poco tiempo después. El Imperio de los hunos desaparecía con él.

h) Durante los veinticinco años siguientes, el poder imperial en el Occidente no es más que una ficción. El gobierno efectivo lo desempeñaban, o bien los diversos monarcas bárbaros asentados en cada una de las distintas regiones o (caso de Italia) el caudillo de ascendencia germánica que manda un ejército sólo nominalmente romano. De ahí que en el 476 y con el destronamiento del último emperador del Occidente, Rómulo Augústulo, no se produzca ninguna catástrofe. No hay más que una simplificación de la situación: el caudillo militar de turno, el herulo Odoacro, procederá a ejercer sobre Italia un gobierno efectivo, remitiendo las insignias imperiales al único personaje que podía ser digno de llevarlas: el emperador de Constantinopla, la «segunda Roma».

En los años siguientes el panorama político en el Occidente adquiere nuevos matices: los ostrogodos, al mando de Teodorico, se asentarían en Italia desde el 488 creando una entidad política que parecía destinada a tener un próspero futuro. Por otra parte, desde el 481, los francos, hasta entonces protagonistas de segunda fila del movimiento migratorio, se disponían desde su núcleo de Tournai a ocupar un puesto de primer orden en la Galia.

En definitiva: si el siglo V ha sido el de los grandes movimientos de pueblos, el siglo VI va a ser el momento de profundos reajustes.

Las grandes entidades políticas germánicas

En función de su capacidad de resistencia a los cambios, cabe distinguir dos categorías de Estados germánicos: aquellos que fueron absorbidos por otros más fuertes (los suevos por los visigodos, los burgundios por los francos...) o que no resistieron la contraofensiva bizantina (vándalos u ostrogodos) por un lado. De otro, los que sobrevivieron a las distintas fluctuaciones, al menos hasta la irrupción de los musulmanes en Occidente a comienzos del siglo VIII. En este segundo grupo cabe distinguir a:

a) Anglos y sajones: Asentados en un territorio de débil romanización llevaron a cabo un reparto en distintos reinos, identificados por la historiografía tradicional con el nombre de la «heptarquía» anglosajona: reinos de Kent (juto), Essex, Sussex y Wessex (sajones) y Northumbria, Eastanglia y Mercia (anglos). El muro adriano supone su frontera septentrional. Gales y Cornualles quedaron como refugio de la población céltica. Escasas son las referencias de que se dispone para el conocimiento de la trayectoria histórica del mundo anglosajón. Se reducen, prácticamente, a la *Historia eclesiástica del pueblo inglés* escrita a comienzos del siglo VIII. La pugna entre los distintos régulos por alcanzar la supremacía sobre sus vecinos y la evangelización de los anglosajones por los monjes romanos resultan los aspectos más destacables.

b) Los francos: La política expansiva de Clodoveo, iniciada desde su primitivo reino de Tournai en el 481, ha sido la articuladora del poder franco sobre la Galia en una coyuntura particularmente favorable. En una serie de operaciones militares fueron vencidos todos los poderes asentados desde el Canal de la Mancha a los Pirineos: el reducto romano de Soissons; la cuña alamana del Este, destruida en la batalla de Tolbiac (496); la presencia visigoda al norte de los Pirineos, anulada en la batalla de Vouillé (507) y, en definitiva, los burgundios, fácilmente neutralizados.

La conversión de Clodoveo, desde el puro paganismo a la ortodoxia católica, le pudo presentar ante los ojos de la Iglesia —demasiado suspicaz ante el arrianismo de otros pueblos germanos— como una especie de nuevo Constantino. El nivel moral de los francos, sin embargo, no debió de crecer por ello de forma perceptible. Las brutalidades de las que se hicieron protagonistas Clodoveo y sus sucesores y que con tanto realismo plasmó Gregorio de Tours, distan mucho de ajustarse a los normales principios de la ética cristiana.

Por otro lado, Clodoveo fue incapaz de organizar un Estado firme sobre sus amplias conquistas territoriales. La tónica bajo la que se desenvuelve políticamente el mundo franco durante los dos siglos que suceden a la muerte de este monarca es la de la disgregación de la Galia a manos de sus sucesores, que se combatirán con ferocidad. Salvo algunos momentos de esporádicas reunificaciones, el país se articulará en cuatro grandes entidades: Austrasia, el reino franco más oriental, curtido en la pugna con sus vecinos sajones, turingios, bávaros...; Neustria, el Estado más occidental, país de los francos por excelencia y con su centro principal en París; Borgoña, situada desde Champaña a Provenza, con una abundante población galorromana; y, por último, Aquitania, que no llegó a constituir como las otras un reino, aunque mantuvo frente a ellas una postura de cerrada insumisión.

A comienzos del siglo VII puede decirse que la nobleza se ha impuesto por completo, en los distintos Estados francos, a unos débiles monarcas. Una figura, el mayordomo de palacio, acaba desempeñando, de hecho, las funciones reales. De una familia de mayordomos de palacio, los arnulfingos o carolingios, surgirá la dinastía que salve a la Galia franca en los momentos dramáticos de la irrupción musulmana.

c) Los visigodos: La expulsión de los visigodos del sur de la Galia tras la jornada de Vouillé provocó un desplazamiento de su centro político hacia la Península Ibérica: Toledo sucede a Toulouse como capital.

La primera fase de la monarquía visigoda de Toledo

(hasta el 624 aproximadamente) es la de la pugna por la unidad de la península en una doble vertiente: la religiosa oficialmente se logrará tras la conversión de Recaredo al catolicismo en el III Concilio de Toledo (589); la territorial fue impulsada por Leovigildo (absorción del reino suevo de Galicia) y concluida por Suintila (expulsión definitiva de los bizantinos, asentados en el litoral mediterráneo). Cántabros y vascones permanecerán, sin embargo, pertinazmente insumisos.

La segunda etapa de la monarquía hispano-visigoda, tras unos inicios prometedores, conoce, desde mediados del VII, los intentos desesperados de los soberanos por neutralizar la fuerza de una nobleza cada vez más sólida y turbulenta. Los intentos acometidos por Chindasvinto y Wamba para rehacer la autoridad real no alcanzarán sus objetivos. Hacia el 700, el «morbo gótico» —la lucha a muerte entre los distintos linajes— había convertido al Estado visigodo en un organismo al borde del colapso. Once años después, un reducido ejército islámico bastó para destruir a los contingentes visigodos que trataron de cortarle el paso. Con ellos desapareció la superestructura política creada por los germanos en la península unos siglos antes.

* * *

El asentamiento de los germanos en la *pars occidentalis* del viejo Imperio romano planteó de forma aguda el problema de la coexistencia con el elemento indígena. A ello hay que añadir también las cuestiones derivadas de la peculiar asimilación por los recien llegados de los organismos de poder que Roma había creado desde hacía varios siglos y que, en aquellos momentos, habían sufrido ya un serio desgaste.

Las migraciones no provocaron serias transformaciones en la estructura demográfica de los países afectados. Los bárbaros, se calcula hoy, no supondrían más allá de un 5 por 100 de toda la población del Imperio. El número de vándalos que pasaron al Norte de Africa no

sería superior a los cincuenta mil. Los suevos posiblemente no superasen esta cifra. El número de visigodos asentados en la península oscilaría entre los doscientos mil, cifra dada por Menéndez Pidal, y los trescientos mil que da Pérez Pujol. Y, posiblemente, constituyeron uno de los grupos de germanos más numeroso.

Ante tan manifiesta debilidad demográfica, los recién llegados hubieron de aferrarse a una serie de medidas a fin de mantener la cohesión necesaria que les permitiese permanecer como superestructura política en medio de una masa de población de ascendencia romana. De ahí, por ejemplo, el interés por evitar los matrimonios mixtos, al calor tanto de disposiciones dadas por los últimos emperadores romanos (constituciones de Valentiniano y Valente del 380) como de las recogidas en las leyes dadas por los monarcas germanos. De ahí también la prohibición de llevar armas a los romanos dada por algunos reyes bárbaros. De ahí, en definitiva, el interés de algunos reyes por mantener el arrianismo como verdadera religión nacional germánica: bajo Leovigildo se opone ésta (la «fides gótica») a la ortodoxia católica («fides románica»).

Los procedimientos de asentamiento variaron: desde el puro y simple despojo de los propietarios romanos, llevado a cabo por vándalos o anglosajones, hasta el reparto de tierras de acuerdo con el sistema de *hospitalitas*. Arranca éste de la disposición de los emperadores Arcadio y Honorio del 398 por la cual los guerreros germanos que ingresaban en calidad de soldados en el ejército romano eran provistos de suministros por el fisco imperial y tenían derecho a un tercio de la casa del propietario en la que se alojasen. Pocos años más tarde, cuando el Estado romano había perdido prácticamente el control de la situación en el Occidente, descargó sus responsabilidades de abastecer a pueblos enteros sobre las espaldas de sus súbditos. Así, los germanos acantonados en la *pars occidentalis* del Imperio pasaron a ser beneficiarios no sólo de la parte de la casa mencionada sino también de parte de los campos circundantes. En el caso, por ejemplo, de los visigodos

asentados en España, los repartos de tierras se hicieron (las teorías difieren) bien a partes iguales con los romanos (un tercio de los campos explotados por el propietario latifundista y dos tercios de las tierras cultivadas por colonos y arrendatarios) o bien de forma sensiblemente ventajosa para ellos: dos tercios de las grandes y pequeñas explotaciones (las *sortes goticae*), quedando un tercio (*tertia romanorum*) para la población indígena. En todo caso, hay que tener en cuenta que el sistema de reparto no alcanzaría —dada la mencionada debilidad demográfica germánica— a la totalidad de los territorios sobre los que ejercían su autoridad política los reyes bárbaros, sino solamente a aquellas zonas donde la población germánica tendió a concentrarse. En el caso de la Península Ibérica, por ejemplo, en el área comprendida entre la línea del Tajo y los cursos medios de los afluentes septentrionales del Duero.

Los primitivos intentos de separación entre las dos comunidades étnicas acabaron, a la larga, sin tener efecto alguno. Cuando Leovigildo, a mediados del siglo VI, derogaba en España la prohibición de matrimonios mixtos no estaba haciendo más que reconocer un hecho irremediable: el de la progresiva fusión de romanos y germanos. Si en un principio se pudo hablar de un reparto de funciones (civiles y eclesiásticas para los romanos, guerreras para los germanos) desde fines del siglo VI puede hablarse de su difuminación. En la Galia y en España, al calor de la eliminación de las diferencias religiosas y de unos contactos recíprocos desde fecha muy temprana, y a pesar de todas las prohibiciones legales, puede hablarse de una mezcla de las aristocracias romana y germánica. Posiblemente pueda decirse otro tanto de las demás categorías sociales.

La consolidación de los Estados germánicos trajo una reafirmación paralela de las tendencias ruralizantes del Bajo Imperio. La tierra se convierte en la principal fuente de riqueza. Siguiendo la pauta romana, la villa es la gran cantidad económica: explotada en parte por el señor con mano de obra servil, y en parte por colonos a cambio de un canon. Las zonas incultas siguen siendo,

sin embargo, la principal característica del paisaje agrario.

Las actividades mercantiles siguen en el Occidente el declinar iniciado desde el siglo III: los mercaderes de los que nos hablan las fuentes, tales como los *transmarini negotiatores* de la España visigoda, son por lo general griegos, sirios o judíos; rara vez hispanos, que, por otro lado, figuran siempre como auxiliares bajo el denominador de *mercenarii*. Esta dependencia en relación con la cuenca oriental del Mediterráneo es un síntoma más de cómo ésta, articulada en la figura política del Imperio bizantino, había sorteado la crisis de fines del mundo antiguo mucho más airosamente que su vecina del Oeste.

El servilismo con el que los monarcas germánicos imitan a Roma o a su heredera Constantinopla tiene otra muestra evidente en el campo de la organización política, aunque los resultados no sean muy afortunados. Así, Teodorico, una vez conquistada Italia, trató de mostrar un exquisito respeto a las viejas instituciones romanas haciendo renacer el Consulado y el Senado. En Toledo, Leovigildo copió el ceremonial bizantino, haciéndose llamar «Flavio» y acuñando monedas en su nombre sobre el modelo de las imperiales. Todos los reyes germanos pretendieron adoptar el sistema fiscal romano aunque con escaso éxito: progresiva decadencia de los impuestos directos aunque, como contrapartida, hubiese un incremento de los indirectos (portoria, portática, pontática...). De hecho, la anarquía nobiliaria que acaba reinando en la España visigoda y en la Galia franca contribuirán a un desarticulamiento del sistema de percepción de impuestos, que obliga a la realeza a vivir casi sólo de sus recursos patrimoniales.

A pesar de las distintas veleidades dignificadoras de signo romano, la noción de *res pública*, como organismo del bien público, sufrió a manos de los germanos un deterioro decisivo. Frente a ella se alza la noción de reino. La realeza tendrá entre los francos un carácter patrimonialista. Entre los visigodos es omnipotente en principio, aunque en la práctica tiene fuertes limitacio-

nes: el carácter electivo contra el que algunos monarcas como Leovigildo o Chindasvinto lucharon sin conseguir imponer el principio hereditario más que en una generación; o la fuerte influencia de la Iglesia que, a través de los cánones de los concilios de Toledo, extiende su protección a la monarquía pero, como contrapartida, exige un recto proceder: es la fórmula del *Rex eris, si recte facies: si non facies, non eris.*

Todo gira en torno al organismo central del poder político, el *Palatium*, en el que se integran una aristocracia y unos servidores que más que funcionarios son empleados tanto domésticos como públicos: son los *comites palatii.* En el caso de los visigodos hubo un respeto hacia la vieja organización provincial romana: los *duces* o duques se convertirán en las autoridades principales de las grandes unidades provinciales, con amplios poderes judiciales, militares y administrativos. De la potencia de tales personajes dan una idea las numerosas rebeliones contra la monarquía visigoda atizadas o encabezadas por ellos. En las ciudades, al calor del declive económico, se asiste a un paralelo declinar de las estructuras municipales romanas: la instalación del *comes civitatis* acabará aglutinando las funciones de las viejas instituciones, salvo la del *defensor civitatis* que acabará en manos de los obispos.

De hecho, la conjunción de las nociones políticas bajo-romanas y germánicas en los Estados bárbaros han provocado un colapsamiento de la vieja noción romanista de ciudadanía. En buena medida contribuyeron a ello también otros factores. En primer lugar, el carácter personal y no territorial que las leyes tienen: Código de Eurico para los hispano-godos y Breviario de Alarico para los hisnano-romanos; ley Gombeta para los burgundios y «Lex romana burgundiorum» para los romanos de la cuenca del Ródano... En segundo lugar, la progresiva difusión de los vínculos de naturaleza jurídica privada por encima de los de naturaleza jurídica pública, aunque en ello lo que los germanos hacen es, en parte, recoger también la tradición romana del Bajo Imperio: extensión de los lazos de encomendación per-

sonal y de colonato. Paralelamente, y prosiguiendo la tradición germánica del séquito o comitiva militar (el *comitatus*), los monarcas bárbaros extenderán los principios de fidelidad personal (gardingado visigodo, antrustionado merovingio) que ligan al soberano con sus fieles, que ven retribuidos sus servicios militares con donaciones de tierras. La costumbre habrá de extenderse a los grandes magnates y a las instituciones eclesiásticas, que procederán también a rodearse de sus propias clientelas de fieles. Empezaba, así, a tejerse una tupida red de relaciones no entre el súbdito y la noción abstracta de Estado, sino entre hombre y hombre, con una serie de deberes y derechos recíprocos que constituyen el esbozo de lo que será la futura sociedad feudal.

LOS DESTINOS DEL IMPERIO ROMANO EN ORIENTE: LA ERA DE JUSTINIANO

Tras las reformas políticas impulsadas por Diocleciano, y a lo largo de todo el siglo IV, se va reforzando el distanciamiento político entre las dos cuencas del Mediterráneo. La unidad ideal del Imperio se mantenía, pero el hecho de la existencia de dos titulares, uno con residencia en Constantinopla y otro en Milán, Ravena o Roma, contribuyó a acentuar las diferencias. Con el destronamiento en el 476 del último emperador del Occidente, la situación se simplifica: en el Oeste los germanos rompen el viejo principio de unidad, mientras en Oriente las provincias del Imperio logran mantener —libres de la ocupación bárbara— la cohesión en torno a un único emperador. El Imperio romano de Oriente, Bizancio, da sus primeros pasos. ¿Como mera prosecución de la decadencia del Imperio romano?

Autores que desde el siglo XVIII han especulado sobre la crisis del mundo antiguo así lo han reconocido. Hoy, por el contrario, se piensa en la impropiedad de esta tesis. Los diez siglos de vida del Imperio bizantino son un período de tiempo demasiado largo como para poder afirmar que corresponda sólo a una degradación lenta del mundo clásico en la parcela oriental del Mediterráneo. Bizancio experimentó, en efecto, a lo largo de estos años, gravísimas crisis pero también momentos de claro resurgimiento. Bizancio tuvo, por tanto, su personalidad propia. Fue más que simple supervivencia de la civilización clásica. Fue un Estado medieval situado en la zona de contacto entre Europa y Asia que hasta el siglo XV, dice Diehl, «fue la sede de una

civilización que descollaba entre todas, una de las más brillantes que conoció la Edad Media, y quizá la única que en realidad conoció Europa entre fines del siglo V y principios del XI». Bizancio fue para el mundo eslavo y oriental, dice Runciman, lo que la Roma de los Papas para el mundo occidental: la que aportó a los pueblos que giraban en torno a ella la religión y la civilización conjuntamente.

Zona de contacto entre civilizaciones, la bizantina experimentó diversas influencias. Las de la tradición clásica en su doble proyección jurídica y literaria. La influencia cristiana en segundo lugar: las conexiones de la Iglesia con la vida pública y privada son factor de primer orden a la hora de explicarnos la trayectoria histórica del Imperio romano de Oriente. En último término, el contacto con Oriente marcó una fuerte impronta, al calor primero del renacimiento de la Persia sasánida y luego del auge del mundo musulmán: la tradición monárquica bizantina, la ceremoniosa etiqueta que rodea al soberano, la afición al lujo y a las actitudes majestuosas, el grandioso ceremonial de muchas manifestaciones de la Iglesia bizantina... hincan sus raíces en actitudes propias de las civilizaciones orientales.

De la fundación de Constantinopla a Justiniano

La conversión de Constantino al Cristianismo constituye un acontecimiento al que los historiadores han dado siempre muy variadas explicaciones. La fundación de Constantinopla en el 324 constituye también una suerte de enigma. La interpretación tradicional vio la decisión del emperador como el resultado del capricho de un déspota, presa de fervientes sentimientos de un cristianismo no muy bien asimilado. Para un neófito como él, Roma se ligaba al recuerdo de una ciudad pagana en la que se encontraba sumamente incómodo. Constantinopla sería una ciudad de nuevo cuño exclusi-

vamente cristiana, destinada a ser la nueva capital del Imperio. Se trata de una hipótesis que hasta nuestros días han defendido algunos autores como Ferdinand Lot. El bizantinista Paul Lemerle sostiene muy diferentes puntos de vista: Constantinopla ya existía desde antes como Bizancio y en las ceremonias de su «fundación» se observaron los ritos paganos. Aparte de ello, junto a iglesias cristianas pervivieron templos paganos.

Sin embargo, más importante que el hecho de su fundación es el de su brillante destino, avalado por unas excelentes condiciones estratégicas que la convirtieron en llave de los estrechos y, consiguientemente, en la vigilante de los intercambios mercantiles entre el Mediterráneo y el Mar Negro. Circunstancia ésta, clave en momentos particularmente difíciles.

Desde la fundación de Constantinopla, el Imperio tuvo, teóricamente, dos capitales. Sin embargo, el irremediable declinar de Roma en particular y del Occidente mediterráneo en general provocó una rápida basculación de los centros de las grandes decisiones políticas hacia Oriente. Mientras las provincias occidentales fueron cayendo en manos de los pueblos germánicos, las del Este lograron mantenerse firmes frente a todos los avatares. A diferencia de Roma, Constantinopla no sufrió en estos años ni asaltos ni saqueos. A diferencia de Roma, que perdió sus graneros del Norte de Africa, Constantinopla logró mantener sus zonas de aprovisionamiento (Asia Menor y Egipto) libres de irrupciones. A diferencia de Roma, Constantinopla tuvo en los momentos dramáticos del siglo V una hábil diplomacia que logró canalizar hacia el Occidente a las oleadas germánicas.

Desde la muerte de Teodosio en el 395, los emperadores orientales consiguieron mantener un equilibrio entre los grupos germanistas y romanistas de la corte. Si bien, como en Occidente, aparecen figuras de caudillos bárbaros al lado de los emperadores, su ascendiente no será tan grande que los convierta en los instrumentos imprescindibles para su defensa. Así, si en Occidente

las muertes de Estilicón o de Aecio dejaron a Italia prácticamente indefensa frente a visigodos y a hunos, los asesinatos en Oriente del godo Gainas o del alano Aspar no fueron sucedidos de grandes conmociones. Los propios emperadores de Constantinopla, amparados en su más favorable posición, llegaron a ejercer su autoridad —aunque sólo fuera de forma simbólica— en todo el ámbito mediterráneo. Así, Teodosio II promulgó en el 435 unas constituciones imperiales en nombre suyo y en el de su débil colega de Occidente Valentiniano III. Uno de sus sucesores, Zenón, envió en su propio nombre a Italia a Teodorico y sus ostrogodos en el 488, después de conceder a este caudillo germano los títulos de *magister militum* y de cónsul. Los reyes bárbaros, en definitiva, a pesar de la desaparición del poder imperial en Italia en el 476, seguían teniendo una especie de veneración hacia el nombre de Roma, ahora simbolizado en la figura del emperador de Constantinopla, al que, de forma más o menos consciente, se le consideraba como un superior jerárquico aunque distante.

* * *

Si las presiones de los pueblos bárbaros no llegaron a poner nunca en serio peligro al Imperio romano en Oriente, las querellas religiosas amenazaron, por el contrario, desde un principio su estabilidad interna.

El Mediterráneo oriental, zona donde el Cristianismo se encontró mucho más arraigado en los años finales de la Antigüedad, fue también terreno más abonado para los movimientos espirituales disidentes.

Después de las conmociones provocadas en Oriente por el arrianismo y la reacción pagana de Juliano, las medidas de Teodosio acabaron por convertir al Cristianismo niceano en religión del Estado.

Las querellas cristológicas retoñaron en Oriente a la hora de fijar cómo las dos naturalezas de Cristo se habían unido en su persona. Nestorio, clérigo de Antioquía y luego patriarca de Constantinopla, distinguió

rígidamente ambas naturalezas, dando particular énfasis a la humana. El clero alejandrino reaccionó vigorosamente y logró de Teodosio II la celebración de un concilio en Efeso (431) que desautorizó a Nestorio. Sus puntos de vista se mantendrían en algunas regiones del Imperio bizantino, pero los logros más importantes se producirían más allá de sus fronteras: en la Persia sasánida, enemiga jurada de Bizancio y consiguientemente protectora de todo aquello que pudiese debilitar su potencia, y en el mismo corazón del Asia de las estepas, donde el nestorianismo mantedrá comunidades entre algunos pueblos mongoles hasta fecha muy tardía.

La derrota del nestorianismo fue un triunfo para el patriarcado de Alejandría, en donde pronto se abrió paso una corriente diametralmente opuesta: el monofisismo, condenado por el concilio de Calcedonia del 451 que definió a Cristo como «único en dos naturalezas». Sin embargo, el triunfo de la ortodoxia niceana no logró ni erradicar el monofisismo ni acabar con el resentimiento que contra Constantinopla se abrió paso en las provincias más orientales. El monofisismo empezó, entonces, a alcanzar carta de naturaleza como un verdadero ingrediente nacionalista que mantuvo a Egipto y Siria en un estado de casi permanente tensión contra el poder central de Bizancio.

Justiniano y la política de reorganización interna

El siglo VI, época de reajustes para los distintos Estados germánicos del Occidente, constituyó para el Imperio romano de Constantinopla un período en que de forma evidente se mostraron sus grandezas y sus limitaciones. Hablar de «siglo de Justiniano», dentro de lo que de retórica pueda tener esta expresión, supone hablar de unos años de esplendor cultural para la cuenca oriental del Mediterráneo pero también del gigantesco fracaso en los intentos de restauración de la perdida unidad política del viejo Imperio romano.

La obra de Justiniano responde a dos principios: el romanismo, como principio de restauración política; y el Cristianismo, impuesto no sólo como dogma de fe sino también como auténtico elemento aglutinante del Imperio.

a) La labor legislativa ha sido, sin duda, el aporte más positivo y durable de la labor justinianea. El *Corpus juris civilis* se estructuraría, como acoplamiento de las leyes de la antigua Roma al mundo bizantino proyectado hacia todo el Mediterráneo, en cuatro conjuntos: el *Código justinianeo,* que recogió las constituciones imperiales desde mediados del siglo II a mediados del siglo VI; el *Digesto* o *Pandectas*, recopilación de la obra de los principales jurisconsultos; la *Instituta,* especie de manual para universitarios y, por último, las *Novellas*, leyes promulgadas con posterioridad al Código.

Paralelamente a la política legislativa, Justiniano acometió una amplia reforma administrativa cuyos frutos fueron mucho más limitados de lo que el soberano pretendió. El toque de atención para el emperador fue dado por la revuelta popular de la Nike en el 532, que hubo necesidad de aplastar violentamente después de estar a punto de hacerse dueña de la ciudad. Justiniano quiso reparar errores pasados cometidos por su odiado ministro de hacienda Juan de Capadocia, promulgando una serie de *novellas* que reformasen y saneasen la justicia, acabasen con los abusos de los grandes propietarios y suprimiesen la venalidad de los cargos. Todo quedó en una pura declaración de principios. En efecto, contradicciones insuperables acabaron por reducir a la nada estos proyectos. N. Baynes dice al respecto que «si se disminuían las contribuciones sufriría el fisco y sucedería lo mismo con las reconquistas, con la defensa de las fronteras amenazadas y con los grandes proyectos de construcción para los cuales el dinero era esencial». La amplitud de miras de la política exterior, en definitiva, forzó al emperador a cerrar los ojos ante la falta de escrúpulos de unos funcionarios rapaces.

b) La política religiosa vino condicionada, en buena medida, por el carácter «romanista» que Justiniano trató

de inculcar a su Imperio. Dos hechos fueron sintomáticos a este respecto: el cierre de la Escuela de Atenas en el 529, uno de los últimos reductos del paganismo; y la *entente* suscrita con el pontificado romano, por la cual el emperador se comprometió a combatir sin tregua a la herejía en Oriente. Estos proyectos, sin embargo, chocaron con actitudes de signo más «orientalizante» y políticamente más realistas. La emperatriz Teodora, una advenediza dotada de gran inteligencia, vio más positiva una reconciliación de Constantinopla con sus provincias orientales disidentes que unas miras universalistas en las que Bizancio hipotecaba su libertad de acción al someterse a los dictados del Papado. Su objetivo era, en definitiva, la construcción de una fuerte monarquía oriental.

Justiniano fue incapaz de adoptar una política lo bastante coherente: el Concilio de los Tres Capítulos celebrado en el 543 bajo el patrocinio imperial rectificó algunas decisiones del de Calcedonia, condenatorio del monofisismo. El papa Vigilio, arrastrado violentamente a Constantinopla, acabó por ceder ante las presiones. Sin embargo, la querella habría de saldarse con un fracaso por cuanto el Occidente romano-germánico se negó a secundar esta actitud y reforzó sus reticencias ante la postura político-religiosa de Constantinopla.

c) Las bases materiales del Imperio justinianeo merecerían un amplio juicio positivo si las analizásemos a través de las expresiones artísticas que, en buena medida, han contribuido a dar el nombre del emperador a toda una época. Santa Sofía de Constantinopla, inaugurada solemnemente en la Navidad del 537, o las iglesias de Ravena (la de San Vital y las dos dedicadas a San Apolinar) constituyen las mejores manifestaciones de la síntesis de elementos (romanos, griegos, orientales y cristianos) que contribuyeron a la forja de la civilización bizantina.

En el campo de la economía, el Imperio de Justiniano y sus sucesores mantuvo una situación ventajosa en relación a sus vecinos occidentales. Pero no es menos cierto, por otro lado, que empezó a experimentar desde

estos años pesadas hipotecas. Las actividades mercantiles (y la propia Constantinopla era una buena expresión de ellas) se mantuvieron a un notable nivel al calor de la reconstrucción de la unidad política del Mediterráneo, pero con el Extremo Oriente (la ruta de la seda principalmente) las relaciones se vieron sensiblemente obstaculizadas por la hostilidad de la Persia sasánida con la que nunca se llegó a una paz duradera.

El Imperio que surgió en torno a Constantinopla fue, sin embargo, esencialmente agrícola. La tierra, como en el Occidente, era la principal fuente de riqueza. Como en el Occidente también, la gran propiedad tuvo un gran peso, ya fuera en manos de grandes latifundistas laicos, ya fuera amasada por las grandes instituciones monacales. Sin embargo, a lo largo del siglo VI, la pequeña y mediana propiedad seguían teniendo un fuerte peso en la economía: *possesores* de parcelas que habitaban en la comuna agrícola libre (el *vicus* o *jorion*). No obstante, la pesadez de las cargas fiscales fue provocando un progresivo descenso de la importancia de esta clase que acabará, en buena medida, cayendo en los lazos del colonato por la vía del patronazgo de los grandes. A fines del reinado de Justiniano, el número de colonos adscritos (los *georgoi*) experimentó un sensible aumento, aunque su vida fuera menos miserable que la de sus colegas de la Europa Occidental.

La política exterior. La reunificación mediterránea

El calificativo de «romano» con el que se acostumbra a conocer el período de la historia de Bizancio que tiene su núcleo central en el Siglo de Justiniano, se justifica tanto por sus actitudes políticas internas como por el intento de reconstrucción de la unidad del mundo mediterráneo.

En principio, esta empresa se podía decir que contaba con el favor de las poblaciones romanas ortodoxas, que soportaban mal en algunas zonas el dominio de los

reyes germánicos arrianos. Pero, a la larga, hubo de constituir un rotundo fracaso. La acción reconquistadora se desarrolló en tres frentes:

a) El Norte de Africa, en donde el reino vándalo desapareció en una sola batalla: el encuentro de Tricamerón librado en el 533. Las dificultades llegarían más tarde para los generales bizantinos, que hubieron de emprender penosas campañas de pacificación frente a las poblaciones bereberes. De hecho, Constantinopla no llegó a dominar de forma efectiva más que algunos puntos de la costa.

b) El reino ostrogodo de Italia ofreció una inesperada resistencia que puso en tela de juicio la solidez militar de Bizancio. Belisario, el héroe de las campañas africanas, logró, en una primera expedición, controlar la Península Itálica y enviar al monarca ostrogodo Vitiges prisionero a Constantinopla (539). Años más tarde, sin embargo, un nuevo caudillo, Totila, se levantó en armas y logró batir a Belisario. Con grandes esfuerzos, Constantinopla pudo reunir un nuevo ejército al mando de otro general más afortunado, Narses, que en el 552 logró pacificar Italia, convertida de nuevo en provincia del Imperio. El error cometido al destruir la monarquía ostrogoda tuvo enormes repercusiones en un futuro inmediato: ni la población romana de la península consiguió ver unos libertadores en los ejércitos bizantinos a los que siguió una pléyade de funcionarios del fisco que reconstruyeron el pesado sistema tributario; ni Constantinopla pudo desempeñar lucidamente su papel de defensora de una Italia que desde el 568 sufrió la aparición de otro pueblo mucho más feroz que los ostrogodos: los lombardos.

c) En el 551 y al amparo de una de tantas discordias internas de la monarquía visigoda, fuerzas bizantinas ocuparon parte del litoral mediterráneo español. Sin embargo, las tres cuartas partes de la Península Ibérica escaparon a sus manos. La misma población hispanorromana no parece que acogiese con demasiado entusiasmo una presencia bizantina que no debió rebasar los límites de una simple ocupación militar. Su progre-

siva eliminación será una de las tareas que se marquen los soberanos visigodos casi de inmediato.

El balance de la «reconquista» mediterránea fue sumamente pobre. La totalidad de la Galia y el Africa occidental escaparon a la ocupación. Las zonas conquistadas se encontraron (el caso de Italia, sobre todo, tras una larga guerra) en una lamentable situación económica. Las autoridades bizantinas, amén de impopulares, se vieron limitadas en su actuación por la escasez de fuerzas para mantener una ocupación eficaz.

El fuerte desgaste militar que los bizantinos experimentaron en el Mediterráneo occidental repercutió de forma sangrante en la política defensiva que hubo que mantener en Oriente. Los persas fueron difícilmente contenidos en sus incursiones sobre Siria. La paz que Justiniano suscribió en el 562 se logró sólo a cambio de un pesado tributo. Sobre el frente danubiano, los generales bizantinos lograron contener el peligro representado por los eslavos y los restos del pueblo huno, pero sin conjurarlo de forma definitiva.

Defensiva en Oriente y resultados ilusorios en Occidente constituyen el legado político-militar que Justiniano transmite a sus sucesores.

La irrupción lombarda en Italia: invasión tardía y primera fisura de la unidad bizantina en el Mediterráneo

Pueblo renombrado por su valor y fiereza, los lombardos habían aprendido el camino de Italia como mercenarios de Narsés. Pero su entrada masiva en la península se producirá sólo después de la muerte de Justiniano. Invasión anárquica, su resultado más inmediato fue la división de la Italia ocupada en treinta y cinco ducados. En el 584, un nuevo caudillo lombardo, Autario, logró unificar las bandas y reemprender la ofensiva contra los bizantinos, que se vieron reducidos al sur de la península y a una franja litoral al norte.

En los años sucesivos, los lombardos irán suavizando

bastante sus costumbres: en el 643 se promulga el Edicto de Rotario. Luitprando, buen católico, fue el más grande rey lombardo. Uno de sus sucesores, Astolfo, tomará Ravena a los bizantinos en el 751.

Es el momento culminante de la Italia lombarda. Sin embargo, sus debilidades internas eran demasiado grandes. En efecto, la autoridad de los monarcas se ejerce con dificultades sobre un conglomerado de ducados (Friul, Spoleto, Benevento, Toscana...) en los que la influencia real se deja sentir a lo sumo a través de un intendente (el gastaldo) que administra una parte del ducado. La introducción de la práctica de la *commendatio* (pareja al patronato romano) a cargo de los poderosos y la percepción por éstos de parte de las gabelas por actividades mecantiles, contribuyeron también a debilitar las bases sobre las que la monarquía se sustentaba.

A mediados del siglo VIII los lombardos hubieran podido crear una especie de sentimiento nacional en la Península Itálica. Pero esta oportunidad llegaba demasiado tarde: los francos iban a hacerse dueños de la situación política en el Occidente por encima de los distintos poderes locales.

LA IGLESIA CATOLICA COMO HEREDERA DEL IMPERIO DE OCCIDENTE

En el Imperio bizantino ya hemos visto el importante papel que tuvo el Cristianismo como uno de los ingredientes básicos de su civilización. Algo semejante puede decirse del Occidente germano-romano. Más aún, la Iglesia católica va a convertirse en este área en el elemento de unidad de un mundo atomizado políticamente. A lo largo de los tres siglos que transcurren entre la irrupción masiva de los pueblos germánicos en el Occidente y la aparición de los musulmanes en la Península Ibérica, la Iglesia católica va a contribuir a la creación de una comunidad de intereses que van a dar una personalidad propia a la sociedad europea.

Cristianismo y cultura antigua

Desde la época de la Ilustración hasta nuestros días se ha mantenido vivo el debate de si el Cristianismo fue el destructor, el complemento o la pieza de recambio de la cultura clásica pagana en decadencia. Todo parece indicar que, a lo largo de una serie de generaciones (que se iniciarían con la representada por Tertuliano y que culminarían en el siglo V con San Agustín), el pensamiento cristiano trató de llegar en el Occidente a un compromiso con la cultura antigua.

El judaísmo, reducido a unos exiguos límites, dejó de ser un enemigo peligroso para la primitiva cristiandad. En los momentos finales del mundo antiguo el diálogo sinagoga-iglesia fue sustituido por un estéril monólogo y

en el seno de la comunidad cristiana, por una lamentable confusión entre los planos histórico y teológico, se fueron creando las condiciones favorables para la conformación de un incipiente antisemitismo.

Cara a la sociedad antigua, la cultura pagana constituyó para los cristianos el verdadero rival con el que competir en el mundo mediterráneo.

Aunque resulte difícil establecer una serie de etapas bien definidas en la pugna, cabe pensar en un primer momento de abierta hostilidad, cuyas consecuencias habrán de proyectarse hacia el futuro; una segunda etapa que respondería a los principios, señalados por S. Katz, de «compromiso, ajuste y reconciliación»; y un tercer momento en el que la Iglesia católica se hace la receptora y conservadora de una cultura clásica en trance de desaparecer.

a) El choque entre Cristianismo y cultura clásica quedó marcado en un principio por lo irreconciliable de las dos posturas. Del lado pagano, Celso con *La verdadera palabra* en el 178, y Porfirio, en la siguiente centuria, con *Los quince libros contra cristianos* trataron de mostrar la debilidad de argumentos sobre los que descansaban las posturas doctrinales de éstos. Tales actitudes se mantendrán en los sectores más conservadores de la sociedad romana, incluso después del «giro constantiniano». La actitud de Juliano el Apóstata es sumamente significativa. Como también lo fue la del prefecto Símaco, portavoz de todos aquellos que habían visto en la alteración de las costumbres tradicionales (y el Cristianismo había sido uno de los principales responsables de ello) la causa de la decadencia del mundo antiguo.

Frente a estos autores se levantaron los apologetas. Justino hizo frente, indistintamente, a judíos y paganos. En Occidente, Tertuliano con su *Apologeticum* (197) pugnó contra judíos, paganos y gnósticos. Su «¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén?» ha pasado a la historia como una de las mejores expresiones de la intransigencia de posturas que se respiraba entre los primeros autores cristianos. Dos convicciones se fueron perfilando entre ellos: la de constituir el segundo Israel

en el que, a través de Cristo, se habían cumplido las esperanzas mesiánicas; y la de considerar (frente a los paganos) al Cristianismo no sólo como la redención sobrenatural, sino también como la religión moral, el conocimiento verdadero; en definitiva, una auténtica filosofía. Una muestra de la «helenización» del Cristianismo, de la que habló Harnack en el pasado siglo, que constituiría un factor favorable para su difusión en la sociedad clásica.

b) La línea de compromiso entre Cristianismo y cultura clásica gozó desde época muy temprana de factores favorables. Un sector de cristianos consideró al propio Imperio como instrumento válido para la más fácil difusión de la doctrina. Los autores cristianos eran personas que habían forjado su acervo cultural en el estudio de las grandes figuras del paganismo: los argumentos teológicos se inspiraron en buena medida en los moldes de la filosofía clásica. La utilización de la alegoría, que permitía una variada interpretación de los hechos y los documentos, supuso un excelente instrumento de acoplamiento entre la cultura antigua tradicional y las nuevas corrientes doctrinales. En la primera mitad del siglo V, Marciano Capella, en sus *Nueve libros de las Nupcias de Mercurio y la Filología*, expuso de forma alegórica y con el notorio influjo del pensamiento clásico lo que iba a ser la estructura de los estudios a lo largo de la Edad Media: las Siete Artes Liberales, divididas en *Trivium* (Gramática, Retórica y Dialéctica) y *Quadrivium* (Aritmética, Geometría, Astronomía y Música).

Desde mediados del siglo IV, a los grandes doctores de la Iglesia griega (San Atanasio, San Basilio, San Gregorio de Nisa, San Gregorio Nacianzeno o San Juan Crisóstomo) se unen las tres grandes figuras de las letras latino-cristianas:

San Ambrosio, elegido obispo de Milán en el 374. Su correspondencia habla bien de la variedad de fuentes en las que se inspiró: Cicerón, Virgilio, Platón y los neoplatónicos, en simbiosis con la moral cristiana y la ética estoica. Sus tratados *Deberes de los ministros sagrados*

(«esfuerzo de cristianización de los valores de la moral romana tradicional») y *De virginitate* constituyen clásicos de la espiritualidad dedicados a dos categorías especiales de cristianos.

San Jerónimo, nacido en Stridón (Dalmacia) hacia el 346, presenta una rica personalidad intelectual: polemista en la línea de un Tertuliano, propagandista de la ascesis monástica, historiador y, sobre todo, concienzudo estudioso de la Biblia. Hasta el 391, y por sugerencias del papa Dámaso, Jerónimo se preparó para una ardua tarea de traducción que se inició en esta fecha y se prolongó hasta su muerte, hacia el 420. Su resultado sería la Vulgata, admitida como la versión canónica de la Biblia por la Iglesia romana varios siglos más tarde.

San Agustín, nacido en Tagaste (Africa del Norte) en el 354, es el verdadero ensamblaje cultural y social con el Medievo, en expresión de H.I. Marrou. Convertido al Cristianismo en el 386, será elevado al episcopado de Hipona diez años más tarde. De su abundante producción literaria hay dos obras que pueden ser consideradas culminantes: Sus *Confesiones*, escrita hacia el 400, constituye un apasionante estudio de su trayectoria espiritual. El *De Civitate Dei*, escrito entre el 411 y el 427, puede ser considerado como la primera filosofía de la historia del Cristianismo. Escrita en principio como réplica a las observaciones críticas de algunos autores paganos que culpaban a los cristianos de la decadencia y desdichas del mundo clásico, rebasó con mucho estos primitivos objetivos. La trayectoria de la humanidad tiene como telón de fondo la pugna entre dos ciudades (término tomado en un sentido místico): la terrestre, que agrupa a todos aquellos que viven de acuerdo con el hombre, y la divina, que agrupa a aquellos que viven según el espíritu. La venida de Cristo va a propiciar la puesta en marcha de una expresión jerárquica (la Iglesia) que hará posible el triunfo de la segunda al final de los tiempos.

De Civitate Dei constituirá el punto de arranque de toda la especulación histórica de cuño cristiano, y un

documento tomado como fuente de inspiración política a lo largo del Medievo.

c) A la vez que se producen los diversos reajustes políticos en las monarquías germánicas del Occidente desde comienzos del siglo VI, una serie de figuras, vinculadas por lo común al medio eclesiástico, tratan de mantener los rescoldos de una cultura clásica sumamente quebrantada. Los movimientos de los que se hicieron protagonistas han quedado bajo el denominador de «prerrenacimiento». Ellos hicieron posible más tarde el «renacimiento» carolingio.

En Italia, bajo dominio ostrogodo, dos figuras destacan con gran fuerza. Boecio, el «último romano», transmitirá a la Edad Media cierto número de conceptos de la filosofía antigua, sobre todo los de cuño platónico o platonizante. Condenado a muerte el 524 por habérsele encontrado culpable de una conjura contra Teodorico, escribirá en la prisión su *Consolación de la Filosofía,* verdadera filosofía religiosa mezcla de prosa y verso. Flavio Aurelio Casiodoro mantendrá en sus *Cartas diversas* la tradición cancilleresca clásica. Autor de una *Historia de los godos,* acabó retirándose al monasterio de Vivarium en donde desarrolló una amplia labor de la que la mejor expresión fueron sus *Instituciones divinas y seculares.*

Bajo la dominación bizantina, el éxito de la Pragmática del 554 para la protección de los estudios clásicos fue escasa. Bajo los lombardos, las grandes figuras, con San Gregorio Magno a la cabeza, se preocupan más por estudios litúrgicos o por tareas misionales que por abrirse a los autores paganos.

En la Galia franca la figura de Gregorio de Tours expresa en su latín mediocre la decadencia de la cultura clásica en su patria. Su *Historia eclesiástica de los francos* le ha valido el pomposo título de «Herodoto de las Galias». La figura de Venancio Fortunato cierra el siglo VI. En la centuria siguiente, del hundimiento prácticamente total sólo se salva Fredegario.

En la España visigoda, a lo largo del siglo VI, los focos de culturas se encuentran localizados en la perife-

ria: en ella escriben el abad Victoriano (en el monasterio de Ason), Justo de Urgel, autor de unos comentarios de *El Cantar de los Cantares*, Liciniano de Cartagena, San Martín de Dumio, autor de varias obras entre las que descuella su *De correctione rusticorum*. En el tránsito al siglo VII escriben San Leandro de Sevilla y Juan de Biclara, autor de una *Crónica* que recoge los acontecimientos entre el 567 y el 590. La labor de mayor envergadura la emprende San Isidoro (570-636): obras doctrinales, ascéticas, científicas, históricas (*Crónica universal, Historia de los reyes godos, suevos y vándalos...*), filosóficas y, sobre todo, las *Etimologías*, verdadera «Summa», producto de un saber enciclopédico más que de un conocimiento profundo. La obra de Isidoro habrá de constituir uno de los principales instrumentos de trabajo del intelectual medieval.

Las Islas Británicas, después de su evangelización en la primera mitad del siglo VII, se van a convertir también en receptáculo de la tradición romana. Yarrow, Malmesbury, Wearmouth, serán los grandes centros. La figura más descollante será Beda el Venerable (672-735) en quien se funden las tradiciones irlandesas y romanas. Su *Historia eclesiástica del pueblo inglés* es considerada como uno de los primeros ensayos de historia nacional.

El movimiento monacal hasta el triunfo de la regla benedictina

El monaquismo constituye un fenómeno común a muy distintas religiones. Desde un punto de vista estrictamente sociológico, responde a unos deseos de perfeccionamiento que llevan a una comunidad a organizarse en «secta», guiada por el carisma personal de su fundador y por su fervor religioso. Frente a ella se encuentra la «Iglesia», reino de la estabilidad y del conservadurismo, con una tendencia a la unidad y a la universalidad y, consiguientemente, con unas exigencias morales mucho más suavizadas.

En el caso concreto del Cristianismo, el monacato adquiere unos peculiares matices y constituye uno de los fenómenos más interesantes de su trayectoria histórica. A pesar de que las órdenes monásticas protagonizaron un cierto pluralismo religioso, ello no fue obstáculo para ser compatibles con la unidad que la Iglesia trató de imprimir.

a) El monacato, tanto en su versión eremítica como cenobítica, tiene su cuna en Oriente. Ambas tendencias, sin embargo, no son radicalmente opuestas. El eremita San Antonio, por ejemplo, alejado del mundo desde el 271, se convirtió en los últimos años de su vida en un famoso maestro. San Pacomio, a caballo entre los siglos III y IV, será el primer maestro de la vida comunitaria. De su regla derivará la de San Basilio (a mediados del siglo IV), que informará a todo el monacato oriental bajo los principios de la castidad, obediencia, pobreza, meditación y trabajo.

Al lado de estas corrientes surgirán otras con mayor tendencia al aislamiento: las lauras del otro lado del Jordán, en las que coexisten la vida eremítica y ciertos contactos entre los distintos monjes; o los «monjes estacionarios», de los que Simeón el Viejo (389-459) será una de las figuras más representativas.

b) El monacato no benedictino en el Occidente fue, en cierta medida, originado por la proyección del de la otra cuenca del Mediterráneo. La mayor parte de los Padres de la Iglesia latina tuvieron algunas veleidades de este tipo: San Jerónimo pasó una buena parte de su vida en una colonia monástica cercana a Belén; San Agustín dio al clero de su diócesis una estructura semimonástica; en Italia, Casiodoro fundó el monasterio de Vivarium en el que pasó los últimos años de su vida; San Leandro y luego San Isidoro crearon reglas monásticas en la España visigoda; en la Galia hicieron lo propio Cesáreo de Arlés y San Martín de Tours.

Frente a esta multiplicidad de reglas, muchas de ellas de efímera duración, el monacato irlandés tendrá una pujanza mucho mayor. Síntesis de eremitismo y cenobitismo, de vida regular y secular, de misticismo y forma-

lismo, entró en verdadera simbiosis con el medio ambiente social de la Isla, caracterizado por la ausencia de ciudades y la presencia del clan como elemento encuadrador. El abad era obispo y ejercía su autoridad sobre todo el territorio del clan. Varias características actuaron como elementos diferenciadores en relación con el monacato continental: la extremada dureza penitencial, las peculiaridades rituales del bautismo y datación de la Pascua y, sobre todo, el fervor misionero. Este llevará a San Columba a fundar en el 563 el monasterio de Iona en Escocia, y a San Columbano a una gigantesca labor en el continente: fundaciones de Luxeil y Bobbio, en el que terminó sus días en casi ruptura con el Pontificado dada la violencia de su carácter. Para neutralizar la influencia del clero céltico, los Papas hicieron entrar en juego al monacato benedictino.

c) De la vida de San Benito (entre el 480 y el 549) apenas conocemos más que su Regla. Poco original, pero sumamente clara y precisa, se caracteriza, en principio, por su moderación, alejada del rigorismo del monacato céltico, y por un fuerte sentido de la autoridad: los monjes eligen al abad, al que deben una obediencia total. La vida del monje es sumamente sencilla y la jornada se divide entre el oficio divino, la lectura y el trabajo manual.

Cuando muere San Benito, su regla estaba aún muy lejos de arraigar: En Italia sólo tres monasterios se regían por ella y el más importante, Monte Cassino, fue arrasado por la irrupción lombarda. La labor misionera, además, no figuraba aún como un objetivo primordial.

d) La universalización del benedictinismo ha tenido en San Gregorio Magno uno de sus principales artífices. La evangelización de la Inglaterra anglosajona constituyó la gran tarea. En el 596 desembarcaron Agustín de Canterbury y un reducido grupo de misioneros que llevaron a cabo una labor catequizadora que chocó con dos importantes obstáculos. Uno, la resistencia del paganismo, con su reducto principal en el reino de Mercia, de donde partieron movimientos a veces fructíferos

de reacción. El otro inconveniente fue la competencia que el clero celta hizo a los monjes romanos. En el sínodo de Whitby del 664 el monarca northumbriano Oswy se inclinó por los segundos y la unidad de rito quedó implantada.

Por estos mismos años, benedictinos y columbanianos entraron en contacto en la Galia. El triunfo de la regla benedictina sólo se consolidó (Ch. Courtois ha hablado de un «monacato de síntesis») gracias a su amalgama con algunas de las normas monásticas celtas. El monasterio de Luxeil será el primero en poner en práctica este sistema. Desde mediados del VII la restauración monástica en Italia (la reconstrucción de Monte Cassino es todo un síntoma) es un hecho. En la Galia de los primeros carolingios, los monjes serán los principales agentes de la expansión del Cristianismo en la Germania pagana.

El auge del poder pontificio

La idea de los obispos como cabezas de las distintas comunidades en la primitiva Iglesia se recoge en los *Hechos de los Apóstoles:* «Los obispos han sido instituidos para apacentar todo el rebaño, para gobernar la Iglesia de Dios.» El establecimiento de un primado de jurisdicción sobre todos ellos, en la figura del titular de la sede romana, se fue imponiendo lentamente en la Europa occidental y chocó con fuertes obstáculos en el mundo bizantino.

San Ignacio de Antioquía («La Iglesia romana es la guía en la alianza del amor»), San Ireneo de Lyón, Cipriano y Tertuliano fueron los primeros autores cristianos que de manera firme defendieron la idea de Roma como ciudad apostólica.

Este principio fue sostenido a nivel de obispos romanos en estos mismos años por Víctor I en su enfrentamiento con la comunidad cristiana del Asia Menor. La autoridad doctrinal romana se refuerza en el 375 con el papa San Dámaso sobre las bases de la tradición petrina.

Al calor de las dificultades y del desprestigio de los emperadores del Occidente, los obispos romanos siguieron ganando terreno hasta lograr la indiscutibilidad de su superioridad jerárquica en el Oeste. León I (440-461) logró un éxito notorio al defender Italia de hunos y vándalos. Cara a Oriente, sin embargo, el Concilio de Calcedonia del 451 situó a las cuatro grandes sedes orientales (Constantinopla, Antioquía, Jerusalén y Alejandría) en pie de igualdad con Roma. Se echaban así las bases de futuras tensiones.

Con Gelasio I (492-496) aparece por primera vez la tesis de los dos poderes, en carta enviada al emperador de Constantinopla Anastasio I: la autoridad pontificia y el poder real. El primero es mucho más importante, dado que tiene que rendir cuenta incluso de los reyes ante el tribunal divino. De ahí la necesidad de que los poderes políticos se dobleguen al juicio eclesiástico. Otro punto de arranque de futuros roces de los que el destierro del papa Vigilio a Constantinopla a mediados del siglo VI constituyó una buena muestra.

San Gregorio Magno (590-604), «siervo de los siervos de Dios» (a diferencia de los obispos de Constantinopla que se hacían llamar «patriarcas ecuménicos»), inaugura la era del Pontificado propiamente medieval. Miembro de una familia aristocrática romana, llevó a cabo una ingente labor durante su reinado, en unas condiciones políticas particularmente difíciles: ocupación bizantina e irrupción asoladora de los lombardos, que llegarán a sitiar Roma cuya defensa dirigió personalmente el pontífice. Sus obras se dirigen tanto a la totalidad del pueblo cristiano (*Diálogos sobre la vida de los Padres en Italia*) como a clérigos (*Regula pastoralis*) y monjes (*Comentarios morales sobre el libro de Job* y *Homilías sobre Ezequiel*). Formado en los ambientes del benedictinismo, Gregorio Magno sabrá dar al monacato occidental romano el impulso misionero que hasta entonces le había faltado: la idea de un gran reino cristiano, defensor y propagador de la fe, bajo la tutela de Roma, empieza a cobrar cuerpo desde este momento. Tesis de contenido universalista que, de una u otra forma, habrá

de inspirar sucesivos intentos político-religiosos del Medievo.

El Pontificado romano fue el verdadero rector de la vida política de una Roma abandonada a su suerte por los poderes tradicionales. A través de una centralización de las posesiones del Papado (el *Patrimonium Petri*) Gregorio Magno aparece como el fundador del poder temporal de la Iglesia.

SEGUNDA PARTE

LA ALTA EDAD MEDIA (SIGLOS VIII AL XI). LOS ASALTOS CONTRA LA EUROPA CRISTIANA

1

MAHOMA Y LA EXPANSION ISLAMICA

La Península Arábiga, protagonista de hechos de primera magnitud desde mediados del siglo VII, constituye una enorme meseta de dos millones y medio de kilómetros cuadrados, con una disposición en plano inclinado hacia el Golfo Pérsico. La gran masa del interior, tierra de arenas y hammadas, sin vegetación, está constituida, de norte a sur, por los desiertos de Siria, Nefud, Neged y Rub al Jali. En algunas franjas de la fachada litoral, la altitud aumenta hasta los tres mil metros en el saliente de Omán y en algunos puntos cercanos a la orilla del Mar Rojo. En ésta se escalonan, de norte a sur, los países de Heyaz, Assir y El Yemen. El primero y el último son las tierras árabes por excelencia, las cunas de las primeras civilizaciones árabes dignas del tal nombre: en el Heyaz se encuentran las grandes ciudades históricas de la Meca y Yatreb; el Yemen es la Arabia Feliz, la zona, por sus condiciones climáticas, dotada de mayores posibilidades agrícolas en un mundo dominado por el nomadeo.

Sobre este área marginal se van a producir a lo largo del siglo VII una serie de profundas transformaciones que han conocido a un protagonista de primera magnitud: Mahoma. Es necesario, sin embargo, para comprender bien la situación sobre la que el profeta se va a desenvolver, hacerse algunas preguntas previas. ¿Qué contactos mantuvo Arabia con el exterior antes del siglo VII? ¿Cuál era el ambiente religioso de la península con anterioridad a la predicación del Islam?

Las primeras entidades históricas en la Península Arábiga

Una tesis ya clásica, incorporada en todos los manuales al uso, presenta a la Península Arábiga, cuna de los pueblos semitas, como territorio que, desde la Protohistoria, fue experimentando un progresivo proceso de desecación. Ello dio lugar a periódicas corrientes de migración hacia zonas más favorecidas: el Creciente Fértil concretamente. Arameos, cananeos, fenicios, hebreos... habrían sido protagonistas de este movimiento. El mundo árabe no era, así, un completo desconocido.

Sobre la Arabia meridional se formó ya en el siglo X a. de C. una entidad política de cierto relieve: el reino de Saba, que mantuvo contactos con Salomón o, para ser más precisos, relaciones comerciales con sus vecinos fenicios instalados en el puerto de Asiongaber sobre el golfo de Akaba.

Bastantes años después, en el siglo I a. de C., una dinastía de ascendencia arábiga, los nabateos, se instalaron en Palestina, llevándola a un momento de esplendor bajo el reinado de Herodes el Grande.

Incorporado el Próximo Oriente a la órbita política de Roma, los contactos con el mundo árabe se reforzaron. Mercenarios árabes y emperadores siríacos (Filipo, Heliogábalo...) son coprotagonistas de la crisis del siglo III. Un movimiento separatista con su centro en la ciudad sirio-arábiga de Palmira estuvo a punto de desgajar del Imperio las provincias del Próximo Oriente a comienzos del tercer tercio de esta centuria.

Cuando el Imperio desapareció en Occidente en el 476, Arabia se convirtió en campo de distintas influencias y presiones. El sur de la península conoció la invasión de los etíopes hacia el 525 y los intentos unificadores de un antiguo esclavo (Abraha ibn Yawar) que en el 570 estuvo a punto de ocupar La Meca. Bajo sus sucesores (coincidiendo con los primeros años de la vida de Mahoma) los persas ocuparon el Yemen.

Se trataba de una operación explicable en el contexto estratégico derivado de la pugna entre la Persia sasánida

y los sucesores de Justiniano en el trono de Bizancio. Dentro de este mismo contexto hay que ver la creación de Estados vasallos en el norte de la península, encaminados a consolidar la necesaria cobertura militar frente a los ataques rivales: el reino de Hira, nestoriano y propersa, creado junto al Eufrates; o el de Ghassan, monofisita y probizantino, al otro lado del Jordán.

Los contactos de orden político-militar provocaron, a su vez, otros de distinto signo. Los intercambios mercantiles entre el Yemen y Siria y el Yemen y la India fueron creando nuevas formas de vida: una incipiente burguesía en torno a los principales núcleos de población y la aparición de las importantes ferias de Okkaz, cerca de La Meca. Por otro lado, colonias de judíos y cristianos se establecieron en algunos centros de población y contribuyeron a crear nuevas inquietudes religiosas que incidirían en el pensamiento de Mahoma.

El ambiente religioso que se respiraba en la Península Arábiga a fines del siglo VI era el de un politeísmo que relacionaba a los seres adorados con árboles, fuentes o (de ordinario) con piedras sagradas, de las que la piedra negra de la Kaaba de La Meca fue la más reputada.

Sobre este politeísmo, se piensa, actuaron dos fuerzas que, sin duda, habrían de incidir en la configuración del Islam. Por un lado, la evolución hacia la constitución de un panteón de dioses independientes y con sus funciones determinadas. Por otra parte, el monoteísmo subyacente de la primitiva religión árabe que concibió la idea de una divinidad suprema, Al-Ilah. De acuerdo con este principio, Mahoma sería más reformador que fundador de una nueva religión.

Mahoma y el nacimiento del Islam

Mahoma nació hacia el 570 en el seno del clan de los Qurays —uno de los más importantes de La Meca— aunque no perteneciera a su oligarquía dirigente. Sus primeras dificultades económicas se verían superadas al casarse con Jadiya, viuda de un rico mercader. La

primera visión (a los cuarenta años aproximadamente) supuso el arranque para la configuración del Islam como simple reforma religiosa: confirmación de la Revelación, en un sentido dinámico y no estático, para los árabes. En tal sentido, ésta habría tenido cuatro etapas, marcadas por Abraham, Moisés, Jesús y Mahoma.

Sus primeras predicaciones tuvieron escaso eco. Mahoma marchó en el 622 (la Hégira) a Yatreb, en donde en principio se erigió simplemente en árbitro en la disputa entre las tres tribus árabes y las dos judías en las que la población se dividía. Sin embargo, pronto hubo un cambio de actitud y el Islam empezó a tomar los perfiles de una nueva religión. Las relaciones con el judaísmo fueron rotas al ordenarse que la oración se hiciese mirando a La Meca y no a Jerusalén; la *Umma* fue creada como comunidad de fe y no de sangre y, por último, desde Yatreb, Mahoma y sus seguidores acabarían tomando la ofensiva contra la oligarquía de La Meca. El profeta retornó victorioso a esta ciudad en el 630. Dos años después, y tras una intensa labor de catequización en la Arabia occidental por parte de sus seguidores, se producía la muerte de Mahoma.

Su doctrina quedó recogida en el Corán, cuya redacción definitiva se llevaría a cabo veinte años después. De él se entresacan seis preceptos básicos a cumplir por todo buen musulmán: 1) Profesión de fe a través de la creencia en Dios y en su Profeta. 2) Oración cinco veces al día orientados hacia La Meca. 3) Ayuno en el mes de Ramadán. 4) Limosna, como deber no ocasional sino fijo. De ahí su institucionalización posterior en forma de tributo: el *zakāt*. 5) Peregrinación al santuario de la Kaaba de La Meca. Se trataba de una costumbre antiquísima a la que se da mayor fuerza para resaltar la prioridad del Islam sobre el judaísmo y el cristianismo. 6) La guerra santa contra los infieles. En este caso, se establecen dos categorías de enemigos. Por un lado están los simplemente paganos a los que hay que convertir por la fuerza o aniquilar. Por otro, los «pueblos de Libro Revelado» —judíos, cristianos y persas mazdeos— a los que se les permite el uso de su religión en calidad de

dimmies (protegidos) hasta que sean convencidos de la verdad de la nueva fe.

La primera fase de la expansión islámica: Omar y el califato ortodoxo

Desde la muerte de Mahoma en el 632 hasta el 634, se desarrolla el gobierno de Abu Bekr, designado como sucesor con el título de «diputado del profeta» o califa. Bajo su acción se puso fin a un movimiento, (la *Ridda*), no propiamente de apóstatas del Islam sino de tribus árabes que, a la muerte de Mahoma, dieron por roto el lazo contractual que les unía con La Meca-Medina. Superada la crisis «constitucional», el nuevo califa Omar (634-644) lanzó a los árabes a un movimiento expansivo en un doble frente: 1) Contra el Imperio persa: las primeras operaciones militares permitieron la ocupación de Mesopotamia en donde se fundaron las bases de Kufa y Basra. Un nuevo empuje permitió la ocupación de la Meseta del Irán. El Imperio sasánida desaparece de la Historia. 2) Contra el Imperio bizantino: El general Amer ocupó Egipto. En el 634 cayó Damasco. Dos años después, la batalla del Yermuck permitió a los árabes la ocupación de Jerusalén.

La rapidez y amplitud de las conquistas árabes en tan sólo dos lustros constituye un fenómeno de indudable atractivo. Se han expuesto distintas razones para llegar a una explicación aceptable. Por separado pueden explicar poco, pero todas en conjunto pueden contribuir a acercarnos a la realidad de los hechos.

De entrada parece que hay que descartar el hecho de una supuesta superioridad de técnicas militares árabes: M. Canard así lo ha expuesto para la totalidad de la expansión y Sánchez Albornoz para el caso español al demostrar que la caballería (arma en estos momentos de indudable eficacia) no fue asimilada por los árabes de forma efectiva más que cuando entraron en contacto con la España visigoda.

Mayor consistencia tienen otros argumentos: la tole-

rancia religiosa que hizo que en Egipto y Siria las poblaciones con tendencias monofisitas y nestorianas viesen a los árabes con más simpatía que al intolerante gobierno de Constantinopla; el *Jihad* o guerra santa, revalorizado por Omar con el fin de dar a los árabes un instrumento de cohesión para superar los peligros de atomización tribal; y, sobre todo, la debilidad de los poderes políticos contra los que los islamitas se enfrentaron. En efecto, Persia y Bizancio se habían estado combatiendo sin tregua hasta el mismo momento en que los árabes hicieron acto de presencia militar en el Creciente Fértil.

* * *

Desde la muerte de Omar transcurre un período de casi cincuenta años en el cual la expansión islámica sufre un frenazo. La pauta viene dada por las guerras civiles en el seno de la naciente comunidad religioso-política.

En la pugna que enfrentó a los sucesivos candidatos al Califato se encuentra el germen desintegrador de los movimientos sectarios que tanto juego va a dar en un próximo futuro.

Frente a Otman, elevado en el 644 y apoyado en la oligarquía mecana, se situaron otros personajes que, como Alí, yerno del Profeta, supieron polarizar las corrientes de signo más rigorista. Los acontecimientos se precipitaron en sólo cinco años: asesinato primero de Otman y luego de Alí, que dejaron el campo libre a Moawiya el Omeya y sus sirios. Aún tuvieron que transcurrir más de veinte años para que la nueva dinastía consolidase sus posiciones frente a las tendencias centrífugas tribales.

La segunda fase de la expansión: Los Omeyas y el reino árabe

Bajo Abd-el Malik (685-705), la unidad del mundo islámico quedó restablecida y los avances siguieron sobre los mismos ejes de progresión anteriores. Hacia Oriente

se ocuparon en el Jorasan las ciudades de Herat, Kabul, Merv y Samarcanda, importantes centros de las rutas de caravanas del Asia central. En Africa del Norte, la resistencia bizantina fue poco consistente. Los musulmanes fundaron allí la importante base de Kairuan. En el reinado de Walid, una pequeña fuerza de bereberes islamizados desembarcaba en España y derrotaba al ejército visigodo a orillas del Guadalete (711). En muy pocos años, toda la Península Ibérica quedaba bajo su control.

Fue el momento culminante de la expansión islámica, ya que en los años sucesivos sufrirá un frenazo decisivo: en Oriente, delante de los muros de Constantinopla (717); en Occidente, en un decisivo encuentro militar entre Tours y Poitiers (732).

Los Omeyas se habían convertido en los beneficiarios de un inmenso botín territorial. Había que crear un cuadro de normas a fin de regirle con la necesaria eficacia. A falta de otro mejor, los árabes adaptaron a sus necesidades los mecanismos administrativos de origen persa y bizantino. Ello facilitó la tarea tanto como el espíritu de amplia tolerancia que los Omeyas guardaron hacia las demás religiones, motivo por el que el vínculo espiritual dentro del Imperio islámico pasó a un segundo plano. Así, Moawiya utilizó como secretario principal a un cristiano, y Jalid ibn Abd Allah, gobernador del Irak, fue hijo de una cristiana. Ello contribuiría a crear la leyenda de impiedad atribuida a la dinastía por fuentes posteriores hostiles.

Los rudimentos de una centralización se echaron al trasladar la capitalidad a Damasco, que disponía de unas tradiciones políticas y una posición (lejos del carácter excéntrico de La Meca o Medina) de indudable interés. Otro de los problemas, el de la regulación de la sucesión, fue resuelto por Moawiya desde el momento en que nombró para heredero a su hijo Yazid. El Califato tendía así a convertirse en una monarquía hereditaria en la que, sin embargo, el papel y la opinión de los grandes linajes árabes seguían teniendo un gran peso.

Desde el punto de vista social, en efecto, el elemento árabe fue el gran beneficiario de las conquistas. El

número de los que se establecieron en las provincias, sugiere Lewis, debió de constituir una exigua minoría en medio de la masa de población indígena. Para Siria-Palestina, se ha dado la cifra de no más de un cuarto de millón en la época de los últimos Omeyas. En la Península Ibérica, el número de árabes y sirios no rebasaría en la hora de la conquista los 18.000. A ellos se unirían los 7.000 sirios del general Balch en el 741 y, con posterioridad, el reducido séquito que acompañó a Abd-el-Rahman I en su huida de Oriente. Serían en todo caso una minoría que se constituiría en clase dominante (la *jassa*) por encima del elemento bereber mucho mayor en número.

Junto a la aristocracia árabe cabe situar la aristocracia de ascendencia persa, que conservaría sus privilegios sociales y económicos y se pasaría en bloque a la ortodoxia islámica, al revés que la masa popular, antes proclive a los movimientos sectarios zoroástricos y, desde este momento, campo abonado para la disidencia heterodoxa islamita.

Una clase especial la constituyeron los *mawali* o clientes. Se trataba de musulmanes que no eran descendientes directos de una tribu árabe. Junto con los *dimmies* formaron el armazón de una clase media comercial y artesanal. A pesar de que el Islam hacía a todos sus seguidores teóricamente iguales, en la práctica los *mawali* se diferenciaron del elemento árabe puro por ser la clase sobre la que iban a recaer las cargas de un sistema fiscal que, al compás de la articulación política del Califato, se hacía cada vez más pesado. Ya desde los Omeyas, las necesidades tributarias desaconsejaban a veces la conversión de los infieles.

La definitiva articulación política del mundo musulmán: los abbasíes

En el 750, una rebelión generalizada en el Jorasan culminó en la batalla del Gran Zab, en la que el monarca omeya Marwan II fue derrotado. Con él desaparece su dinastía y asciende al poder Abul Abbas.

La historia del mundo islámico ha denominado esta revuelta la «revolución abbasí». El cambio que se experimentó fue, desde luego, radical. De ahí que se hayan querido dar diversas interpretaciones de este fenómeno.

¿«Revancha de la Persia irania sobre la Arabia semítica? Si la rebelión partió, en efecto, de las provincias más orientales, no es menos cierto, como apunta Lewis, que numerosos persas se habían integrado en el edificio político omeya y le sirvieron con entera fidelidad. Y, como contrapartida, sirios, egipcios y árabes de las tribus hostiles a los Omeyas colaboraron en la revuelta. Las tensiones tribales, en efecto, no habían desaparecido aún después de las grandes conquistas.

¿Revuelta social? En parte la explicación es aceptable. La punta de lanza de la revolución estuvo constituida por los elementos más radicalizados vinculados a movimientos sectarios alidas. Pero una vez Abul Abbas en el trono, su primera preocupación fue eliminar sangrientamente a su principal cabecilla Abu Muslim y a sus seguidores que, con su extremismo, amenazaban con trastocar todo el orden social establecido.

Lo que supuso la «revolución abbasí» una vez decantada y vuelto el mundo musulmán a la estabilidad, fue una profunda transformación política: los Omeyas habían sido poco más que jeques tribales; los abbasíes van a ser auténticos autócratas, apoyados en una burocracia oficial jerarquizada que rebasa los estrechos marcos de la aristocracia árabe. La familia persa de los Barmékidas va a desempeñar un importantísimo papel en este proceso.

El reinado de Harun al-Rashid, contemporáneo de Carlomagno, señala el momento culminante del Califato. El centro de todo este mundo es Bagdad, la nueva capital fundada por Al-Mansur (754-775) en el antiguo emplazamiento de Seleucia del Tigris. El califa aglutina los títulos de enviado de Dios, jefe de la oración y jefe de la guerra. El favor del califa, no la procedencia de linaje, constituye el único medio de acceder a los cargos de un enorme aparato administrativo en el que las funciones se agrupan, de acuerdo con su naturaleza, en *Diwanes* o

departamentos ministeriales. Al frente de estos mecanismos se encuentra el visir o primer ministro, cargo posiblemente de origen persa. Los *amires* como gobernadores provinciales y los *cadíes* como jueces en cada una de las ciudades, completan el sistema de la administración abbasí.

Las fuerzas militares, hasta entonces constituidas por la milicia árabe, derivaron bajo los abbásidas hacia la formación de un ejército profesional. Su núcleo principal estaba constituido por tropas reclutadas en las marcas orientales, con preferencia turcos. Con el tiempo serán quienes lleguen a hacerse dueños de la situación política y apuntalen el poderío islámico en sus momentos de declive.

Un gran Imperio con una sólida articulación administrativa exigía una economía saneada y un aparato fiscal eficaz.

Los monarcas abbásidas propiciaron un fuerte impulso a la agricultura en los grandes valles fluviales bajo su control. En los primeros tiempos cabe hablar de una clase campesina acomodada y sólida. Sin embargo, la tendencia a la concentración de la propiedad (a cargo muchas veces de burgueses que adquieren bienes rústicos) acabó imponiéndose y creando un clima de malestar en el medio rural del que son buena expresión algunas rebeliones como la de Babak algunos años después de la muerte de Harún al-Rashid.

Si la principal fuente de riqueza del mundo abbásida la constituía la agricultura, no son, sin embargo, desdeñables las actividades mercantiles, más aún si tenemos en cuenta su declinar en el mundo cristiano en estos mismos años. «Se puede constatar cómo el comercio ha llegado a ser en el siglo IX la manifestación más tangible de la expansión musulmana» (Mantran). La posesión del corredor irakí fue clave en este sentido. La prosperidad de Bagdad no fue, por tanto, producto de una mera casualidad. Hacia el Este, los mercaderes musulmanes entraron en contacto con China y la India de donde venían la seda, especias, drogas, loza, papel... Hacia el Norte, el Califato tomó contactos con los escandinavos a

través del Volga (la «ruta de los varegos hacia los árabes»). Cara al Mediterráneo, aunque pronto la unidad política se rompa, las relaciones comerciales entre las distintas entidades musulmanas se mantendrán con una amplitud considerable. De primordial interés resulta el enlace entre el Mogreb y las rutas caravaneras que cruzaban el Sahara.

La expansión mercantil potenció un crecimiento urbano (Bagdad a la cabeza) que sirvió de marco a importantes actividades industriales: tejidos, cerámica, metalurgia, perfumería, refinado de la caña de azúcar... Algunas de ellas tendrán una irradiación que rebasará con mucho el ámbito estrictamente islámico.

Los mecanismos monetarios y fiscales del Califato son una adaptación de los existentes en Bizancio y Persia. El bimetalismo se impuso sobre la base del *dinar* de oro, inspirado en el *aureus* de Constantinopla, y cuyo peso era de 4,25 gramos, y el *dirhem* de plata, inspirado en monedas persas, cuyo peso oscilaba en torno a los 2,97 gramos. Al sistema de tributación basado en la institucionalización de la limosna (*zakāt*) se unieron otros dos tributos de raigambre bizantina pagados por los infieles: la *djizya*, impuesto personal, y el *kharadj*, impuesto territorial. Con el tiempo, y al calor de las nuevas necesidades del Estado, este último acabará aplicándose a todo tipo de propiedades rústicas a fin de evitar que conversiones interesadas diesen pie a una peligrosa disminución de ingresos a la hacienda califal.

* * *

El esplendor del Califato de Bagdad (reflejado a nivel de la corte en la conocida colección de cuentos *Las mil y una noches*) alcanzó su cenit en los primeros años del siglo IX. A la muerte de Harun al-Rashid sonó la hora de los comienzos de la decadencia abbásida. A los movimientos secesionistas en Occidente se añadieron una serie de crisis sucesorias y querellas religiosas que fueron minando la solidez de un Estado tan trabajosamente articulado.

2

EL REPLIEGUE BIZANTINO: LAS DINASTIAS HERACLIDA E ISAURICA

Bajo Justiniano y sus inmediatos sucesores, al amparo de una poco estable reunificación del mundo mediterráneo, se pudo mantener la ficción de que en torno a Constantinopla se había preservado la idea de continuidad con el pasado romano. Años más tarde, este principio se muestra prácticamente insostenible. La contracción territorial y las profundas transformaciones internas que los emperadores de Oriente tienen que afrontar hacen pensar en la aparición de una nueva entidad política: un Imperio al que se puede verdaderamente llamar ya bizantino, que trata de encontrar su propia razón de ser en el entronque con el pasado cultural helénico. Las presiones sufridas en Oriente y el hundimiento de su presencia en la cuenca occidental del Mediterráneo hacen de Bizancio una potencia de más modestas pretensiones pero, por ello mismo, también más coherente.

Las presiones exteriores desde la muerte de Justiniano

La debilidad de la presencia bizantina en los territorios reconquistados por Justiniano se vio de forma patente desde los últimos años de su vida. Los reinados de sus sucesores conocen retrocesos en todos los frentes. En Africa del Norte, en donde apenas si su dominación se extendió más allá de algunos puntos costeros. En la Península Ibérica, donde la presencia bizantina no tuvo

nunca demasiado arraigo. Y en Italia, donde la irrupción lombarda fue reduciendo a los orientales a una franja litoral en el Norte, al extremo Sur de la bota italiana y a algunas posiciones en Sicilia.

En Oriente, por otro lado, el peligro persa retoñó en los primeros años del siglo VII a través de una serie de fulgurantes victorias que les hicieron dueños prácticamente de toda Siria. Con el ascenso de Heraclio en el 610, los bizantinos tomaron la iniciativa: victorias de Nínive y Ctesifonte y recuperación de Jerusalén (630) en una serie de operaciones que algunos autores han visto como un precedente a largo plazo de lo que serán luego las Cruzadas.

Estos éxitos, sin embargo, tuvieron su contrapartida negativa: hacia el 624, el monarca visigodo Suintila expulsaba de España a las últimas guarniciones bizantinas, y en la frontera danubiana, la presión ávara y las infiltraciones eslavas se presentaban como peligros dignos de tenerse en cuenta.

Pero el riesgo más grave para Bizancio vino de nuevo de sus fronteras del Próximo Oriente: la violenta irrupción de los árabes. Tras el desastre del Yermuck (636), Heraclio perdió todos los territorios que había recuperado de los persas, a los que vino a añadirse Egipto. Las guerras civiles que sacudieron a la naciente comunidad islámica a lo largo de la segunda mitad del siglo VII permitieron un respiro a Bizancio. La consolidación de los Omeyas en el trono trajo consigo la reanudación de la ofensiva musulmana en el Asia Menor. Justiniano II, un incapaz, sufrió una derrota sangrienta en Sebastópolis (692) que, en los años sucesivos, permitió a los árabes una impunidad casi total en sus razzias contra la capital. Paralelamente, se perdía todo el Africa bizantina, Cartago incluida.

La salvación para Constantinopla, sitiada en el 717, vendría de manos de un general elevado al solio imperial: León el Isáurico.

Con él empieza una nueva dinastía y el apuntalamiento militar bizantino en un Asia Menor a la que se va limpiando de invasores musulmanes.

Dos nuevos signos van a caracterizar al Imperio de Oriente desde Heraclio:

La helenización. El Imperio puede decirse que desde estos momentos es griego. El griego triunfa en la lengua y en la administración. Desde Heraclio, el monarca no será «Imperator», sino «Basileus», título de profunda raigambre helénica. El Imperio, si bien se vio amputado territorialmente al perder dos de sus más importantes provincias, Siria y Egipto, ganó en cohesión, dadas las tensiones de todo orden (principalmente espirituales) que éstas habían mantenido frente a Constantinopla.

La eslavización. Servios, croatas, ezeritas y meligues se instalarán primero junto a las fronteras bizantinas balkánicas, pero, desde el siglo VII, sus incursiones se hacen más profundas: Macedonia, Tesalia, el Peloponeso, Bitinia, e incluso las Islas del Egeo. En ocasiones serán empleados, al igual que los búlgaros, como auxiliares contra los musulmanes. Resulta, sin embargo, difícil conocer el grado de eslavización a que se llegó en el mundo bizantino. Autores como Fallmerayer hablaron de la eslavización masiva de la Grecia peninsular. En la zona de Salónica, varias veces amenazada a comienzos del VII por los nuevos incursores, se llega a finales de esta centuria con el establecimiento de una especie de reparto de esferas de acción: la ciudad seguirá siendo griega y el campo se verá penetrado de eslavismo. En Bitinia, en la costa Norte del Asia Menor, serán instalados a modo de colonos militares, paliando la profunda crisis demográfica que la región sufrió en estos tiempos. En todo caso, la penetración eslava contribuyó a transformar de forma decisiva la estructura étnica del mundo bizantino.

* * *

Desde el punto de vista administrativo, el Imperio de Oriente empieza a tomar nuevos perfiles.

El impacto de los nuevos peligros exteriores trajo consigo una reordenación del territorio a base de unidades provinciales, las *temas*, con funciones a la vez militares y políticas. Los gobernadores de estas circunscripciones, los estrategas, dependían directamente del emperador. El sistema, que tenía sus precedentes en algunas disposiciones dadas ya por Justiniano, no llegó a estructurarse de forma definitiva más que en el siglo VIII, al compás de las nuevas necesidades militares. A fin de facilitar el reclutamiento, Heraclio y sus sucesores favorecieron el sistema de los «bienes militares» (*stratiotike ktemata*) concedidos a las familias de los soldados como contrapartida de unos determinados compromisos militares.

Constantinopla era el centro de toda la vida política. El *basileus* era «el elegido de Dios, el ungido del Señor, el vicario de Dios en la tierra, su lugarteniente a la cabeza de los ejércitos, y, como se dijo en Bizancio, el *isopóstolos*, el príncipe igual a los apóstoles» (Diehl). Las frecuentes posibilidades de usurpación y de revuelta popular se constituyeron prácticamente en los únicos límites a la autocracia imperial. De hecho, no cabe hablar de nobleza de sangre, sino de funcionarios, entre los que descuellan: el *logoteta* del *dromo*, especie de canciller del Imperio y ministro del interior; el *eparca*, gobernador de la ciudad; el *cuestor*, ministro de justicia; el *sacelario*, especie de interventor general.

En la legislación, la *Ecloga* supuso una adaptación a las nuevas circunstancias helenizantes del viejo Código justinianeo. Su complemento en el campo económico fue dado por el *Código Rural* y el *Código Naval Rodio*.

A pesar de la fuerte contracción territorial experimentada por Bizancio desde comienzos del siglo VII, sus recursos económicos eran aún grandes. Constantinopla seguía siendo el paso obligado de buena parte del tráfico mercantil entre Asia y Europa. La preocupación de los emperadores que redactaron el *Código Rural* por mejorar la condición de los agricultores es sumamente elocuente, aunque no obtuviese todo el fruto deseado. Los mecanismos fiscales fueron una prolongación del sistema

tributario del Bajo Imperio: impuesto personal (*Kephaletion*, equivalente a la *capitatio*) y territorial (*Zeugaritikion*, equivalente a la *iugatio*).

Las cuestiones religiosas. La querella de la imágenes

El último intento de lograr la conciliación entre Constantinopla y las provincias monofisitas corrió a cargo de los emperadores de la dinastía de Heraclio. Este promulgó un documento, la *Ectesis*, en donde se recogían los puntos de vista del patriarca Sergio que conformaron una nueva doctrina: el monotelismo. A Cristo se le reconocían las dos naturalezas admitidas en el Concilio de Calcedonia, pero una sola energía y voluntad. Constente II promulgó el Tipo de Fe, en donde (648) se reafirmaba esta postura. Los resultados constituyeron un fracaso en toda la línea: no sólo los monofisitas se mantuvieron en sus posiciones, sino que el monotelismo fue rechazado en Occidente. Al final, ante la presión musulmana y la consiguiente necesidad de una concordia entre Oriente y Occidente, se reunió el Concilio de Constantinopla del 680 en el que la nueva doctrina fue condenada.

Desde este momento se puede decir que las querellas cristológicas tocan a su fin en Oriente. Pero de inmediato otra nueva disputa se va a producir en el Imperio de Constantinopla: la pugna en torno al culto a las imágenes.

En la querella iconoclasta se reconocen dos etapas: la primera entre el 726 y el 787. La lucha contra el culto a las imágenes la inició León III el Isáurico teniendo frente a él como campeón de la iconodulía a Juan Damasceno. El Concilio de Nicea del 787, reunido por la emperatriz Irene, zanjó la cuestión restableciendo el culto a las imágenes como a otros símbolos materiales (la Cruz o los Evangelios).

La segunda oleada iconoclasta tuvo lugar entre el 815 y el 843. Como defensor del culto a las imágenes se alzó Teodoro de Studiom. Una nueva emperatriz, Teodora,

restauró definitivamente la iconodulía, al reafirmar los principios del segundo concilio niceano.

Muy variadas han sido las interpretaciones del fenómeno iconoclasta. Su estudio se ha hecho, preferentemente, teniendo en cuenta tres órdenes de factores:

Los religiosos. Supone la interpretación más clásica. Los iconoclastas, en este sentido, fueron (la actitud de los emperadores que defendieron esta postura es elocuente) gente profundamente religiosa que aspiró a desbrozar el Cristianismo de una serie de excesos rayanos en la idolatría. La representación de las personas sagradas fue, en efecto, objeto de numerosas reticencias desde los orígenes mismo del Cristianismo. Los emperadores iconoclastas, al atizar la furia destructora, no hacían más que retomar el hilo de algunas viejas tradiciones aunque con una violencia desbordante.

Los iconódulos, por su parte, mantenían la idea de que la adoración no era a la materia sino al símbolo. Más que culto era (en la tesis de San Juan Damasceno) una reverencia y una veneración. Las imágenes eran como libros abiertos para el pueblo iletrado y suponían, además, una salvaguardia de la doctrina de la encarnación: Al encarnarse, el Verbo había deificado la carne. Dios, al dignificar al cuerpo haciéndole sustentador de algo espiritual (el alma), podía permitir de forma semejante que la madera o la pintura desempeñasen un papel igual de digno.

Factores políticos. Se ha insistido, en este sentido, en que la iconoclastia tuvo sus principales posiciones en el Asia Menor, y la iconodulía en Grecia y los Balkanes. Los emperadores isáuricos procedían de la primera y, por tanto, su posición respecto al culto a las imágenes fue consecuente. Cuando la iconoclastia quedó barrida definitivamente a mediados del siglo IX, el hecho coincidió con una basculación hacia los Balkanes de las principales decisiones políticas: significativo, por ello, el ascenso en estos momentos de una nueva dinastía, la macedónica.

Por otro lado se ha jugado con la hipótesis de la iconoclastia como un intento de acercamiento a religiones anicónicas como el judaísmo y el islamismo. Los

momentos de mayor furia destructora coincidieron, efectivamente, con los años en que el Imperio bizantino se mantenía a la defensiva frente a los árabes. El triunfo definitivo de la iconodulía coincidió con los inicios de una contraofensiva general del Imperio contra todos sus enemigos y, particularmente, los musulmanes.

La iconoclastia, por otro lado, constituyó un factor más de enfriamiento en las relaciones entre Constantinopla y Roma. De ahí que los pontífices, ante la actitud de los poderes políticos bizantinos, tratasen de buscar un protector más convincente y volviesen su vista hacia el Occidente, hacia los francos. La coronación imperial de Carlomagno ha de ser explicada, en parte, dentro de este contexto.

Factores de orden económico y social. La querella de las imágenes enfrentó, *grosso modo*, al emperador y clero secular de un lado, y a los monjes de otro. La potencia económica del monacato oriental era extraordinaria. Su hipertrofia suponía para el Estado una peligrosa substracción de mano de obra agrícola y de hombres para el ejército, así como un incuestionable daño para el fisco imperial. Al golpear a las imágenes, los soberanos iconoclastas trataban de privar a los monjes de uno de sus instrumentos de influencia favoritos sobre las masas. Al mismo tiempo, a través de un proceso de desamortización de bienes eclesiásticos, se intentaba paliar las necesidades económicas en que se encontraba el Imperio en un momento político particularmente delicado. Circunstancias de orden espiritual y de política agraria se encontraban, así, entremezcladas.

Si la querella de las imágenes terminó con un fracaso iconoclasta y, consiguientemente, con un éxito de los monjes, éstos, sin embargo, no consiguieron que se desvaneciesen los recelos del poder político ante su progresivo enriquecimiento. Un emperador del siglo X se lamentaría profundamente de ello y se complacería en comparar su vida regalada con la observada en siglos pasados por los monjes de «Egipto, Palestina y Alejandría, una vida casi inmaterial, más propia de ángeles de que seres humanos.»

3

EL OCCIDENTE EUROPEO EN TORNO AL 800: FUNDAMENTOS POLITICOS

En 1922, el historiador belga Henri Pirenne publicó un trabajo, *Mahoma y Carlomagno,* en el que se recogía una sugestiva tesis: las migraciones germánicas no habían trastocado de forma palpable el orden establecido por los romanos en el mundo mediterráneo, ya que este mar siguió manteniendo su unidad económica y cultural. Serían los árabes los que, con su violenta irrupción, lo convertirían en un foso entre dos civilizaciones. En tal sentido, los comienzos de una nueva Edad (la Media) habría que situarlos en este momento. Pirenne concluía su artículo con una frase que se ha hecho célebre y que justifica su intitulación: «sin los musulmanes, el Imperio carolingio no hubiese existido, y Carlomagno, sin Mahoma, hubiese sido un absurdo.»

A los ojos de Pirenne y de los pirennianos, la verdadera razón de ser de la incipiente Europa carolingia venía dada por su oposición a otra civilización: la islámica. Punto de vista indudablemente sugestivo pero que, con el transcurso de los años, ha ido experimentando una serie de revisiones.

El auge de los carolingios. Carlomagno y la gran expansión franca

Los pipinidas, carolingios o arnulfingos, como mayordomos de palacio, fueron los artífices de una lenta reunificación de la Galia franca desde mediados del siglo VII frente a la total inoperancia de unos monarcas (los últimos merovingios), reyes tan sólo de nombre. De mo-

mento, sin embargo, estos personajes se conformarán con ostentar el título de *dux et princeps francorum*.

En este contexto fue en el que Carlos Martel, bastardo del mayordomo de palacio Pipino de Heristal, derrotó a los invasores musulmanes en el 732 en la batalla de Poitiers. Desde esta fecha, el retroceso islamita hacia el otro lado del Pirineo se convierte en un hecho irreversible.

Años más tarde, en el 751, su heredero, Pipino el Breve, destronó al último monarca merovingio sustentador de una simbólica legitimidad dinástica, y logró del papa Zacarías su conformidad a través de la unción de él y de sus hijos.

Cincuenta años después, uno de estos, Carlos, fue solemnemente coronado como emperador en Roma. Los *Anales de Fulda* de fines del siglo IX hablarán de *Europa vel regnum Caroli*.

* * *

Resulta difícil establecer una cronología precisa en las campañas de Carlomagno. A grandes rasgos, cabe fijar el siguiente esquema:

En el 773 se llevará a cabo la total absorción del reino lombardo. No sólo la Italia septentrional quedaba integrada dentro de la órbita franca, sino que se daba con ello culminación a una especie de complicidad entre el monarca franco y el Pontificado, que veía en los carolingios sus más eficaces protectores.

Entre el 772 y el 803, aunque con numerosas interrupciones se fue llevando a cabo la incorporación de Sajonia, el principal de los objetivos expansivos de Carlomagno.

Entre el 785 y el 788, Baviera y Benevento quedarán ligadas al mundo carolingio por estrechos lazos de dependencia.

Del 791 al 796 se llevarán a cabo las campañas que conducirán a la derrota de los ávaros, peligro latente en la cuenca danubiana.

La ampliación de los dominios carolingios hacia la España musulmana planteará mayores inconvenientes.

La primera intervención, sobre el valle medio del Ebro, se saldará con una retirada y terrible derrota: la jornada de Roncesvalles del 778 en la que la retaguardia del ejército de Carlomagno fue deshecha por los montañeses vascones. Mayores logros se conseguirán en el Pirineo oriental en los primeros años del siglo IX con la recuperación de Barcelona de manos de los musulmanes.

La realidad territorial del mundo carolingio viene dada por su fuerte continentalidad y basculación hacia el Norte de los centros políticos: área Rin-Sambre-Mosa-Escalda, en detrimento de las zonas litorales del Mediterráneo. Las estructuras económicas serán un reflejo de estas peculiaridades políticas que dan a la Europa de Carlomagno la apariencia de una gran fortaleza sitiada, circundada por las marcas fronterizas: marca de Friul y del Elba en Oriente, marca de Bretaña en el Oeste y la legendaria y discutible «Marca Hispánica» al Sur.

De los pueblos que quedaron al margen de esta construcción política cabe fijar dos categorías:

Cristianos: El pequeño reino de Asturias mantuvo bajo Alfonso II buenas relaciones con los francos; entre él y el emirato cordobés de Abd-el-Rahmen I quedó establecida la barrera semidesértica (vacío total, según los estudios de Sánchez Albornoz) del valle del Duero, sobre el que los monarcas astures sucesivos iniciarán un lento y trabajoso proceso de repoblación.

Con los monarcas de la heptarquía anglosajona, las relaciones de la Europa carolingia también fueron cordiales: bien sea a través del establecimiento de tenues relaciones comerciales (Mercia) o de la protección a determinados soberanos frente a sus enemigos domésticos (Northumbria).

Frente al Imperio bizantino, los problemas fueron mucho más complejos y, en buena medida, es necesario vincularlos a la restauración imperial de la Navidad del año 800.

No cristianos: Las relaciones con los musulmanes no son (aspecto éste que echa por tierra algunos de los argumentos pirennianos) de hostilidad por principio. En efecto, si contra los de la Península Ibérica la enemistad

es un hecho, no ocurrió lo mismo con relación a Bagdad, con cuyo Califato —hostil al emirato omeya cordobés— se llegó incluso al establecimiento de acuerdos comerciales.

Sobre los eslavos, el prestigio de Carlos será tan grande que el nombre de Karl llegará a ser entre ellos sinónimo de rey, según ha observado Roberto S. López.

Sobre los germanos del ámbito septentrional, se iniciará una labor de evangelización que, sin embargo, va a dar de momento muy pobres resultados.

La restauración imperial del 800 y su problemática inmediata

Las raíces de este decisivo acontecimiento hay que encontrarlas en las cada vez más estrechas relaciones entre el Pontificado y los francos. Pipino el Breve, tras de destronar al último merovingio y ser consagrado por el papa Zacarías, recibió el título de «Patricio de los romanos». Como contrapartida hubo de reconocer la mal llamada «Donación de Constantino», hábil falsificación de los eruditos de la corte pontificia que habría de convertirse en uno de los argumentos del poder temporal papal iniciado bajo San Gregorio Magno.

Tras el destronamiento del último monarca lombardo, Carlomagno pasó a titularse «rey de francos y lombardos y patricio de romanos»; un *crescendo* de títulos y de responsabilidades que culminarían en una coronación imperial que, aun en el momento presente, aparece bajo un halo enigmático. ¿Quienes fueron los principales responsables de este hecho?

Difícilmente lo pudo ser Carlomagno, que siempre actuó como un germano al que escapaban las sutilidades de un título imperial teóricamente romano, y del que apenas hizo uso en los años sucesivos.

El pontífice León III, que depositó la corona imperial sobre las sienes del monarca franco, desempeñó un papel menos importante de lo que pudiera parecer a primera vista. Teniendo en cuenta que en aquellos momentos se

encontraba en una posición difícil —la nobleza romana le había despuesto y sólo con la ayuda de Carlos pudo recuperar su posición— fácil es comprender que su actitud pudo deberse a un intento de ganarse el apoyo del soberano. Pero con ello creaba un peligroso precedente que papas sucesivos aprovecharán a la hora de arrogarse el derecho a coronar a los emperadores. Estado e Iglesia constituían dos dimensiones de una misma sociedad, la cristiana, en la que en lo sucesivo se plantearía el problema de cuál de los titulares de ambas tenía la preeminencia. La posición de Carlomagno, mucho más sólida en estos momentos, permitió que la cuestión no llegase siquiera a plantearse. El emperador aparece como el auténtico defensor de la fe frente a las tendencias heterodoxas (caso del adopcionismo de raigambre hispánica), y como su propagador a través de unas guerras cuya única justificación se encuentra (las campañas contra los sajones, señaladas a veces por una extraordinaria crueldad) en ser el medio para una labor evangelizadora.

Los consejeros de Carlos fueron quizás los más fervientes impulsores de la restauración imperial: Alcuino de York o Arno de Salzburgo, entre otros protagonistas del llamado «Renacimiento carolingio». El primero, en el año 799, habló de la existencia de tres poderes en la Cristiandad: el Papa, el emperador de Bizancio y el rey de los francos. Dada la mala situación del primero y las complicaciones del segundo (secuelas de la primera embestida iconoclasta), el monarca franco era el mejor soporte para la fe, como «vengador de crímenes, guía para los que han errado, consolador de los afligidos y sostén de los buenos». La restauración imperial fue así, según se ha sugerido, producto de la intervención de una intelectualidad occidental que no se resignaba a ver el título en manos de un soberano (el bizantino) que no ejercía ningún control sobre Roma, cuya seguridad dependía ya exclusivamente del concurso franco.

Con ello, la coronación de la Navidad del 800 daba origen a una profunda anomalía: la existencia de dos emperadores en la Cristiandad. Carlomagno intentó dar

salida a esta comprometida situación que le enfrentaba abiertamente con Constantinopla, poniendo en juego desde los buenos oficios (negociaciones fallidas para contraer matrimonio con la emperatriz Irene) hasta la guerra abierta (pugna por el control de Venecia). Al final se llegará a una solución ecléctica: la aceptación mutua de ambos emperadores, que consagrará una realidad política latente hasta fines del Medievo.

Los mecanismos institucionales del mundo carolingio

Marcel Pacaut apunta que si la dinámica del Imperio carolingio fue cristiana y el principio «romano», la construcción del edificio fue eminentemente franca, que es tanto como decir germánica.

En efecto, la Europa carolingia se edifica en base a la crisis definitiva de la idea de *res publica.* La soberanía descansa en un conjunto de «regalías»: suprema jurisdicción militar, ejercicio supremo de la justicia, monopolio de acuñación de moneda, intervención directa en el nombramiento de los cargos eclesiásticos.

El poder descansa sobre todo en los vínculos personales que unen al rey con sus súbditos.

a) La administración central tiene como eje el *Palatium,* que se desdobla, en virtud de sus funciones, en: *Aula* (con un *comes palatii* al frente secundado por otros funcionarios: senescal, condestable, buticulario...); *Cancillería,* para recepción y expedición de documentos; y la *Capilla,* para los asuntos religiosos.

b) La administración territorial se articula por la división del país en condados (los ducados prácticamente desaparecen), con un *comes* al frente, cabeza de la administración civil, militar y judicial. Los *missi dominici,* desde el 779 (un clérigo y un laico), serán los encargados de velar por el cumplimiento de las disposiciones civiles y eclesiásticas, tratando de evitar los abusos de la administración.

c) Los mecanismos legislativos parten del principio

de la conservación de las leyes de cada pueblo (francos, lombardos, sajones, hispanos...). Esta variedad trata de salvarse con la promulgación de disposiciones legislativas que obligan a todos los súbditos y son reflejo del *bannus* (poder de mando) del monarca: son las Capitulares cuyas funciones pueden ser muy variadas, desde el carácter de auténticas leyes por encima de las distintas comunidades étnicas, hasta el de meras ordenadoras de actividades concretas (caso de la Capitular de Villis, para la administración de los dominios reales). La administración de justicia a nivel central corre a cargo del Tribunal Imperial encabezado por el *comes palatii*. A escala local, es el *mallus* o tribunal condal, compuesto por siete jueces (los *scabini*) y un *vicarius*, nombrados por el conde y los *missi dominici*.

d) El ejército. De acuerdo con el principio germánico, estaba constituido por el pueblo franco en armas, para el que se fijaba una fecha de revista («Campos de Mayo»). En la práctica, sin embargo, la movilización acabó restringiéndose a aquellas personas que vivían más cerca de los lugares en donde se pensaba emprender una campaña.

e) Los mecanismos fiscales siguieron bajo la pauta de la confusión entre las instituciones romanas y germanas. Los recursos del monarca a título de censos fueron sumamente limitados por la inexistencia de catastros. De ahí que el fisco real se nutriese de ingresos procedentes de las rentas de los dominios propios del rey, de los consabidos impuestos indirectos (telonea) y de algunos servicios gratuitos (requisa, trabajos en los caminos, alojamiento del monarca).

La sucesión de Carlomagno y la quiebra de su construcción política

El 28 de enero del 814 Carlomagno moría en Aix-la-Chapelle. Desde esta fecha hasta el 843 (tratado de Verdún) asistimos a la desintegración de su Imperio. De forma un tanto simplificada, pero no por ello menos

precisa, Louis Halphen ha apuntado que Carlomagno fue el primer responsable de ello al no haber previsto nada para el futuro, por vincular toda su obra a su persona. De hecho, Carlos no pudo superar nunca una contradicción que acabará minando el edificio político por él legado: concepción unitaria del Imperio por un lado, pero patrimonial de la realeza por otro.

Bajo Luis el Piadoso, único heredero legítimo, se intentó superar esta falla. Su debilidad de carácter y la incoherencia de su proceder fueron, sin embargo, fuente de irreparables tensiones.

El partido imperialista, encabezado por Wala, logró un primer éxito con la «Ordinatio Imperii» del 817, por la que la dignidad imperial pasaría al hijo mayor de Luis, Lotario, que pasó a convertirse en una especie de coemperador. El documento, sin embargo, dejaba la puerta abierta para la constitución de pequeños reinos vasallos para los demás hermanos. La Iglesia vio en ello la oportunidad de sustraerse en alguna medida al poder absorbente del Emperador y de reforzar, consiguientemente, su autoridad moral en unos momentos particularmente confusos.

En el 840, y después de reiteradas humillaciones a manos de sus hijos, moría Luis el Piadoso.

Los acontecimientos se precipitarían en los años inmediatos:

En el 841, Carlos el Calvo y Luis el Germánico derrotaron en Fontenay a Lotario. Al año siguiente reforzaron su alianza por el *Juramento de Strasburgo*, primer documento redactado en alto-alemán y francés.

En el 843 el tratado de Verdún consagró definitivamente la división del Imperio en tres reinos de extensión semejante: el Este en manos de Luis, el Oeste en las de Carlos el Calvo; una franja central, desde el Mar del Norte hasta Nápoles, pasaba a Lotario: en ella se encontraban las dos ciudades imperiales de Roma y Aix-la-Chapelle.

El título de emperador, retenido por Lotario, resultaba puramente simbólico. Su calificativo de «romano» fue sustituido progresivamente por el de «cristiano».

Muestra inequívoca del papel que la Iglesia iba desempeñando como expresión de la unidad espiritual de los pueblos de la Europa cristiana, por encima de cualquier vicisitud de orden político.

FUNDAMENTOS ECONOMICOS Y SOCIALES DE LA EUROPA CAROLINGIA

El período que tiene como eje los años de gobierno de Carlomagno es una época en la que el Occidente europeo adquiere las peculiaridades socio-económicas que van a marcar las orientaciones para los siglos siguientes: desplazamiento definitivo hacia el Norte de los centros motores; debilitamiento de la vida comercial y urbana; consolidación de unas estructuras esencialmente agrarias que acarrean una vinculación cada vez más marcada del hombre a la tierra como casi única fuente de riqueza. Y, en definitiva, unión de hecho y luego de derecho («normal pero no necesaria») de vasallaje y beneficio, base del régimen feudal «clásico», viable también por la falta de una administración central firme.

El estancamiento mercantil y la reforma monetaria

Empezar por este sector el análisis de la economía en un momento determinado podría parecer un error de método si no tenemos en cuenta un hecho: que el estancamiento de las actividades comerciales y las transformaciones en el campo monetario han sido argumentos favoritos a la hora de diferenciar el mundo carolingio de las etapas anterior y posterior.

La tesis de Henri Pirenne sostenida en el *Mahoma y Carlomagno* hizo particular hincapié en la ruptura de la unidad económica del mundo mediterráneo al producir-

se la irrupción musulmana. Lo que había sido vehículo de una gran unidad económica se convirtió en un mar de barrera, en un foso entre distintas civilizaciones.

Sin embargo, desde el mismo momento de ser lanzada tan sugestiva tesis, los trabajos que trataron de matizarla, discutirla o, lisa y llanamente, rebatirla, se sucedieron casi ininterrumpidamente.

Para algunos autores, la unidad económica del Mediterráneo sufrió su golpe más rudo no con la aparición de los musulmanes sino mucho antes: con el paso de los vándalos al Norte de Africa, desde donde se dedicaron a unas actividades piráticas que hicieron el tráfico mercantil sumamente peligroso (N. Baynes). Para otros especialistas en la materia, no fueron tampoco los árabes los principales culpables de la crisis de las actividades mercantiles en el Occidente, sino las incursiones vikingas posteriores, mucho más demoledoras. Para otros autores en definitiva (D. Dennet, por ejemplo), ni el tráfico mercantil llegó a interrumpirse totalmente en el Mediterráneo para los cristianos, ni cabe culpar de la decadencia exclusivamente a los musulmanes, por cuanto la hostilidad y la incomprensión no eran patrimonio exclusivo de los islamitas.

Vistas así las cosas, cabe, de acuerdo con las recientes investigaciones, pensar que el mundo carolingio no supondría, desde el punto de vista económico, una ruptura demasiado violenta con el pasado inmediato, sino un escalón más dentro de una degradación general iniciada siglos atrás en la crisis del Bajo Imperio romano.

En efecto, actividades mercantiles se siguen manteniendo, aunque sea de una manera muy tenue, a dos niveles:

a) Dentro de las fronteras del mundo carolingio, algunos centros comerciales canalizan unos intercambios no desdeñables. Serán las ferias, de fundación merovingia, de San Matías y Saint Denis. Serán las ciudades-mercado de Maguncia y Verdún, esta última centro fundamental del tráfico de esclavos. Serán también las ciudades del Po, en donde algunos monarcas lombardos (caso de Aistolfo) habían impulsado unas actividades

florecientes. Pavía fue punto de cita de las rutas Rin-Como y Jura-San Bernardo.

b) Cara al exterior, las limitaciones vienen dadas tanto por los peligros antes mencionados como por la incidencia de los principios de la ética cristiana: limitación del tráfico de esclavos, medidas contra la usura (*Admonitio Generalis* del 789 o Capitular de Nimega del 800). El tráfico se orienta hacia los siguientes ámbitos:

Hacia el norte de Europa. Con el reino de Mercia, el vino del continente y el plomo inglés son los dos principales productos de intercambio. Los puertos de Durstel y Quentovic (actividad heredada del mundo romano y merovingio) actuaron de respiradero mercantil hacia el Mar del Norte: comerciantes frisones crearon una colonia mercantil en Birka, en el emplazamiento del actual Estocolmo.

Hacia Oriente. Las dificultades por mar proceden tanto del peligro musulmán como del bloqueo establecido por la escuadra bizantina. Venecia adquirió el carácter de distribuidora de mercancías (esclavos, productos de lujo...), que en otro tiempo había tenido Alejandría para los occidentales. Otras ciudades marítimas italianas (Gaeta, Nápoles, Amalfi) se arriesgaron a ser protagonistas también de esta aventura al calor de su ambiguo estatuto político. La presencia del elemento judío en el mantenimiento del tráfico Este-Oeste va a ser también sumamente importante.

Como paliativo para las dificultades de tráfico marítimo en el Mediterráneo, se intensificará la ruta danubiana entre el Imperio bizantino y el carolingio. Ruta que, después de la muerte de Carlomagno, verá su importancia sensiblemente mermada por la irrupción de los húngaros en la escena política.

* * *

El reinado de Carlomagno ha conocido lo que algunos autores no han dudado en calificar de «revolución monetaria»: el paso del sistema bimetálico al monometálico argénteo. Se ha dado la fecha del 794 como el momento

en que se lleva a la práctica el cambio. La libra, unidad de cuenta ya, pasa a tener veinte sueldos, y cada sueldo, doce denarios (la verdadera moneda en circulación) con un peso aproximado de 2,04 gramos.

La visión tradicional ha pretendido ver en la medida un síntoma más del proceso de degradación económica de la Europa del momento. Aunque sean fenómenos inseparables, el paso al patrón plata en el mundo carolingio se ha pretendido explicar en función de otros motivos como (Cipolla o Vercauteren) el de simplificar un sistema monetario para el que el bimetalismo era más un inconveniente que una ventaja. El oro, así, experimentaría un «drenaje» hacia Oriente y la plata hacia Occidente, aunque no hay que infravalorar el atesoramiento que del primero harían en la Europa carolingia algunas familias e instituciones eclesiásticas. Las incursiones vikingas posteriores contribuirán a ponerlo de nuevo en circulación.

La acuñación de moneda y los mecanismos de precios e impuestos fueron colocados bajo control estatal. Entre estos últimos, los telonea de Quentivic y los Alpes suponían hasta un 10 por 100 del precio de los productos. El *procurator* del Canal tenía un alto rango.

Las medidas, sin embargo, acabaron experimentando una profunda relajación. Las exenciones a personas o a monasterios contribuyeron también a minar el sistema hasta sus mismas raíces.

Economía rural y sistemas de explotación

Las actividades mercantiles y los centros comerciales en la Europa carolingia suponen pequeñas islas en medio de un inmenso «océano» dominado por la agricultura. Más del 90 por 100 de la población se encuentra ligada al campo, bien a través de su trabajo, bien a través de los ingresos que de él percibe.

Una población con escasa densidad pero, como ha estudiado van Bath, con fuertes contrastes a dos niveles:

Regionales: París y Saint Omer dan, con 35 habitantes por kilómetro cuadrado, los índices más altos; el Westergoo da 20; de 9 a 12 Frisia, Somain e Inglaterra; y entre 4 y 5 la zona del Mosela, Groninga y Overisel.

Locales: algunas de las unidades agrícolas (los mansos), teóricamente unifamiliares, se encuentran a veces «superpoblados»: 35 mansos para 116 familias en Villance, en la abadía de Prüm, aunque no parece que fuese ésta la norma general.

Población eminentemente rural, que vive en un mundo plagado de limitaciones:

a) Escasos rendimientos agrícolas: Los *Brevium Exempla* del fisco real de Annapes hacen pensar que las mejores cosechas no rebasarían las logradas en el siglo XIX en los países menos favorecidos. No es raro el año en que la mayor parte del grano tiene que ser dedicado a sembradura, quedando para el consumo un pobrísimo excedente. Fácil es deducir la incidencia de estos fenómenos sobre una población que se puede calificar de crónicamente subalimentada.

b) La agricultura, fundamentalmente cerealista, coexiste con una ganadería menor y semisalvaje que supone el complemento a una muy deficiente alimentación. El tipo de puerco que aparece en la iconografía altomedieval tiene más parecido con el jabalí que con el actual cerdo doméstico. El ganado vacuno es escaso y de mala calidad dada la deficiencia de pastos. El caballo es una máquina de guerra más que otra cosa. La estabulación es muy reducida, salvo en las zonas más septentrionales. Incluso en las regiones más pastoriles, el cereal se convierte en un elemento fuertemente competitivo de la ganadería.

c) La agricultura coexiste con el bosque, necesario complemento para la vida del campesino. Distintas disposiciones legales se dieron para protegerlos y regular las roturaciones: «Admonitio Generalis», Capitulares de Aix del 801 y 813, Capitular de Villis... Los espacios forestales facilitan caza, combustible, el cuero de los animales salvajes, etc.

d) Las técnicas agrícolas siguen siendo en buena me-

dida las de época romana, con escasos aportes. Los sistemas de rotación en tres hojas no se encuentran aún generalizados. La difusión de un utillaje más eficiente (arado pesado, collera, etc.) será de fecha algo posterior. La renovación de la fecundidad de la tierra se liga a prácticas muy elementales: deyecciones del ganado (en el norte de la Europa carolingia), estercoladoras (en zonas muy restringidas como la abadía de Staffelsee) y, sobre todo, según observa Duby, a través de la multiplicidad de labores en la tierra con un instrumental demasiado primitivo.

* * *

A la hora de estudiar el mundo rural carolingio, una denominación se ha impuesto: la de régimen «dominical». Su origen se encuentra en el norte de Francia a lo largo de los siglos VII y VIII. En este área es donde, según hemos expuesto, se dan las mejores condiciones humanas, geográficas y políticas (A. Verhulst). Desde allí se difundirán una serie de términos que van a hacer pronto fortuna:

a) El de *mansus*. Surge en París en el siglo VII y desde allí se extiende en la centuria siguiente hacia el Este (Brie, Borgoña...), el Norte (Artois y Flandes) y más débilmente hacia el Sur (Anjou). Otros términos empleados en distintas áreas geográficas vienen a ser sinónimos: *Huba* o *Hide* en Inglaterra, *heredad* en la España cristiana. Su extensión varía en el ámbito carolingio entre las 20 áreas y las 15 Has., según se deduce de las páginas del *Políptico* del abad Irminón. Las diferencias vienen dadas por distintas razones: la extensión del suelo cultivable, su calidad edafológica, las diferencias jurídicas, la propia evolución histórica, etc.

El manso es unidad económica familiar en principio, pero en la práctica es el módulo para el establecimiento de requisiciones y el aseguramiento de su percepción.

b) Pero la unidad más coherente de explotación agrícola es la villa, condición *sine que non*, para la existencia de un régimen dominical «clásico». Su extensión,

que aumenta en época carolingia, en comparación con la de tiempos merovingios, oscila entre las mil (Palaiseau del abad Irminón y las dos mil hectáreas (Fontaine-Bonneleau de la catedral de Amiens).

La villa es la célula económica para proveer no sólo las necesidades del amo sino también las de toda la comunidad, y tanto en víveres como en todo tipo de útiles. Así, la «Lex Baiuvarorum» del 750 y la «Capitulare de villis vel curtis» exponen en detalle estos mecanismos, cuando dicen que los intendentes han de procurar haya buenos obreros para la forja de distintos metales, para el trabajo del cuero, para la carpintería; fabricantes de todo tipo de bebidas; panaderos... «y otros operarios cuyo nombre sería muy largo de enumerar».

Las villas mejor estudiadas son las situadas en Lombardía y cuencas del Rin y el Loira. Para su explotación se establece una disyunción entre:

Las tenencias, equivalentes, *grosso modo*, a los mansos, unidades de asentamiento de familias campesinas cuya situación económica y *status* jurídico presenta una amplia gama de matices.

La reserva o *terra dominicata*, explotada en provecho directo del señor a través de distintos procedimientos. Desde la mano de obra servil, cuya situación se recoge en las disposiciones de la Capitular del 806, hasta el empleo del «excedente de las fuerzas productoras de los campesinos asentados en los mansos» (Duby).

Sin embargo, a pesar de que la villa como gran explotación agrícola tenga que producir en principio todo aquello que necesita para consumir, en la práctica no se puede (según hemos adelantado) hablar de una autarquía total. La existencia de mercados, aunque con un radio de acción harto restringido, resulta suficientemente elocuente. Tanto como las disposiciones que se dan para evitar la especulación: en la Capitular de Villis y en otras del 794, 806 y 809. Por otro lado, no todos los suelos son susceptibles de producir aquello que se considera como imprescindible. De ahí la gran dispersión de las posesiones de abadías y magnates lai-

cos entre las cuales existe, lógicamente, cierto trasiego comercial que permite una economía equilibrada: el *Políptico* del abad Irminón (por citar uno de los documentos más utilizados) permite pensar en posesiones dispersas por todo el territorio carolingio, con una extensión total en torno a las 35.000 hectáreas.

Estructura social de la Europa carolingia

La fortuna territorial es el fundamento de la riqueza en el mundo carolingio. En base a ella hay que reconstruir lo que fue la sociedad de aquella incipiente Europa.

En principio, hay una tendencia que va cobrando cuerpo con el transcurso del tiempo, desde Carlos Martel hasta Carlomagno: la progresiva sustitución del *alodio* (tierra que se posee con entera libertad, desligada de cualquier compromiso de servicio a otra persona) por la tenencia (beneficio que se posee como contrapartida de alguna prestación y que, en un principio, terminaba con la vida del beneficiario).

a) La aristocracia de época carolingia empieza a integrarse en una serie de linajes que trata de escalar los altos puestos de la administración central y territorial. El ejemplo de los mayordomos de Palacio es el más significativo.

Su riqueza procede de los bienes patrimoniales, pero también (costumbre impuesta por Carlos Martel) de algunas abadías a las que se despojó a cambio de algunas compensaciones. El trasiego de la aristocracia provocó una serie de fenómenos: el agrupamiento de linajes (Boussard), la «franquización» de aquellas familias oriundas de la periferia (Suniario, Sinocolfo, Wifredo...) y la «supranacionalización» y «europeización» (Fichtenau) dada la variedad regional de intereses económicos (Otokar, con dominios en zonas tan alejadas como París, el centro de Germania y Baviera), y la

proyección de sus funciones fuera de la tierra de origen (condes de Turgovia que darán condes a Provenza y Rethia).

A pesar de la mencionada dispersión de posesiones, cabe hablar de una tendencia a reforzar posiciones en zonas determinadas. Así, los carolingios originariamente tuvieron su mayor potencia en el área Maestrich-Nivelle-Bastogne-Malmedy. El establecimiento de la capitalidad en Aquisgrán no fue, así, una simple casualidad en unos momentos en que los principales recursos del monarca provenían de sus bienes patrimoniales.

b) Como contrapeso de la alta aristocracia, los carolingios favorecieron la creación de una clase de «vasallos reales» («mallas de una extensa red de lealtad» en expresión de Marc Bloch), beneficiaria de antiguos dominios de eclesiásticos y de súbditos rebeldes. En algunas regiones acabaron constituyendo auténticas colonias militares que permitían un servicio militar más eficaz que la simple leva en masa. El juramento de fidelidad del 802 al que se sometió a todos los vasallos se hizo particularmente preciso para los «vasallos reales». Con él se intentaban subsanar los fallos de unas instituciones públicas de eficacia bastante dudosa.

c) El alto clero tuvo unos intereses y una extracción muy semejantes a los de la alta nobleza. Los principales personajes eclesiásticos del mundo carolingio son beneficiarios de ricas abadías: Fulrad, abad de Lobbes y Saint Quintín; Wala, abad de Corbie; Teodulfo, abad de Fleury sur Loire y Saint Aignan; Alcuino, beneficiario de abadías cercanas a Reims y Chalons.

Las altas jerarquías recibieron importantes cargos del monarca. Como *missi dominici* velaron por el cumplimiento de la ley «divinamente establecida». Sus funciones políticas fueron en ocasiones en detrimento de las religiosas. De ahí las exhortaciones de un Alcuino o un Benito de Aniano que, por otro lado, cayeron en el vacío.

d) El bajo clero sufrió presiones de los poderes es-

tablecidos, para mantener una disciplina y dignidad de vida. De ahí una serie de disposiciones cuyos efectos fueron siempre muy limitados: generalización de la obligatoriedad del diezmo a los fieles (Capitular de Mantua del 787); prohibición a los no libres de ejercer el ministerio sacerdotal («Fórmula imperial» del 818); recomendación de dar un *mansus integer* a los curas de las parroquias para su mantenimiento, etc.

e) Entre los grupos populares, de acuerdo con su *status* jurídico, se pueden distinguir dos escalones:

Servi o *mancipia,* herederos de la antigua esclavitud. Sujetos a la tierra, asimilarán pronto a los *laeti.* Las fuentes que hablan de ellos son escasas. Para Baviera, por ejemplo, se distinguen tres categorías: jornaleros, plebeyos o colonos y ministeriales.

Libres o *pagenses*, entre los cuales se encuentran colonos y pequeños propietarios. Estaban sometidos al servicio militar y al juramento de fidelidad al soberano. En el primero de los casos, las obligaciones del colono se reducen a simples labores de acarreo.

Sin embargo, rara vez los libres consiguen mantenerse al margen de la presión de los poderosos a quienes, por lo general, se ven en la necesidad de servir a cambio de recibir tierras en *precarium.* En teoría, algunas esferas quedan fuera del ámbito señorial. Es lo que G. Duby ha llamado los «centros de atracción y solidaridad»: cotización de gastos públicos, trabajos de roturación y aprovechamiento de rastrojos, vinculación a las iglesias parroquiales... Pero aun en estos casos, el control del señor es posible ya que dispone de los necesarios instrumentos de presión: la explotación de los diezmos parroquiales como «protector», la posesión de las mejores tierras y baldíos, las reservas alimenticias, la autoridad y arbitraje sobre los humildes, etc.

* * *

En conclusión: a lo largo del siglo IX se irán consolidando una serie de principios que hacen que el hombre libre cada vez interese menos. Las categorías inter-

medias, como los colonos, tienden a desaparecer. En una Capitular de Carlos el Calvo se dice de una manera tajante que sólo existen dos clases de hombres: los que son libres y los que no lo son. Muestra típica del pensamiento de una sociedad poco dada a distingos y sutilezas de carácter jurídico.

5

IGLESIA Y CULTURA EN LA EUROPA CAROLINGIA

El Imperio de Carlomagno fue, según expresión de Marcel Pacaut, «romano» por su nombre, germano por sus instituciones y cristiano por su dinámica. Los principios de *dilatatio regni,* para definir la realidad de la construcción imperial, y de *dilatatio Christianitatis,* para justificar su poder expansivo, suponen las bases sobre las que la construcción carolingia trató de asentarse. Imperio y Cristiandad occidental pasaron a ser términos prácticamente sinónimos.

La expansión de la Cristiandad

Sobre la Galia franca, en el período de tránsito a la Alta Edad Media, confluyeron, según hemos adelantado, las influencias monacales celtas y romanas, en una labor de proyección misional que tiene en San Bonifacio uno de sus más esclarecidos representantes.

Nacido en el actual condado de Devon, hacia el 680, Wynifrido fue ordenado sacerdote treinta años más tarde. Frisia fue su primer campo de evangelización, aunque con escaso éxito. Pasó más tarde al otro lado del Rin, en donde cambió su nombre original por el de Bonifacio. La labor evangelizadora llevada a cabo en este ámbito fue amplísima: cristianización de Turingia y Hesse, y establecimiento de una sólida jerarquía en la ya cristianizada Baviera (que pasará a convertirse en importante bastión espiritual). Bajo la protección de Carlos Martel primero y luego de Pipino el Breve, se

crearán las importantes diócesis de Ratisbona, Colonia, Maguncia, Erfurt, Salzburgo (ésta, importante centro misionero cara al mundo eslavo) y los grandes monasterios de Fulda y Fritzlar.

En el 754 Bonifacio murió a manos de un grupo de frisones paganos. Sin embargo, dejaba creada una sólida infraestructura eclesiástica que fue utilizada hasta sus últimas consecuencias bajo Carlomagno.

a) *Cristianización de los sajones.*

Sajonia constituía, a la muerte de San Bonifacio, el único pueblo germánico uniformemente pagano sobre el que la labor misionera de éste y de sus discípulos se desenvolvió con desesperante lentitud. Las campañas de Carlomagno aceleraron el proceso. En él se mezclaron distintos procedimientos: desde una auténtica guerra terrorista (matanza de Werden del 782, en la que fueron ejecutados varios miles de prisioneros sajones), pasando por bautismos colectivos y forzosos, hasta la creación de una jerarquía regular sobre el territorio al calor de la protección de las armas francas. De este proceso surgirán las sedes episcopales de Bremen, Paderborn, Minden, Osnabruck, y, desde el 804, la iglesia de Hamburgo, destinada a tener un brillante porvenir como catequizadora de los eslavos al otro lado del Elba.

b) *La proyección evangelizadora hacia el norte de Europa.*

De Frisia, sobre la que incidió la labor evangelizadora de Bonifacio, Willibrordo y Willehad, saldrá el primer misionero a la conquista de la Europa nórdica: Liudger.

En Suecia, la colonia mercantil de Birka se convirtió en un potencial foco catequético. Sobre Dinamarca, la conquista de Sajonia por los francos puso en peligro la supervivencia del paganismo jutlandés. El obispo Ebon de Reims, desde el 823, intentó la conversión masiva de la península, pero con escaso éxito. Anscario, obispo de Hamburgo, no consiguió mucho más en los años siguientes. El progresivo debilitamiento político carolingio y la vitalidad que el mundo escandinavo empezó a

mostrar en estos momentos, echaron por tierra cualquier intento serio de evangelización del espacio nórdico a corto plazo.

c) *El mundo ávaro:*

Los éxitos militares en la cuenca media del Danubio permitieron una amplia labor evangelizadora sobre los ávaros. Iniciada en el 795, será impulsada por Arno, obispo de Salzburgo.

d) *La Península Ibérica:*

Cara a la Cristiandad, el Imperio de Carlomagno se presentó como el campeón de la ortodoxia. Así lo mostró frente a la iconoclastia bizantina: el sínodo de Franckfurt del 794 ha sido tomado por algunos estudiosos como la réplica, en Occidente, del segundo Concilio de Nicea; un intento de emulación cara a la Iglesia de Constantinopla.

En la frontera sur del mundo carolingio, en torno al 800, otro movimiento heterodoxo estuvo a punto de desgarrar a la Cristiandad: la herejía adopcionista. Sostenida por el arzobispo morázabe de Toledo Elipando y el obispo de Urgel, Félix, devaluó la divinidad de Cristo, reduciéndolo a mero hijo adoptivo de Dios Padre. Urgel, como parte de la legendaria Marca Hispánica, se encontraba bajo control franco, y desde allí la herejía se extendió por el mediodía de Francia. Acabó siendo atajada en dos frentes: desde el pequeño reino de Asturias, en donde fue combatida con una violencia verbal extraordinaria por Beato de Liébana; y desde la propia Francia carolingia, a través de las predicaciones de Benito de Aniano y las disposiciones sinodales de Franckfurt (794), Fruil (796) y Aquisgrán (799).

Quedaban así conjurados los peligros de una grave disputa religiosa que pudiese desgarrar la unidad espiritual del Occidente europeo.

El «Renacimiento» carolingio

El término «renacimiento», aplicado a las corrientes culturales que tuvieron su origen en el reinado de Car-

lomagno, resulta sumamente vago. De hecho, su generosa utilización para designar diferentes situaciones le ha hecho perder credibilidad.

El «renacimiento carolingio» resulta poco original si tenemos en cuenta que fue la culminación (Riché) de otros «renacimientos» anteriores: el de Sevilla bajo San Isidoro, el de Northumbria bajo Beda, el de Bobbio o Pavía después de la cristianización de los reyes lombardos.

Poco original también si tomamos en consideración que fue un movimiento con unos fines eminentemente utilitarios: la formación de funcionarios y de cuadros eclesiásticos. De ahí que se tratara de un fenómeno eminentemente «clerical». Sus efectos alcanzaron sólo a un pequeño grupo, no logrando una elevación del nivel cultural medio. Los grandes laicos que accidentalmente participaron de estas corrientes lo hicieron sólo por ver en la cultura (Le Goff) «un objeto de delectación estética, un instrumento de prestigio más que un medio de instruirse y de administrar».

En líneas generales, cabe distinguir (J. Chelini) tres momentos en la trayectoria del «renacimiento carolingio»: el de los maestros, el de los imitadores y el de la plenitud (que coincide con el resquebrajamiento político del Imperio).

a) Al primer grupo pertenecen autores nacidos, por lo general, fuera de los estrictos límites del mundo franco. Paulo Diácono, italiano, autor de una *Historia de los lombardos* en la que se sigue la vieja tradición de confeccionar historias nacionales; y, sobre todo, Alcuino de York.

Formado en el círculo de Beda, Alcuino se integró plenamente en la corte carolingia hacia el 782. Mediocre escritor, su fama se ha debido a su papel como consejero de Carlos y como organizador: impulsor de la Escuela Palatina, del renacer de las letras en los establecimientos monásticos (Fulda, Corbie, Reichenau...) y de una reforma eclesiástica que tuvo escaso éxito, pero de la que quedaron testimonios en algunas disposiciones

legales como la «Admonitio Generalis» del 789. La política de restauración imperial tendría en él uno de sus principales impulsores.

b) Dos importantes figuras cubren los años finales del reinado de Carlos y prolongan su actividad bajo sus sucesores. Teodulfo de Orleáns, de ascendencia hispánica, cuya obra poética habría de adquirir una gran fama, y Eginardo.

La labor literaria de éste se desarrolló principalmente tras el 814 y cristalizó en el *Vita Karoli*, biografía del emperador, en tono a veces excesivamente laudatorio, pero excelente muestra de la historiografía del momento.

c) Desde el 840, y al compás de la desintegración del edificio político carolingio, se aprecian fisuras bastante notables en la vieja uniformidad de pensamiento.

Rabano Mauro, abad del monasterio de Fulda y más tarde arzobispo de Maguncia, versado en Patrología y Sagrada Escritura, redactó un *De Universo Libri XXII*, sobre la pauta de anteriores tendencias enciclopédicas.

La chispa que hizo estallar una gran polémica teológica brotó de las tendencias agustinistas extremas de Godescalco, cuyas tesis sobre la predestinación negaban el valor universal del sacrificio de Cristo.

Bajo el episcopado de Hincmar de Reims, el predestinacionismo fue condenado en el concilio de Quierzy, a la vez que el «simbolismo» eucarístico de Scoto Eriúgena, una de las personalidades más fascinantes de la Alta Edad Media.

Nacido en las Islas Británicas, verdadero trotamundos, Scoto Eriúgena dejó en su *De Divisione Naturae* un sistema filosófico de signo neoplatónico: todas las formas de la naturaleza dimanan de Dios, uno y eterno, y a El vuelven. De acuerdo con ello, la predestinación es única: para el bien, ya que el mal no tiene realidad última y Dios no puede predestinarlo.

d) La huella de Scoto Eriúgena será muy fuerte en los autores de fines del siglo IX y, particularmente, en

el grupo conocido como «Escuela de Auxerre». Sus representantes más caracterizados fueron Erico de Auxerre, en cuya obra coexisten el eriugenismo y un cierto nominalismo; y Remigio de Auxerre, su discípulo, comentarista de Prudencio, Boecio y Terencio.

Los primeros años del siglo X se presentan como un período particularmente oscuro en todas las esferas (historia, ciencias, filosofía...). La figura más destacable será la de Abbon Lecourbe, cuya línea de trabajo está en consonancia con la marcada en el Renacimiento carolingio. Desde mediados de la centuria, al calor de los intentos de regeneración política se asiste a un nuevo impulso que, de forma un tanto pomposa, se ha dado en llamar «renacimiento otoniano».

Los intentos de emancipación pontificia y reforma monacal

Desde mediados del siglo IX, la progresiva decadencia política del mundo carolingio favoreció de forma decisiva la libertad de movimientos del Papado.

Entre el 840 y el 850, se fueron elaborando una serie de documentos que conducirán a la liberación en dominio eclesiástico de las intromisiones de los poderes temporales: fueron las llamadas «Falsas Decretales», redactadas dentro del espíritu de la falsa donación de Constantino. Por ellas se sacralizaron los bienes de la Iglesia destinados al culto y alojamiento de los clérigos; se prohibió el servicio de armas de éstos y su deposición por los laicos. Quedaba reservado al Papa el derecho a la convocatoria de concilios y el juicio de los titulares de sedes episcopales. Se daban, así, pasos decisivos en la emancipación del clero y en la primacía de los pontífices.

Será bajo Nicolás I, elevado al solio pontificio en el 859, cuando estos principios empiecen a convertirse en realidad.

Frente a los poderes temporales del Occidente ejerció una firme autoridad moral, sobre todo ante Lotario II,

que había repudiado a su mujer legítima. Igualmente mostró su energía frente a un prelado de la talla de Hincmar de Reims. Defensor de la ortodoxia contra Scoto Eriúgena y Godescalco, autor de dos tratados de educación política (*Novis regis institutio* y *De ordine Palatii*), y verdadero regente en Francia a la muerte de Carlos el Calvo, Hincmar hubo de ceder, sin embargo, ante Nicolás I en asuntos de ordenación interna de su diócesis.

Será, sin embargo, frente al patriarcado de Constantinopla, cuando se planteen más graves problemas para Nicolás I y sus inmediatos sucesores.

El conflicto se inició cuando César Bardas, regente de Miguel III, depuso al patriarca reinante, Ignacio, y nombró al seglar Focio en el 857. Nicolás I envió legados a Constantinopla, pero sólo se lanzó la excomunión contra el nuevo patriarca seis años después, cuando éste se negó a reconocer la jurisdicción papal sobre las diócesis de Calabria e Iliria. En el sínodo de Constantinopla del 867, por último, Focio excomulgó al Papa, criticó duramente la doctrina del «filioque» (integrada en el Credo no en el Concilio de Nicea sino con posterioridad) y declaró que la supremacía pontificia no tenía más valor que el puramente honorífico. Se producía así la primera ruptura grave entre Bizancio y Roma.

Grave, pero no definitiva. Los sucesores de Nicolás I vieron sus relaciones con Constantinopla condicionadas por los periódicos ascensos y caídas en desgracia de Focio. Así, cuando Ignacio, repuesto al morir Miguel III, desapareció en el 877, un pontífice, Juan VIII, absolvió a Focio y le reconoció como patriarca. Pero ello sólo sirvió para reavivar la querella con Roma. Al final, el emperador León VI terciaría en la polémica (886) desterrando al combativo patriarca a un monasterio armenio y renudando las normales relaciones con el Pontificado.

* * *

La evolución del monacato se vio condicionada, bajo los primeros carolingios, por la política «secularizadora»

llevada a cabo por Carlos Martel con el fin de premiar a sus fieles, aunque en todo caso se reservase a la Iglesia la propiedad eminente. Los monarcas procuraron elegir como abades a gente por lo general digna, aunque su actuación espiritual se viese en numerosas ocasiones limitada por las ocupaciones de orden administrativo que les fueron encomendadas. Una servidumbre que el clero hubo de pagar por ser la única clase intelectualmente preparada en aquellos momentos.

Bajo Carlomagno, las fundaciones serán escasas y, muchas veces, para servir de soporte a la labor de expansión política. Bajo los primeros años de Luis el Piadoso, Benito de Aniano emprendió una política de restauración de la disciplina de cuño benedictino, con unas motivaciones que quería fuesen exclusivamente religiosas. El monarca, más blando pero también más culto que su antecesor, procuró reducir las cargas militares que pesaban sobre los monasterios y colocar sus bienes, al menos parcialmente, al abrigo de las ambiciones de los grandes poderes laicos.

La obra, sin embargo, no llegó a cuajar. En efecto, la segunda mitad del siglo IX es el período de las terribles incursiones de húngaros y normandos y de la progresiva feudalización y «clericalización» del monacato. Circunstancias poco favorables para cualquier iniciativa creadora.

En los primeros años de la siguiente centuria se aprecian los primeros síntomas firmes de regeneración monástica: el 910 el duque de Aquitania Guillermo el Piadoso concedió al monje Bernon, en el condado de Macon, una porción de tierra sobre la que se habría de levantar el monasterio de Cluny. Colocado bajo la «propiedad inalienable de los Santos Pedro y Pablo», la nueva fundación se desligaba de cualquier poder laico y acometía la vuelta a la letra de la regla benedictina. La inseguridad endémica en una época difícil y el fuerte impulso místico que arrastraba a la gente hacia los claustros, fueron importantes bazas en la constitución de la nueva orden, pilar básico de la Cristiandad europea en las dos centurias siguientes.

En la Lotaringia en que se erigió el monasterio de Cluny, tendrán lugar otras fundaciones también en los mismos años. En el 914, Gerardo de Brogne levantó una abadía en las cercanías de Namur, cuya proyección había de alcanzar las tierras de Normandía. En una línea semejante, Juan de Gorze promovió la reforma de los monasterios en las diócesis de Metz, Toul, Lieja y Tréveris. De esta forma, la renovación monacal se va poniendo en marcha a lo largo del siglo X.

6

EL NUEVO ASALTO CONTRA LA EUROPA CRISTIANA

Desde la muerte de Carlomagno en el 814 hasta bien entrado el siglo X, Europa experimenta una serie de conmociones, derivadas tanto de la disolución de su Imperio como del aguijoneamiento de una serie de pueblos que son protagonistas de lo que se ha dado en llamar «las segundas migraciones».

Estas, sin embargo, van a ser, si tenemos en cuenta sus consecuencias últimas, más aparatosas que destructoras de unas estructuras creadas sobre el Occidente europeo que, a la larga, resistirá bien la embestida. Uno de los mejores conocedores del tema, Lucien Musset, ha dicho que «Occidente arriesgó más su fortuna que su existencia». En definitiva, se puede decir que este segundo movimiento de pueblos contribuyó a reafirmar los principios que las primeras migraciones germánicas habían ya esbozado:

Salvo en un principio, no hubo destrucciones que se pudieran calificar de irreparables. Cabría pensar más bien en matizaciones en los espacios balkánico y occidental, a los que se añadirán un anillo de nuevos Estados (Noruega, Polonia, Croacia, Hungría...) que más adelante serán el amortiguante frente a otros pueblos.

Una consolidación del desplazamiento de los centros motores de la vida política y económica hacia el Noroeste.

Una articulación del mundo occidental en múltiples células que constituyen el armazón de la sociedad feudal.

De acuerdo con la clasificación al uso, cabe agrupar a los nuevos incursores en función del siguiente criterio.

Los pueblos de las estepas

El espacio comprendido entre la Europa central y el corazón de Asia constituye (salvando la cadena de los Urales) una vasta planicie esteparia. Sobre ella, pueblos nómadas de jinetes se han convertido periódicamente en aglutinantes de extensos imperios por lo general de efímera duración.

El Imperio huno, que respondió a un movimiento de pueblos de las estepas que afectó por igual a Asia y a Europa, fue el primero de este tipo de construcciones con el que el mundo romano-germánico se enfrentó. Con posterioridad, otros pueblos de étnia semejante harán acto de presencia: los ávaros bajo los primeros carolingios; y más tarde:

a) *Los búlgaros*

Asentados en el siglo VII entre el Kubán, curso medio del Volga y el Kama inferior, acabaron diluyéndose entre el elemento eslavo a medida que progresan hacia la antigua provincia de Mesia. El río Maritsa se convirtió en una marca fronteriza bizantina. Su cristianización desde mediados del siglo IX creará para Constantinopla un tipo de problemas distintos a los de la razzia anárquica sobre su territorio: la constitución de un estado rival con su patriarcado propio y con la adjudicación del significativo título de *basileus* para su monarca.

b) *Los jázaros*

De substrato ugrofinés, este pueblo ocupó desde fines del siglo VII un espacio comprendido entre el Cáucaso, el Don y el Ural. Su escasa capacidad migratoria se vio compensada por la habilidad comercial desplegada en la explotación de las rutas caravaneras: las ciudades de Itil y Sarkel constituyen un buen exponente. Unico pueblo convertido en masa al judaísmo, los jázaros desaparecerán desde mediados del siglo X por la presión de varegos y otros pueblos de las estepas.

c) *Cumanos y pechenegos*

Protagonistas de segunda fila y de última hora, desaparecerán aplastados por los bizantinos (pechenegos) y diezmados por los mongoles (cumanos).

d) *Los magiares*

Asentados originariamente en la cuenca del Kama, marcharon hacia el Occidente, estableciéndose a fines del siglo IX en la llanura de Panonia. Desde esta zona lanzaron, particularmente sobre el Occidente, una serie de razzias en las que mostraron la terrible eficacia de su caballería. Orleáns (937), el Pirineo oriental (924), Otranto (947) y Bremen (915) constituyeron los vértices de un enorme polígono repetidamente saqueado. Sólo la aparición de un poder fuerte en Germania (Otón I, futuro emperador del Sacro Imperio) logró poner freno a estas incursiones al derrotar a los magiares en el 955 delante de los muros de Augsburgo. En los años siguientes, y paralelamente a su sedentarización, la labor de evangelización obtuvo un éxito definitivo: bautismo del rey Rajk, que tomó el nombre de Esteban. Las instituciones eclesiásticas y políticas de cuño occidental harán el resto de la labor desde el año 1000.

Los sarracenos

La segunda embestida musulmana no puso, como la gran expansión árabe tras la muerte de Mahoma, en peligro la existencia de la Cristiandad occidental. En efecto: los ataques de los sarracenos con bases en España y el Norte de Africa suelen tener como móvil principal el saqueo.

No obstante, cabe también tener en cuenta la creación de algunos asentamientos más estables en las Baleares, Sicilia, sur de Italia (Bari fue ocupada por los piratas sarracenos en el 841) y la costa provenzal. En esta última, la «colonia» de Fraxinetum (actual Frejus) se convirtió en base de partida para incursiones hacia el interior que llegaron a poner en grave peligro el débil

tráfico mercantil mantenido a través de los pasos alpinos.

La contraofensiva bizantina desde fines del siglo IX y la iniciativa militar tomada en el siglo siguiente por algunos señores locales acabaron con la presión sarracena en este ámbito del Mediterráneo. Sin embargo, la presencia árabe en el sur de Italia, aunque estabilizada, se mantendrá durante algún tiempo.

Los eslavos

De la gran familia de los indoeuropeos, los eslavos habitaron originariamente la zona de las marismas del Pripet. Tácito, Plinio y Ptolomeo les dan el nombre de *veneti* (de donde vendrá el alemán *wendos*). En el siglo VI, Jordanés les da el nombre de *Sklavenoi* y los sitúa entre la desembocadura del Danubio, el Dniester y el Vístula. Varias de las tribus que integraban el mundo eslavo (obodritas, sorbos, polanos, servios, croatas, etc.) se fueron asentando en los territorios que los germanos dejaron vacíos tras penetrar en el Imperio:

a) Del establecimiento en el mundo balkánico ya hablamos con ocasión del estudio de la eslavización del Imperio bizantino bajo los heráclidas. Sin embargo, las creaciones políticas más coherentes tendrán lugar en la frontera norte: Croacia desde comienzos del IX o Servia un siglo más tarde. Se trató, sin embargo, de entidades que, como Bulgaria, se vieron con frecuencia a merced de las contraofensivas de Constantinopla o de las incursiones de los pueblos de las estepas.

b) Hacia el Oeste, una amplia capa de topónimos nos va indicando la progresión del elemento eslavo en la Europa central. Las creaciones más importantes serán:

—La «Gran Moravia», que evangelizada por los monjes bizantinos Cirilo y Metodio a mediados del siglo IX conocerá una floreciente y efímera civilización bajo Svatopluk. La llegada de los húngaros arruinará esta labor en los primeros años del siglo X.

—Bohemia, protegida por su cuadrilátero montañoso, sufrirá menos las incursiones magiares. Cristianizada por San Wenceslao a comienzos del siglo X, se orientará políticamente hacia la Alemania del Sacro Imperio.

—Polonia surge como entidad política gracias a la aglutinación de distintos pueblos —polanos y vislanos principalmente— asentados en el eje Cracovia-Gniezno. En el 948 se fundaban las diócesis de Brandeburgo y Oldenburgo y veinte años después el duque Mezsko se convertía al Cristianismo.

c) La gran llanura rusa, asiento de ukranianos, grandes rusos y rusos blancos, será el campo de acción de una de las fracciones de los pueblos escandinavos. Cabe hablar, por tanto, de su trayectoria histórica en otro apartado.

Los normandos y su expansión

Durante el siglo VIII, las penínsulas jutlandesa y escandinava permanecen en calma. La tónica política en ellas viene dada por una fuerte regionalización, por la inexistencia de Estados organizados.

En la última década del setecientos se producen ya las primeras incursiones normandas en la costa oriental de Escocia: en el 793 Lindisfarne es saqueada. Fue el preludio de sistemáticas operaciones de depredación que durarán más de un siglo. Los conceptos de normando (hombre de norte) y vikingo (hombre de bahía) pasaron a identificarse con las peores calamidades sufridas por la Europa del momento.

Un cronista de la época, Dudon de Saint Quintín, mencionó la superpoblación de los países nórdicos (producto de la práctica de la poligamia) como la principal causa de la expansión de sus habitantes. Hay que tener en cuenta, sin embargo, factores más profundos:

La evolución político-social que, desde fines del siglo VIII, experimenta el mundo nórdico. Una categoría de poderosos monarcas acaban por imponerse a los

pequeños soberanos locales que tratan, por ello, de forjarse un porvenir más brillante fuera de sus países de origen. Algo semejante debió de ocurrir con la aristocracia rural (la *bôndi*), que vio en las expediciones navales una fuente de riqueza y de promoción social. Los sentimientos agresivos de su religión, fomentadora de la sed de aventuras, constituyeron también un excelente fermento.

Los contactos con la Europa cristiana, la principal víctima de las incursiones vikingas, fueron anteriores a sus asoladoras razzias. En efecto: comerciantes frisones habían fundado factorías en las penínsulas nórdicas —Riba, Birka, Hedeby— que fueron también bases para una frustrada evangelización. Ello creó un inevitable aliciente económico entre los normandos. Al mismo tiempo, éstos desarrollaron unos perfeccionamientos técnicos navales (revelados a través de las excavaciones de Öseberg) que, si no determinaron el éxito de las primeras incursiones, contribuyeron a él decisivamente.

En función de su procedencia y de sus campos de acción cabe fijar tres tipos de normandos:

a) *Los noruegos*

Su eje de progresión se identifica, de forma esencial, en la «ruta del Oeste». Hasta comienzos del siglo IX, sus operaciones se reducen al saqueo de monasterios célticos, entre Escocia, Irlanda y Cornualles. En el 843 pondrán pie en Bretaña en donde saquearán Nantes. Su estrategia se basa en simples razzias desde puntos ocupados en el litoral: desembocaduras de los ríos o islas costeras. La competencia que les hacen los daneses en las Islas Británicas y en el continente impulsa a los noruegos a una aventura mucho más prodigiosa: desde las Feroe, ocupadas hacia el 800, saltan a Islandia (entre el 860 y el 874). En el 982 descubren Groenlandia. Hacia el año 1000 alcanzan las costas de Vinlandia, en la actual península de Terranova. El «predescubrimiento» de América tiene sus bases en estos acontecimientos.

b) *Los daneses*

Las campañas de Carlomagno en Sajonia obligaron a

construir a los habitantes de la península de Jutlandia un muro que barraba el istmo de Schleswig-Holstein: el Danevirke. Los daneses están a la defensiva en estos años.

Su primer hecho de armas importante fue la destrucción de Durstel el 834. En los años siguientes los ataques daneses se repiten, de forma más masiva y sistemática que los llevados a cabo por los noruegos:

En el 845 se produce el saqueo de Hamburgo y la vasta operación de pillaje del caudillo Ragnar Lucbrok sobre París-Chartres-Tours. El pago de un tributo para comprar la retirada de los normandos (el *danegeld*) empieza a constituir una costumbre para las poblaciones del Occidente. Sobre Inglaterra las incursiones danesas alcanzaron (remontando el Támesis) los alrededores de Cambridge en el 872. Algunos años más tarde el monarca de Wessex, Alfredo, logra frenar el avance, aunque a costa de reconocer la presencia danesa en toda la parte oriental de la Isla.

En los mismos años, algunos grupos de daneses saquean las costas de Asturias-Galicia-Portugal y penetran en el Mediterráneo, atacando el archipiélago balear, el litoral provenzal y las costas de Toscana (859-862).

La gran prueba de fuerza para el continente se producirá, sin embargo, desde el 878, en que el «gran ejército» danés, rechazado de Inglaterra, saquea a placer amplias zonas de Francia, Bélgica y Alemania. Las epidemias, el hambre y la enérgica defensa que de París hizo el conde Eudes en el 884, marcaron el reflujo de la oleada. A principios del siglo X, el caudillo danés Rollon llegaba a un acuerdo con el monarca francés para establecerse en la desembocadura del Sena. De este tratado surgirá el ducado de Normandía. La cristianización del elemento nórdico asentado en tierras del Occidente europeo actuará como un excelente medio de asimilación.

c) *Los suecos y los orígenes de Rusia.*

Simplificando puntos de vista, se puede decir que el mundo ruso en la época medieval fue producto de la

incidencia de cuatro factores: el *substratum* étnico eslavo, las matizaciones que sobre él hicieron los pueblos de las estepas, el Cristianismo de procedencia bizantina, y el encuadramiento político de origen nórdico.

Este último punto es, sin duda alguna, el más controvertido. Frente a las tesis germanistas, que no dudan en absoluto de ello, los autores ligados a un nacionalismo ruso (por unas u otras causas) han sostenido que los eslavos fueron capaces de crear una adelantada infraestructura política y económica antes de la llegada de los normandos a su suelo. Las primitivas ciudades rusas (los *gorod*) habrían surgido posiblemente por influencia jázara.

La presencia normanda en el espacio ruso se produciría como resultado de la llamada hecha por los príncipes eslavos, que solicitarían su ayuda para solventar sus propias querellas internas. Las crónicas eslavas les dieron el nombre de varegos (¿mercenarios? ¿extranjeros?). El nombre de rusos resulta más problemático, ya que algunos autores lo asimilan al de varegos (con la equivalencia de suecos, libres o rubios), mientras que otros sugieren que bajo él se designaba a pueblos eslavos que habitaron en la llanura rusa (y a la que darían el nombre) antes de que se produjese la entrada en escena de los escandinavos.

Un caudillo, Rurik, fue el primer jefe varego que actuó en Rusia desde el 862. Sus sucesores fundaron una serie de principados a lo largo de la ruta Ladoga-Volkhov-Dnieper-Mar Negro. Fue lo que se dio en llamar «vía de los varegos hacia los griegos». Oleg el Sabio fue el artífice de la unión de las dos grandes ciudades: Novgorod, al Norte, que se convertirá en una especie de república de mercaderes con una fuerte vinculación germánica y drenadora de materias primas; y Kiev, al Sur, cabeza del más importante principado ruso-varego.

Bajo los sucesores de Oleg, Igor y Sviatoslaw, los kievianos llegarán a un entendimiento con Constantinopla. La destrucción del reino de los jázaros les convertirá en señores de las rutas internacionales de comercio. Cuando se produzca en el 988 la cristianización de Vladi-

miro I y de su pueblo, Kiev empieza a convertirse en una segunda Constantinopla.

La trayectoria política del Occidente ante las invasiones

El tratado de Sainte-Clair-sur-Epte (911) que dio origen al ducado de Normandía puede tomarse como el primer síntoma de atenuación de las incursiones normandas. Aunque en fecha posterior se producen otras razzias devastadoras que alcanzan hasta la Península Ibérica, no se puede decir ya que el Occidente europeo vea su seguridad comprometida. Del ducado de Normandía surgirán las expediciones que en el siglo XI creen dos importantes Estados: el reino de Sicilia y la monarquía normanda de Inglaterra.

Sin embargo, durante el período en que el Occidente se vio más gravemente afectado por las incursiones, amplias transformaciones políticas se habían ido produciendo. Parte de ellas, de resultas de la disolución del Imperio carolingio.

a) La agonía de los carolingios y el ascenso de las monarquías «nacionales» en Francia y Alemania:

Al tratado de Verdún del 843 sucedió el llamado «sistema de fraternidad» entre los nietos de Carlomagno. Por él hubo un reparto de responsabilidades: la defensa frente a los normandos correría de cuenta de Carlos el Calvo; a los magiares se opondría Luis el Germánico; y a los sarracenos el honorífico emperador Lotario.

El acuerdo duró hasta la muerte de éste el 855. La Lotaringia fue, a través de sucesivos acuerdos, repartida en sus zonas más septentrionales entre franceses y alemanes, quedando reducida en el Sur a los fantasmagóricos reinos de Borgoña e Italia.

Después de la muerte de Carlos el Calvo y Luis el Germánico en el 876, se desata la más tremenda anarquía, acrecentada por incursiones de normandos, magiares y sarracenos. Los intentos de reunificación a ma-

nos de los últimos carolingios no pasan de ser «una fugitiva ilusión. El concepto unitario está en contradicción demasiado absoluta con la fuerza centrífuga que domina el siglo» (Calmette).

La auténtica realidad política viene dada por la comarcalización del poder y de la defensa y el progresivo ascenso de dinastías «nacionales» que, desde el 887 (Dieta de Tribur que destronó a Carlos el Gordo), van obteniendo una serie de éxitos frente al peligro exterior y al legitimismo carolingio:

—En Alemania, la defensa del país queda en manos de los duques. Bajo Enrique de Sajonia (918-36), elegido rey por sus iguales, será conjurado el peligro eslavo. Bajo su sucesor, Otón, los magiares serán definitivamente derrotados. La victoria le dará las mejores bazas para convertirse en el más sólido poder de la Cristiandad.

—En Francia, el prestigio de los robertianos (pronto llamados Capetos) fue creciendo desde la triunfal defensa de París frente a los normandos dirigida por uno de los suyos: Eudes. Sin embargo, aún mantendrán la ficción del legitimismo carolingio al no tomar el título de reyes, sino sólo el de «duques de los francos por la gracia de Dios». Signo visible de ser los cabezas de la nobleza francesa la verdadera fuerza política del momento. Habrán de pasar aún algunos años hasta que los Capetos den el paso que habían dado sus colegas de Sajonia.

b) La anarquía en Italia. La «Edad de Hierro del Pontificado».

La dieta de Tribur, que para Alemania y Francia supuso el difícil comienzo de una política de enderezamiento por la vía de un cambio dinástico, significó para el norte de Italia el punto de arranque para una anarquía desatada y una atomización territorial. El título imperial, disputado por las familias rivales de los marqueses de Friul y los duques de Spoleto, perdió incluso su valor de símbolo. Por otro lado, el Pontificado conocerá desde estos momentos una de las peores etapas de

su historia, sometida la elección de los titulares a las más escandalosas maquinaciones de los grandes señores italianos y de la turbulenta nobleza romana. La muerte del papa Formoso en el 896, después de algunos intentos de activar una seria reforma eclesiástica, dio paso a lo que el cardenal Baronius en el siglo XVI llamó en sus *Anales eclesiásticos* la «Edad de Hierro del Pontificado».

La elección de Papas quedó en manos de la familia del senador de Roma Teofilacto y de su esposa e hija, las terribles Teodora y Marozia. El macabro «sínodo del cadáver», en el que fue juzgado el papa Formoso sacado de su tumba, el asesinato de algunos pontífices (León V, Juan X) o la elevación al solio de auténticos fantoches, constituyen las mejores muestras de la degradación en la que el Pontificado había caído.

Desde mediados del siglo X se advierten ya ciertos síntomas de recuperación. Alberico, hijo de Marozia, que se autotituló «Senator et Princeps omnium Romanorum», aunque prosiguió la política nepotista de sus antecesores, procuró la elección de Papas más piadosos. A su lado, los monjes de Cluny empezaron una notoria labor reformadora en los monasterios italianos: Farfa, Santa María del Aventino, Monte Cassino, etc.

Sin embargo, la incapacidad de la nobleza italiana frente a los peligros exteriores seguía siendo manifiesta. Berenguer de Friul fue derrotado por los magiares a orillas del Brenta en el 899, y las razzias de la caballería húngara llegaron en los años siguientes hasta el corazón de Italia. De forma semejante, los intentos de los soberanos de Borgoña (uno de los restos meridionales de la vieja Lotaringia) por unificar Italia acabaron en sucesivos fracasos. En el 951, Adelaida, viuda del rey Lotario de Italia, casó con Otón I, rey de Germania. Otra circunstancia más para que este soberano se encumbrase como el más poderoso monarca de la Europa del momento.

c) La binacionalidad inglesa:

Entre el 866 y el 872, los normandos alcanzaron su

grado máximo de expansión en Inglaterra con la ocupación de Cambridge, York y Notingham. El héroe de la resistencia sajona fue Alfredo el Grande, que consiguió, con algunas victorias, fijar a los daneses en sus posiciones orientales de Mercia y Eastanglia, zona fuertemente colonizada por los normandos (es el Danelag) con sus particulares usos, leyes y lengua. Aunque bajo los sucesores de Alfredo (Eduardo el Antiguo, Athalstane y Edgardo) la influencia político-militar danesa se reduzca considerablemente, Inglaterra adquiría las características de un auténtico Estado binacional.

La línea de protección cultural iniciada por Alfredo como instrumento de gobierno y de educación nacional (traducciones de la *Historia Eclesiástica del pueblo Inglés* de Beda y de la *Historia Universal* de Paulo Orosio), fue continuada bajo Edgardo por San Dunstan (925-988): la reforma de la clerecía inglesa supone un reflejo de los intentos de Cluny en el continente.

d) Los Estados hispano-cristianos:

La trayectoria político-militar de los pequeños núcleos de resistencia cristiana en el norte de la Península Ibérica, difiere sensiblemente de la de sus colegas del otro lado del Pirineo. En efecto, de todas las incursiones de los nuevos pueblos, sólo las de los normandos les afectarán esporádicamente: razzias sobre el litoral de Gijón y Faro de Brigantium (843) que se desviarán luego hacia la España musulmana con el saqueo de Sevilla; incursiones sobre Galicia, curso alto del Ebro, Algeciras, Baleares y costa catalana (858-859) y otros ataques en fecha ya muy posterior (961 a 966 y 1017) sobre las rías gallegas.

La peligrosidad del emirato de Córdoba, por otra parte, se redujo sensiblemente dadas las dificultades internas por las que éste atravesó: movimientos secesionistas en los valles del Tajo y el Ebro, revueltas de mozárabes y muladíes, hostilidad de otros Estados islámicos.

Al calor de este confuso panorama y de la debilidad del mundo carolingio, los condados de la legendaria

Marca Hispánica irán reforzando su autonomía: el de Barcelona pronto se eregirá en cabeza de todo el conjunto. El Llobregat quedará como frontera entre la Cristiandad y el Islam en el extremo nororiental de la Península. Algo semejante cabría decir del núcleo vascón de Pamplona, en donde la dinastía jimena emprenderá la ofensiva hacia el valle del Ebro.

El reino de Asturias será, sin embargo, el mayor beneficiario del proceso de descomposición del emirato cordobés. Desde Alfonso II, contemporáneo de Carlomagno, los monarcas astures se consideran los portavoces de la restauración del pasado unitario visigodo, rebasando los primitivos objetivos de la mera supervivencia frente a los islamitas. Bajo sus sucesores, el yermo del valle del Duero empieza a ser colonizado. Las resonantes victorias de Alfonso III, a lo largo de toda la segunda mitad del siglo IX, se plasmarán en una peculiar psicología colectiva que recoge la contemporánea *Crónica Profética*: la creencia en la definitiva expulsión de los musulmanes de la península a los 170 años de su irrupción.

Prematuras esperanzas: en el primer tercio del siglo X, el poder político en la España islamita era reconstruido por Abd-el-Rahman III en la forma de un Califato que obligaría a los cristianos del Norte a mantenerse —a veces de forma harto penosa— en las fronteras recientemente alcanzadas.

7

LA EUROPA DEL AÑO 1000: LOS PRIMEROS INTENTOS DE RECUPERACION

El establecimiento de los normandos en la desembocadura del Sena en el 911 puede ser tomado como un primer síntoma de estabilidad en una Europa occidental azotada por las segundas migraciones. Sin embargo, el hostigamiento de los normandos se dejaría sentir periódicamente a lo largo de la centuria. Los ejemplos son bien elocuentes: en el 924, Borgoña volvió a conocer el pillaje de los piratas escandinavos; en el 970, Santiago de Compostela sufrió un duro castigo; y en los comienzos del siglo XI, Olaf de Noruega (que recibiría posteriormente el bautismo) llevaría a cabo asoladoras razzias en territorio francés.

La tradición de signo escatológico mantenida en la Cristiandad europea pudo contar con sobradas razones para mantener en esta época un clima de signo apocalíptico. Europa se mantenía como una auténtica plaza sitiada. El Año Mil (¡mágica cifra!) despierta la imagen de una época terrorífica.

La realidad es, sin embargo, mucho más compleja, como mostró hace ya algunos años Henri Focillon en una obra magistral sobre el tema. En efecto: ni el Año Mil supuso el punto más bajo alcanzado por la Cristiandad occidental, ni la conciencia de la proximidad del final del mundo estuvo en esta época más extendida que en otras.

Con todas sus miserias, el período de tránsito del siglo X al XI encierra ya los primeros síntomas de recuperación del mundo occidental. Un cronista francés, Raúl Glaber, expresó en inolvidables palabras lo que esta regeneración estaba suponiendo en el campo del arte:

«Parecía como si el mundo, queriendo sacudirse de sus sucios harapos, fuera a vestirse con el blanco manto de las iglesias». El románico, como primera manifestación artística universal de la Europa del momento, da por entonces pasos de indudable firmeza.

En el campo de las estructuras políticas, las muestras de recuperación no son menos elocuentes.

La restauración imperial otónida

Desde el 950, el rey de Germania, Otón I, da los pasos decisivos que le llevarán a la cima del poder: matrimonio con Adelaida, viuda de Lotario de Arles (950), coronación como rey de lombardos (951), Asamblea de Augsburgo (952) que proclamó la paz general en todo el territorio alemán; victorias del Lech y de Recknitz (955) sobre magiares y eslavos, respectivamente.

En el 962, Juan XII, elevado al solio pontificio por su padre Alberico, coronaba a Otón en Roma como emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico. Todo era producto de una cadena de acontecimientos que guardaba un cierto paralelismo con la coronación de Carlomagno en la navidad del 800. Calmette ha expresado que se trataba más de una especie de restauración de signo carolingio que de un Imperio nuevo.

Las limitaciones del Imperio otónida eran, por otro lado, bastante elocuentes:

Las bases territoriales eran mucho más reducidas que las del Imperio carolingio en el 800. Sólo la expansión al otro lado del Elba podía suponer una suerte de compensación.

La restauración imperial en la persona del soberano de Germania se vio también limitada en su brillantez. Coincidió con la fulgurante contraofensiva bizantina que bajo Basilio II iba a llevar al Imperio de Constantinopla a la máxima expansión conocida desde tiempos de Justiniano. En los extremos de Europa, además, los monarcas anglosajones e hispano-cristianos toman también pomposos títulos que escapan a la influencia política germá-

nica: «Rex totius Britanniae», «Imperator legionensis».

En la propia Germania, el papel del Emperador no rebasó los límites de un *primus inter pares* cara a los grandes duques. Algún autor ha definido muy acertadamente el Imperio como «Estado aristocrático con cabeza monárquica». Su papel será a lo sumo federador, pero nunca centralizador. Más aún: a la par que la feudalidad laica, surgirá en Alemania una de signo eclesiástico con unos intereses temporales que constituirán fuente de futuros conflictos.

A pesar de todo, Alemania fue bajo los Otónidas la pieza maestra del sistema político del Sacro Imperio: como árbitro entre carolingios y Capetos franceses; como base de partida para la expansión hacia el Este (fundación de las diócesis de Magdeburgo, Brandeburgo, Meissen, Zeig...) y como instrumento potencialmente unificador de una Italia aún demasiado efervescente.

Bajo los dos primeros Otones alternarán los éxitos y fracasos en los frentes italiano y oriental:

En Roma, el Pontificado tuvo titulares que fueron brillantes segundones a merced de la autoridad de los emperadores (Juan XII y León VIII fueron destronados por Otón I) o simples marionetas de una nobleza romana (vgr., la familia de los Crescencios) aún poderosa. Los intentos de desalojar a los árabes del Sur de la península se saldaron con un rotundo fracaso: la derrota de Capocolonna sufrida por Otón II el 982.

En las marcas del Este, la cristianización de los monarcas de Bohemia y Polonia constituyó un arma de doble filo. Si por un lado la Cristiandad extendía sus límites, por otro, los soberanos orientales se vieron tentados con frecuencia a ejercer una política de signo paneslavista, verdadero freno para las apetencias expansivas germánicas.

* * *

La restauración otónida alcanza su momento culminante bajo Otón III (983-1002). Su idea del Imperio fue la de un organismo que tuviese la eficacia del carolingio

(del que sus inmediatos antecesores se podían considerar como continuadores) y la dignidad del bizantino (influencia ejercida por su madre la princesa de Constantinopla Teofano). Gerberto de Aurillac, elevado al solio pontificio en el 999 bajo el nombre de Silvestre II, fue su más decidido colaborador. Por su mediación, el emperador trasladó su sede al Aventino, en donde se dio el título de «Otón, Romano, sajón e italiano, servidor de los apóstoles, por la gracia de Dios, emperador augusto del mundo». Al cumplirse el milenario del nacimiento de Cristo, en torno al eje imperial italo-alemán parecía iban a girar los países recientemente cristianizados, sobre los que el clero germano ejercía una significativa influencia.

Los sueños se desvanecieron rápidamente: coincidiendo con una rebelión de la nobleza alemana, los grandes linajes romanos volvieron a la revuelta en el 1001. Al año siguiente desaparecían el Papa y el emperador.

Bajo sus sucesores, el enrarecimiento de las relaciones Papado-Imperio va en un *crescendo* de dramáticas consecuencias. Cuando en el segundo tercio del siglo XI la titularidad imperial se transfiera de la casa de Sajonia a la de Franconia, el término «Imperium» tiende a perder su carácter de función para señalar, cada vez con más fuerza, un territorio concreto (Barraclough).

* * *

Si el saldo político no se podía considerar lo suficientemente fructífero, en el campo cultural cabe situar algunas ganancias no desdeñables. De una forma un tanto grandilocuente se ha designado esta época bajo el nombre de «renacimiento otoniano».

En su haber se encuentra la labor compiladora de Burckhardt de Worms y Gunzo de Novara, las tareas historiográficas de Widukindo de Corvey y de Liutprando de Cremona, los dramas sacros de la monja Roswita y, sobre todo, la obra polifacética de Gerberto de Aurillac. Inicialmente monje de Saint Geraud, aprendió retórica con Raymond de Lavour, desplazándose más tarde a España en donde, al lado de Haton de Vich, aprendería

matemáticas. Abad de Bobio y luego, en el 991, obispo de Reims. Arzobispo de Ravenna desde el 997, llevó a cabo allí una importante labor de reforma. Elevado al solio pontificio el 999 bajo el nombre de Silvestre II, no tuvo tiempo de acometer la magna obra política cuyo interés había inculcado a su discípulo Otón III. El Imperio cristiano universal resultaba así la idea de un «emperador demasiado joven y un papa demasiado sabio» (Chelini).

Al margen de la influencia política del Sacro Imperio

Las limitaciones territoriales del restaurado Imperio otónida dejaban fuera de su esfera de acción a las tierras situadas al Oeste de la antigua Lotaringia. Para ellas también el período en torno al año 1000 lo fue de significativas transformaciones:

a) En Francia, entre el 922 y el 986 alternan en el trono robertianos y carolingios. El apoyo de la Iglesia será decisivo para la definitiva consolidación de los primeros, cabezas de la nobleza francesa, auténtica detentadora del poder. A la muerte de Luis V, último descendiente de Carlomagno, la cuestión se solucionó rápidamente: en el sínodo de Senlis, el obispo de Reims Adalberón pronunciaría la fórmula decisiva: «Si ahora hubiese algún carolingio, a él le hubiese correspondido la corona. Al no ser así, ésta vuelve en derecho electivo al pueblo de los francos». Con estas palabras, Hugo Capeto quedaba consagrado como nuevo monarca y daba paso a la «tercera dinastía francesa».

De momento, sin embargo, el título de «Rex francorum», detentado por Hugo y sus inmediatos sucesores (Roberto el Piadoso, Enrique I y Felipe I) durante todo un siglo, no es más que un símbolo: el monarca no tiene en Francia más poder efectivo que el de un noble cualquiera del país y no de los más poderosos.

b) En Inglaterra, la política de Etelredo, el incapaz sucesor de Edgardo, facilitó la labor del renacido mundo danés. La inoportuna matanza de San Bricio, ordenada

en el 1002 por el monarca anglosajón, atrajo la presencia de los monarcas daneses, particularmente Canuto el Grande, que hará del Mar del Norte el eje de un Imperio danés, competitivo del alemán. Su biógrafo dirá de él: «Habiendo sido reunidos por él cinco reinos —Dinamarca, Anglia, Bretaña, Escocia y Noruega— fue emperador». Construcción política, sin embargo, efímera y que no rebasará la fecha de su muerte (1035), momento en que Inglaterra se desliga de Dinamarca para establecer contactos más estrechos con el ducado de Normandía.

c) En la Península Ibérica, la solidez del Califato de Córdoba supuso para la Cristiandad norteña una terrible prueba. Prueba que será superada, ya que los musulmanes no tuvieron nunca el propósito firme de despojar a sus vecinos de los territorios que ocupaban. Bajo Abd-el-Rahmen III y Alhaken II se prefiere, más que la política de abierta hostilidad, la de mediación en las querellas intestinas de los monarcas cristianos, lo que hacía de éstos prácticamente sus vasallos. Tampoco bajo la terrible dictadura militar de Almanzor hubo un proyecto de sistemática eliminación de las entidades políticas norteñas, aunque las devastadoras razzias de este caudillo alcanzaron los puntos extremos de la Cristiandad hispánica: Barcelona (985) y Compostela (997), aparte de toda la línea de fortalezas de la cuenca del Duero.

A su muerte (1002) la España cristiana tuvo que empezar a restañar sus múltiples heridas. Pero, como contrapartida, la desaparición de Almanzor y luego la de sus inmediatos sucesores dejó el camino abierto a la crisis del Califato. Al iniciarse el segundo tercio del siglo XI, la España islámica se desintegra en una serie de pequeños Estados que han pasado a la historia bajo el nombre de «reinos de taifas». Los monarcas hispano-cristianos se preparan entonces a tomar la iniciativa militar.

MOVIMIENTOS HETERODOXOS Y SECESIONISTAS EN EL MUNDO ISLAMICO

Desde sus comienzos, el Califato abbasí tuvo que hacer frente a una serie de amenazas que ponían en peligro la integridad política del mundo islámico. Algunas (caso de la España de Abd-el-Rahmen I) se concretaron de inmediato en realidad, aunque el esplendor del Imperio de Bagdad hizo que pasasen prácticamente desapercibidas. La gravedad de los acontecimientos se acrecentó desde la muerte de Harun-el-Rashid. En una sociedad como la islámica, forzosamente las controversias religiosas habían de actuar como elemento motor de los grandes movimientos separatistas.

Los conflictos ideológicos

Frente a la ortodoxia sunnita que, por otro lado, pronto se escindió en cuatro escuelas religioso-jurídicas (maliki, koufi, shafi y hanbali), se fueron abriendo paso diversas corrientes doctrinales. Algunas se quedarán en doctrinas para iniciados; otras constituirán el apoyo ideológico de poderes surgidos de la desintegración del Califato de Bagdad.

a) El racionalismo mutazilita llegó a tener el apoyo oficial del califa al-Mamun (813-833), aunque luego fue duramente perseguido. Haciendo un llamamiento al razonamiento individual, el mutazilismo pretendía incorporar al Islam algunas de las conclusiones a las que habían llegado los filósofos griegos.

b) Corrientes ascéticas y místicas. De todas ellas, el

sufismo será, desde el siglo IX, la predominante. El irracionalismo de Algazel (1059-1111) supone el momento culminante de la mística islámica.

c) El Kharijismo. No llegó a constituir una secta compacta, ya que desde el 683 se escindió en varias tendencias. Propugnaban un gran rigorismo moral y teológico, la igualdad absoluta de todos los musulmanes y la sucesión del Califato por la vía electiva. Su principal éxito político fue la creación del reino Rustumí de Tahert, en la actual Argelia.

d) El chiismo. Ha sido la secta musulmana con más fuerte evolución y con mayor número de familias y subfamilias. Surgido a la muerte de Alí, el chiismo agrupó en principio a las tendencias más extremistas frente a la ortodoxia sunnita, sobre la base de:

—La teoría del imanato, que reservó a Alí y sus sucesores el derecho a la dirección de la comunidad islámica. Más que un califa, el *imán* es un doctor, portador de una inspiración divina, e intérprete de la ley.

—Unas peculiaridades exegéticas y teológicas: dudas sobre la validez del *Corán* oficial, introducción de algunos elementos del racionalismo mutazilita y ciertos ritos particulares, entre ellos la peregrinación a las tumbas de los *imanes*.

—La esperanza mesiánica, más fuerte en unas corrientes chiitas que en otras. Mahoma fue el último de los profetas («Sello de los Profetas»). La revelación a él transmitida se irá renovando y perfeccionando por los imanes hasta la llegada, al final de los tiempos, del *Madhí* (el Mesías), cuya obra será superior aún a la de Mahoma. El primer movimiento de este signo tuvo lugar en fecha muy temprana (685). Su fracaso no llevó, sin embargo, a la crisis del mahdismo, sino a un enriquecimiento de la leyenda.

De todas las corrientes chiitas, ninguna tuvo tanto éxito como la de los ismailianos, herederos de las tendencias más extremistas y a la larga creadores (en la figura de la dinastía Fatimí) de un Califato que abarcó todo el Norte de Africa.

La entronización de los abbásides trajo consigo la pérdida de Al-Andalus, en donde el omeya Abd-el-Rahmen estableció un emirato desvinculado políticamente de Bagdad. Desde comienzos del siglo IX, todo el Africa del Norte siguió el mismo camino. Desde el Atlántico al Mar Rojo se establecieron pequeñas dinastías: los Idrisies en Fez, los Rustumíes en Tahert y los Aglabíes en Kairouan, desde donde llevarán a cabo fructíferas operaciones hacia Libia-Egipto y hacia Sicilia-Córcega-Cerdeña, coincidiendo con las razzias de los húngaros y normandos sobre la Europa occidental.

Desde el último tercio del siglo IX se asiste a una pugna de las diferentes corrientes político-religiosas para aglutinar el mundo islámico. Su resultado, ya en la centuria siguiente, será la aparición, junto al Califato de Bagdad, de otros dos peligrosos competidores: el Califato fatimí en Africa del Norte y el omeya en Córdoba.

a) Además del español y el mogrebí, el Califato de Bagdad conoció otros peligros secesionistas (matizados por un espíritu de auténtica revuelta social) en Persia y Mesopotamia. Los dirigentes chiies usaron (como en otro tiempo los abbasíes para hacerse con el poder) del descontento de las masas campesinas como punta de lanza de la revolución. Las revueltas de Babak (816-37), la de los esclavos de las planicies salinas al Este de Basra (los *zany*) entre el 869 y el 883, el descontento popular de las masas contra las operaciones financieras del visir abbasí en el 920, el movimiento cármata de Siria, etc., acabaron siendo reprimidas. Pero el desgaste experimentado por el Califato de Bagdad era, a todas luces, una realidad sangrante.

b) L. Massignon ha llamado «siglo ismailiano del Islam» al período que transcurre entre comienzos del siglo X y mediados del siglo XI.

El primer éxito político chii se obtuvo cuando en el 908 los ismailianos consiguieron proclamar en el área de Tunicia al *imán* Ubayd Allah como primer califa fatimí. En los años siguientes, bajo al-Muizz fue ocupado Egip-

to y todo el Mogreb. En el 969, fue fundado El Cairo, llamado a ser la capital de los dominios fatimíes. Rodeados de eficaces colaboradores, sus califas hicieron de Egipto un importante centro político (rival ventajoso de la ortodoxa Bagdad) y económico, que suplantó a las capitales abbasíes en el comercio de tránsito entre el Mediterráneo y el Indico. Hasta muy entrado el siglo XI, la influencia fatimí se dejó sentir sobre Siria, Arabia y la propia Mesopotamia. Pero, desde mediados de la centuria, los síntomas de declinar son ya elocuentes: en el Mogreb los ziridas se hicieron independientes y, en Oriente, la aparición de los turcos seldjúcidas fue un aldabonazo de aviso tanto para Bagdad como para El Cairo.

c) Frente al lejano legitimismo abbasí, las pretensiones ambiciosas de los fatimíes, y la propia disgregación política de Al-Andalus, se eleva desde el 912 en Córdoba un poder fuerte: el de Abd-el-Rahman III, proclamado califa algunos años después. Sus buenas relaciones con los dos emperadores cristianos —de Bizancio y del Sacro Imperio— fueron el necesario contrapeso frente a otros poderes hostiles. Al-Hakam II fue el digno continuador de la obra de su padre. Pero la mayor gloria militar del Califato cordobés le cupo al *hachib* Abou Amir Mohammed, el Almanzor de las crónicas cristianas, verdadero dictador bajo el inepto Hixem II. El apogeo militar no está marcado sólo por las victoriosas campañas contra los cristianos del Norte, sino también por un reforzamiento del protectorado cordobés sobre parte del Mogreb, al calor de la basculación política fatimí hacia el Próximo Oriente.

La España musulmana conoció también en este siglo X, de transformaciones profundas en el mundo islámico, un gran impulso cultural. Las sucesivas ampliaciones de la mezquita de Córdoba, el palacio de Madinat al-Zahara o la biblioteca de Al-Hakam II son testimonios sumamente elocuentes.

Aún después de la muerte de Almanzor, Al-Andalus conocerá algunos años de gloria para más tarde ser presa de una nueva disgregación política y de endémicos con-

flictos internos. Un espectador de primera categoría de estos acontecimientos, el polígrafo Ibn-Hazm, expresaría en frase inolvidable la tragedia del Califato cordobés: «la flor de la guerra civil es infecunda». En el 1031, el último califa —ya puramente nominal— de la España omeya fue destronado. Una serie de reyezuelos (los «reyes de taifas»), de ascendencia hispano-árabe, bereber y «esclavona», afirmaron su poder en el conjunto de pequeños Estados en que el Califato hispano-musulmán se había disgregado. Sonaba la hora para la contraofensiva de los reinos cristianos del norte de la península.

9

EL REGIMEN FEUDOVASALLATICO Y LA SOCIEDAD FEUDAL

El término feudalismo fue utilizado por primera vez por los juristas ingleses del XVII. Sin embargo, no tuvo una amplia repercusión popular más que a partir de la jornada del 4 de agosto de 1789, en la que la Asamblea Nacional francesa, en los inicios de la Revolución, decretó la abolición de los «derechos feudales» que desde aquellos momentos pasaban a identificarse con manifestaciones propias del obscurantismo, el fanatismo y la opresión. Tal decisión contribuyó no sólo a clausurar una época sino también a plantear un amplio debate entre los estudiosos, que empezaron a preguntarse hasta dónde era aplicable el concepto de feudalismo.

El concepto de «feudalismo» y su controversia

En este sentido, cabe distinguir dos posturas a las que se han adscrito los historiadores desde mediados del pasado siglo hasta el momento actual:

a) La institucionalista, heredera de los puntos de vista de Fustel de Coulanges o Savigny. El excelente libro de F. L. Ganshof *El Feudalismo* supone, en el momento actual, la mejor expresión de esta corriente.

El feudalismo se definiría, así, como un conjunto de instituciones que respaldan compromisos, generalmente militares, entre un hombre libre —el vasallo— y otro hombre libre superior —el señor—. A cambio de ellos, el primero recibe del segundo para su mantenimiento una concesión (en general en forma de tierra) llamada genéri-

camente *feudo*. De ahí que el término feudalismo sea restringido por los institucionalistas tanto en el espacio como en el tiempo. En el espacio, a la Europa occidental y, particularmente, a los reinos surgidos de la desintegración del Imperio carolingio. En el tiempo, sólo al Medievo, por cuanto la efectividad de las instituciones antes mencionadas fue perdiendo peso a medida que se abrió paso la eclosión renacentista.

b) La marxista, heredera de los puntos de vista del padre del materialismo histórico. Entre otros autores inmersos en esta tendencia se encuentran M. Godelier, W.Kula, P. Vilar, Ch. Parain, M. Dobb, Ch. Hill, etc.

El feudalismo se define, de acuerdo con los presupuestos marxistas, como un modo de producción con unas peculiares formas de relaciones socioeconómicas. Se desarrolla en todo tipo de sociedades (no sólo en la occidental medieval) entre la fase de producción esclavista antigua y la capitalista moderna. Se caracteriza por la explotación económica llevada a cabo por una casta militar sobre una masa de campesinos sometidos a una serie de cargas (tallas, censos, corveas, banalidades...) que les permiten el usufructo de la tierra que ocupan. La propiedad de ésta es del señor, pero no en términos absolutos, ya que al encontrarse inmerso en la jerarquía de su propia casta, es vasallo de otro señor superior que ostenta la propiedad eminente.

De acuerdo con estos principios, el feudalismo fue herido de muerte en la Europa occidental sólo con el estallido de las «revoluciones burguesas» (en el XVII en Inglaterra, a fines del XVIII en Francia), que dieron paso a un nuevo sistema de organización económica. El feudalismo, por tanto, —piensan los autores marxistas a diferencia de los institucionalistas— rebasó los límites cronológicos marcados por el ascenso de las monarquías absolutas del Renacimiento, ya que éstas sólo minaron a la feudalidad en sus aspectos políticos y jurídicos (puramente superestructurales), dejando prácticamente intactos los que concernían a las relaciones socioeconómicas que siguieron siendo básicamente las de raigambre medieval.

La polémica puede ser en buena medida soslayada por los autores que se mueven en el campo estricto del medievalismo. La dualidad feudalismo como conjunto de instituciones o feudalismo como peculiar modo de producción fue salvada hace ya más de cuarenta años por Marc Bloch en su inolvidable obra *La sociedad feudal*. Marcó una línea de trabajo seguida posteriormente por autores como R. Boutruche y G. Fourquin.

De acuerdo con ella, en el régimen feudal habría que reconocer, por un lado, un complejo de compromisos militares y una disgregación del poder político que conlleva, generalmente, una privatización de las funciones públicas; todo ello en beneficio de una minoría de gentes libres privilegiadas. Por otro lado, cabría apreciar un conjunto de relaciones de producción y dependencia campesino-señor, sobre la base de un predominio aplastante de la agricultura como fuente de riqueza.

La evolución del vasallaje en el mundo medieval

Siguiendo la pauta marcada por F. L. Ganshof, las relaciones de dependencia feudovasalláticas atravesaron por tres momentos a lo largo del Medievo:

a) *Los orígenes precarolingios.*

El feudalismo hinca sus raíces militares en la vieja costumbre germana, descrita por Tácito, del *comitatus*, grupo de guerreros (los *comites*) que combaten en estrecha y voluntaria unión con un jefe. La inestabilidad por la que atravesaron los reinos germánicos desde el siglo VI (en particular la Galia de los sucesores de Clodoveo) propició la expansión de estas fórmulas que cristalizaron en un acto jurídico —la *comendatio*—. Por ella, un hombre libre se ponía al servicio de otro que le daba a cambio protección, pero sin ir ello en menoscabo de su primitivo estatuto de libertad. Son los *ingenui in obsequio* que con el tiempo irán tomando otros nombres no menos genéricos. El de *vassus* o *vasallus* hará fortuna.

En la Europa precarolingia nos encontramos con di-

versas modalidades de relación personal, aunque todas ellas tengan un fondo común:

En la Galia merovingia son los *antrustiones,* al servicio del rey, y los *gasindi,* al de un noble. La forma de pagar el servicio oscila entre la manutención directa o la entrega de una tierra (el *beneficium*) en concepto de tenencia, rara vez de plena propiedad.

En la España visigoda, los trabajos de una serie de autores, en especial Sánchez Albornoz, permiten hablar de la existencia de elementos prefeudales de indudable interés: gardingos y bucelarios desempeñaron en España, respectivamente, el papel de los antrustiones y gasindi del otro lado del Pirineo. La remuneración de servicios fue también semejante.

b) *El vasallaje de época carolingia.*

El ascenso de los carolingios al poder, desde el puesto de mayordomos de Palacio, les exigió, como medida imprescindible, un acrecentamiento del número de sus vasallos. Al producirse la irrupción musulmana hasta el corazón de la Galia, Carlos Martel se vio en la necesidad (tesis de Brunner) de crear una caballería lo suficientemente eficaz para detener la invasión. Ello sólo se logró al distribuir a los vasallos tierras en cantidad suficiente para su manutención personal y la del equipo de guerra completo.

La tesis de la caballería como dinamizadora del sistema feudal ha sido generalmente admitida, aunque se hayan puesto serias objeciones (las de Sánchez Albornoz, por ejemplo) a que fuesen precisamente los árabes la causa fundamental del acrecentamiento de esta fuerza de choque. En todo caso, los bienes repartidos entre los vasallos procedieron en buena medida de tierras pertenecientes a instituciones eclesiásticas. Ello planteó un grave problema en las relaciones entre los poderes espiritual y temporal. Los sucesores de Carlos Martel trataron de paliar los efectos negativos de la medida arbitrando algunas soluciones. Primero fue el compromiso de pagar un censo los vasallos beneficiados a las iglesias en compensación por las tierras secularizadas. Más adelante fue

la extensión de la obligación del diezmo a todos los habitantes del reino.

A partir de Carlomagno, otra serie de circunstancias contribuyeron a la difusión de los mecanismos del vasallaje:

—La política de emperadores y reyes, que vieron en la multiplicación del número de vasallos un medio de consolidar su propia autoridad. Era una forma de compensar la fragilidad de las propias instituciones carolingias, aunque a la larga podía constituir un arma de doble filo.

—Las pretensiones de los grandes, por lo general investidos de funciones políticas (condes, marqueses...), de crear su propio sistema de vasallaje con otras personas de inferior categoría.

—La propia inseguridad de los tiempos (segundas invasiones), que impulsaba a muchos simples libres, que no desean confundirse con la masa de trabajadores, de la tierra a entrar, mediante alguna forma de vasallaje, en la casta de los guerreros.

Las relaciones feudo-vasalláticas suponen una serie de actos y compromisos:

—A través de la *commendatio*, el vasallo mezcla sus manos con el señor (*immixtio manuum*). Seguidamente, se pronuncia el juramento de fidelidad que liga a las dos partes.

—Los beneficios recibidos por el vasallo son de diferente índole: una villa, varios mansos, una abadía, etc. En todo caso, cabe establecer una relación directa entre la difusión del vasallaje y la consolidación del régimen dominical ya analizado. Desde fines del siglo IX, el término «beneficio» encuentra otro que le va a hacer una afortunada competencia: el de «feudo».

—Los derechos del vasallo sobre el beneficio se van reforzando a lo largo del siglo IX frente a la libre disposición que el señor pueda hacer de él. Primero se hará vitalicio, por cuanto el beneficio es la condición *sine qua non* para que el vasallo pueda cumplir con sus obligaciones. Por fin, en la Capitular de Quierzy (877) se da una semioficialidad a la transmisión por herencia de los beneficios de padres a hijos.

c) *El vasallaje bajo el feudalismo clásico:*

El período que transcurre entre el siglo X y el XIII conoce la plenitud del sistema institucional feudovasallático en su lugar de origen, y la transmisión de algunas de sus peculiaridades hacia Inglaterra, la España cristiana y los Estados creados por los occidentales en Tierra Santa.

Sobre las bases echadas en el período anterior, el contrato de vasallaje es un auténtico contrato sinalagmático que comprende:

—El *homenaje* (literalmente: hacerse hombre de otro), término que sólo aparece a comienzos del siglo XI. Supone esencialmente la ceremonia de la *immixtio manuum.*

—El *sacramentum fidelitatis:* juramento hecho sobre los Libros Sagrados, de gran fuerza moral dada la trascendencia que la sociedad medieval daba a la fe en general.

—El *osculum,* de mucha menor importancia.

Las relaciones de vasallaje llevan implícito un conjunto de deberes:

—Los del señor hacia el vasallo quedan bajo el denominador de *mitium.* Suponen la protección frente a los ataques y la manutención del subordinado a través del respeto al beneficio concedido.

—Los deberes del vasallo hacia el señor se agrupan en dos conjuntos: el *auxilium* y el *consilium.* El primero es militar (rescatable con el pago de una cuota o escudaje), que comprende la ayuda al señor en las grandes expediciones (*expeditio, hostis*) o en pequeñas operaciones militares (*equitatio* o *cavalcata);* y económico en ocasiones muy concretas: rescate del señor si cae prisionero, ayuda si va a la Cruzada, cuando contrae matrimonio la hija mayor o cuando se arma caballero al primogénito. El *consilium* es mucho más simple: la obligación de asesorar al señor en las asambleas judiciales. No se trata, sin embargo, de un modelo único, ya que los matices regionales que las instituciones feudales adquieren introducen una cierta variedad en los tipos de compromisos.

La complejidad que fue adquiriendo el sistema feudal dio lugar, por un lado, a toda una jerarquía, desde los

grandes señores a los modestos subvasallos (los *vavassores*) de príncipes territoriales. De otro lado, la sed de beneficios llevó a una pluralidad de compromisos: un vasallo a veces lo era (por los feudos recibidos) de varios señores a la vez. Como solución se ideó una distinción entre los compromisos contraidos por homenaje ligio, que obligaban por encima de todo, y los contraidos por homenaje plano o simple, mucho menos riguroso. Es lógico comprender el que los monarcas tratasen de reservarse el monopolio de la *ligesse*, en un intento de reforzar sus posiciones frente al acrecentamiento de poder de los grandes príncipes territoriales.

El incumplimiento de los compromisos contraidos en la ceremonia del homenaje acarreaban una serie de sanciones que, sin embargo, hasta el siglo XII se mostraron prácticamente ineficaces. El recurso a las armas solventó con demasiada frecuencia las diferencias existentes entre vasallo y señor. En caso de procederse por la vía normal, la ruptura del compromiso se podía producir por alguna de las dos partes como resultado del incumplimiento de los deberes contraidos (*felonía*). Ello comportaba la disolución del contrato:

—En caso de proceder el señor contra el vasallo, llevaba a cabo la confiscación del feudo, aunque en ocasiones se introducía, como sanción más suave, el embargo de éste.

—En caso de que la iniciativa de ruptura partiese del vasallo, éste debía dar a conocer solemnemente su decisión y renunciar a su feudo: era el *defi*, o desnaturamiento según la expresión castellana.

* * *

Desde el siglo XI (Ganshof ha hablado de «realización» de las relaciones feudovasalláticas) se asiste a un acrecentamiento de la importancia del elemento real —el feudo— por encima del puramente formal —el vasallaje—, convertido en mero instrumento para alcanzar aquél. «De la existencia de este nexo causal se deduce que la propia fidelidad del vasallo estaba ligada al hecho

de detentar feudos del señor y que su servicio se exigía a causa de la concesión de tal feudo». Homenaje y fidelidad tienden a convertirse en meras formalidades.

Sociedad feudal, sociedad trinitaria

Las relaciones de carácter feudovasallático cubrían sólo a una categoría de muy corto número de componentes: la aristocracia constituida en clase militar. A su lado figuran otras dos: la de los eclesiásticos y (la más numerosa con mucho) la de los trabajadores.

La primera vez que nos encontramos con esta división de la sociedad cristiana occidental («tripartición funcional») es en un testimonio de fines del IX: la traducción de la *Consolación de la Filosofía* de Boecio, encargada por Alfredo el Grande. Esta caracterización se va a convertir en clásica a lo largo de la Edad Media: la sociedad integrada por tres estamentos con sus funciones específicas al servicio de la mejor armonía del conjunto: los *bellatores* (las gentes que combaten y que prácticamente son los únicos afectados por la diversidad de compromisos feudovasalláticos), los *oratores* (los eclesiásticos, gentes de oración), y los *laboratores* (el conjunto de productores ligados casi exclusivamente al trabajo de la tierra).

De hecho, sin embargo, junto a la «tripartición funcional» cabe hablar de un fuerte dualismo en la sociedad medieval. De un lado nos encontramos con una minoría rectora de la vida espiritual, política y económica que engloba a los dos órdenes dominantes (jerarquía laica y jerarquía eclesiástica) que podrán ser rivales en lo que se refiere al cómo organizar políticamente la Cristiandad (recordemos la enmarañada pugna del Papado y del Imperio) pero que en el fondo son concurrentes en sus intereses sociales. De otra parte nos encontramos con la masa popular, los campesinos, cuyo esfuerzo de trabajo procura la subsistencia a todo el conjunto.

Ajustándose a esta pauta la sociedad medieval rebasa la barrera del Año Mil.

a) Los miembros de la aristocracia militar asimilan dos términos que van a hacer fortuna: el de *miles* (caballero), que designa perfectamente sus funciones, y el de *nobilis*, que indica una categoría, una procedencia y un género de vida. La solidaridad entre los distintos escalones de esta clase dirigente se garantiza por dos vías. Una, las propias relaciones de fidelidad producto de los mecanismos feudovasalláticos antes analizados. La otra está constituida por una institución —la caballería— que desde el siglo IX a fines del Medievo marca una fuerte impronta en las clases superiores. El ideal caballeresco pudo tener sus orígenes en la iniciación del guerrero germánico descrita por Tácito. Sus fórmulas serían trasplantadas al Medievo a través de las ceremonias de armar caballero. La Iglesia acabaría ejerciendo una notoria influencia a fin de que las armas fuesen empleadas sólo en la defensa de causas justas. En un mundo dominado por la violencia, lo más que la Iglesia podía hacer era utilizar en provecho propio aquellas fuerzas a las que no podía quebrantar frontalmente, «convertir a Sigfrido en Parsifal» (Puy de Clinchamps). El ideal de Cruzada se nutrirá en buena medida de esta mentalidad.

b) Bajo los carolingios, el orden eclesiástico tiende a convertirse en una verdadera casta. El monopolio que acaba detentando en la enseñanza, y sus funciones en el rudimentario aparato administrativo altomedieval, constituyen dos armas de excepcional importancia. A ellas hay que añadir el importantísimo papel que, con su papel evangelizador, tuvo en la expansión de la Europa cristiana hacia el Este.

Las medidas reformistas de los consejeros de Carlomagno y de sus sucesores debieron de obtener pocos resultados. La Europa cristiana rebasa las fronteras de la Alta Edad Media, dotada de un clero de bajísimo nivel moral a todas las escalas. La influencia reformadora del Pontificado o de Cluny sólo se dejará sentir de forma realmente efectiva muy entrado el siglo XI.

Al deterioro del estamento eclesiástico contribuyó en buena medida la penetración del virus feudal en sus

filas. Y no sólo en los altos estratos, dada la vinculación familiar de muchos de los titulares de sedes episcopales con miembros de la aristocracia feudal, sino también en los escalones más bajos. En efecto, si la diócesis fue en principio el elemento encuadrador de la vida religiosa, con una base preferentemente urbana, la parroquia y la iglesia propia constituyeron los instrumentos de relación a nivel del mundo campesino. La misión del sacerdote a este nivel era la cura de almas, de ahí los nombres de *curatus, presbiter, parochialis, rector.* Los problemas surgieron cuando los personajes (generalmente grandes propietarios) que habían impulsado la creación de parroquias e iglesias propias, pretendieron disponer de ellas tanto en el nombramiento del titular como en el provecho de los bienes de que eran dotadas (donativos de fieles, diezmos, primicias, oblaciones...). La batalla emprendida por el clero contra los señores laicos para liberar las parroquias e iglesias propias va cobrando fuerza al iniciarse el siglo XI.

En estos años, al calor de la reconstrucción política del Occidente, la Iglesia intenta dejar sentir su peso moral sobre el conjunto de una sociedad dominada por la violencia de una guerra endémica mantenida entre los miembros de una aristocracia que ve en el oficio de las armas la única profesión noble. A través de las instituciones de la Paz y Tregua de Dios, la Iglesia trató de limitar los períodos de actividad militar y de colocar bajo especial protección a los templos, lugares sagrados, clérigos, laicos no combatientes, animales y útiles de trabajo, etc. Todo ello bajo severas penas canónicas contra los infractores, según se deduce de las disposiciones del Sínodo de Charroux del 989 o de la «Paz y Tregua de Dios» decretada para la diócesis de Vich por el abad Oliva entre 1027-1033. Iniciativa de gran fuerza moral que será luego copiada por los grandes poderes políticos.

c) En el escalón más bajo de la sociedad trinitaria se encuentra la masa de campesinos a quienes se tiende a uniformar (recordemos la antes mencionada Capitular de Carlos el Calvo) al nivel de los siervos. El número de campesinos libres se reduce drásticamente.

Los *laboratores* constituyen la fuerza de trabajo de las explotaciones agrícolas —las villas— semiautárquicas. Cuando los señores logren sumar a sus derechos económicos otros de orden jurídico sobre el campesinado se echarán las bases de lo que se ha dado en llamar «régimen señorial». Sistema que durará hasta la desintegración del antiguo régimen con la Revolución Francesa (aunque con progresivas atenuaciones en la condición del campesino) y que los historiadores de signo marxista han identificado —según adelantamos— con el modo de producción feudal.

En virtud de ello, los campesinos se ven sometidos a una serie de obligaciones que dimanan de la situación de aplastante superioridad de la aristocracia terrateniente.

El reconocimiento de la autoridad dominical supone el pago por los campesinos del censo y la talla, esta última de carácter arbitrario hasta fecha muy tardía.

La presión económica del señor se revela también en: las corveas (trabajo gratuito que durante una serie de días al año los campesinos debían prestar en la reserva señorial, como complemento de la mano de obra servil que ponía a ésta en funcionamiento) y las banalidades (derechos del señor a crear mercados, a vender sus productos antes que los campesinos, y monopolio del horno, lagar, fragua, molino, etc., que los campesinos tenían obligación de usar previo pago de unos cánones).

La extensión de la inmunidad a instituciones eclesiásticas y dominios señoriales dará a éstos una gran autonomía frente a la autoridad de un Estado prácticamente inexistente. El derecho de administrar justicia por parte de los señores constituirá una facultad de excepcional importancia.

Una serie de derechos complementarios tales como la *gite* (*yantar* en Castilla) u obligación de dar albergue al señor y las exacciones percibidas por el señor sobre el tráfico de mercancías (derivadas de los viejos *telonea*) completan el cuadro.

La tierra, en definitiva, se convierte en el verdadero barómetro para calibrar la condición de los componentes de la sociedad altomedieval: bien por ser sus dominadores,

bien por estar sujetos a ella e mayor o menor grado. Al margen de ella, un reducido número de mercaderes pugnará por abrir una fisura en el cerrado orden trinitario.

* * *

En el imaginario de la sociedad esta ordenación siguió predominando a lo largo de muchos siglos. Su gran popularizador sería el obispo Adalberón de Laón con su *Carmen ad Robertum Regem*, dedicado a principios del siglo XI al rey de Francia Roberto el Piadoso. A finales del siglo XIII Alfonso X el Sabio hará una proclamación semejante en *Las Partidas*. Asimismo, comulgarán con la tripartición social autores del ocaso del Medievo, como el cronista Froissart o el poeta Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana. No está de más recordar también que la Europa de la Edad Moderna siguió siendo en buena medida heredera de este tipo de representaciones.

Estamos, en definitiva, ante un modelo de sociedad considerada ideal que crea pesadas inercias mentales e institucionales: vg. la representación política a través de los tres «brazos» típica de las asambleas parlamentarias del Antiguo Régimen. Periódicamente, ese inmovilismo entrará en colisión con los cambios que la dinámica de los tiempos van imponiendo. Hablar de conflictos «antifeudales» supone casi siempre remitirse a cuestionamientos del rígido orden tripartito.

TERCERA PARTE

LA PLENITUD DEL MEDIEVO (SIGLOS XI AL XIV): LA EXPANSION DEL OCCIDENTE EUROPEO.

1

ORIENTE EN VISPERAS DE LAS CRUZADAS

Desde la liquidación de la querella de las imágenes hasta finales del siglo XI, el Imperio de Constantinopla conoce un largo período de esplendor en todos los campos. Se ha dado en hablar de «segunda Edad de Oro de la civilización Bizantina», por equiparación al «Siglo de Justiniano». La impropiamente llamada dinastía macedónica fue la principal artífice de este renacimiento que se agostará coincidiendo con el impulso experimentado por los Estados del Occidente romano-germánico.

La recuperación militar bizantina

Una serie de campañas conducidas por afortunados emperadores devolvieron a Bizancio el prestigio militar perdido tiempo atrás. En los primeros años del siglo XI, el Imperio conoce la máxima expansión territorial desde los tiempos de Justiniano.

a) En el frente oriental, los éxitos militares se iniciaron desde la subida al poder en el 867 de Basilio I, hijo de una familia armenia asentada en Macedonia. Proseguirán bajo sus sucesores, León VI, Romano Lecapeno y Juan Tzimiscés, que llevarán la contraofensiva hasta la propia Antioquía (968) dejando expedito el camino hacia Jerusalén.

Estos éxitos frente a los musulmanes se complementaron con la absorción por el Imperio del Estado tapón de Armenia.

b) En el Sur de Italia, los intereses bizantinos entraron

en pugna con los del Sacro Imperio. La embajada enviada por Otón I, encabezada por Liutprando, y el matrimonio de Otón II con la princesa Teofano constituyeron antecedentes para un reparto de influencias en la península. La contraofensiva bizantina en esta área, aunque obstaculizada a veces por la presencia de indisciplinadas bandas normandas, obtuvo un éxito notorio: la ocupación de Mesina por el almirante Jorge Maniazés. La caída en desgracia de este personaje paralizó unas operaciones iniciadas con tan buenos auspicios.

c) Las incursiones varegas sobre Constantinopla se repitieron, aunque sin éxito, a lo largo del siglo X. Bajo Basilio II (976-1025) se llega a la solución ideal: el bautismo de Vladimiro de Kiev y su casamiento con la princesa Ana, hermana del emperador.

d) Sobre el frente danubiano se había constituido, desde fecha temprana, un pujante Estado búlgaro. En el 922, el zar Simeón llegó a ocupar Adrianópolis y tomó el título de «zar de los búlgaros y emperador de los romanos». El máximo peligro para Bizancio se produciría en los años siguientes, bajo el zar Samuel, que construyó un Imperio eslavo-macedón desde el Danubio hasta Tesalia y el Adriático. La guerra conducida contra él por Basilio II «bulgaróctono» adquirió los caracteres de una crueldad inaudita. En el 1014 los bizantinos obtuvieron una aplastante victoria en Strumitsa. Samuel murió al poco tiempo y su Imperio quedaba integrado como una provincia más en el de Bizancio.

Las medidas de política interna

Un emperador de la dinastía macedónica afirmó que las dos profesiones más importantes dentro de los mecamismos del Estado eran: la del agricultor, que alimentaba a los soldados, y la del soldado, que protegía al agricultor. De ahí las medidas que se tomaron a lo largo del siglo X para apoyar a los pequeños propietarios libres y evitar que cayesen en la dependencia de los grandes señores: el *Tratado Fiscal* y toda una serie de *novellas*

dadas por Romano Lecapeno entre el 922 y el 934 y por Basilio II en el 996.

Disposiciones que tuvieron escasa fuerza: las comunas libres prácticamente desaparecen. La pauta en el mundo rural la da, cada vez con más fuerza, la gran propiedad laica o eclesiástica y las tierras militares. Ello ha permitido a algunos autores hablar de la existencia de un «feudalismo» bizantino semejante al occidental, aunque marcado por las naturales peculiaridades del medio en que se desarrolló. En efecto: desde el punto de vista político, la autoridad de los soberanos de Constantinopla no se degradó tanto como la de sus colegas de Occidente ante los grandes principados feudales. Y, desde el punto de vista económico, el comercio representaba un importante papel en la vida del Imperio de Oriente: Constantinopla bajo los emperadores macedónicos desempeñó un «papel semejante al de Pireo en los mejores tiempos de Atenas» (Lemerle).

* * *

La civilización bizantina conoce su segundo momento de esplendor al compás de la reconstrucción militar del Imperio. La actualización de las normas jurídicas desde Basilio I a Basilio II se materializó en una serie de textos: el *Procheiron*, la *Epanagogué* y las *Basílicas*. La reglamentación de la vida económica y administrativa fue recogida en el *Libro del Prefecto* y en una serie de tratados compuestos bajo la dirección de Constantino Porfirogénito. La epopeya del ciclo *Digenis Akritas* y la obra del polifacético Miguel Psellos (muerto hacia 1079, cuando Bizancio comienza un nuevo repliegue) constituyen excelentes expresiones del auge cultural de la época. Lo mismo que las manifestaciones artísticas que desde Constantinopla (construcción de la iglesia de Agia-Theotocos) proyectan su influencia más allá de las fronteras del Imperio: San Marcos de Venecia, Santa Sofía de Kiev, etc.

El distanciamiento Roma-Constantinopla. La consolidación del Cisma

Tras la desaparición de Focio, las relaciones entre la Iglesia de Oriente y la de Occidente se mantuvieron dentro de los marcos de la corrección. Sin embargo, las circunstancias que habían provocado la primitiva ruptura no habían desaparecido. Volverán a actuar desde mediados del siglo XI y paralelamente al agotamiento de la dinastía macedónica.

Aún dentro de la multiplicidad de matices que llegó a revestir la ruptura entre Roma y Constantinopla, cabe considerar algunos factores primordiales, en los que han insistido distintos autores, tanto desde el campo teológico como desde el histórico (H. Kung, W. Ullmann, F. Dvornick, etc.):

—De orden eclesiástico. El cisma fue en parte provocado por un enfrentamiento entre el cesaropapismo de los emperadores de Constantinopla, árbitros de las disputas teológicas desde el Concilio de Constantinopla del 536, y el papalismo. Este último se reforzó desde mediados del siglo XI con la reforma gregoriana y la política rígidamente centralizadora impulsada por los monjes cluniancenses.

—Desde el punto de vista cultural, las diferencias entre Oriente y Occidente eran agudas: la diferencia de lenguas, la mayor riqueza y sutilidad de los orientales y la progresiva helenización de Bizancio llegaron a constituir obstáculos importantes para el entendimiento recíproco.

—Las orientaciones teológicas difirieron también entre Roma y Constantinopla. Mientras en la primera hubo una inclinación mayor hacia lo empírico, el análisis racional y la dogmatización, en Bizancio privó el platonismo, la teología contemplativa y la variedad. En Oriente, además, la superioridad de Roma sobre las demás sedes se admitirá sólo en el plano puramente honorífico.

Las ambiciones universalistas que el Pontificado fue adquiriendo desde mediados del siglo XI provocaron el

choque decisivo. En 1052, el patriarca de Constantinopla Miguel Cerulario volvió a plantear el tema del «filioque» y exigió a los latinos de Constantinopla la observancia del ritual griego, particularmente en lo concerniente al pan ácimo en la Eucaristía. La respuesta pontificia se produjo con el envio de un legado, el cardenal Humberto, que procedió con una falta de tacto semejante a la del patriarca. Las excomuniones recíprocas no se hicieron esperar.

Aunque el cisma parecía consumado, después del 1053 se sucedieron diversas tentativas sinceras de acercamiento desde uno y otro lado. La presión musulmana sirvió en repetidas ocasiones de acicate para limar asperezas. Así se entendió tanto en Roma como en Constantinopla. Pero el primer intento de colaboración —la Cruzada— habría, paradójicamente, de contribuir a ahondar más las diferencias entre griegos y latinos.

El enderezamiento militar islámico y el repliegue bizantino: los turcos seldjúcidas

Desde 1056, dos partidos se disputaron el poder en Bizancio: la aristocracia militar terrateniente y la burocracia de la capital. Un representante de la primera, Alejo Comneno, fue elevado al trono en un momento crítico para el Imperio (1081). En efecto, a lo largo de los veinte años anteriores, una buena parte de las conquistas bizantinas llevadas a cabo por los emperadores macedónicos se perdieron dramáticamente. Alejo Comneno tuvo que echar mano alternativamente de todos los recursos militares y diplomáticos para conjurar el peligro en los diversos frentes:

a) En la Italia del Sur, los normandos se estaban mostrando como un inquietante peligro. En 1071 tomaron Bari a los bizantinos, plaza que fue la base para ulteriores incursiones al otro lado del Adriático. Alejo no tuvo otro recurso que el de pedir ayuda naval a Venecia a cambio de amplios privilegios comerciales en Constan-

tinopla. Fue la crisóbula del 1082, punto de partida para la creciente hipoteca económica que Bizancio iba a padecer.

b) Desde el Norte, un pueblo de las estepas, los pechenegos, llegó a amenazar Constantinopla en 1091. La diplomacia bizantina consiguió movilizar a sus espaldas a los polovtsianos que contribuirán a neutralizar el peligro.

c) Pero el problema más grave para Bizancio llegó de Oriente, en la figura de los turcos seldjúcidas.

Diversas ramas del pueblo turco habían fundado Estados en las fronteras orientales del Islam: el reino de los karakánidas, a fines del X, entre el Turkestán chino y la antigua Transoxiana, y el reino de Gazna al noroeste de la India a comienzos del XI. Algunos años más tarde, los seldjúcidas harán acto de presencia, recibiendo su caudillo Togrul Beg el título de sultán de manos del cada vez más nominal califa de Bagdad. Entre 1055 y 1070 todo el mundo islámico próximo-oriental, desde la meseta del Irán a las Puertas de Siria, fue rápidamente apuntalado. Por primera vez en muchos años, los bizantinos se encontraban con un enemigo de talla en esta zona. Las consecuencias fueron dramáticas: en el 1071 el emperador Romano Diógenes sufrió una terrible derrota en Manzikert a manos del caudillo turco Alp-Arlsan. La meseta de Anatolia se convirtió en los años siguientes en un campo abierto para la expansión seldjúcida. A Alejo Comneno le salvó la división del mundo turco en pequeños principados desde el 1095.

* * *

En definitiva, la nueva dinastía bizantina intentaba recuperarse, en los años postreros del siglo XI, de los descalabros sufridos tan recientemente. Aunque atenuado ya, el peligro mayor procedía aún del Asia Menor. Allí había perdido Bizancio buena parte de su crédito como escudo de la Cristiandad frente al Islam. Así lo parecieron entender los occidentales, con el Papado a la cabeza, que pensaron había llegado la hora del relevo.

La petición de ayuda por parte de Alejo Comneno para iniciar una contraofensiva frente a los turcos fue interpretada de una forma peculiar por los latinos, que pusieron en marcha un formidable mecanismo de expansión: las Cruzadas.

LA CONTRAOFENSIVA OCCIDENTAL EN EL MEDITERRANEO: LAS CRUZADAS

A pesar de la aparición del peligro turco, desde mediados del siglo XI, una serie de acontecimientos militares permiten pensar que los cristianos occidentales empiezan a tomar la iniciativa frente a los musulmanes. En tres zonas del Mediterráneo los síntomas son inequívocos:

a) *En la Península Ibérica:*

Tras la desintegración del Califato cordobés, los monarcas hispanocristianos imponen su superioridad a los débiles reinos de taifas. Estos comprarán su inmunidad a un gravoso precio: los tributos o parias que, a su vez, van a contribuir a vivificar la economía de los Estados del Norte.

Junto a la presión económica, los soberanos cristianos lograrán espectaculares avances sobre territorio enemigo. Bajo Alfonso VI, en 1085, los castellano-leoneses ocupan Toledo, la capital del antiguo reino visigodo. La contraofensiva musulmana, a cargo no de los taifas sino de los refuerzos norteafricanos (los fanáticos almorávides), logró victorias a campo abierto pero sin llegar a recuperar la ciudad del Tajo. En los años siguientes, los monarcas aragoneses saltan desde sus reductos pirenaicos hacia el valle medio del Ebro: en 1118 Alfonso I conquista Zaragoza. En el extremo nororiental, los condes catalanes (particularmente Ramón Berenguer III y Ramón Berenguer IV) avanzan sobre el campo de Tarragona y llevan sus posiciones hasta el curso bajo del Ebro con la toma de Tortosa. En los confines occidentales, el monarca portugués Alfonso Henriques toma Lisboa en 1147. La

Reconquista adquiere, así, los caracteres de una empresa nacional en la que, con frecuencia, colaboran gentes venidas del otro lado del Pirineo.

b) *En Italia:*

Desde comienzos del XI, grupos de normandos, primero como peregrinos y luego en un tono menos pacífico, empiezan a asentarse en el sur de la Península. Los doce hijos del hidalgo normando Tancredo de Hauteville, dirigidos por Roberto Guiscardo, lograron imponerse por encima de los distintos intereses de esta área: bizantinos, duques «lombardos», ciudades semiautónomas y, sobre todo, árabes. Por los acuerdos de Melfi del 1059, los recién llegados se colocaron bajo la suzeranía de la Santa Sede, lo que le permitió ostentar títulos jurídicos a Roberto Guiscardo para ser duque de Apulia y Calabria. En los años siguientes, los normandos reducirán la potencia militar árabe en Sicilia con la toma de Mesina (1062) y Palermo (1072). Se echaban así las bases de un sólido Estado en el punto de contacto entre las dos cuencas del Mediterráneo.

c) *En Oriente:*

El hecho más significativo: los cristianos occidentales atacan a los musulmanes en sus propias bases desde fines del XI. La gran aventura de las Cruzadas está en marcha.

Las Cruzadas y su significado

Desde el Renacimiento hasta nuestros días, pocos temas han sido tan atractivos como el de las Cruzadas a la hora de calibrar las actitudes de los historiadores hacia el pasado medieval. Vituperadas al máximo como expresión del fanatismo de una sociedad o ensalzadas hasta la hipérbole como expresión del ideal de una época, las Cruzadas han sido analizadas hasta fecha reciente con un abierto apasionamiento.

Desde las actuales perspectivas, el movimiento que

llevó a los occidentales hasta la Siria musulmana, con el propósito de rescatar los Santos Lugares, ha merecido su estudio desde tres puntos de vista:

a) Las Cruzadas como un fenómeno con profundo trasfondo material que se aprecia en dos esferas. La reapertura económica del Mediterráneo a los occidentales y la puesta en marcha del primer movimiento de colonización europeo.

Se trata de ideas susceptibles de matizaciones. El Renacimiento mercantil del Occidente cristiano se vio favorecido por las Cruzadas, pero no tuvo en ellas su causa determinante. En efecto, «antes de la Ilíada de los caballeros se produjo la Odisea de los mercaderes» (R. S. López): ciudades italianas como Pisa hicieron acto de presencia con fuerza en el Mediterráneo antes de que las expediciones a Tierra Santa se pusieran en marcha.

La idea de Cruzada como fenómeno colonizador (tesis de Grousset y, en cierta medida, de Runciman), precedente de la gran expansión europea después de la Era de los Descubrimientos, conviene colocarla en sus justos límites. Si la Cruzada fue (Le Goff) un «buen exutorio para el exceso de población europea», el número de «francos» (sinónimo de occidentales) que se asentaron en Siria —los «poulains»— fue muy reducido. El propio Grousset habla de la oligantropía franca en ultramar como de una de las principales causas del fracaso de esta primera colonización en particular y de la Cruzada en general.

b) Las Cruzadas como expediciones de socorro al Imperio bizantino, en las que los Papas vieron un buen instrumento de reensamblaje espiritual que superarse las tensiones entre Roma y Constantinopla.

El fracaso, en este sentido, fue total. Si Bizancio pidió ayuda a Occidente para combatir a los turcos lo hizo sólo (siguiendo la tradición) a nivel de pequeños grupos de soldados que le ayudasen a recuperar las provincias perdidas, no a escala de grandes ejércitos nada dispuestos a someterse a la disciplina de mandos bizantinos y muy poco a reconocer la autoridad de Constantinopla sobre las tierras que ocupasen con su solo esfuerzo.

El contacto entre latinos y griegos no hizo más que exacerbar unos sentimientos recíprocos de odio y de desprecio, que se recogen tanto en los testimonios de los cronistas occidentales (la «mala fe griega») como en las páginas de la *Alexiada* de la princesa bizantina Ana Comneno (los occidentales como «celtas», «bárbaros», «plaga de langosta»...) No podía ser otro el resultado del choque entre la brutalidad de costumbres de los occidentales y el refinamiento cultural de la corte de Constantinopla. Lo más lamentable sería que las Cruzadas (y la Cuarta en especial) forzarían a Bizancio a romper definitivamente sus lazos espirituales con Roma.

c) Las Cruzadas como ingrediente de una peculiar psicología colectiva de la Cristiandad occidental, resulta un tema de apasionante estudio. A. Dupront lo analizó en su momento de forma magistral.

La Cruzada es, en función de ello, un «itinerario espiritual» que enlaza con una vieja costumbre de signo penitencial: la peregrinación. De ahí que, junto al nombre de Cruzada (rara vez mencionado en los testimonios de la época), aparezcan los de *pasagium, pasagium generale, iter Ierosolimitanum,* y luego los de *bellum sacrum* y *bellum justum*. El Concilio de Clermont (1095) en el que Urbano II puso en marcha la Primera Cruzada («por orden del Pontificado —dice Fliche— la Cristiandad se lanzó al asalto del Islam») fue así producto de una conjunción de ideales. De un lado, los de la guerra justa contra los infieles, que el Papado veía más lógica que la guerra endémica mantenida por los turbulentos caballeros occidentales entre sí. De otro lado, los ideales de signo escatológico de intentar alcanzar la Jerusalén celestial por la vía de la Jerusalén terrestre. Ambas, a los ojos del cristiano de fines del XI, resultan prácticamente inseparables. Y más que para los caballeros, para las masas populares, imbuidas de unos peculiares ideales cruzadistas en extremo anarquizantes y que chocaron repetidas veces con el orden social establecido. La famosa Cruzada popular de Pedro el Ermitaño, que precedió a la expedición de los caballeros, es un ejemplo elocuente pero no único.

El reino latino de Jerusalén

El 15 de julio de 1099, el ejército cruzado mandado por Godofredo de Bouillón, duque de la Baja Lorena, tomaba por asalto Jerusalén a los musulmanes. Fue el remate de una empresa que se había iniciado con la concentración ante los muros de Constantinopla de los efectivos militares procedentes de distintos rincones de la Europa occidental, y que había proseguido, en medio de inenarrables peripecias, a lo largo de la meseta de Anatolia y del litoral sirio.

Las conquistas de los occidentales en Ultramar se articularon en cuatro pequeños Estados: el reino de Jerusalén, el principado de Antioquía y los condados de Edesa y Trípoli, dotados de un amplio margen de autonomía. En ellos encontraron su fortuna algunos miembros de las grandes familias de la nobleza europea: los herederos de Godofredo de Bouillon y los Lusignan en Jerusalén o ramas colaterales de los Hauteville normandos en Antioquía.

El reino latino de Jerusalén y sus apéndices fueron un campo de experimentación en Siria de las instituciones occidentales, aunque con los matices propios del medio en que hubieron de desenvolverse. Los «Assises de Jerusalén» son la mejor expresión de lo que fue esta «feudalidad de exportación». Junto al monarca de Jerusalén se encuentran una serie de organismos, muestra de las fuerzas sociales en juego: la Cour de Liges, para solventar problemas entre los caballeros; la Cour de Bourgeois y la Cour de la Chaine, con idénticas funciones cara a los mercaderes; y la Cour de Rais, para solucionar los pleitos de la población indígena.

La defensa del territorio corrió a cargo de las Ordenes Militares, instituciones en las que convergían los ideales de la ascesis eclesiástica (castidad, pobreza y obediencia) y el ideal caballeresco (protección a los peregrinos y a los Santos Lugares): Orden de San Juan o del Hospital de Jerusalén, fundada por Raymond du Puy en 1120; Caballeros del Temple, fundada por Hugo de Payens en 1118; y Caballeros Teutónicos, fundada

en 1198, pero cuyo campo de acción principal no sería Palestina sino los países bálticos.

* * *

La recuperación de Edesa por los musulmanes en 1144 dio lugar a la predicación de la Segunda Cruzada por San Bernardo. La expedición, encabezada por el rey de Francia Luis VII y el emperador alemán Conrado III, se saldaría con un rotundo fracaso delante de los muros de Damasco.

En los años siguientes se asiste a un debilitamiento de las posiciones latinas en Ultramar. A ello contribuyó la falta de entendimiento con los emperadores bizantinos pero, sobre todo, el hecho de que Siria y Egipto fueran unificadas por un kurdo turquizado de indudable capacidad política: Saladino. La tenaza se cerró sobre un reino de Jerusalén que había vivido al amparo de la desunión política de los musulmanes del Próximo Oriente. En el 1187, la caballería franca fue aplastada en Hattin; Saladino tomó en una gigantesca redada la mayor parte de las fortalezas latinas, incluida Jerusalén.

La predicación de la Tercera Cruzada evitó el desplome definitivo de la Siria franca. A pesar de la muerte del emperador Federico Barbarroja y de la temprana retirada del rey de Francia Felipe Augusto, el soberano inglés Ricardo Corazón de León logró apuntalar las posiciones en Tierra Santa, en una línea de fortalezas litorales que iba desde las puertas de Siria a Jafa, teniendo su centro político principal en San Juan de Acre. Jerusalén se podía dar por definitivamente perdido, aunque los musulmanes permitiesen la libre visita de peregrinos.

Las expediciones del siglo XIII y el deterioro del ideal cruzadista

La historiografía tradicional habla de ocho Cruzadas encaminadas a la liberación y protección de los Santos Lugares.

Los conceptos encerrados en esta afirmación resultan sumamente convencionales. En primer término, porque el número de expediciones (más o menos nutridas) fue más crecido. Y, en segundo lugar, porque los primitivos objetivos fueron rápidamente bastardeados:

La Cuarta Cruzada desembocó ante Constantinopla, que fue tomada (1204) y ferozmente saqueada por los occidentales, que crearon sobre el viejo Imperio bizantino un Estado latino sobre el que trabajará el virus atomizador feudal, desde su origen hasta su desaparición ante la reacción bizantina en 1261.

La Quinta Cruzada (dirigida por Andrés II de Hungría y Juan de Brienne) y la Séptima (dirigida por San Luis en 1248) que terminaron en rotundos fracasos, tuvieron como objetivo no Palestina sino el sultanato de Egipto, sobre la base de que «las llaves de Jerusalén se encontraban en el Delta del Nilo».

La Octava Cruzada, también patrocinada por San Luis, tuvo un más radical desplazamiento geográfico en sus objetivos: la ciudad de Túnez, ante la cual el monarca francés (1271) murió víctima de la peste.

La más extraña Cruzada de todas, la Sexta, dirigida por un soberano excomulgado, Federico II de Alemania, alcanzó unos objetivos inauditos para aquellos momentos: el condominio confesional de Jerusalén, Belén y Nazareth (1229). *Status* que, sin embargo, no habría de durar más que unos años.

* * *

Pero al deterioro del ideal cruzadista no sólo contribuyeron los fracasos militares en que todas las expediciones desembocaron, sino también otras circunstancias:

a) En la Siria franca, los choques entre los distintos intereses de grupo acabaron en trágicas consecuencias: el mal entendimiento frecuente entre los caballeros; los objetivos económicos contrapuestos de pisanos, genoveses y venecianos asentados en las factorías costeras; la escasa población franca (Ultramar —dice Grousset—

fue terreno propicio más para una colonización de cuadros que de poblamiento); y, en definitiva, la sorda pugna entre los «poulains» asentados en Tierra Santa, partidarios de una política de coexistencia con la masa de población musulmana, y los peregrinos-cruzados, fanatizados por la idea de Guerra Santa.

b) En Occidente, el ideal cruzadista acabó cobrando una fuerte polarización social:

Por un lado, las masas populares mantuvieron firmes sus convicciones en el contexto de unos ideales mesianistas que chocaron frecuentemente con el orden establecido: Cruzada de los Niños del 1212, Cruzada de los Pastoureaux de 1250. Toda Cruzada popular acarrea una serie de convulsiones (antisemitismo, ásperos ataques a la nobleza y al alto clero) frente a las que los gobernantes laicos y eclesiásticos procuran mantener una estrecha solidaridad.

Por otro lado, a nivel de élites, la crítica a la Cruzada como instrumento al servicio de los intereses papales, cobró cada vez tonos más ásperos. Sobre todo desde el momento en que el Pontificado abusó de este expediente para utilizarlo no sólo contra los musulmanes sino contra los disidentes cristianos (vgr. los cátaros del Mediodía de Francia) o los simples enemigos políticos. Los testimonios de crítica de autores como el cronista Mateo París, los trovadores Rutebeuf y Guillermo de Figueira o el tratadista político Pierre Dubois son sumamente elocuentes.

* * *

En 1291, tras una ofensiva general de los musulmanes sobre la Siria franca, caía San Juan de Acre. Tiro, Beirut y Sidón fueron evacuadas sin combatir. Aunque los occidentales se mantendrán en Chipre hasta 1571, la gran aventura de Ultramar se podía dar por terminada en las postrimerías del siglo XIII.

3

LA PUGNA DE LOS PODERES UNIVERSALES

La restauración impulsada en el terreno político con la creación del Sacro Imperio chocó, como hemos visto, con numerosas limitaciones. Sin embargo, dio al menos una apariencia de esplendor, comparada con la situación del estamento eclesiástico en general y el Pontificado en particular, necesitados de una radical reforma. La aureola de prestigio de la que se supieron rodear algunos emperadores empequeñeció más aún la imagen de un clero inmerso en los mecanismos de la feudalidad, dada la creciente costumbre de unir beneficios temporales a cargos espirituales.

Por otra parte, ante un Papado todavía impotente frente a las facciones romanas, los primeros emperadores de la casa de Franconia pudieron ejercer una actitud de auténtico cesaropapismo: fue el caso de Conrado II o de Enrique III, políticos enérgicos ambos, y particularmente buen cristiano el segundo, pero verdaderos dispensadores de los cargos eclesiásticos, incluido el de Papa.

Cesaropapismo y reforma gregoriana. La querella de las investiduras y el «Dictatus Papae»

Desde la muerte de Enrique III (1053) el cesaropapismo imperial encontró un serio competidor: el movimiento reformista que, iniciado tiempo atrás desde Cluny, había de alcanzar ahora sus más altas cotas. Sus

objetivos en principio fueron la erradicación de vicios tales como el nicolaísmo (concubinato eclesiástico) y la simonía, en principio concebida como simple compraventa de cargos eclesiásticos pero extendida su definición luego a la simple investidura laica. Se trataba, en definitiva, de un intento de atacar en su propia base los males de la feudalización eclesiástica.

Pero los reformistas se propusieron también otras metas: la eliminación de ingerencias de los poderes temporales en la vida eclesiástica, y la centralización por la vía de la unificación litúrgica de signo romanista. Esta obtuvo éxito en Occidente (vgr. en la España cristiana frente al rito mozárabe), pero fue motivo de tensiones con la Iglesia de Constantinopla.

Pedro Damián y el cardenal Humberto de Silva Cándida expusieron, con particular firmeza el segundo, la necesidad de atacar los males de raíz y de elevar la condición del *sacerdocium* frente a la aplastante superioridad de los poderes laicos.

La más radical exposición de lo que los reformistas consideraban derechos del Pontífice fue hecha después de 1073, en que el monje Hildebrando, consejero de algunos Papas, fue elevado al solio pontificio con el nombre de Gregorio VII. En el 1075 lanzó el *Dictatus Papae,* documento que incluía veintisiete proposiciones que defendían la *plenituto potestatis* para el Romano Pontífice: sólo él merecía ser llamado universal... sólo él legislaba en la Iglesia... sólo él podía deponer, trasladar y nombrar obispos... nadie tenía derecho de juzgarle... podía deponer al emperador... podía liberar a los súbditos del juramento de fidelidad a un soberano indigno...

El documento fue lanzado en un momento inoportuno, cuando el emperador Enrique IV, hombre de fuerte carácter, lograba consolidar su posición en Alemania frente a la inquietud de los príncipes territoriales. Su respuesta no se hizo esperar: un sínodo antigregoriano celebrado en Worms, que conminó al pontífice a abdicar. La medida fue inútil y dio paso a una dramática carrera de acontecimientos: la excomunión del empera-

dor, al calor de la cual retoñó la rebelión de los nobles; la humillación de Enrique IV en Cannosa hasta lograr el perdón del Papa (1077); la nueva ruptura entre ambos seguida del nombramiento de un antipapa (1080); el asalto a Roma por los imperiales y la liberación del Papa por los normandos (1084). Al año siguiente Gregorio VII moría en el destierro en Salerno.

La pugna no tocó con ello a su fin. Enrique IV sobrevivió a su rival durante veinte años en los que atravesó por tremendas dificultades, incluida la rebelión de su hijo que acabó destronándole. El conflicto se vio matizado por una auténtica guerra de libelos entre progregorianos y antigregorianos. Los primeros (Anselmo de Baggio, Mangoldo de Lautenbach, Bonizon de Sutri...) reafirmaron en sus trabajo los puntos de vista del «Dictatus», estableciendo el carácter «soberano» del Papa que quedaba por encima de las leyes humanas. Los antigregorianos por su parte (Guido de Ferrara, el arzobispo Wenric de Tréveris, Petrus Crasus...) expusieron puntos de vista que iban desde el ataque personal a Gregorio VII hasta el deslinde de funciones detentadas por los dos poderes.

El replanteamiento de la problemática

Favorecidos por las dificultades internas del Imperio, los sucesores de Gregorio VII lograron consolidar sus posiciones. Urbano II fue capaz de atraer la atención de los diversos poderes políticos para una empresa en la que se erigió como principal promotor: la Cruzada predicada en el Concilio de Clermont en 1095. El prestigio del Pontificado se vio con ello sensiblemente reforzado.

La muerte de Enrique IV sirvió también para suavizar asperezas. Su sucesor, Enrique V, aunque firme en la defensa de sus prerrogativas, supo darse cuenta de los deseos generales de paz y de la fuerza adquirida por el gregorianismo. De ahí que en 1122 se llegase a un acuerdo (Concordato de Worms) sobre la base de una fórmula propugnada por el canonista Ivo de Chartres,

en la que se distinguían los feudos anejos al obispado (*temporalia*) y los poderes espirituales (*spiritualia*). Las elecciones serían libres, procediendo la Iglesia a la investidura con el báculo y el anillo en presencia del monarca, que luego entregaría los beneficios temporales correspondientes. En teoría era una victoria del Papado. Pero en realidad a lo que se llegó en Worms fue a una especie de reparto de influencias: Alemania para el emperador; Italia y Borgoña para el Papa.

Esta solución de compromiso resolvía, en principio, el problema de las investiduras. Quedaba pendiente aún el de la estructuración político-espiritual de la Cristiandad. En los años que sucedieron a la muerte de Enrique V, la guerra civil retoñó en Alemania. Algunos nobles vieron una baza de primer orden en el apoyo del Papado; a su cabeza se encontraba la familia de los Welfen, duques de Baviera. Frente a ellos se levantó otra facción dirigida por los duques de Suabia: los Weiblingen. Las posturas políticas sostenidas por ambas facciones se trasplantaron a Italia, en donde sus seguidores recibirán los nombres de güelfos y gibelinos: partidarios de la supremacía de poder del Papa, los primeros, y defensores del emperador los segundos.

La fuerza política de los Welfen les permitió la elección de Lotario de Suplimburgo, aunque, de hecho, quien ostentó el poder fue un welfo, Enrique el Soberbio, duque de Sajonia y de Baviera. A la muerte de este emperador, los Weiblingen lograron imponer a Conrado III de Hohenstaufen, con quien quedaba entronizada en Alemania la casa de Suabia. Su fracaso en la Segunda Cruzada y la incapacidad a la hora de frenar las ambiciones de Enrique el Soberbio y de su sucesor Enrique el León constituyeron malos presagios para la nueva dinastía.

A su muerte (1152), sin embargo, se produjo el ascenso al trono alemán de una de las más sugestivas figuras del Medievo: Federico I «Barbarroja».

Federico Barbarroja y el desarrollo de la tesis del «dominium mundi»

Desde 1152 a 1190 se asiste a una nueva pugna entre los dos grandes poderes universales. Lo que Enrique IV y Gregorio VII fueron a una época, lo son Federico I y Alejandro III a la siguiente.

Los juicios sobre la política de Barbarroja han sido sumamente encontrados: desde los que le consideran un innovador de primera talla, hasta los que sólo ven lo negativo de la obra del emperador, que sacrificó los auténticos intereses alemanes en el Este a una arcaica política de prestigio en Italia.

De hecho, Federico I trató de poner en juego, para alcanzar sus objetivos universalistas, una serie de medios en los que combinó lo viejo y lo nuevo: el reforzamiento de sus dominios patrimoniales con los principios del Derecho romano inculcados por los juristas de Bolonia. Pero chocó con obstáculos también viejos y nuevos: las reticencias del señor más poderoso de Alemania (Enrique el León) que le negó su apoyo en los momentos decisivos, y las ciudades italianas, cada vez más pujantes y que soportaban mal la tutela imperial.

La trayectoria política de Federico ha sido dividida en cuatro etapas:

a) Entre 1152-58, el emperador puso orden en los asuntos alemanes e italianos. Así, a la coronación imperial sucedió la represión de la comuna romana que, encabezada por un monje visionario, Arnaldo de Brescia, había puesto en serio peligro la supervivencia del poder temporal de los Papas. En 1156 fue creado un nuevo ducado, Austria, entregado a Enrique II Jasomirgot para evitar sus pretensiones a Baviera.

La primera nube en el panorama político surgió en la Dieta de Besançon de 1157 en donde chocaron el canciller imperial Reinaldo de Dassel y el legado papal Rolando Bandinelli quien, en la mejor línea güelfa, calificó de *beneficium* (conferido por el Papa) el título imperial.

b) De 1158 a 1166 transcurre la primera «etapa italiana» de Federico. En la dieta reunida en Roncaglia, Reinaldo de Dassel, en una línea cerradamente gibelina, reclamó para el emperador, a título de regalías, una serie de derechos percibidos por las ciudades: minas, salinas, telonea, acuñación de monedas... Funcionarios imperiales se encargarían de la percepción.

La gran prueba de fuerza empezó al ser elegido papa Rolando Bandinelli, que tomó el nombre de Alejandro III. Federico se negó a reconocerle y en los años siguientes la inquietud en las ciudades creció. Milán fue duramente castigada (1162) y Reinaldo de Dassel obtuvo una importante victoria en Túsculum (1167). La realización del *dominium mundi* nunca pareció tan cercana para un emperador.

c) Desde 1168, y coincidiendo con la muerte de Dassel, los grandes sueños universalistas empezaron a desvanecerse. Las ciudades del valle del Po fundaron la Liga lombarda para oponerse a los designios imperialistas. Una localidad de nuevo cuño, Alejandría (bautizada con este nombre en honor del pontífice), se convirtió en la gran fortaleza de la Unión. Contra ella se estrellaron los esfuerzos de Barbarroja en 1175. Al año siguiente, las milicias de las ciudades lombardas derrotaron al ejército imperial en Legnano.

Federico comprendió bien la dura lección. Se imponía la concordia con el pontífice (frente a quien había sostenido a sucesivos antipapas) y las ciudades italianas. Las paces de Venecia (1177) y Constanza (1183) pusieron fin a las disputas respectivas. En el intermedio, el emperador procedió al despojo de Enrique el León, que se había negado a prestar su concurso en los últimos acontecimientos.

d) Los últimos años de su vida (1183-1190) fueron los más fructíferos. En un nuevo viaje a la Italia pacificada realizó Federico su mejor jugada política: el matrimonio de su sucesor (el futuro Enrique VI) con la heredera del trono normando de Sicilia, Constanza. Sicilia, en efecto, sería la base para las futuras pretensiones universalistas de los últimos Hohenstaufen.

En 1189 Barbarroja emprendió su última campaña. El desplome militar en la Siria franca tras el desastre de Hattin movilizó los esfuerzos de los grandes monarcas del Occidente. El emperador se adelantó con su ejército pero no llegó a enfrentarse con su gran rival, Saladino. Murió ahogado en un riachuelo del Asia Menor. Sus contemporáneos elevaron su figura a la categoría de mito: el «emperador de los últimos tiempos» que no había muerto, sino que permanecía retirado en espera de una ocasión para retornar y conducir a sus compatriotas a la cima del poder y de la gloria.

La marcha alemana hacia el Este

Con el nombre de *drang nach Osten,* se conoce en la Historia a un amplio movimiento de expansión germánica llevada a cabo hacia territorio eslavo, particularmente desde los inicios del siglo XII. Una serie de factores incidieron en este fenómeno: político-militares, económicos y religiosos.

Grandes señores alemanes forjaron poderosos feudos en las marcas orientales: Adolfo de Schauenbourg en Holstein, Conrado de Wettin en Meissen y Lusacia, Alberto el Oso de Ballenstedt en Brandeburgo. A la vez que los cistercienses y premostratenses llevaban a cabo una labor de evangelización entre los pueblos aún paganos, los príncipes alemanes sometieron a vasallaje a los jefes eslavos cristianos de Mecklemburgo, Pomerania y Silesia. En el curso de una Cruzada dirigida contra los wendos paganos de Nordalbingia, Enrique el León —uno de los más eficaces agentes de la política de expansión alemana— llevó a cabo una verdadera guerra de exterminio. Su posterior proceso por Federico Barbarroja no constituyó un freno para avances ulteriores y menos aún para la consolidación de las conquistas económicas logradas: auge de la ciudad de Lübeck, fundada en 1158, y asentamiento de familias campesinas alemanas en los territorios de reciente ocupación. Al

iniciarse el siglo XIII la progresión germana se proyecta hacia los confines de la bolsa báltica, en un afán de acabar con los últimos reductos importantes del paganismo.

4

LA EVOLUCION POLITICA DE LAS MONARQUIAS FEUDALES

La expresión «monarquías feudales» —popularizada en la obra del autor Ch. Petit-Dutaillis— define bien lo que fue la situación de los Estados de la Europa occidental en los siglo XI y XII. Los monarcas de esta área son, en efecto, al rebasar el año 1000, simples cúspides de una pirámide feudal. Su poder descansa, esencialmente, en los compromisos de fidelidad contraídos hacia ellos por sus súbditos. A nivel de las dos monarquías occidentales por excelencia —Francia e Inglaterra— el término «feudal» ve su justificación reforzada, dado que las relaciones entre ambas dependen en buena medida, según veremos, de los vínculos feudovasalláticos mutuos que ligan a sus titulares.

Los intentos de enderezamiento de la monarquía francesa bajo los primeros Capetos

Bajo los sucesores de Hugo Capeto, Roberto el Piadoso, Enrique I y Felipe I, la nueva dinastía francesa no consigue extender su autoridad efectiva mucho más allá de los alrededores de París. Los intentos de debilitar a los poderosos príncipes territoriales infrentándolos entre sí no tuvieron apenas resultados.

Bajo Luis VI (1108-1137) se dan los primeros pasos firmes hacia una recuperación del prestigio de la monarquía. El apoyo de la Iglesia fue decisivo. Las figuras de Ivo de Chartres, el canonista francés árbitro en la pugna Papado-Imperio; del abad Suger de Saint Denis,

una de las más grandes figuras de su época como impulsor de los mecanismos administrativos reales y las manifestaciones artísticas; o del monje Bernardo de Claraval, son sumamente representativas de una Francia que empieza a superar las recientes dificultades.

Al morir, Luis VI dejaba un saldo sumamente favorable: un dominio real sólidamente organizado; una serie de cartas de libertad concedidas a distintas ciudades que, en un futuro próximo, serán excelente apoyo de la realeza; y un incipiente sentimiento nacional forjado al calor de las dificultades surgidas frente a Inglaterra y el Imperio alemán.

El largo reinado de Luis VII (1137-1180) fue un período de ocasiones perdidas para la monarquía francesa. Se inició con excelentes perspectivas al contraer matrimonio el soberano con Leonor de Aquitania, titular del mayor dominio feudal de Francia. Diez años después, el monarca tomaba parte en la Segunda Cruzada, durante la cual el eficiente Suger de Saint Denis desempeñó el gobierno del reino.

El fracaso de Luis VII en la Siria franca se vio acrecentado a su regreso a Francia: las diferencias con su mujer provocaron la anulación del matrimonio y la consiguiente pérdida de influencia de los Capeto en el ángulo suroeste de Francia. En 1152, Leonor de Aquitania contrajo matrimonio con Enrique Plantagenet, conde de Anjou y uno de los más poderosos señores de Francia. A sus dominios territoriales en este país, Enrique añadiría, desde 1154, la Corona de Inglaterra. Se articulaba así una gran entidad política supranacional: el «Imperio angevino», peligrosa barrera para las pretensiones de los Capeto a reforzar su autoridad.

A la muerte de Luis VII, la monarquía francesa, a pesar de los últimos fracasos, no había experimentado ningún grave retroceso. A lo sumo —según se demostraría en los años siguientes— un aplazamiento de sus proyectos de expansión territorial.

Inglaterra bajo la dinastía normanda:
Guillermo el Conquistador y sus sucesores

En 1066 murió el piadoso Eduardo «el Confesor», último monarca anglosajón. La nobleza del país se inclinó por la elección de Haroldo Godwinson, gran señor de Essex. Su permanencia en el poder fue efímera: el 14 de octubre de este mismo año, el duque de Normandía Guillermo el Bastardo obtenía sobre él una aplastante victoria en Hastings. El tapiz de Bayeux, mandado confeccionar por la esposa del vencedor, constituye una preciosa muestra del instrumental y tácticas bélicas puestos en juego por los dos antagonistas.

A fines de año, Guillermo era solemnemente coronado en Westminster. Con él, se ha dicho, los mecanismos feudales del continente quedaron implantados en Inglaterra. La realidad es, sin embargo, más compleja. Guillermo, hombre de espíritu eminentemente pragmático, supo conjugar las costumbres feudales de su país de origen con las sólidas instituciones de las comunidades anglosajonas.

a) El ducado de Normandía fue constituyéndose, desde su fundación a la subida al poder de Guillermo, en un pequeño Estado sumamente sólido. Sus titulares dispusieron de una amplia autonomía para reclutar soldados, acuñar moneda y erigirse en cabeza de una feudalidad regional casi en su totalidad dependiente directamente de ellos. La paz del duque de Normandía se mantuvo mediante el establecimiento de unos funcionarios, los vizcondes, sin parangón en el resto del territorio francés. A ello se sumaba una pujante iglesia regional (abadías de Bec, Saint Michel, Jumieges, etc.) influida de forma decisiva por las reformas gregoriana y cluniacense.

b) La Inglaterra anglosajona sobre la que trabajaron políticamente Guillermo y sus sucesores conoció, en vísperas de la batalla de Hastings, la existencia de una alta nobleza (los *thegns* y los *earldormen*) que, junto con el alto clero, integraban el Consejo del rey o *Wite-*

nagemot. Por debajo de ellos quedaron la masa de simples hombres libres (*ceorls*) y de siervos y semisiervos (*geburns*). Desde el siglo X, el país fue dividido administrativamente en centenas (*hundred*). Más tarde apareció una circunscripción de superior extensión, el *shire* o condado. La monarquía anglosajona, aunque debilitada por el robustecimiento de la aristocracia, conservó una autoridad suficiente para nombrar funcionarios especializados (los *sheriff*) a través de los cuales mantuvo un cierto control en todo el territorio.

Contando con estos elementos, Guillermo el Conquistador creó en Inglaterra el Estado más moderno de la época. El Pontificado —que había bendecido la expedición culminada en Hastings— vio favorecida su labor de reforma en suelo inglés. Un monje de ascendencia lombarda, Lanfranco, abad de Bec, convertido en arzobispo de Canterbury, fue el principal agente de esta política.

La abigarrada masa de caballeros de fortuna (normandos, bretones, flamencos) que habían acompañado al nuevo soberano de Inglaterra vieron premiado su esfuerzo al beneficiarse de gran número de feudos constituidos sobre las tierras arrebatadas a los nobles anglosajones que fueron vencidos en Hastings. Los beneficios entregados no fueron, sin embargo, demasiado extensos ni compactos. Se evitaba, con ello, el que la nobleza modelada por Guillermo adquiriese excesiva potencia. Se ha dado en calificar de «horizontal» al feudalismo inglés. Se trataba de un feudalismo implantado desde arriba, en el que la pauta era marcada por una masa de «barones», no por un grupo de grandes príncipes territoriales como en el continente.

La realeza anglonormanda reforzó además su posición frente a la nobleza valiéndose de otros medios: la sistemática percepción de las ayudas feudales y la creación de un amplio dominio personal (una séptima parte de la riqueza territorial del país) constituido por la mayor parte de los bosques y unos quinientos fundos solariegos.

Desde el punto de vista administrativo, las cortes de las centenas y de los condados siguieron siendo los

organismos a nivel local y regional. Los sheriffs vieron su autoridad reforzada como agentes de la autoridad real. Como corte central se impulsó la creación de un organismo en el que se unieron las funciones de la Curia ducal normanda y del Witenagemot anglosajón. En él se integraron parientes del monarca y algunos señores laicos y eclesiásticos.

En los últimos años de su vida, Guillermo el Conquistador mostró a través de dos hechos la madurez a la que había llegado la realeza inglesa. Uno fue el juramento de fidelidad exigido a todos los vasallos «tenentes» del rey, en la Asamblea de Salisbury de 1086. El otro fue la confección de un detallado catastro, el *Domesday book*, producto de minuciosas encuestas, y en el que constaba cada propiedad con sus rentas correspondientes.

* * *

Bajo los sucesores inmediatos de Guillermo el Conquistador, Guillermo II el Rojo y Enrique I Beauclerc, se mantuvo, en líneas generales, la política iniciada por el fundador de la dinastía. El conflicto más grave provino de las relaciones con la Iglesia. Guillermo II, en franca ruptura con el nuevo arzobispo de Canterbury, Anselmo de Bec, estuvo a punto de echar por tierra la política de equilibrio iniciada por su padre.

La situación fue salvada por Enrique I (1100-1135) a través del Concordato de Westminster (1107), verdadero precedente de lo que habría de ser años más tarde el de Worms entre el Pontificado y el emperador. El monarca inglés reconoció la «elección libre de los obispos», a quienes luego se concedería los bienes temporales anejos.

Por otra parte, la estructuración administrativa inglesa recibió un nuevo impulso con la creación de una especial Cámara de Cuentas (el *Exchequer* o *Echiquier*) en 1130. Ante ella, los sheriffs habían de rendir informe de los asuntos concernientes a las rentas reales.

Esta importante labor estuvo a punto de frustrarse de nuevo en los años que sucedieron a la muerte de Enri-

que Beauclerc. El gobierno del rey Esteban (1135-1154), nieto de Guillermo I, ha pasado a la historia de Inglaterra como uno de los períodos más anárquicos. Los barones del país, que le habían elegido frente a Matilde, hija de Enrique Beauclerc, se convirtieron prácticamente en poderes independientes dedicados al bandidaje. En los últimos años del reinado, Esteban llegó a un acuerdo con Matilde: el reconocimiento como heredero de un hijo de ésta y de Godofredo Plantagenet, conde de Anjou.

Bajo el nombre de Enrique II gobernaría en Inglaterra desde 1154 a 1189. Con él se entronizaba una nueva dinastía que entroncó con la gran labor política y administrativa iniciada por Guillermo el Conquistador.

La dinastía Plantagenet y el Imperio angevino

El nombre de «Imperio angevino», acuñado por los historiadores modernos, queda perfectamente justificado. A la vez que los antecesores de Guillermo el Conquistador y él mismo forjaban la potencia normanda, Enjeuger, castellano de Turena, y Fulco Nerra creaban el poder angevino frente a normandos, bretones y aquitanos. Con Godofredo Plantagenet había de convertirse en una de las fuerzas políticas más importantes del territorio francés. La potencia alcanzada por su hijo Enrique había de ser, sin embargo, mucho más considerable. A los condados patrimoniales de Anjou, Maine y Turena se sumaron Aquitania y Poitou, legadas por su esposa Leonor, repudiada por el monarca francés Luis VII. La ascensión de Enrique Plantagenet al trono inglés y, consiguientemente, al ducado de Normandía en 1154 supuso el momento culminante de poder de los angevinos; su influencia directa en territorio francés se extendía sobre un espacio que englobaba casi la mitad del reino de los Capeto.

Enrique II fue un monarca cuya capacidad de gobierno y miras políticas resultan equiparables a las del

emperador alemán del momento, Federico Barbarroja. Mantuvo durante su reinado unas ambiciones expansivas que, de haber cristalizado en algo positivo, hubieran hecho del Estado anglo-francés de los Plantagenet la primera potencia de la Cristiandad. A los vasallajes impuestos sobre Gales, Escocia y los régulos irlandeses, Enrique Plantagenet añadió una hábil diplomacia con la que pretendió ejercer su influencia hacia todos los rincones del Occidente: las casas reinantes en Navarra, Sicilia, Castilla y Bretaña entroncaron matrimonialmente con los Plantagenet. Los lazos eran, sin embargo, demasiado débiles. La política centralizadora, que experimentó bajo Enrique II un notorio impulso, sólo pudo extenderse a Inglaterra y Normandía. La unión de los demás Estados patrimoniales no rebasaba el ámbito de lo puramente personal y feudal. Por otro lado, los Capeto estaban poco dispuestos a permitir impunemente el crecimiento de poder de una dinastía cada vez más temible. De ahí que aprovechasen a fondo las diferencias que fueron surgiendo entre Enrique y Leonor de Aquitania, mujer de tortuoso carácter y de extraña energía, y, en última instancia, las tensiones entre el monarca inglés y sus hijos, que llegarán a adquirir tintes verdaderamente dramáticos. En esta sorda pugna entre Capetos y Plantagenets se va larvando un magno conflicto que adquirirá sus mayores magnitudes en los primeros años del siglo XIII.

La política estrictamente inglesa de Enrique II supuso la culminación de la labor iniciada por el primer monarca de la dinastía normanda. La especialización de funciones de la Curia cristalizó en la consolidación de papeles de tres oficiales (canciller, tesorero y justicia mayor). Junto con otros colaboradores, constituyeron una especie de curia restringida, instrumento de primer orden de la política centralizadora de los Plantagenet.

La administración conoció la aparición de dos tipos de disposiciones legales: los *writes*, órdenes directas a los sheriffs, y los *assises*, que fueron reglas prácticas más que leyes propiamente dichas, al modo de las antiguas Capitulares carolingias. La institución del jurado fue

otro de los grandes éxitos de los Plantagenet en Inglaterra: teóricamente compuestos por todos los vecinos de cada pueblo, en la práctica los jurados estaban formados por caballeros o simples hombres libres elegidos por cada centena o escogidos directamente por los sheriffs.

Desde el punto de vista fiscal, los recursos con que contaron los primeros Plantagenet fueron sumamente amplios. Ello se debió a un perfeccionamiento de los mecanismos creados bajo Guillermo I, ligados en buena medida a las prácticas feudales:rentas de los dominios reales, bosques (término muy amplio en el que se incluyen a veces aldeas y tierras de cultivo), *echoites* (bienes de las herencias vacantes), *guardas* sobre nobles e iglesias, derechos sobre matrimonio de menores, las ayudas económicas feudales en los tres casos típicos, *ecuages* (rescates en dinero de las obligaciones militares de los barones), *charruages* (impuestos sobre todo tipo de tierras), el *danegeld* (antiguo tributo pagado para comprar la retirada de los piratas normandos) ya institucionalizado, e impuestos sobre el comercio.

El aparato militar aglutinó las viejas costumbres anglosajonas de la leva en masa para todos los hombres libres (el *fyrd*), fijada en el Assise des Armes de 1181, y las obligaciones típicas feudales de hueste y cabalgada. Al ser rescatadas éstas por el *ecuage* (escudaje, *ecutagium*) permitieron al monarca disponer de una fuente de ingresos con la cual reclutar un ejército a base de mercenarios.

Los peligros más graves para la estabilidad de la obra de Enrique II procedieron de su propio círculo de colaboradores. A la larga tuvieron una amplia repercusión:

Las relaciones con la Iglesia, que parecían haber entrado en la línea del buen entendimiento, se entorpecieron cuando el monarca inglés trató (Constituciones de Clarendon de 1164) de hacer extensiva al clero del país la autoridad de los tribunales temporales en las causas criminales, restringiendo considerablemente la apelación a Roma por parte de los tribunales eclesiásticos. Tomás Becket, antiguo canciller, elevado al arzo-

bispado de Canterbury, se reveló como un celoso defensor de la libertad eclesiástica. El choque con el Plantagenet adquirió tintes dramáticos. Huido el prelado, retornó a Inglaterra tras una entrevista con el monarca, pero sin cejar en su espíritu combativo. A fines de 1170 un grupo de caballeros asesinaba a Tomás Becket en su propia catedral. El hecho adquirió las características de verdadero escándalo y obligó a Enrique a hacer penitencia pública por haber sido, con su áspera actitud, el inconsciente instigador del homicidio. Las Constituciones de Clarendon, sin embargo, no fueron anuladas y Enrique II logró, dos años más tarde, llegar a un acuerdo con el Pontificado.

Bajo Enrique II se trató de consolidar el carácter sucesorio de la realeza, superando las viejas fórmulas. En 1170, y siguiendo la práctica instaurada por los Capeto, el Plantagenet asoció a su hijo Enrique el Joven a la Corona. El procedimiento se mostró calamitoso, ya que el príncipe, pretendiendo equipararse a su padre, se alió con el Papado en un momento (*affaire* Becket) particularmente delicado para el soberano inglés. Su prematura muerte evitó un desastre. Sin embargo, y al calor de las disputas domésticas en las que la reina Leonor tuvo una actuación decisiva, se abría el portillo para las ambiciones de los restantes hijos del matrimonio a ser asociados al trono. Cuando en 1189 muere Enrique II, su hijo Ricardo se encontraba en franca rebeldía. La obra de los poderosos Plantagenet presentaba así, en estos años, profundas fisuras.

El gran choque Capetos-Plantagenet

La extensión del Imperio angevino fue causa, a la vez, de la grandeza y la debilidad de los Plantagenet frente a los Capeto:

Como reyes de Inglaterra, Enrique II y sus sucesores eran totalmente independientes. Pero como señores de amplios dominios a este lado del Canal eran

vasallos del rey de Francia, al que debían fidelidad de acuerdo con los vínculos feudovasalláticos. Los territorios comprendidos entre la costa normanda y el Pirineo (Normandía, Anjou, Poitou, Maine, Turena, Guyena y Gascuña) tenían una extensión infinitamente superior al dominio real francés (una estrecha franja de tierra entre Senlis y Orleáns con su centro en París), pero ningún elemento de unidad salvo la figura de su señor común el rey de Inglaterra. De hecho, los monarcas Plantagenet se sintieron más señores franceses que soberanos de Inglaterra, país en el que, por otra parte, la lengua y las costumbres francesas se habían impuesto entre la nobleza. Pero la monarquía francesa, llegado el caso, supo atizar en provecho propio y frente a los angevinos unos incipientes sentimientos nacionales que le permitieron reforzar sus débiles bases de partida.

Bajo Luis VII, la monarquía francesa evitó el ser ahogada por el dogal que los dominios angevinos suponían para ella. Enrique II, en efecto, mantuvo durante casi toda su vida un gran respeto hacia el vínculo feudal que le relacionaba con el Capeto. Este, por otro lado, no aprovechó a fondo las posibilidades que las rebeliones de los hijos de Enrique II le brindaron desde el 1173. Por el contrario, en la reconciliación de Nonancourt, los dos soberanos prometieron ir juntos a una posible Cruzada.

Entre 1180 y 1189, fechas de la desaparición de Luis VII y Enrique II, respectivamente, el panorama de las relaciones entre las dos dinastías cambia radicalmente. Felipe Augusto, el nuevo Capeto, se mostró mucho menos circunspecto que su antecesor, atizando abiertamente la rebelión de Ricardo Corazón de León y de su hermano Juan contra su padre.

En los años siguientes, la habilidad del francés se reveló temible a la hora de hacer quebrar el Imperio angevino internacionalizando un conflicto —la rivalidad Capetos-Plantagenet— cuyas dimensiones, en principio, no fueron más que puramente feudales y francesas. La oportunidad la dio la Tercera Cruzada, en donde los

distintos poderes del Occidente europeo tuvieron oportunidad de entrar en contacto.

La permanencia de Ricardo en Tierra Santa y luego su posterior prisión por el emperador Enrique VI, alejaron al principio al mayor peligro militar con el que hubiera podido toparse en Francia Felipe Augusto. Cuando el legendario monarca inglés recuperó la libertad procedió a reconstruir los dominios angevinos poniéndose al frente de una gran coalición de nobles franceses contra Felipe. La inesperada muerte de Ricardo junto al castillo de Chalus (1199) salvó la situación del Capeto.

Como heredero del Imperio anglo-angevino quedaba un incapaz, el ciclotímico Juan Sin Tierra, que no fue reconocido por los barones de Anjou, Turena y Maine, que se inclinaron por su sobrino Arturo de Bretaña, muerto al poco tiempo a manos del nuevo monarca inglés. Felipe Augusto supo explotar a fondo esta situación. Con su impericia, Juan llevó a la dislocación al Imperio angevino. El Capeto supo, a su vez, atraerse el apoyo del pontífice Inocencio III, en muy malas relaciones con Juan, y (aunque pareciera paradójico) el sector gibelino de la nobleza alemana hostil al nuevo emperador, Otón IV de Brunswick, entronizado por los güelfos. A este magno conflicto se le ha llamado «la Gran Guerra de Occidente»:

En los primeros años del siglo XIII, so pretexto de felonía, Felipe Augusto procedió a la confiscación de los feudos Plantagenet de Anjou, Poitou, Turena, Maine y, sobre todo, Normandía, importante tanto por su riqueza como por ser la llave de los dominios de la Corona francesa.

Al poco tiempo, Juan consiguió, en un esfuerzo supremo, encabezar una gran alianza en la que entraban los dos más poderosos señores del norte de Francia (condes de Flandes y de Boulogne) y Otón IV. El choque decisivo tuvo lugar en Bouvines, cerca de Tournai, el 17 de julio de 1214. La inferioridad numérica de los efectivos franceses fue compensada por su mayor cohe-

sión y por las oportunas medidas estratégicas adoptadas por el obispo de Senlis, Guerin. El encuentro se resolvió en un rotundo éxito para Felipe tanto en el terreno militar como en el diplomático: la coalición enemiga quedó deshecha y la presencia angevina en territorio francés reducida al ducado de Aquitania. El dominio real Capeto se extendió, desde estos momentos, sobre un tercio del territorio francés. Bouvines suponía, con ello, un cambio radical en la relación de fuerzas en el Occidente europeo.

Los reinos ibéricos

El impulso que la Reconquista experimentó desde mediados del XI llevó a los Estados cristianos (pese a la intervención almorávide) a la ocupación de una línea de posiciones sobre el Tajo y el Ebro, que se irán consolidando a lo largo de la centuria siguiente. Aparte de tomar la iniciativa militar frente a los taifas de Al-Andalus, los reinos hispanocristianos empiezan a abrirse a las corrientes culturales, espirituales y económicas provenientes del otro lado del Pirineo. El Camino de Santiago se va a convertir para el Estado castellano-leonés en el gran canal por el que circulen estas influencias. Al calor de ellas, la Reconquista adquiere los caracteres de una auténtica Cruzada: intervención de caballeros transpirenaicos, creación de Ordenes Militares de cuño exclusivamente nacional, etc.

Al rebasar la frontera del 1100, la estructura política de la España cristiana sigue formada en base a la idea hegemónica castellano-leonesa. El cenit de este principio se alcanzará bajo Alfonso VII, con su solemne coronación imperial en 1135. Pero ya en estos años se aprecian serias fisuras en la «idea imperial leonesa» que hacen pensar (de acuerdo con la consagrada expresión de Menéndez Pidal) que la articulación política de la España cristiana va a ser en función de los «cinco reinos»:

Castilla y León, separados a la muerte de Alfonso VII en 1157 y no reunificados definitivamente hasta entrada la centuria siguiente. El frente reconquistador de ambos se va a ver estabilizado en una línea de fortalezas al sur del Tajo, frecuentemente golpeadas por un nuevo peligro norteafricano: los almohades.

El reino de Portugal, cuya independencia de hecho fue admitida bajo Alfonso VII. El avance hacia los Algarves constituye la meta de los sucesores de Alfonso Henriques.

Navarra, cuyo destino (tan aparentemente brillante en el primer tercio del XI bajo Sancho el Mayor) será el de convertirse en un pequeño Estado a caballo de los Pirineos, desde el 1200 sin salida al mar, comprimido entre la Gascuña inglesa y la Rioja castellana.

La Corona de Aragón, surgida de la unión catalanoaragonesa bajo Ramón Berenguer IV a mediados del siglo XII. Constituirá un verdadero Estado confederal con una interesante proyección hacia el otro lado del Pirineo: Rosellón y Cerdaña, el Languedoc y Provenza. A fines de la centuria y comienzos del XIII, bajo Alfonso II y Pedro II, los condes-reyes de la Corona de Aragón eran, de hecho, la principal potencia en el Midi.

En 1212, la gran victoria de las Navas de Tolosa obtenida por los monarcas hispano-cristianos encabezados por Alfonso VIII de Castilla, tuvo un profundo significado: la última gran colaboración de éstos en una empresa antimusulmana, y el desplome de las líneas islámicas en los pasos de Sierra Morena. El valle del Guadalquivir queda abierto a los castellanos.

La monarquía normanda de Sicilia

La obra iniciada en el sur de Italia por las bandas normandas de Roberto Guiscardo se consolidó en los años siguientes a su muerte por obra de unos monarcas de gran habilidad política, que supieron hacer de los

territorios conquistados un Estado tan sólido como el creado por sus compatriotas en Inglaterra.

La figura de Roger II ocupa un lugar de honor. Durante su largo gobierno (1105-1154) supo hacer de su reino la gran potencia naval mediterránea que dejó sentir su peso a bizantinos y musulmanes del Norte de Africa. La administración del reino normando de Sicilia alcanzó un elevado grado de madurez. En ella se supieron conjugar con rara habilidad los elementos bizantinos, normandos de signo feudal y árabes. Resulta admirable el espíritu de tolerancia que Roger II (el «sultán bautizado» le llamó el historiador Amari) y sus sucesores hicieron prevalecer en un mundo en el que —como el del sur de Italia— tantas influencias habían concurrido en los últimos tiempos.

Tras los reinados de Guillermo I y Guillermo II, la línea de sucesión directa masculina de los Hauteville se extinguió. El compromiso matrimonial de la hija de éste último, Constanza, con el futuro emperador Enrique VI (la gran jugada política de Barbarroja) sumergirá al Estado sículonormando en la problemática propia del Sacro Imperio. Bajo el último gran Staufen, Federico II, el peso de los asuntos suditalianos será decisivo en su actuación política.

LA PLENITUD DEL SIGLO XIII EN LOS ESTADOS DEL OCCIDENTE EUROPEO

Ser «emperador en su reino» constituye la meta deseada por los monarcas europeos una vez concluida la crisis de la «Gran Guerra de Occidente». Ello supone dos cosas: De un lado, un intento de superación del papel de simple cúspide de la pirámide feudal. De otra parte, un deseo de las monarquías de constituirse en fuerzas autónomas al margen de las intromisiones de los grandes poderes universales, Papado e Imperio.

A la vez que en Alemania e Italia trabajan los teóricos del cesaropapismo y la teocracia, en Francia e Inglaterra hacen lo propio una serie de autores que respaldan con sus ideas la conformación del principio monárquico. En la Francia de los Capeto, las figuras de Abbon de Fleury, Ivo de Chartres o Suger de Saint Denis constituyen importantes jalones del pensamiento político. A pesar de las diversas reticencias acabó imponiéndose el sistema hereditario como fórmula sucesoria, por encima del viejo procedimiento electivo, de hecho ya en desuso. La asociación del heredero a la Corona desde Hugo Capeto contribuyó a dar una mayor estabilidad a la monarquía francesa.

En Inglaterra, donde el sistema de asociación no llegó a cuajar, John de Salisbury escribió en 1159 un interesante tratado: el *Policráticus*. Contiene una comparación del cuerpo político con el cuerpo vivo: las partes físicas se corresponden con las distintas fuerzas temporales (ejército, diplomacia, finanzas...), mientras que el alma se identifica con la religión. El clero es, por tanto, el inspirador de las tareas de gobierno, y la políti-

ca un mal menor. De ahí que en el *Policráticus* nos encontremos con una de las primeras defensas de la tesis del tiranicidio frente a los abusos de poder de un soberano injusto.

La llamada «generación de 1250-1280» (P. Labal) desarrolló la idea del poder del rey y sus responsabilidades. Santo Tomás de Aquino será la figura más representativa. El Estado (por influencia aristotélica) no es ya un mal necesario como para sus predecesores, sino la expresión natural del hombre fundada en el bien común. De todas las formas de gobierno, la monarquía es la más apropiada; ha de apoyarse en la aristocracia y el *populus honorabilis* (¿la burguesía como nueva fuerza político-social?). La distinción entre los dos poderes se sigue manteniendo. Santo Tomás defiende la autonomía de ambos, aunque con la idea siempre fija de que los asuntos espirituales han de quedar en un plano superior. En una línea semejante, Vicente de Beauvais mantendrá la tesis del «cuerpo místico del Estado» (en el *Speculum doctrinale*) diferenciado, por sus funciones, del de la Iglesia.

Francia durante «el Siglo de San Luis»

La obra de Luis IX (San Luis) supone un paso decisivo en la empresa iniciada por Felipe Augusto, el «artesano del renacimiento del poder monárquico en Francia».

A las victorias logradas sobre los Plantagenet, Felipe y su sucesor Luis VIII, de breve reinado (1223-1226), añadieron otros éxitos indirectos en el Midi. Aprovecharon la descomposición allí provocada por la guerra contra la herejía albigense, patrocinada desde hacía años por algunos señores meridionales. La victoria lograda sobre ellos por los cruzados de Simón de Montfort en Muret (1213) fue un golpe decisivo para la autonomía política de todo el sur del país. La intervención de la realeza francesa como poder arbitral per-

mitió dar un paso decisivo en la política de expansión de los Capeto hacia el Pirineo (tratado de París de 1229).

* * *

La prematura muerte de Luis VIII abrió un incierto período de minoridad, en el que la regente, Blanca de Castilla, supo desplegar una extraordinaria energía frente a las intrigas de los nobles. El principio hereditario estaba ya, sin embargo, lo suficientemente consolidado en aquellos años: Luis IX fue reconocido mayor de edad sin demasiadas dificultades en 1234.

Su figura —a ello ha contribuido la aureola de santidad— es una de las más sugestivas del Medievo francés. La fuente más directa para conocerla es el relato biográfico de su compañero el señor de Joinville. A él hay que añadir el *dossier* presentado para su posterior canonización por el eclesiástico Guillermo de Saint Pathus. La realeza cristiana de San Luis, ligada a una suerte de «santidad laica», se inspiró en los principios de la moral evangélica compatible, en todo momento, con una independencia total del poder pontificio. A la «santidad monacal», modelo desde los merovingios, sucede otra de inspiración mendicante en el Capeto. En su figura se funden el caballero que es guerrero por necesidad y siempre al servicio de causas justas (castigo de los malvados, defensa de los pobres, ideal ya un tanto anacrónico en aquellos momentos de Cruzada...) y el hombre de bien, de lenguaje mesurado, mesa frugal, enemigo de la mentira y de la impureza... La perfecta encarnación —se ha dicho— del «agustinismo político» con todas sus ventajas y sus limitaciones.

La política de San Luis fue encaminada hacia dos objetivos:

a) La consolidación de posiciones y sucesivos reajustes con posibles o efectivos rivales.

El último intento inglés de rehacer las posesiones del Imperio angevino (alianza de Enrique III de Inglaterra con Hugo de Lusignan y Raimundo de Tolosa) concluyó

con una victoria del monarca francés en Saintes (1242). Años más tarde, el segundo tratado de París (1259) aspiró a ser una especie de paz perpetua que estableciese «el amor entre los hijos del rey de Francia y los del rey de Inglaterra». El Capeto supo conjugar la generosidad hacia el vencido y la habilidad política: a Enrique III se le reconocía la posesión de Cahors, Periguex y Guyena, pero bajo compromiso de homenaje ligio al francés. Inopinadamente se echaban con ello las bases de futuras tensiones entre los monarcas de los dos países.

En el Midi, el fin de los últimos brotes heréticos serios facilitó la labor de San Luis. En 1258 se llegó con el monarca catalano-aragonés Jaime I a un acuerdo (Corbeil, 1258). A cambio de la renuncia del francés a unos hipotéticos derechos a los condados catalanes, Jaime hacía lo propio con sus pretensiones a una serie de dominios en el Midi (Lauraguais, Razes, Nimois...) en donde dejaba numerosos partidarios. Sólo la ciudad de Montpellier, aislada, siguió bajo control aragonés.

El reino de Francia tomaba así forma. Sin embargo, cara a los dominios reales —muy amplios ya en estos años— la monarquía siguió pensando en términos de amplios resabios feudales. El resultado, con Luis VIII, fue la aparición de los *apanages,* fragmentos del dominio real entregados a sus distintos hijos a fin de evitar diferencias con el heredero de la Corona: Roberto recibió Artois, Alfonso Poitou y Auvernia y Carlos Anjou y Maine. La desmembración no era tan grave; por el contrario, consolidaba el poder dinástico-familiar de los Capeto. Además, la legislación dada por San Luis para el dominio real se extendió también a los *apanages* de sus hermanos, que serían reversibles a la Corona en caso de faltar heredero directo.

b) El impulso dado por Felipe Augusto al aparato administrativo será vigorizado por San Luis:

Con Felipe adquieren perfiles definitivos el Hotel (para los servicios domésticos del monarca); la Curia, de la que surgirá una institución con funciones de Tribunal

supremo, el Parlamento; y un Consejo Real con atribuciones aún poco precisas. Desde fines del XII, los bailíos se constituyen en agentes reales (al igual que los senescales de Anjou y Poitou) con amplias atribuciones. Bajo San Luis, el número de bailíos es de veinte, ayudados por numerosos oficiales subalternos. Cabe hablar (Pacaut) de una extracción social precisa de los distintos oficiales que pusieron en marcha la administración francesa: condestables y camareros saldrán de la pequeña nobleza de la Isla de Francia (los Beaumont, Clermont, La Tour...); los senescales, de la pequeña nobleza local (Guillermo des Roches en Anjou); los bailíos, de las capas inferiores de la nobleza; y los prebostes (el de París desempeñaba funciones semejantes al bailío) de la pequeña nobleza y burguesía local. Desde San Luis se puede hablar ya de la formación de verdaderas «dinastías de oficiales».

En el plano legislativo, el monarca se encontró con las contradicciones propias de un mundo en el que chocaron las ideas de los glosadores romanistas (defensores de una política unitaria y de una idea de poder soberano) con la «red de mallas irregulares de cuerpos sociales, de comunidades eclesiásticas o urbanas, de linajes y de compañías vasalláticas» propias de la sociedad feudal (P. Labal). Para superar tales dificultades y evitar los abusos de los oficiales se procedió a la institucionalización del sistema de encuesta (hasta entonces puramente circunstancial) llevado a cabo por los «enqueteurs» del rey en todo el país. A ello se sumó la redacción de las grandes ordenanzas de aplicación en todo el reino. Con un valor que no rebasaba muchas veces el ámbito puramente moral, las ordenanzas eran más expresión del prestigio personal del monarca que de los medios materiales de que disponía para imponer su autoridad.

* * *

San Luis murió delante de los muros de Túnez en 1270, al conducir una empresa militar que ha pasado a

la historiografía tradicional bajo el nombre de la Octava Cruzada. Expedición organizada contra la opinión general del reino y la particular de algunos de sus colaboradores, como el fidelísimo Joinville. La experiencia de la pasada expedición a Egipto en 1248, que se saldó con la cautividad del monarca en Oriente y con una larga ausencia del reino (hasta 1254), constituía, desde luego, un penoso antecedente.

Su muerte se produjo, así, en defensa de un ideal en que pocas personas ya confiaban. Sin embargo, con todas sus limitaciones y contradicciones, el reinado de San Luis pasó a considerarse como la verdadera época de oro de la monarquía francesa, «el buen tiempo del señor San Luis», avalado por el prestigio de la realeza, pero también por la irradiación artística (eclosión del gótico) y la pujanza de la Universidad de París.

Monarquía y revolución en Inglaterra. Los inicios del parlamentarismo

La pérdida de la mayor parte de los dominios angevinos favoreció el proceso de anglificación de la monarquía inglesa, cuyos titulares, hasta entonces, habían sido ante todo grandes príncipes territoriales franceses.

Mientras la monarquía francesa adquiere bajo San Luis unos caracteres casi carismáticos, la inglesa, a partir de Juan Sin Tierra, va tomando unos perfiles que cabe calificar de constitucionales.

La primera etapa en la conquista de las libertades inglesas corre a lo largo del siglo XIII y tiene dos momentos clave: la «Carta Magna» y la «Revolución» de 1258.

a) En la concesión de la «Carta Magna» incidieron una serie de factores que tienen por centro a la inestable figura de Juan Sin Tierra: el desprestigio del Plantagenet por la pérdida de sus dominios franceses, la irritación de la nobleza inglesa a la que se quiso cargar con un pesado escudaje tras la derrota de Bouvines, el descontento de señores de Anjou y Poitou que afluyeron a

Inglaterra tras la quiebra del Imperio angevino y, en definitiva, el enfrentamiento con la Santa Sede primero (excomunión de Juan en 1209 luego levantada) y con la Iglesia nacional inglesa después. La principal cabeza de ésta, el prelado de Canterbury Esteban Langton, se convirtió, después de Bouvines, en el auténtico coordinador de las diversas corrientes de descontento contra el rey. La llamada al *fyrd* del monarca no tuvo ningún eco. Abandonado por todos, Juan se vio obligado a firmar el 15 de junio de 1215 un documento, la *Concordia inter Regem Johannem et Barones pro concesione libertatum ecclesiae et regni Angliae*. La popularmente conocida como «Carta Magna» reconocía un conjunto de libertades y garantías que pueden ser englobadas en cuatro conjuntos:

1. Libertad de la Iglesia para predicar y para la elección de cargos.

2. Los compromisos feudovasalláticos entre el rey y sus barones se mantendrían dentro de los límites consabidos, sin que el monarca pudiese exigir la guarda de menores, la contracción de nuevas nupcias por las viudas o la percepción de ayudas y escudajes superiores a lo que el común del reino consintiese. De forma semejante, la transmisión de feudos tras la muerte del titular se haría pagando los antiguos rescates sin poder exigir otros nuevos.

3. Desde el punto de vista económico, aparte de confirmarse sus privilegios a los vecinos de Londres y demás ciudades, se daban garantías a los mercaderes que entrasen o saliesen de Inglaterra y se procedía a una unificación de pesos y medidas.

4. Dentro del capítulo de garantías para las personas, se estipulaba el juicio por tribunales de pares para los barones. Para los simples hombres libres se fijaba que las penas serían siempre equivalentes a la gravedad del delito y nunca superiores. Se garantizaba, además, que los sheriffs y demás oficiales reales conocerían, para el ejercicio de sus funciones, las leyes del reino.

La «Carta Magna» concluía con un propósito de remi-

sión y perdón de las faltas cometidas «desde los tiempos de la discordia».

A la primera ocasión, Juan se negó a mantener su palabra, apoyado esta vez por el Papa, molesto por no haber sido consultado como poder arbitral por las partes en litigio. Esteban Langton, a riesgo de romper con el pontífice, volvió a ponerse a la cabeza de los barones, que solicitaron la ayuda francesa. La oportuna muerte de Juan Sin Tierra evitó que el conflicto adquiriese mayores dimensiones. La minoridad de un nuevo rey, Enrique III, pareció ocasión propicia para calmar los ánimos.

Hasta 1232, una serie de eficientes consejeros, entre los que destacaron Roberto Grosseteste y Enrique Bracton, consiguieron hacer compatible el reconocimiento de la «Carta Magna» con el pleno funcionamiento del aparato administrativo creado por los Plantagenet.

La posterior intervención directa de Enrique III en los asuntos del Estado echó por tierra tan buenas perspectivas. Hombre de escaso tacto, sometido al pupilazgo de la Santa Sede y a la influencia de favoritos de ascendencia francesa (los «poitevinos»), el monarca era persona poco adecuada para mantener una política de equilibrio.

A este saldo negativo en el interior se unió una ruinosa política exterior que acrecentó su desprestigio: derrota de Saintes a manos de San Luis y fracasos en los intentos de instalar a parientes cercanos en los tronos imperial y siciliano.

Todo ello habría de contribuir, a la larga, al estallido de una nueva crisis.

b) La «Revolución» de 1258 y el gobierno de Simón de Montfort constituyen la segunda fase de las grandes conmociones políticas inglesas del siglo XIII.

Un período de malas cosechas y las descabelladas exigencias económicas del Pontificado en 1258 actuaron como detonante de la crisis. Los barones ingleses se agruparon en torno a Simón de Montfort, hijo del otro Simón vencedor de los albigenses. Por las llamadas

«Provisiones de Oxford», le fueron impuestas al monarca una serie de comisiones fiscalizadoras de la política exterior, la administración local y el nombramiento de funcionarios.

El intento de Enrique III de sacudirse la tutela de los barones acudiendo en petición de ayuda a la Santa Sede y a Luis IX de Francia (laudo de Amiens) exacerbaron más aún las pasiones. Simón de Montfort supo atraerse el favor de las nuevas fuerzas político-sociales en auge: marinos de los Cinco Puertos y caballeros de la *gentri*. En la batalla de Lewes, el monarca fue derrotado y sometido a una estrecha vigilancia. Simón de Montfort, auténtico árbitro de la situación, erigido en «protector del reino» procedió a una ampliación de las bases sobre las que descansaban las estructuras de gobierno. Bajo su patrocino, en 1265 se reunió un parlamento de nuevo cuño: la antigua Curia de barones a la que se añadían dos caballeros por condado y dos burgueses por ciudad. ¿Germen de la futura cámara de los Comunes? La hipótesis parece plenamente admisible, aunque no se pueda hablar en estos momentos de un sistema bicameral, que será algo que cuaje más tardíamente.

La «dictadura» de Simón de Montfort tan sólo duró unos meses. Las medidas encaminadas a salvaguardar el orden fueron ineficaces y ello acabó fomentando el descontento, extendido a algunos de sus partidarios. Se favoreció así la creación de una corriente templada políticamente, de la que se hizo portavoz Eduardo, el príncipe heredero. En la batalla de Evesham, Simón fue derrotado y muerto. Unos meses más tarde y bajo la inspiración de Eduardo, en los estatutos de Marlborough se llegó a una solución de compromiso: mantenimiento de la autoridad real pero coexistiendo con las últimas conquistas: la «Carta Magna» y el Parlamento. Expresión todo ello de la victoria de los grupos moderados, deseosos de llegar, sin rupturas revolucionarias, a un equilibrio entre las viejas y las nuevas fuerzas.

* * *

La visión de la historiografía tradicional (vgr. Stubbs) interpreta las conmociones del siglo XIII como una victoria del pueblo inglés, cuya conciencia nacional se estaba forjando a través del enfrentamiento a soberanos despóticos.

Tal afirmación exige ciertas matizaciones, por cuanto los sentimientos «nacionales» o «revolucionarios» fueron muy limitados. Los barones se movieron (si se exceptúa quizás a Simón de Montfort) más por los agravios contra los monarcas que por otros motivos. Fueron además incapaces de crear un frente lo bastante compacto. Las clases medias, por otro lado, tenían escasa fuerza en un país eminentemente agrícola: sólo para Londres y la zona de los Cinco Puertos cabría hablar de una burguesía propiamente dicha. Los objetivos que persiguen los «revolucionarios» son puramente feudales (Petit-Duteillis); miran más al pasado que al futuro. Sin embargo, si la «Carta Magna» fue un documento esencialmente aristocrático, en defensa de unos privilegios feudales, a la larga fue el instrumento que abrió paso a una serie de medidas —constitución del Parlamento y posteriores documentos que beneficiarían a toda la comunidad nacional— básicas para la conformación de las libertades constitucionales inglesas.

Las monarquías ibéricas en la plenitud del Medievo

El bienio 1212-1213 es decisivo para la trayectoria política de los Estados hispano-cristianos. En la primera de las fechas, con la victoria de las Navas de Tolosa, se da comienzo al reflujo almohade: el valle del Guadalquivir va a quedar a merced de las incursiones castellano-leonesas que no tendrán seria réplica del lado musulmán.

En 1213, la derrota del monarca catalano-aragonés en Muret al tratar de defender a sus vasallos occitanos filoalbigenses, provoca una desviación de los intereses de la Corona de Aragón hacia otros ámbitos geográfi-

cos: Levante y, en general, la cuenca occidental del Mediterráneo.

a) El reinado de Fernando III es a Castilla-León lo que el de su primo Luis IX a la monarquía francesa: una auténtica «época dorada». La unión definitiva de las dos Coronas desde 1230 duplicó una capacidad ofensiva que permitió, en una serie de afortunadas campañas, la reconquista de las plazas clave al sur de Despeñaperros; Córdoba (1236), Jaén (1246), Murcia (1243, aunque no de forma definitiva) y, sobre todo, Sevilla (1248), la capital del más brillante reino de taifas. Su conquista muestra de forma elocuente el peso de las distintas fuerzas que juegan en el panorama político castellano: caballeros y simples gentes libres procedentes de Castilla la Vieja; las Ordenes Militares de cuño hispánico; el alto clero (en especial el arzobispo de Toledo); la incipiente marina castellana y los mercaderes extranjeros, particularmente genoveses. Todos ellos serían los beneficiarios de un sistemático proceso de colonización (el «repartimiento», extendido a las demás ciudades) y de aprovechamiento de las posibilidades mercantiles de la ciudad del Guadalquivir, que inicia en estos momentos su carrera para convertirse en el gran emporio comercial del futuro. Sevilla como «fortaleza y mercado», en la feliz expresión de Ramón Carande, simboliza la síntesis de los viejos ideales reconquistadores y los nuevos intereses económicos, forjados al calor de las transformaciones experimentadas por la sociedad europea en la plenitud del Medievo.

Al subir al trono Alfonso X (1252-1284) el avance reconquistador queda estabilizado frente al último reducto islamita: el reino nazarí de Granada cuya vida se prolongará durante dos siglos. Reinado plagado de contradicciones, presenta, junto a un esplendor cultural del que el propio monarca fue protagonista de primera fila, una cosecha de fracasos políticos. Entre ellos, la rebelión de los mudéjares andaluces y murcianos reprimida a costa sólo de su expulsión masiva; querellas con los restantes reinos peninsulares; pretensiones fallidas al

trono alemán (el «fecho del Imperio») y, en definitiva, una grave crisis sucesoria que sumió a la Corona castellana en un clima de guerra civil que se prolongaría durante algún tiempo. Los años finales del siglo XIII apuntan ya hacia una seria crisis en la monarquía castellana.

b) La joven monarquía lusitana se apunta también éxitos decisivos en su política reconquistadora, una vez superado el peligro almohade. Bajo Alfonso II, Sancho II y Alfonso III se ocupa todo el espacio comprendido entre Setúbal-Alcacer do Sal y el Algarve. La Reconquista portuguesa puede darse por terminada en el segundo tercio del siglo XIII.

c) El fracaso de la política occitana de la Casa de Aragón, iniciado en Muret y sellado en Corbeil, orientó a Jaime I (1213-1276) hacia otros objetivos políticos. La ocupación del archipiélago balear fue iniciada en 1229. El reino de Mallorca, repoblado intensamente por elemento catalán, se va a convertir en un importante foco mercantil, «escala obligada entre Cataluña y Provenza de una parte, y Africa del Norte de otra» (J. Reglá).

La ocupación del Reino de Valencia (1233-45) fue obra conjunta de catalanes y aragoneses. Esta dualidad habría de marcar una fuerte impronta social: los primeros serán protagonistas de un florecimiento industrial y mercantil, mientras los segundos desarrollarán su proceso repoblador sobre bases esencialmente señorializantes. Peculiaridad interesante fue la permanencia de un bloque compacto de población mudéjar.

A pesar de las dificultades atravesadas por Jaime I —tensiones fronterizas con Castilla y Francia, resueltas en los tratados de Almizra y Corbeil; reticencias de la nobleza aragonesa con motivo de la repoblación valenciana; tensiones familiares, etc.— el gran monarca catalanoaragonés legaba a sus sucesores unos afanes expansivos en el Mediterráneo que habrán de cristalizar en éxitos notorios.

* * *

La marcha de las monarquías peninsulares (al igual que las transpirenaicas) hacia una política de centralismo tiene en el código de *Las Partidas* una excelente expresión. Las tesis romanistas, sin embargo, tardarían aún en cuajar. El punto de equilibrio entre las distintas fuerzas sociales —nobleza, clero y estado llano— tiene su expresión en las Cortes, asambleas que, aunque no siempre estrictamente legislativas, constituyen el eje de la vida política de los distintos reinos. En cuanto a la participación del Estado llano en las decisiones políticas, León (Curia plena leonesa de 1188) será el adelantado. A lo largo del siglo XIII, los restantes Estados peninsulares seguirán la misma pauta.

EL TRIUNFO DE LA TEOCRACIA PONTIFICIA

Desde la muerte de Federico I (1190), al estallido de las Vísperas Sicilianas (1282) el Pontificado se va consolidando como poder universal. No obstante, la resistencia del Imperio a estos propósitos va a ser todavía tenaz.

Bajo Enrique VI (1190-1197), sucesor de Barbarroja, se asiste a un conato de reverdecimiento del imperialismo Staufen, apoyado en las Coronas imperial y siciliana. Tales planes se frustraron por la prematura muerte del emperador. El Pontificado dispuso así de un amplio margen de maniobra ya que los destinos de la casa de Suabia en Sicilia quedaban en manos de un menor, Federico Roger. Por otro lado, la internacionalización de la «Gran Guerra de Occidente» agudizó la pugna güelfos-gibelinos en Alemania dificultando la formación en ella de un poder político estable.

Inocencio III, árbitro de los destinos de la Cristiandad

De 1198 a 1216 transcurre el reinado de Inocencio III. Nunca el poder del Pontificado alcanzó cotas tan altas. Discípulo de Huguccio, célebre canonista de Bolonia, el nuevo papa se dispuso, en unos momentos particularmente conflictivos para toda Europa, a imponer las tesis de la *plenitudo potestatis*. Lo que Gregorio VII esbozó pero no pudo llevar a la práctica por no acompañarle ni el tacto político ni una posición perso-

nal lo bastante favorable, Inocencio III lo va a convertir en realidad.

El restablecimiento de la autoridad temporal sobre los dominios pontificios fue el primer paso de una política de gran envergadura que se desenvolvió en dos frentes:

a) El arbitraje en la vida política de los distintos Estados cristianos. «El mérito personal fue el transformar posiciones de hecho en posiciones de derecho y haber así afirmado jurídicamente el poder de hacer lo que hacía. Es de estas intenciones múltiples de donde se sacará una doctrina que exalta las ambiciones teocráticas del Papado» (Pacaut).

Muy variadas situaciones son las que permitieron a Inocencio III convertirse en árbitro de la Cristiandad. Podemos remitirnos a algunas. La toma de Constantinopla por los expedicionarios de la Cuarta Cruzada, que condujo a la creación del llamado Imperio latino de Oriente, dio vía libre al Papado para imponer su autoridad espiritual en un área sumamente reticente a reconocer la primacía absoluta romana. Los emperadores alemanes de comienzos del XIII —Felipe de Suabia primero y luego Otón IV— estuvieron fuertemente condicionados en su actuación al favor pontificio. En Sicilia —sometida a vasallaje de la Santa Sede— Inocencio III ejerció de hecho la tutoría del joven Federico Roger hasta 1208. Sobre la Francia Capeto, a pesar de las buenas relaciones con Felipe Augusto, el Papa actuará de forma enérgica en los asuntos domésticos del soberano (repudio de la reina Ingeborg). Sobre Inglaterra, la fuerza del Pontificado se dejó sentir muy significativamente: la retirada del favor a Juan Sin Tierra fue, entre otros, factor decisivo en la perdición política del monarca inglés. En definitiva, desde Oriente (caso de Bulgaria) hasta Occidente (caso de Aragón), una multitud de Estados se sometieron al vasallaje de la Santa Sede que en 1215 era, sin duda alguna, el mayor poder de Europa.

b) El desarrollo de las bases teóricas de la *plenitudo*

potestatis fue otra de las grandes preocupaciones de Inocencio III.

Sobre los distintos poderes espirituales (fundamentalmente el patriarcado bizantino), el Papado proclamó tajantemente la supremacía de Roma en base a que San Pedro, primer convertido, fundó la sede romana que sería luego fundamento de todas las demás.

Frente a los poderes temporales, Inocencio III mantuvo la tesis de la plena soberanía (*plenitudo potestatis*) del Papa como vicario de Cristo que, como Dios, es dueño de los cuerpos y almas. El emperador y los reyes han de perseguir los mismos objetivos que los poderes espirituales, pero tienen un grado y dignidad inferior. El Imperio en concreto no pasa de ser una institución histórica, ocasional. El ideal político-religioso era, en la mente de Inocencio III, el de una colaboración de los dos grandes poderes universales cuya cohesión la daría el reconocimiento de la autoridad moral del Papa.

Un año antes de morir, Inocencio III reunió el IV Concilio de Letrán, la asamblea más numerosa desde los primeros tiempos de la Iglesia. La asistencia de representantes de los jóvenes Estados de la Europa central y oriental fue la mejor expresión de la amplitud alcanzada por la autoridad del pontífice. Toda la serie de disposiciones conciliares —condena del catarismo, medidas disciplinarias, predicación de la Quinta Cruzada, etc.— fueron, en buena medida, proyección de la fuerte personalidad del Papa. Fue la cima de un poder que, a la larga, habría de despertar serios recelos entre los monarcas cristianos.

Federico II, última tentativa imperialista de los Staufen

En 1220. el Papa Honorio III coronaba como emperador en Roma a Federico Roger de Sicilia, Federico II Hohenstaufen. Desde 1227 hasta su muerte en 1250 el monarca va a mostrarse como un serio adversario de

la teocracia pontificia y el último defensor de las pretensiones universalistas de la Casa de Suabia.

La personalidad de Federico II resulta sumamente atractiva y enigmática. Hombre de una curiosidad científica extraordinaria, reunió en su corte de Palermo una pléyade de sabios cristianos, judíos y musulmanes, circunstancia que había de forjar a la larga la leyenda de indiferencia religiosa del monarca. Llamado por sus contemporáneos *Stupor mundi et immutator mirabilis*, su figura despertó muy encontradas opiniones: desde las que le identificaron con el Anticristo, a las que le consideraron (en línea con su abuelo) el «Emperador de los últimos tiempos», llamado a implantar sobre la tierra una edad de oro.

De hecho, Federico II fue presa política de la fuerte contradicción que suponía el ser titular de dos Coronas (la siciliana y la imperial) de naturaleza tan distinta.

Como monarca italiano heredero de la dinastía normanda de las Hauteville aspiró a gobernar como un rey absoluto. Tal pretensión quedó plasmada en una importante labor legislativa —las Constituciones de Melfi de 1231— y en la fundación de una Universidad del Estado en Nápoles en 1224 con el objetivo de crear un funcionariado eficiente.

Frente al Estado italiano de Federico II, en fase de avanzada centralización, Alemania presentaba una cara muy distinta: la de una yuxtaposición de ducados en los que el emperador seguía siendo una especie de *primus inter pares*. Las pretensiones universalitas del Staufen de crear un Imperio también «absoluto» no tenían, así, unas bases de partida lo bastante sólidas. El Pontificado y las ciudades italianas se encargarían de hacer el resto para que su política quedase rematada con un gigantesco fracaso.

Italia fue para Federico la base de partida para su primera operación política de envergadura: la Cruzada de 1228. Extraña expedición aquélla, encabezada por un emperador presionado por el peso de una excomunión, dadas sus reiteradas dilaciones para marchar a Tierra Santa. Y extraña expedición también por cuanto

sus resultados no fueron ni el apuntalamiento de las posiciones latinas en Palestina ni el choque frontal con los musulmanes, sino sólo el acuerdo con el sucesor de Saladino para una —efímera, por otro lado— recuperación pacífica de Jerusalén, Belén y Nazareth. Circunstancia que contribuiría a reforzar la aureola de indiferentismo religioso que se estaba creando en torno al Staufen.

La paz de San Germano, suscrita a su vuelta con el Pontífice (1230), no fue apreciada por los dos contendientes más que como una simple tregua. Federico la aprovechó para poner en orden los un tanto revueltos y abandonados asuntos alemanes. Muerto su hijo Enrique, «rey de romanos», durante algunos años fue colocado otro de sus vástagos, Conrado, al frente de la administración imperial en territorio germano. De hecho, Federico siguió actuando como un monarca italiano y subordinó todos sus intereses a la atención de los problemas peninsulares.

Frente a la insumición de las ciudades del Po y los recelos del Pontificado, Federico atizó las ambiciones de algunos señores gibelinos como Ezelino da Romano. Llegado el caso no dudó en la utilización de la fuerza militar: en 1237, las ciudades lombardas eran derrotadas por los imperiales en Cortenuova. La nueva excomunión caída sobre el Staufen no impidió el que procediera a una ocupación de los Estados Pontificios y al nombramiento de vicarios imperiales para administrar la península.

La entronización de un nuevo pontífice, Inocencio IV, había de contribuir a destruir la obra tan pacientemente realizada por los emperadores de la Casa de Suabia. Procediendo con extraordinaria sutileza, el Papa reunió un concilio en Lyón (1244), al margen de las posibles presiones imperiales. La solemne renovación de la excomunión contra Federico supuso un recrudecimiento de la guerra total entre los dos grandes poderes universales. Ante ella, las monarquías occidentales se mantuvieron en la más estricta neutralidad: la actitud circunspecta de Luis IX marcó la pauta.

La posición de Federico II se debilitó rápidamente. En 1248, su ejército sufrió una grave derrota ante Parma. Dos años más tarde se producía su muerte. Su sucesor, Conrado IV, murió en 1254 marcándose desde entonces el comienzo del fin de la potencia Staufen.

La disolución del eje imperial italo-alemán: el gran interregno y la irrupción angevina en Italia

El fracaso de Federico II aceleró el distanciamiento entre Italia y Alemania. En lo sucesivo, las visitas de los emperadores a la península serán esporádicas.

a) La ausencia de un poder fuerte en Alemania desde mediados del siglo XIII desencadenó en el país una espantosa anarquía. Los pequeños nobles, convertidos en poderes autónomos, se lanzaron a sistemáticas operaciones de pillaje. Para defenderse de estas depredaciones y de las ambiciones de los príncipes, surgen, desde 1254, confederaciones de ciudades: la Liga del Rin marcará la pauta.

La complejidad de la situación creció en 1257 al ser elegidos a la vez dos de los candidatos al trono imperial: Alfonso X de Castilla y Ricardo de Cornwalles. El primero perdió todo el crédito adquirido ya que no hizo acto de presencia en Alemania, demasiado acuciado por los problemas internos de su reino. La coronación de Ricardo por el arzobispo de Colonia no tuvo tampoco demasiados efectos prácticos ni sobre una Alemania en descomposición ni menos aún sobre Italia, en la que, junto a los epígonos Staufen, estaban apareciendo nuevas fuerzas políticas.

En 1271 moría Ricardo. Dos años después, y merced a los oficios de Gregorio X, los electores elevaron al trono a un noble de segunda fila, Rodolfo de Habsburgo.

Para la Santa Sede era el candidato ideal, ya que el nuevo soberano renunció a las viejas veleidades italianas

de sus predecesores. Sus objetivos fueron el restablecimiento de la paz en territorio alemán y la creación de un amplio dominio patrimonial que Rodolfo forjó a costa de despojar a Otokar de Bohemia (opuesto a la elección del Habsburgo) de parte de sus territorios. Al morir Rodolfo en 1292 legaba a sus sucesores una herencia constituida por los ducados de Austria, Estiria, Carintia y Carniola. La fortuna de los Habsburgo (la «Casa de Austria») quedaba asegurada para el futuro.

* * *

Las dificultades sufridas por el Imperio bajo Federico II y el Gran Interregno no fueron obstáculo serio para la prosecución de la marcha alemana hacia el Este. Dos Ordenes Militares de cuño germánico constituyeron el respaldo militar: la de los Portaespadas y la de los Caballeros Teutónicos, fusionadas en 1237. Una cadena de ciudades fundadas junto a la costa báltica (Dantzig, Kulm, Riga, Reval...), sirvieron de bases para una penetración en el interior. La derrota del lago Peipus (1242) a manos del príncipe de Novgorod Alexander Newski no fue osbtáculo para la consolidación de posiciones en Estonia (1246) y Prusia (definitivamente pacificada tras una verdadera guerra de exterminio, en 1283). Gran fenómeno de expansión política, la marcha hacia el Este fue también un proceso de colonización monástica y campesina y de expansión mercantil, según analizaremos más adelante.

b) La herencia de los Staufen, perdida en Alemania, fue tenazmente defendida en Italia por un bastardo de Federico II, Manfredo, que durante quince años, y con el apoyo de las facciones gibelinas de distintas ciudades, intentó controlar toda la península. La aversión de los pontífices a los epígonos de la Casa de Suabia fue demasiado fuerte como para tolerar estas aspiraciones.

Frente a él acabaron oponiendo a un hermano de San Luis, Carlos, conde de Anjou y de Provenza. La Banca italiana, esencialmente güelfa, financió una campaña

que concluyó con la victoria del francés y muerte de Manfredo en Benevento (1266).

La instalación de Carlos de Anjou como monarca en Nápoles-Sicilia suponía un verdadero éxito para el Pontificado, que se ratificó dos años después con la derrota en Tagliacozzo (1268) y posterior ejecución del último pretendiente Staufen en Italia: Conradino, hijo de Conrado IV.

Estos éxitos militares de Carlos fueron el primer paso de un amplio proyecto político que estuvo a punto de cristalizar en un verdadero «Imperio» mediterráneo angevino. El flamante monarca se mostró, así, en una línea semejante a la de sus predecesores normandos de la dinastía de Hauteville. Su fuerza se dejó sentir en el Norte de Africa (ventajosos acuerdos comerciales con Túnez); en los Balkanes (alianzas con los príncipes de Servia y Bulgaria y los señores francos de Grecia) y en Tierra Santa, donde fue reconocido como rey de Jerusalén por los barones. En 1281 Carlos de Anjou alcanzó la cima de su poder.

Los acontecimientos experimentarían, sin embargo, un giro imprevisto. El responsable principal sería un nuevo papa, Martín IV, viejo amigo de la casa real francesa. Sus objetivos se cifraban no sólo en consolidar las fuerzas güelfas en Italia sino en emprender una magna expedición contra Constantinopla, de donde habían sido expulsados los latinos en 1261. Carlos de Anjou habría de ser el brazo ejecutor de estos proyectos.

Los preparativos estaban ya avanzados cuando a fines de marzo de 1282 una rebelión general estalló en Sicilia contra la presencia angevina: la matanza de las «Vísperas Sicilianas». Aparte de tratarse de una explosión popular contra las fuerzas de ocupación francesas, la revuelta fue atizada por otros intereses. En primer término, por la diplomacia del emperador de Oriente Miguel VIII, que vio en la rebelión el mejor instrumento para obligar a Carlos de Anjou a cancelar sus proyectos antibizantinos. En segundo lugar, tuvo un fuerte peso la acción de exiliados pro-Staufen (los Prócida, Lauria, etcétera), que vieron en el monarca aragonés Pedro III,

yerno de Manfredo, la persona idónea para liberar a Sicilia de la presencia angevina. Una nueva fuerza, en efecto, —la Corona catalano-aragonesa— se dispuso a hacer acto de presencia en el conflictivo escenario político italiano.

7

LAS TRANSFORMACIONES ECONOMICAS Y SOCIALES EN LA PLENITUD DEL MEDIEVO (I): LA EXPANSION AGRARIA

La estabilidad política que el Occidente europeo fue ganando tras las «segundas invasiones» tuvo su equivalente en el terreno económico, en la forma de un claro movimiento de expansión.

Este fenómeno fue acompañado de un «vivo ritmo de crecimiento demográfico» (Duby). J.C. Russell ha calculado el incremento de población europea en un 140 por 100 entre el 950 y los inicios del XIV. Todo ello pese a la fuerte mortalidad, cuya tasa se calcula en un 52 por 1.000 al acercarnos al 1300. En estos momentos se calcula que el Occidente rebasa ya los 54 millones de habitantes, con densidades que oscilan (para los países mejor estudiados) entre los 19 habitantes por Km^2 para Sicilia y los 60 para Flandes. Inglaterra es el país para el que disponemos de testimonios más precisos: «Domesday book» y registros posteriores. Su población, de 1,1 millones de habitantes en 1086, alcanzaría los 3,5 millones tres siglos después.

El campo sigue absorbiendo en la plenitud del Medievo a la mayor parte de la población: el 70 por 100 en las regiones más avanzadas como el Brabante y hasta el 90 por 100 en países más jóvenes como Polonia (Genicot).

El proceso de roturaciones

El avance del frente roturador es una de las mejores expresiones de la expansión económica y demográfica.

Iniciado a fines del siglo X (Beaujolais, valle del Saona...) con cierta timidez, llega a ser, a mediados del XII, un fenómeno mucho más coordinado.

Como artífices del movimiento, G. Duby ha considerado en primera línea al esfuerzo conjunto de campesinos (mano de obra) y señores que renunciaron a parte de sus bosques y tierras insalubres en pro de una labor de colonización para la cual, en ocasiones, se procura la atracción de gentes de lejana procedencia: los *hôtes* (huéspedes).

El papel de las órdenes religiosas parece restringido exclusivamente al Císter, que prefirió (a diferencia de Cluny) establecerse en lugares alejados e incultos. Las «granjas» cistercienses, con una organización centralizada, una gestión directa y movidas por mano de obra asalariada y por «conversos», presentan profundas diferencias con las señorías laicas y eclesiásticas. La expansión ganadera en Inglaterra, los inicios de la pañería flamenca, la difusión del viñedo en determinadas áreas, etcétera, han quedado como expresiones del papel económico desempeñado por los discípulos de San Bernardo.

El proceso de expansión agraria se desarrollará a tres niveles:

a) La ampliación de los campos antiguos, a base de roer las tierras incultas circundantes.

b) Las granjas aisladas. Aparecen en Auvernia ya en el siglo X y se expanden en las centurias siguientes en Maine, Macizo Central, Baviera, Brabante, Devon, Warwickshire, etc. La cerca que las protege es todo un símbolo de individualismo agrario.

c) La conquista de nuevas tierras, acompañada muchas veces de la fundación de nuevos núcleos de población, constituye el aspecto más interesante del fenómeno de expansión agraria.

En los viejos países se nos presenta bajo distintas manifestaciones. Así, en el Flandes marítimo se iniciará la desecación de la zona de *polders* a cargo de asocia-

ciones de campesinos (los *wateringues*) encargados de la regularización de desagües y conservación de los diques. En la Francia del centro y el oeste aparece un gran número de nuevas poblaciones: las villas nuevas y las bastidas. Estas últimas, creadas con una finalidad muchas veces defensiva, con el transcurso del tiempo pueden llegar a convertirse en importantes núcleos de población urbana. A la misma pauta colonizadora responden los *abergements* de Borgoña y otras fundaciones cuyos topónimos llevan los sufijos *berg, feld, rode* y *reuth*, en el interior de Alemania.

En los países de nueva ocupación, la colonización adquiere unas características más radicales.

Al otro lado del Elba, la emigración y las nuevas técnicas lograrán éxitos resonantes. Tres son las líneas de penetración (Cherubini): el Báltico, Silesia-Erzgebirge y Transilvania. Los impulsores de la política colonizadora son los monjes (Císter, premonstratenses y Caballeros Teutónicos y sanjuanistas), los señores eslavos de Polonia, Silesia, Pomerania, etc., y los príncipes alemanes patrocinadores del *drang nach Osten*. Al calor de algunos privilegios fiscales se produjo el asentamiento de numerosos campesinos, alemanes o eslavos, a los que se entregan parcelas de tierra de una extensión entre las 16 y las 24 has. Apoyados en grandes pueblos de *habitat* agrupado, o en nuevas ciudades con amplia jurisdicción, esta masa de inmigrantes se rige por las normas jurídicas alemanas o flamencas. A lo largo de los siglos de la plena Edad Media, la población de estas regiones se quintuplica; supone el incremento más fuerte de toda Europa. Los recursos alimenticios experimentan también un sensible crecimiento. En definitiva, este progreso de la vida rural al otro lado del Elba contribuyó a respaldar el impulso mercantil del que se hicieron protagonistas las ciudades fundadas en el Báltico, también al calor de la marcha hacia el Este.

En los reinos hispanocristianos, al viejo sistema de presura sobre tierras yermas suceden, desde el siglo XI, otros procedimientos de colonización. Al sur del Duero

la pauta la dieron los grandes concejos, que más que carácter urbano lo tuvieron eclesiástico, guerrero, agrícola y ganadero (Valdeavellano). Al alcanzarse los valles del Tajo y del Ebro, la repoblación se hace ya teniendo en cuenta no sólo las posibilidades demográficas de los reinos hispanocristianos sino también la atracción de mozárabes venidos de Al-Andalus y la permanencia de un fuerte contingente de población islámica. En las zonas agrícolas del Ebro, el peso de estos últimos será decisivo: son los exáricos, cuya situación social se degradará progresivamente.

La ocupación del macizo de Teruel y las tierras del Guadiana se produjo muy lentamente. Las Ordenes Militares, particularmente en éstas últimas, desempeñarán un importante papel como instituciones de defensa y ordenadoras de la vida económica. Se va gestando así una colonización de signo latifundiario y pastoril (G. de Cortázar) que habrá de dejar una fuerte huella en los posteriores avances del siglo XIII.

En las zonas hortícolas de Levante y Murcia, los monarcas hispano-cristianos optan por distintos sistemas de ocupación: las concesiones a las Ordenes Militares; la entrega de pequeñas explotaciones (caso de una parte de Valencia) a colonos, con extensión entre las dos y las ocho fanegas; y, en definitiva, las donaciones a señores que colaboraron en la conquista de tierras pobladas casi totalmente por el elemento musulmán, siguiendo una pauta semejante a la del valle del Ebro.

En Andalucía, la expulsión de los musulmanes tras su rebelión en 1263, dejará una profunda huella en el proceso de ocupación. El sistema de repartimiento se orientó en dos direcciones: las grandes donaciones a la alta nobleza, Iglesia y Ordenes Militares y la repoblación dirigida por los extensos concejos reales, que procedieron a la concesión de lotes de tierra a los nuevos pobladores castellano-leoneses. De hecho, Andalucía adquirió desde fecha muy temprana unas estructuras económico-sociales de signo aristocrático y latifundiario. Por otra parte, a la vieja economía de tipo intensivo sucedió otra —más acorde con la nueva situación— de

signo extensivo, en la que el ganado lanar y el olivar ocuparon un puesto predominante.

Trabajos y técnicas agrícolas

La renovación del utillaje y la difusión de nuevos sistemas de cultivo fueron factores decisivos del movimiento expansivo de la agricultura en el Occidente. Desde la segunda mitad del XIII empiezan a difundirse algunos tratados de agronomía: el de Pietro Crescenzi, Walter de Henley, la compilación conocida con el nombre de la «Fleta», etc.

a) Al tradicional sistema de rotación bienal (año y vez) se suma el de carácter trienal, conocido ya en época carolingia en algunas abadías del Rin y en el Loire. Ello permite dejar solamente una tercera parte de la tierra en descanso y dedicar las otras dos al trigo y a otro cereal de inferior calidad: el centeno en los suelos silíceos, la avena necesaria para la alimentación de los caballos... La productividad de la tierra experimentaba, así, un notorio ascenso. No todos los suelos, sin embargo, eran aptos para este tipo de rotación.

Los rendimientos de las semillas oscilan mucho en virtud de los tipos de cereales, diferencias anuales y contrastes regionales. Para G. Duby, los rendimientos más optimistas no rebasarían la proporción de cuatro a uno, no obstante lo cual suponía una notable mejora en relación con los de tiempos carolingios en los que las proporciones eran de 2,5 por uno.

b) La superioridad de rendimientos no fue producto de unas mejores prácticas de abonado, siempre muy rudimentarias, sino de la mejora del utillaje agrícola.

A lo largo de los siglos XI y XII se va imponiendo un nuevo y más eficaz atelaje: el yugo frontal y, sobre todo, la collera de espaldilla. El atelaje antiguo consistía en una banda de cuero ceñida al cuello del animal de tiro. Esto dificultaba la respiración y reducía, consiguientemente, la capacidad de trabajo. Con la collera,

por el contrario, la fuerza se ejerce con los omóplatos; la tráquea del animal no se ve así afectada y se consigue una fuerza de tracción cuatro veces mayor.

La charrúa o arado pesado, con vertedera, reja disimétrica y juego delantero móvil, fue descrita ya por Plinio en el siglo I. Sin embargo, su difusión en Europa sólo se empezará a producir desde comienzos del XI. La charrúa disponía de una capacidad para remover el suelo muy superior a la del viejo arado romano, más rígido y que tan sólo «araña» la tierra.

Los molinos de los tiempos clásicos, accionados por la fuerza de los esclavos y los animales, fueron siendo progresivamente sustituidos por los de agua y viento. No sólo contribuyeron a una más fácil molienda sino que su fuerza fue también aprovechada por batanes y martinetes que, desde el siglo XI, van propiciando la expansión de las forjas. La de Cardedeu se ha datado en 1104. La ciudad de Metz tenía dedicado a rejas de arado su principal sector artesanal.

Pese a la renovación de las técnicas, el factor hombre siguió siendo primordial en la plenitud del Medievo: C. M. Cipolla ha hablado de los «convertidores biológicos», que facilitan el 80 por 100 de la energía producida en estos momentos.

Expansión agraria y estructuras sociales

Las transformaciones en el medio rural incidieron en la sociedad del Occidente medieval en distintos planos:

a) A nivel de la masa popular, determinados sectores se beneficiaron del movimiento expansivo: colonos asentados en las nuevas tierras de Flandes y al otro lado del Elba o campesinos que aprovecharon las ventajas concedidas por los señores a los pobladores de nuevas aldeas y villas fundadas al amparo de la fiebre de roturación. En este plano podría hablarse, en efecto, de que la expansión agraria contribuyó al proceso de lenta emancipación de las masas rurales.

b) Sin embargo, en las viejas tierras fueron quizás los señores los más beneficiados por las nuevas conquistas. Al «régimen dominical» de la época carolingia sucederá el de la señoría rural, laica o eclesiástica:

El manso, como unidad económica familiar, tiende a disolverse para dar paso a otras unidades: el *cuarto* lorenés, la *charrué* normanda, la *halbenhufe* alemana. Expresión inequívoca del fuerte impulso demográfico de la Europa del momento.

Parte de la reserva señorial tiende a ser dividida en lotes, que se ceden en calidad de «feudos», o como tenencias por las cuales el señor cobra un censo. Paralelamente, las viejas *corveas* van siendo substituidas por rentas. Ello suponía la ruptura de la antigua unidad orgánica de tiempos carolingios existente entre reserva y mansos campesinos. El señor se defiende de las posibles fluctuaciones monetarias a través de la estricta exigencia de toda la serie de derechos típicos del feudalismo clásico: tallas, banalidades, censos, percibidos generalmente por antiguos ministeriales que reciben a cambio un feudo de sargentería.

c) La expansión urbana, paralela a la del mundo agrario, provocará una presión de las aglomeraciones ciudadanas sobre el campo, al que se demandan una serie de productos:

—El trigo, cuyos precios se elevan hasta fines del siglo XIII.

—El vino, del Bordelesado o Borgoña.

—La lana y la carne, en función de las necesidades industriales y alimenticias. Al bosque bravío y ganado semisalvaje de tiempos carolingios sucede, a partir del siglo XI, un bosque más ordenado y una ganadería progresivamente domesticada en función de las nuevas necesidades del momento. La expansión ganadera trae, por tanto, una revalorización de los espacios incultos con el consiguiente golpe a las tierras comunales. Las pequeñas comunidades campesinas van a ver, de esta forma, sensiblemente limitadas las posibilidades de alimentación de sus pequeños rebaños. Instituciones de

mayor rango social serán las beneficiarias de estas transformaciones: a través de un más estricto control de los pastos, nobles, monasterios o comunidades municipales de las nuevas zonas de colonización van a convertir al ganado en factor generador de una incipiente acumulación de capitales y beneficios.

* * *

La expansión agraria, realidad innegable, no debe ocultarnos otra realidad muy poco idílica: la de una vida campesina que sigue siendo, a pesar de los adelantos mencionados, sumamente precaria. Las irregularidades de las cosechas siguen siendo una *cuasi* constante en la sociedad europea de la plenitud del Medievo. La expansión demográfica permite hablar, desde fines del siglo XIII, de una especie de superpoblación. Se produjo en unos momentos en que el movimiento roturador parecía alcanzar el techo de sus posibilidades. Ello supondrá un factor importante a la hora de explicar la dimensión económica de la crisis general del siglo XIV.

LAS TRANSFORMACIONES ECONOMICAS Y SOCIALES EN LA PLENITUD DEL MEDIEVO (II): LA «REVOLUCION MERCANTIL» Y EL RENACIMIENTO URBANO

La expansión agraria, fenómeno de indudable interés para el medievalista, se realizó dentro del marco de la clásica sociedad trinitaria: eclesiásticos, guerreros y campesinos. Los aportes auténticamente revolucionarios de la plenitud del Medievo procedieron de las transformaciones habidas en el comercio y del renacimiento de la vida urbana. Dos ámbitos que habían sufrido varios siglos de letargo.

La génesis de la expansión mercantil

La figura del mercader gozó de muy poca popularidad hasta fecha avanzada del Medievo. El cerrado orden social hizo que se le viese (en frase de un autor del siglo X) como «esclavo del vicio y amante del dinero». Su papel, sin embargo, fue ganando lentamente la consideración de una sociedad que, a fines del siglo XIII, le admitió sin reservas en su mundo.

La tesis tradicional ha pretendido explicar el renacimiento del comercio en el Occidente europeo como un resultado del movimiento cruzadista que reabrió el Mediterráneo para las actividades mercantiles de los europeos. Sin embargo, los factores de renovación fueron anteriores y se produjeron en dos ámbitos distintos:

a) El Mediterráneo, en donde, desde fecha muy temprana, las ciudades de Amalfi, Nápoles, Gaeta, Venecia, etc., hicieron el papel de «respiraderos comerciales»

de una Europa que se estaba replegando sobre sí misma. A estas ciudades (no asfixiadas por la irrupción musulmana en el siglo VII) se sumaron otras —Pisa o Génova— que, con anterioridad a la Primera Cruzada, llevaron a cabo operaciones de depredación sobre Berbería y la Sicilia musulmana. Esta vitalidad se vería reforzada con las expediciones a Tierra Santa. Las ciudades de Oriente —ocupadas o no por los occidentales— vieron aparecer una serie de factorías cuyo modelo fue el *fonduk* (o fondaco) árabe, mitad colonia, mitad almacén que goza de una serie de privilegios fiscales y del principio de la extraterritorialidad.

Venecia, república de mercaderes desde el siglo X, logró éxitos decisivos bajo la dirección de la familia Orseolo. Varias crisóbulas le dieron un lugar de privilegio en el comercio de Constantinopla. En 1149 le fue concedido en la ciudad el barrio de Pera. A estas posiciones se sumaron las logradas en el Egeo, Alejandría y Sicilia.

Sus próximos rivales, los genoveses, lograron ventajas en los establecimientos latinos de Jerusalén, Tortosa, Tiro, Beirut, etc.

Sedas, especias, algodón, alumbre, transporte de peregrinos y cruzados, fueron la especialidad de los marinos italianos.

b) Los mares septentrionales desempeñaron también un papel importante en la génesis de la «revolución mercantil».

Los lugares de cambio o *wicks* que jalonaban el Báltico, como Haythabu en la península de Jutlandia, proyectaron su radio de acción desde fecha temprana hacia el espacio ruso. En el 1080, los habitantes de la isla de Gotland fundan una factoría en Novgorod.

El papel de los flamencos se vio favorecido por una serie de factores: la superpoblación, la vieja tradición industrial y las facilidades proporcionadas por las vías naturales de comunicación. Gante, Lille o Malinas se especializan en pañería, mientras las ciudades del Mosa (Lieja, Maestrich, etc.) trabajan más los sectores del

cuero o el bronce. Brujas acabará poniéndose a la cabeza de todo este movimiento. Ella promoverá la creación de asociaciones o *hansas* de diversas ciudades flamencas que organizarán el comercio de la lana con Inglaterra y los distintos intercambios con las ciudades bálticas y renanas.

Instrumentos y condiciones técnicas del comercio

Resulta muy problemático saber cuál fue el incentivo que propició la aparición de la figura del mercader. ¿La existencia de grupos aislados de mercaderes-aventureros de época anterior?, ¿la inversión de capitales logrados en la tierra? En todo caso, la superación de múltiples obstáculos exigió la puesta en funcionamiento de una serie de instrumentos:

a) Las asociaciones de mercaderes tienen distintos matices según las áreas en las que las actividades comerciales se desarrollen:

—En el Norte fueron las *gildes* y *hansas*. Al principio no fueron (respectivamente) más que asociaciones de socorro mutuo y escoltas armadas de los mercaderes. Con el tiempo, formarán poderosas asociaciones que juntan sus capitales e instalan cónsules en las ciudades extranjeras para la defensa de sus intereses. La más célebre fue la «asociación de mercaderes alemanes estacionarios de Gotland», fundada en 1161 y que se convertiría en el germen de la poderosa Hansa teutónica.

—En el ámbito mediterráneo, las asociaciones por excelencia fueron la *commenda* y la *societas maris*. En ambas hay dos figuras: la del *stans*, socio capitalista, y la del *tractator* que hace el viaje y (en el segundo caso) puede aportar algún dinero. Las operaciones son sólo por un viaje, al cabo del cual se reparten los beneficios: a partes iguales en la *societas*, y tres cuartos para el *stans* y uno para el *tractator* en la commenda. Con el tiempo, aparecerá un tipo de sociedad más estable: la compañía, que gira casi siempre en torno a una

persona o familia (los Bardi florentinos, los Tolomei sieneses...) dedicada a distintas actividades: comercio, fabricación de paños, préstamos a Papas, príncipes o ciudades, etc.

b) Los contactos terrestres tienen dos medios: las ferias y mercados.

El mercado, de carácter quincenal, semanal o diario fue bastante importante ya bajo los carolingios. Su objetivo no rebasa el del abastecimiento puramente local.

El gran comercio se canaliza a través de las ferias. En Inglaterra fueron las de Winchester o Stanford; en Flandes las de Brujas, Lille o Ypres; en Italia las de Verona o Milán... Pero las de mayor envergadura fueron las de Champaña, cuyo ciclo prácticamente cubría todo el año, a través de la actividad de las cuatro ciudades de Provins, Bar, Troyes y Lagny. A la situación estratégica del condado se unió la protección jurídica dada por sus titulares a los mercaderes, por medio del *conductus*. Etapa intermediaria entre Flandes e Italia, el condado de Champaña fue la zona de intercambio de los más variados productos: paños flamencos, seda, especias, y productos de lujo traídos por los italianos, cueros del Midi y de España. A mediados del XIII las ferias champañesas llegan a su apogeo, aunque su declinar vaya a ser inmediato y venga a través de una serie de conductos. Entre ellos son dignos de destacar la progresiva sedentarización del comerciante, que se hace representar por factores o asociados en otras plazas; y, sobre todo, el desplazamiento de las vías de comercio con el enlace marítimo entre las ciudades italianas y las de la Europa septentrional.

c) Los medios e instrumentos técnicos de distribución:

Las deficiencias en el dominio de los transportes terrestres hacen que el acarreo a hombros de personas o de animales siga siendo el método esencial. Convoyes de caballos, asnos y mulas se imponen en regiones de relieve difícil. El elevado precio de las carretas hace que

su número sea muy reducido. Mercancías ligeras y de mucho precio constituyen su carga principal. Las vías fluviales, por el contrario, se dedican a las cargas pesadas y mercancías baratas: barcas de fondo plano que circulan por el Po, el Loira, el Ródano, el Sena y el Támesis (que harán las fortunas de París y Londres), la red del Mosa-Mosela y los canales flamencos.

El mar es mejor medio de transporte, aunque los riesgos no sean menores. De ahí, la escolta armada usada por venecianos (*mude*) o la división del barco en partes (*loca, sortes...*) vendibles y transmisibles, a fin de repartir el riesgo económico entre los distintos propietarios o asociados. Las mejoras técnicas de la navegación fueron escasas. En el Norte aparece desde fines del XIII la redonda y potente *Kogge* o coca hanseática. En el Mediterráneo, Venecia construye la galera de mayores dimensiones. La capacidad, sin embargo, es escasa: Le Goff piensa que raramente superarían las quinientas toneladas. La brújula y el timón de charnela, que se van imponiendo desde mediados del siglo XIII, suponen precedentes de los progresos de la técnica náutica del Renacimiento.

d) La moneda y el crédito resultan capítulos de sumo interés:

El sistema monetario del Occidente al iniciarse la plenitud del Medievo era el de época carolingia, sumamente degradado. El desarrollo del comercio acabó movilizando el oro y la plata atesorados, a los que se vino a sumar el oro obtenido del Senegal a través de Berbería y la plata extraída de los yacimientos de Sajonia y Bohemia. A finales del XII, bajo el gobierno del dogo Enrique Dándolo, Venecia puso en circulación una moneda, el grueso o matapán, rápidamente imitado en todo el Occidente. En Francia fue el *gros tournois* de plata (*grossus denarius turonensis*) con un peso de 4,22 gramos. En los reinos hispanocristianos, por influencia musulmana, se acuñaron algunos tipos de moneda. En Alemania fueron los hellers y en Inglaterra las esterlinas. Entrado el siglo XIII aparecen las acuñaciones de

monedas de oro occidentales de más arraigo: los augustales de Federico II, los escudos de San Luis, la dobla castellana de Alfonso X, el penny de Enrique III de Inglaterra y, sobre todo, el florín acuñado en Florencia desde 1252, con un peso de 3,53 gramos y (sobre el mismo modelo) el ducado veneciano desde 1284, el «dólar de la Edad Media».

El crédito se desarrolló también a buen ritmo, a pesar de las fuertes trabas eclesiásticas. Diversas figuras surgirán para evitarlas: negociaciones con las letras de cambio; préstamos marítimos en los que el riesgo justifica la percepción de un interés; préstamos «a prenda viva» y «a prenda muerta», por los que el acreedor recibe una finca para su explotación hasta amortizar el préstamo, etc. Judíos, lombardos y cahorsinos se especializaron como prestamistas, circunstancia que les creó un pésimo cartel en la sociedad medieval. Mayor reconocimiento tuvieron cambistas y banqueros, cuyos oficios tenían (caso de Cataluña) un carácter público reglamentado por las leyes. Especialistas en el cambio de moneda y en la negociación con los capitales que se les confiaban en depósito, los banqueros pronto se convirtieron en el instrumento idóneo para efectuar pagos a cuenta de sus clientes y para transferir fondos de una plaza a otra.

La madurez del siglo XIII y el gran comercio

El siglo XIII puede ser considerado como la época dorada de la «revolución mercantil» de la Europa medieval.

a) En el ámbito mediterráneo, el avance de los cristianos en la Península Ibérica y la toma de Constantinopla por los cruzados fueron factores básicos en el control comercial del Mare Nostrum por los occidentales. Italianos y catalanes serán los rectores de un tráfago mercantil que cubre una gran variedad de productos: especias, alumbre, algodón, cueros, lana, azúcar de

caña, trigo, sal, productos suntuarios... La rivalidad entre genoveses y venecianos y la reacción bizantina con la entronización de los Paleólogos provocarán cierto bloqueo de la expansión comercial en este ámbito.

b) El mundo nórdico contrasta fuertemente con el mediterráneo en lo que se refiere a los productos básicos de su comercio: granos, manteca, sal de la bahía de Borgneuf, metales de la Península Escandinava, lana inglesa, pescado salado, paños flamencos, etc., constituyen los más importantes capítulos del tráfico comercial en esta área.

Brujas se convirtió en la gran plaza mercantil. La fundación del antepuerto de Damme en la entrada del canal de Zwin favoreció las actividades de la ciudad, que se convirtió, a lo largo del siglo XIII, en la gran redistribuidora de productos de toda procedencia, desde la lana inglesa a los vinos gascones y los productos del ámbito mediterráneo.

La fundación de Lübeck en 1158 fue paso decisivo para la consolidación de posiciones mercantiles en el Báltico, al calor del *drang nach Osten*: Rostock, Stralsund, Stettin, Riga, Stokolmo, etc., constituyeron jalones importantes de una gran comunidad de intereses económicos. La liga formada por una serie de ciudades del ámbito germánico en 1259 permite hablar de una Hansa de comerciantes dominada por Lübeck, que extiende sus tentáculos hasta Novgorod en el Este y hasta Brujas y Londres en el Occidente.

La ciudad medieval: del repliegue a la expansión

Las villas fueron bajo los carolingios el elemento encuadrador de la vida económica. Las ciudades desde el siglo XI (y en algunos casos desde la centuria anterior) abrirán brecha en el cerrado panorama rural. Sin que se pueda hablar de desaparición física de la ciudad en la Alta Edad Media europea, puede al menos aducirse que experimentó en estos años un serio eclipse en rela-

ción con los tiempos clásicos. La ciudad se replegó sobre sí misma y perdió buena parte de sus viejas funciones económicas y administrativas. Las concentraciones de población, al margen de las villas, sólo fueron centros de carácter militar (*burgos*) o episcopal (*civitates*); no núcleos mercantiles o artesanales.

El renacimiento de la ciudad en la plenitud del Medievo es un proceso difícil de verificar dada la escasez de textos y la hostilidad de los autores hacia la nueva clase urbana.

a) La tesis «tradicional» ha tenido como principal defensor al inolvidable Henri Pirenne. El elemento dinamizador de la vida urbana fueron los «mercatores» internacionales («pies polvorientos», «mercaderes aventureros») que acabaron sedentarizándose al asentarse al pie de un castillo, abadía, etc. Surgen así núcleos llamados faburgos (*foris burgi*) que, con el tiempo, serían englobados en un recinto común.

De forma semejante, células de futuras ciudades fueron: los mercados periódicos de las encrucijadas, los *portus* (lugar de descarga de mercancías), los wicks, etcétera. Pero siempre —de acuerdo con la tesis pirenniana— se sigue la misma pauta: la ciudad medieval es una novedad total en medio del mundo rural en que esta civilización se mueve, y su origen está íntimamente ligado al desarrollo del comercio.

b) Frente a esta tesis se ha alzado otra de signo distinto: la de la «continuidad». De acuerdo con ella, la ruptura no fue tan total entre el Bajo Imperio y el siglo XI. Las etapas de la reconstrucción de la vida urbana serían:

La existencia de un núcleo «preurbano» ya romano, que se mantuvo frente a las tormentas de los siglos V al X (*Civitates* de Estrasburgo, Metz, Reims, Orleáns o *Castros* de Dijon o Maestrich) o bien franco (lugares fortificados como el alcázar de Gante).

El asentimiento a sus pies de una población —artesanos y mercaderes— producto de la presión demográfica que empieza a haber en el medio rural ya desde

el XI. Los «mercatores internacionales», a lo sumo serían maestros de estos inmigrantes, pero no fueron nunca el factor determinante del renacimiento urbano. Esta evolución (Imbert) se ha podido ver, por ejemplo, en las costas bajas de Flandes, en donde la lana era al principio utilizada artesanalmente en el marco del dominio. Con el tiempo, los tejedores rurales se convertirían en rudimentarios comerciantes de lana y luego, al asentarse en los núcleos preurbanos, en mercaderes de telas. Se trata de verdaderos «desertores de la tierra», enfrentados, sin duda, con los «mercatores» de que habló Pirenne.

La aglomeración creada, de esta manera, por mercaderes y artesanos, se rodeará para su protección de una cerca de madera o de piedra. El progresivo incremento de población irá provocando la aparición de sucesivos recintos más amplios, aunque no al mismo ritmo en todas partes.

c) Sobre estas dos tesis pueden fijarse algunos matices:

La continuidad con el pasado romano puede establecerse (Ennen) en tres niveles: en el Mediterráneo, y particularmente en Italia, la continuidad es casi total (Roma, Nápoles, Milán...), aunque haya que destacar que algunos núcleos de gran raigambre y prestigio (Ravenna, o la propia Roma) se ven desplazados por otros de orígenes mucho más modestos: Génova, Florencia o Pisa. En un segundo nivel se encontrarían las ciudades con un pasado romano relativo: es el caso de las del área de Flandes. En el tercer nivel estarían las ciudades de países con muy escaso o nulo pasado romano: Inglaterra o los países eslavos, en donde el nacimiento de los núcleos urbanos se produce en los puntos estratégicos (Wicks, Portus, Goroda, etc.)

Las ciudades pueden tener, además, un carácter distinto al antes reseñado, eminentemente artesanal y mercantil. Hay, así, ciudades con una profunda ascendencia rural que han evolucionado por sí mismas hacia otras formas de vida (caso de algunas «centenas» inglesas y «goroda» rusos) o que van a seguir manteniendo su

aspecto guerrero y campesino: es el caso de las ciudades-frontera de la «extremadura» castellana y leonesa (estudiadas por Valdeavellano y Lacarra) cuyo sentido ciudadano viene dado no tanto por una transformación de sus formas de vida económica, como por su estructura concejil de gobierno. Las corrientes peregrinatorias son capaces también de crear nuevas formas de vida e incluso un tipo de ciudades con unas peculiaridades marcadas: las que jalonan la ruta jacobea son la mejor expresión de ello. Por último, plazas fuertes antiguas o nuevas (las bastidas del sur y el oeste de Francia) se convierten en ocasiones en auténticos centros dinamizadores de la vida económica y germen de verdaderas ciudades.

d) El crecimiento de las ciudades es bastante desigual. Cabe fijar (según Balard-Genêt-Rouche) tres categorías:

—Un gran número de pequeñas ciudades, con sólo unos miles de habitantes.

—Capitales de «provincias» o diócesis, con un cierto número de mercaderes, artesanos y clérigos. Sus objetivos se centran en el control del campo circundante.

—Las grandes metrópolis internacionales, con un amplio radio de acción comercial o industrial, financiero y político. Su población suele oscilar entre los 40 y los 100.000 habitantes. Es el caso de París, Londres, las ciudades flamencas, Barcelona, Sevilla, Venecia, Milán y Florencia.

Movimiento comunal y autogobierno

El concepto «revolución comunal» se ha consagrado para definir lo que fue el movimiento que llevó a las ciudades a emanciparse de los poderes laicos o eclesiásticos. Sin embargo, es necesario hacer serios matices. En primer lugar, porque las explosiones violentas fueron aisladas:Milán en 1057, Worms en 1073, Cambrai en 1077, Laon en 1112 o Santiago de Compostela en 1117.

En segundo lugar, porque el deseo de los burgueses u *homines novi* es el de encontrar un sitio dentro del orden feudal, no destruirlo: se trata de conquistar o de defender unas libertades amenazadas por derechos señoriales abusivos desde el punto de vista fiscal o judicial. En última instancia, además, los señores laicos o eclesiásticos comprendieron las más de las veces los beneficios que podía reportar el aflojamiento de los lazos de dependencia; ello posibilitaría una mayor libertad en el desarrollo del comercio, con las consiguientes ganancias para todos. Algunos monarcas vieron en las ciudades el apoyo contra un enemigo exterior (Felipe Augusto en su guerra con los ingleses) o un contrapeso frente a una excesiva prepotencia del estamento nobiliario (caso de los monarcas castellano-leoneses que tuvieron en ellas un excelente soporte frente a la turbulenta aristocracia).

Los pasos hacia la autonomía pueden esquematizarse de acuerdo con el siguiente criterio:

La formación de una asociación de vecinos que se comprometen bajo juramento: es la *conjuratio* o comuna, que suelen encabezar los mercaderes. La violencia del movimiento depende de la resistencia que ofrezcan los poderes establecidos.

Las garantías en el ejercicio de la justicia, derechos económicos percibidos por el señor, mantenimiento de la paz y el orden, etc., se concretan en una carta de franquicia, carta comunal, fuero, etc. El derecho de ciudadanía se alcanza, por lo general, al año de residencia.

La plena autonomía judicial y administrativa —tercer momento— convierte a la ciudad en un pequeño «señorío colectivo» que ejerce su autoridad no sólo dentro del recinto amurallado, sino en el campo circundante: el contado en Italia, el alfoz en Castilla... El poder reside en la comunidad de todos los vecinos pero, con el tiempo, se producirán restricciones. La administración será llevada por un Consejo municipal y unos magistrados —llamados, según los lugares, cónsules, scabini, alcaldes, alderman, etc.— que velan por el

aprovisionamiento de la ciudad, las finanzas, el orden y la justicia. El poder acabará siendo monopolizado por una clase: el «patriciado urbano», que constituye el estrato más rico de la población y transmite las magistraturas a través de verdaderas «dinastías». Ello provocará a menudo un descontento que acaba minando la solidez del municipio y forzando la intervención del rey o de algún señor como poder arbitral. La introducción del podestazgo en algunas ciudades italianas desde fecha temprana, o de los corregidores en Castilla, desde mediados del siglo XIV, responden en parte a esta idea.

Sociedad y economía en el mundo urbano. La organización del trabajo

Dos de los estamentos tradicionales —nobleza y clero— logran ocupar un lugar en el medio urbano. La nobleza en Francia y los países mediterráneos desempeñan, sobre todo a nivel de caballeros, puestos en la vida municipal, al lado de los burgueses. El clero —catedralicio o parroquial— es el encuadrador de la vida espiritual de la ciudad. Durante algún tiempo la enseñanza está bajo su absoluto control.

Es, sin embargo, el patriciado urbano quien tiene la auténtica fuerza en las ciudades. Su apogeo coincidió con la gran expansión económica del XIII. Bien aliándose con la nobleza o bien cerrando filas, la alta burguesía impuso su poder a través de distintos procedimientos: la formación de clientelas, la posesión del suelo urbano, el control del tráfico de mercancías de primera necesidad (alejando a los competidores incluso por la guerra), el control de operaciones financieras de rango internacional y, sobre todo, por medio de su agrupación en una *hansa* o *gilde* que monopolizaba el gran comercio y la actividad industrial de la ciudad. De ahí la escisión que se producirá entre el patriciado (el *popolo grasso* en expresión italiana) y la masa popular (el *popolo minuto*) que, a la larga, conducirá a profundas tensiones sociales desde comienzos del XIV.

Esta dualidad nos obliga a dar una visión de lo que fue la organización del trabajo en el seno de la ciudad medieval. El estudio, en definitiva, de las «comunidades de oficios», que reciben distintos nombres según los países: oficios y guildes en Francia, ghilds y mysteries en Inglaterra, arti en Italia, gilden en Alemania, hermandades, cofradías y gremios en los reinos hispánicos, etcétera.

a) El origen de las asociaciones de oficios aparece oscuro. Se ha pretendido encontrar distintos precedentes: los *collegia* del Bajo Imperio reglamentados desde Alejandro Severo; las organizaciones de oficios existentes con bizantinos y lombardos en algunas ciudades italianas bajo la protección de príncipes y exarcas; la transformación de cofradías religiosas y benéficas en asociaciones de oficios, etc.

b) La estructuración definitiva de las corporaciones llegará con la plenitud del Medievo. El *Libro de los oficios de París,* redactado en época de San Luis (1258) a iniciativa del preboste Etienne Boileau, puede servir de pauta para su estudio.

El escalón más bajo está cubierto por los aprendices, que permanecen no menos de diez años bajo la guarda, corrección y vigilancia del maestro.

Por encima, quedan los oficiales (obreros o *compagnons*) que han de ejercer su oficio «bien y lealmente» durante varios años al lado del maestro, mediante contratos a veces simplemente verbales.

Al rango de maestro se accede desde el anterior mediante la confección de la «obra maestra» o el pago de una suma en dinero. Son los propietarios de los talleres y de su utillaje.

Al frente de los gremios quedan los jurados, gobernadores, protectores, mayordomos, veedores, etc., elegidos por los maestros o nombrados por el preboste. Ellos manejaban las finanzas, juzgaban las infracciones y reglamentaban el trabajo.

c) La idea clásica sobre la función de los gremios presenta a éstos como los defensores de los intereses de

oficio, de los miembros de la corporación y de la calidad del producto.

La realidad parece muy distinta. Las asociaciones de oficios estaban organizadas de tal forma que daban una preeminencia marcada a los maestros en general y a los gremios de superior categoría en particular. Ello facilitó la conversión de éstos en una verdadera casta cerrada:

La prohibición de *compagnonages* (asociaciones de oficiales) se mantuvo muy severamente hasta fecha avanzada.

La jerarquización entre los distintos gremios fue también sumamente rígida y se tradujo en el control de la vida municipal por los de superior categoría. Así, en Londres, sólo miembros de las ocho corporaciones de mayor rango tuvieron acceso a puestos de la administración. De forma semejante, en Florencia hubo una estricta división entre las siete artes mayores, las cinco medianas y las nueve menores. Eso sin contar que, por debajo de los obreros agremiados, quedaba una masa siempre fluctuante de recién llegados a la ciudad: campesinos desarraigados, siervos huidos, mendigos, etc.

De hecho, las gildes de mercaderes tienen grandes facilidades para imponerse a las demás. Ello lo consiguieron gracias a la afirmación de sus monopolios, a la prohibición del trabajo a los extranjeros y, también, a la división del trabajo desde fecha muy temprana. Esto hizo perder fuerza en sus reivindicaciones a los obreros o a los gremios de inferior rango. En Flandes, vgr., la industria pañera permitió la aparición ya en el siglo XIII de la figura del mercader-empresario (caso de Jehan Boinebroke, muerto hacia 1286) que dispone de medios de presión suficientes para imponerse sobre tejedores, cardadores, batáneros, etc., que rara vez llegaron a formar un frente común ante los abusos.

Habrá que esperar a los primeros años del siglo XIV para que el descontento frente a las oligarquías urbanas se traduzca en movimientos con perfiles auténticamente revolucionarios.

9

ESPIRITUALIDAD Y CULTURA EN EL OCCIDENTE (SIGLOS XI AL XIII)

La progresión de la Iglesia católica romana, analizada en anteriores capítulos, se vio favorecida con el notorio impulso que la vida religiosa y cultural experimentó en la Plena Edad Media. Las transformaciones sociales que se producen en estos años —y que tienen su mejor expresión en la expansión comercial y el renacimiento urbano— van a dejar una profunda huella en el campo de la espiritualidad y la cultura. De ahí la particular trayectoria y nuevas funciones de las órdenes religiosas, la aparición de movimientos heterodoxos de nuevo cuño y los importantes cambios habidos en el campo del pensamiento en general.

El gran impulso monacal: de la plenitud de Cluny a la del Císter

El siglo XI es la época dorada de Cluny. Al concluir la centuria, la orden cuenta con unas 1.400 casas y más de once mil monjes, repartidos por todo el Occidente. Algunos de los monasterios son de nueva fundación; otros son antiguos, asimilados a través de unos vínculos que casi cabría calificar de «feudales» según Knowles. Cluny impulsó una fuerte centralización: el abad de la casa madre nombra a los priores de las distintas casas, que están obligados a prestarle juramento y a recibir sus visitas periódicas.

La reforma de Cluny fue paralela a la gregoriana y contribuyó a la difusión de la autoridad central del

Pontificado en países del Occidente que hasta entonces habían llevado una vida religiosa un tanto independiente: caso de la Inglaterra prenormanda o de los reinos hispano-cristianos que se regían de acuerdo con la liturgia mozárabe. Si la orden no tuvo como tal una participación directa en las manifestaciones teológicas o literarias de la época (Knowles), contribuyó (con su patrocinio de la vuelta a la letra de la regla benedictina) a un restablecimiento de la disciplina eclesiástica.

Sin embargo, la riqueza alcanzada por la orden desde finales del siglo XI bloqueó sus posibilidades de expansión. Los viejos problemas no resueltos en su totalidad (vgr. la mediocridad moral e intelectual del clero) y los nuevos que fueron apareciendo dieron paso a otras fundaciones más acordes con los tiempos: la de Roberto d'Arbrisel, especializada en la predicación popular; las de Esteban Muret y San Bruno, revalorizadoras del eremitismo; la de Norberto de Premontré, que tomó como base la regla de San Agustín y se encaminó a una revitalización de la vida activa; y, sobre todo, la Orden del Císter.

Los comienzos de ésta fueron penosos. El gran impulso vino cuando un grupo de borgoñones, con Bernardo a la cabeza, se unió en Citeaux a los discípulos de los primeros promotores de la orden: Roberto de Molesmes y Esteban Harding. En 1115 fue fundado el monasterio de Clairvaux. Cuarenta años más tarde, la orden tenía trescientas casas; al terminar el siglo eran más de quinientas.

La figura de San Bernardo, «el gran intérprete espiritual de la feudalidad» (Le Goff), se fue agigantando a lo largo de su vida: asceta, autor de una importante producción literaria, violento crítico de la riqueza y la heterodoxia, su autoridad se impuso en todo el Occidente europeo. El encarna lo que el espíritu del Císter significa. La orden se caracteriza por una profunda austeridad de vida, que no va reñida (como en Cluny) con el trabajo manual, según hemos tenido ocasión de ver al estudiar la expansión agraria. La organización del Císter sigue las líneas generales marcadas por Este-

ban Harding en la *Carta Caritatis* del 1119. Cada abad es elegido por sus monjes, pero debe asistir al Capítulo general anual celebrado en la casa madre. El principio de filiación entre las grandes abadías de Citeaux, Clairvaux y Morimond y sus hijas, permite un control que evita el relajamiento de la disciplina o la existencia de abades indignos.

El «renacimiento» del siglo XII

Las figuras de Fulberto de Chartres, discípulo de Gerberto de Aurillac, y de San Anselmo, cuyo *Monologion* ha sido considerado como una de las mejores expresiones de «meditación sobre la racionalidad de la fe», sirven de puente hacia el «Renacimiento» del siglo XII, período en que se inicia la «reconquista del capital de la civilización antigua» (P. Chenu).

Las escuelas urbanas se convierten en protagonistas de este proceso.

La escuela de Chartres, impulsada ya en el siglo anterior por Fulberto, alcanza su plenitud en estos momentos. Las figuras de Ivo de Chartres, Bernardo de Chartres, Gilbert de la Porrée, Tierry de Chartres y Guillermo de Conches permiten hablar, según algunos autores, de un «platonismo chartrense».

La escuela de San Víctor tiene su fundador en Guillermo de Champeaux, defensor de las tesis «realistas» en el problema de los «universales»: los nombres comunes (la belleza, la maldad, etc.) considerados como realidades, no como simples palabras. Hugo, Andrés y Ricardo de San Víctor serán los principales maestros de la escuela.

Aun sin constituir una escuela propiamente dicha, el movimiento cisterciense contribuyó a este impulso cultural. Los sentimientos de espiritualidad inspirados por San Bernardo quedan bien resumidos en su expresión: «mi filosofía es conocer a Jesús, y a Jesús crucificado». En última instancia, el Císter producirá, a fines

del siglo XII, la curiosa figura del visionario Joaquín de Fiore.

* * *

Tan importantes como las escuelas del siglo XII lo son las figuras aisladas cuya proyección va a rebasar los límites de un simple grupo y una época:

—Pedro Lombardo, maestro al principio en la escuela de San Víctor, redactó con posterioridad los *Seis libros de las sentencias*, que constituirá un manual de las futuras facultades de teología.

—Pedro Abelardo es, sin duda alguna, el «primer intelectual del Medievo». Verdadero tratamundos, sus experiencias, más de una vez dramáticas —sus relaciones con la joven Eloisa, la violenta enemistad de San Bernardo, su condena por el concilio de Sens—, han quedado plasmadas en *Historia de mis calamidades*. Autor entre otras de una *Introducción a la teología* (por primera vez llamada así), *Glosa sobre Aristóteles, Glosa sobre Porfirio, Sic et non* (en donde toma partido por el nominalismo en la querella de los «universales») y *Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano*, Abelardo es un lógico que piensa en la necesidad del método dialéctico para la teología. Su actitud «racionalista y crítica frente a los textos, incluidos los religiosos, inaugura una nueva etapa» (Verger).

El camaldulense Graciano publicó hacia 1140 una colección canónica —el famoso *Decreto*— en la que se agrupaban 3.500 textos. La glosa de esta obra se convirtió en materia obligada para los canonistas que se formaron en Bolonia.

Estos aportes, en definitiva, habrían de incidir decisivamente en las corrientes culturales del siglo XIII.

Las corrientes heterodoxas y su nuevo sentido

La proyección de los movimientos heréticos en la Alta Edad Media no había sido, por lo general, más que sobre

un pequeño ámbito. Algunos brotes surgidos en la Europa de los siglos XI al XIII seguirán teniendo este carácter: el panteísmo de Amaury de Chartres o el speronismo (de Hugo Speroni de Piacenza) calificado de «protestantismo precoz» por algunos autores. Carácter minoritario tendrán aún en este momento las enseñanzas de signo milenarista de Joaquín de Fiore.

Pero las nuevas condiciones de vida (desarrollo urbano, centralización pontificia, etc.) contribuyeron a crear un clima favorable al desarrollo de nuevos movimientos que cabría conceptuar como herejías de masas:

a) Algunas de las conmociones urbanas de estos años tuvieron un claro matiz religioso. La pataria milanesa fue una rebelión popular contra el clero corrompido, que en principio fue vista con simpatía por los Papas de mediados del XI, hasta que tomó un cariz más grave: el ataque a los mismos sacramentos. La revuelta comunal dirigida en Roma a mediados del XII por Arnaldo de Brescia fue antipapal y antiaristocrática y se propuso, entre sus objetivos, la secularización de los bienes eclesiásticos y la vuelta a la pobreza evangélica.

En una línea similar cabe situar a los movimientos mesiánicos subversivos: el de Tanchelmo, el de Pedro Bruys, el de Eon de Stella y —según hemos visto anteriormente— los relacionados con las Cruzadas populares. Todos ellos van marcados por un profundo anticlericalismo y —en algunos casos— por virulentos ataques contra las ceremonias y prescripciones de la Iglesia romana.

b) De mayor trascendencia fue el movimiento valdense, al que se asimilará el de los *humiliati* de Lombardía, zona considerada en estos siglos como verdadera «cueva de herejes». Pedro Valdo (o Valdés), rico comerciante de Lyón, se «convirtió» en 1173, fecha en que dejó su familia y sus bienes para fundar una comunidad de predicadores y traducir el Evangelio al provenzal. La idea de los llamados desde entonces «pobres de Lyón» (predicación entre las masas y mantenimiento de un rígido principio de pobreza voluntaria) no tenían en prin-

cipio nada de heterodoxas. El propio Alejandro III recibió amistosamente a Valdés. El conflicto surgió cuando los discípulos de éste se negaron a someter su predicación a las directrices de la jerarquía eclesiástica. La crisis estalló en 1184 con la excomunión del movimiento valdense por Lucio III. El ala más moderada acabó reincorporándose a la Iglesia; pero el grupo más extremista arreció en sus ataques, cayendo ya en la pura heterodoxia: negación del purgatorio, del valor de la misa, del sacerdocio, etc. A lo largo del siglo XIII, el valdismo heterodoxo entrará en franca decadencia.

c) Albigenses y catáros del Midi constituyeron el componente de una herejía que puso en grave peligro la unidad de la Iglesia en esta zona.

La filiación oriental del catarismo parece fuera de duda: las tendencias espirituales de signo dualista, herederas del maniqueísmo, se habían mantenido, más o menos abiertamente, en Oriente. Las relaciones que las Cruzadas y el desarrollo comercial establecieron entre las dos cuencas del Mediterráneo constituyeron un buen canal de transmisión de ideas. La prosperidad alcanzada por el Mediodía de Francia y el escaso arraigo en él de la reforma gregoriana fueron dos factores esenciales para la rápida difusión de la herejía en esta zona, sobre todo entre Tolosa, Carcasona y Lauragais. Una región con una personalidad bastante marcada desde el punto de vista cultural (una lengua propia, un gran desarrollo de la lírica) y político (una autonomía casi total en relación con la Corona francesa).

Los albigenses se organizaron en una iglesia de nuevo tipo en la que se recogió la idea de la existencia de los dos principios: el del Bien y el del Mal, creador este último de todo lo malo y material que había sobre la tierra. Los seguidores de la secta se dividieron en «perfectos», minoría de consejeros, y «fieles», masa de creyentes. Los sacramentos quedaron abolidos y sustituidos por el *consolamentum*, que se administraba antes de la muerte.

El componente social del catarismo ha sido objeto, particularmente en los últimos tiempos, de diversos es-

tudios. En principio no parece que la distinción entre «perfectos» y «fieles» ocultase diferencias de clase. Tampoco parece (según estudios de distintos autores como Delaruelle, Nelli, Thouzellier, Molinier, Niel, etc.) que los albigenses fuesen preferentemente masas de pobres que utilizaron la herejía como un medio de protesta frente a unas condiciones de vida difíciles. Por el contrario, todas las categorías y condiciones sociales del Midi se vieron, en mayor o menor grado, comprometidas con las nuevas ideas: la alta nobleza (que si no comulgó con el catarismo adoptó una postura claramente tolerante); la baja nobleza, que dio un contingente fuerte de adeptos; el alto clero (tan tibio como sus colegas de la alta aristocracia); el bajo clero (que en muchos lugares añadía el *consolamentum* a los sacramentos oficiales); la gente de los medios urbanos (mercaderes y artesanos, principalmente los del sector textil); y, ya en fecha tardía, los campesinos, poco preocupados tiempo atrás de sutilidades teológicas.

* * *

Para desarraigar la herejía, la Iglesia echó mano de distintos procedimientos: la predicación entre las masas y los coloquios con los dirigentes heterodoxos constituyeron un primer paso. Fallido, se optó por medios más expeditivos.

La Cruzada, para la que se reclutó un ejército de señores del norte de Francia, mandados por un fanático, Simón de Montfort. Las operaciones sobre el Midi se iniciaron con la matanza de Beziers (1209), en donde fueron pasados a cuchillo un gran número de herejes y católicos indiscriminadamente. Cuatro años más tarde, el rey de Aragón, al tratar de defender a sus vasallos del sur de Francia de los abusos de los cruzados, fue derrotado y muerto en Muret. La independencia del Midi quedaba ahogada en sangre. La intervención de la monarquía francesa como poder arbitral —según hemos visto anteriormente— puso fin a aquella dramática aventura.

Los Concilios de Verona (1184) y Avignon (1209) pueden ser considerados como puntos de partida en la creación de la Inquisición. De ellos surgieron las ideas de petición de ayuda a los laicos para combatir la herejía, y de creación de comisiones parroquiales al efecto. El Concilio de Letrán de 1215 exigió de los príncipes laicos su colaboración en la empresa. Desde 1232, por la bula *Ille humani generis,* los procedimientos de encuesta pasaron de los obispos (considerados demasiado tolerantes) a los dominicos. El aparato represivo adquiría unos perfiles más definidos.

El nuevo signo de las órdenes religiosas: dominicos y franciscanos

Los fenómenos heterodoxos que acabamos de reseñar incidieron en la peculiar orientación de las órdenes que se fundan a lo largo de estos años: a nueva espiritualidad y nuevas condiciones de vida, nuevas órdenes religiosas.

a) El fundador de la Orden de Predicadores, Domingo de Guzmán, nació en Caleruega en 1170. Fue algún tiempo canónigo en Osma. El viaje emprendido en 1203 le hizo comprender la importancia del peligro de la herejía en el sur de Francia. Pero sus primeros intentos de predicación no tuvieron éxito. Los frutos positivos los iría recogiendo a partir de 1215 en que, acogido por el obispo Fulco de Toulousse, emprendió la creación de una nueva orden (*Ordo predicatorum*) acogida favorablemente por el papa Honorio III. Los dos primeros capítulos de la orden fueron presididos por el fundador, que murió en Bolonia en 1221.

La regla de la orden quedó definitivamente estructurada en 1228. Junto a la vida canónica y monástica tenía un importante lugar la predicación y el estudio. Siguiendo la pauta de la integración de la Iglesia en la pobreza evangélica, se renuncia a la propiedad indivi-

dual y colectiva, a exclusión del convento y los instrumentos de trabajo.

Entre el convento y el gobierno central, la estructura interna de los predicadores admite un escalón intermedio: la provincia. El Maestre general tiene fortísimas atribuciones una vez elegido por el Capítulo general de la orden. Los priores provinciales y conventuales quedan al frente de los otros dos escalones, elegidos por sus respectivos Capítulos.

La sólida estructuración y el papel que en el mundo del pensamiento desempeñaron los Predicadores constituyeron excelentes armas al servicio de la Iglesia romana.

b) El fundador de los «Frailes menores», Francisco de Asís, hijo de un rico mercader de la ciudad, se retiró —tras algunos años de juventud dorada— a la vida eremítica. En los primeros años del XIII se dedicó a la predicación, acompañado de un grupo de seguidores, que vivieron bajo una regla aprobada en 1209 por Inocencio III. En 1219 emprendió un viaje a Tierra Santa. En 1224 recibió los estigmas de la Pasión. Dos años después se produciría su muerte, circunstancia que hubo de incidir fuertemente en la evolución de una comunidad demasiado dominada por la figura del fundador, y a la que el propio Francisco no se había preocupado demasiado de dar una organización.

La comunidad evolucionó hacia una orden cuya regla definitiva fue aprobada por Honorio III en 1223. Las clarisas y la «Tercera Orden» de San Francisco supusieron las proyecciones del espíritu franciscano hacia las mujeres y seglares. Frente a la predicación sabia y dogmática de otras órdenes, los frailes menores impusieron otra de signo moral y elemental. El respeto a los sacerdotes y la sumisión a la Santa Sede les diferenció de las sectas heréticas, algunas de las cuales —caso de los valdenses— habían desembocado en la heterodoxia precisamente a través de su ruptura con la jerarquía establecida.

La estructura de la nueva orden fue fijada sobre la

base de la existencia de un ministro general con amplios poderes, unas provincias (con ministros provinciales a su frente), unas custodias (regidas por custodios) y conventos (regidos por guardianes). El Capítulo general se reunía cada tres años.

Los primeros síntomas de crisis dentro del franciscanismo se presentaron a los pocos años de la muerte de su fundador. Los primitivos objetivos de pobreza evangélica fueron progresivamente marginados, al calor de los numerosos privilegios recibidos por la orden y de su creciente interés por la vida de estudio. Ello provocó una escisión en la comunidad que se consagró definitivamente cuando San Buenaventura optó por una línea moderada en lo concerniente a la pobreza. Una fracción de los franciscanos, encabezados por Jacopone da Todi e influidos por las ideas místicas de Joaquín de Fiore, constituyó la rama de los «espirituales», llamada a tener graves conflictos con el Pontificado.

c) Al lado de dominicos y franciscanos, fueron surgiendo otras órdenes mendicantes secundarias. La mayoría fueron suprimidas en el Concilio de Lyón de 1274, que sólo permitió la pervivencia de dos: los carmelitas, orientados hacia el trabajo manual y las duras mortificaciones; y los agustinos que, desde fines del XIII, adoptaron unas constituciones con fuerte sabor dominico.

Del Renacimiento del siglo XII
a las grandes transformaciones del XIII.
La génesis de las Universidades

A fines del siglo XII, las lenguas vulgares derivadas del latín se han convertido ya en vehículos de expresión literaria. Los poemas épicos y la lírica trovadoresca son excelentes expresiones. Si la *Chanson de Roland* y el *Cantar del Mío Cid* cuentan con una base eminentemente popular, los poemas de los trovadores abren en las clases cultas un nuevo sentido de la vida: el amor cortés, que revaloriza el papel de lo sentimental y de la mujer en

una sociedad dominada por la violencia. A favor de ello jugaron una serie de factores: las cortes señoriales del Poitou, Toulouse y el Narbonesado en donde son figuras descollantes Guillermo IX de Aquitania, Bertrán de Ventedorn o Marcabrú; la influencia de las leyendas célticas del ciclo del Santo Grial que permitieron a Chretien de Troyes la redacción de una serie de novelas en las que la galantería reemplaza a las pasiones violentas; y, en última instancia, el papel de los *minnesänger* alemanes entre fines del XII y comienzos del XIII, como Walter von der Vogelweide y Wolfran von Eschenbach, codificadores de los ideales de la caballería y del amor cortés.

Las nuevas orientaciones de la cultura y el pensamiento durante el siglo XIII se apoyaron (Jeauneau) en cuatro pilares: la creación de las órdenes mendicantes, el descubrimiento de Aristóteles, el contacto con la filosofía árabe y la fundación de las Universidades.

En este contexto la Sicilia normanda, y sobre todo la España del momento, jugaron un papel decisivo como «eslabón entre la Cristiandad y el Islam», en expresión de Menéndez Pidal.

En efecto, ahogados en Oriente los intentos aristotélicos por las corrientes místicas de Algacel, Al-Andalus acabó convirtiéndose en su refugio. Averroes (1126-1198), cadí de Córdoba, teólogo, médico, jurista y matemático, fue el comentador por excelencia de Aristóteles. Discípulo de Averroes lo fue Moisés ben Maimón (1135-1204), llamado Maimónides. Su *Guía de dubitantes* es un intento de conectar el pensamiento judío con el aristotelismo musulmán para llegar al conocimiento de Dios.

A lo largo del XII surgen en la España cristiana una serie de focos culturales, instrumento de atracción para los estudiosos de todos los países. Los del valle del Ebro abrieron brecha: en Barcelona, Lérida, Zaragoza, Tudela y Tarazona trabajan autores como Hugo Santallensis, Platón de Tívoli, Abraham ben Ezra o Benjamín de Tudela.

Algunos de ellos pasarán más adelante a trabajar a Toledo, en donde, gracias al impulso del obispo don

Raimundo (1126-51), se crearon las condiciones favorables para unos amplios contactos, aunque, según algunos autores, muy difícilmente se podría hablar de una «escuela de Traductores» propiamente dicha. Domingo Gundisalvo, Juan Hispano, Hermann el Dálmata entre otros, cubren la primera generación de estudiosos. Hermann el alemán, Daniel de Morlay y Miguel Scoto la segunda. A través de ellos se fueron conociendo en Occidente las traducciones de las obras de Al-Farabi, Algazel, Avicena, Avicebrón, Tolomeo y los comentarios de Averroes sobre Aristóteles.

En el XIII y bajo el impulso de Alfonso X, la línea marcada años antes sigue su camino. En Toledo se traducen el *Libro de la Acafeha, El Libro del Ajedrez,* y se componen las *Tablas astronómicas.* En Murcia, la gran figura fue El-Ricotí. Su enlace con Toledo será el obispo de Cartagena Pedro Gallego. En ambas ciudades, la permanencia de importantes contingentes de población judía y árabe facilitó grandemente la tarea.

* * *

La gran eclosión del siglo XII exigió en la centuria siguiente un gran esfuerzo de asimilación y sistematización. Las Universidades europeas serán los centros en los que tal esfuerzo dará excelentes frutos.

Resulta difícil seguir la cronología del fenómeno universitario. En líneas generales, lo que conocemos bajo el nombre de *Universitas magistrorum et scholarium* y de *Studium generale* fue resultado del impacto del movimiento corporativo medieval en el mundo de los estudios. El impulso que llevó a los oficios a organizarse en corporaciones, llevó a la gente de estudios a agruparse para defender sus intereses, a fin de evitar el monopolio que sobre la enseñanza ejercía (caso de París, por ejemplo) la jurisdicción episcopal.

A propósito de las Universidades se dice en las Partidas: «Estudio es ayuntamiento de maestros y escolares, que es fecho en algún lugar con voluntad y entendimiento de aprender los saberes». De acuerdo con su origen,

J. Verger distingue tres tipos: Las «espontáneas» que, como las de París, Bolonia y Oxford, nacieron de escuelas preexistentes. Las surgidas de la «emigración» de un grupo de estudiantes de otra Universidad: caso de Orleáns, Padua y Cambridge. Por último, las «creadas» por privilegios de Papas o de monarcas: Nápoles, Toulouse o las españolas. Hay que tener en cuenta que los pontífices verán en estos nuevos centros docentes un buen instrumento para combatir la herejía.

Dos Universidades descuellan por encima de todas:

a) Bolonia, capital del Derecho, que organiza su corporación desde el siglo XII y se consolida hacia 1230 frente a las presiones de los pontífices, los emperadores y el propio gobierno comunal.

b) París, cuyos primeros privilegios datan de 1200, concedidos por Felipe Augusto. La confirmación llega en 1215 de manos de Inocencio III. De este mismo año son los Estatutos, redactados por Robert Courçon. Pueden servir de modelo para la Universidad europea en general:

—La autonomía se extiende a: la jurisdicción (con apelación directa al Papa); exención de la autoridad real y gestión (por la colación de grados y promoción a los puestos de la enseñanza: *Licencia ubique docendi*). Existe además el derecho de sus miembros a la secesión (que puede dar origen a otras universidades de «emigración») y a la huelga (una paralizó la Universidad de París entre 1229-31).

—Las cuatro facultades (Artes, Medicina, Teología y Derecho, según el modelo de París) tienen a su frente un decano. El que dirige la facultad de Artes hace de rector, dado que se trata de la facultad con mayor número de escolares y a través de ella, por tanto, se puede ejercer un mayor control de las finanzas. Dependientes del rector son los cuatro procuradores que están al frente de las «naciones» en las que los alumnos se agrupan: francesa, picarda, normanda e inglesa. Pronto aparecerán las fundaciones privadas para dar acogida a los estudiantes pobres (la creada por el confesor del rey Robert Sorbon se identificaría luego con la Facultad de Teología) o para

la formación de los miembros de las órdenes. Esto último sería motivo, en la Universidad de París, de una agria polémica en la que Guillermo de Saint Amour encabezó la oposición frente a la penetración de los mendicantes en los estudios. Hacia 1257, Alejandro IV tomó decisivamente partido por ellos y la querella quedó zanjada.

—En cuanto al régimen de estudios, los de Artes duraban seis años (hasta cumplir los 21 el escolar); los de Teología, ocho años más, y los de Medicina y Derecho entre los cuatro y los cinco años más. Los métodos de enseñanza se basaban en la «lección», a base de la lectura comentada de Aristóteles, la Biblia o las *Sentencias* de Pedro Lombardo; y la «disputa», sobre un tema elegido de antemano («Cuestiones disputadas») o improvisado («Cuestiones cuodlibetales»).

c) Antes de 1300 había ya fundadas en Europa 44 Universidades, la mayor parte de las cuales por iniciativa pontificia. Tolosa tendrá la suya en 1229, Roma en 1244, Nápoles desde 1224, Salamanca en 1243, Montpellier en 1221.

La enseñanza de carácter profundamente cristiano y el beneficio del estatuto eclesiástico a los estudiantes hicieron de la Universidad europea una verdadera «república de clérigos enseñantes, auténtica osamenta intelectual del Occidente cristiano» (Chelini). Su producto acabado es el *homo scholasticus*, con un fuerte respeto a la autoridad. En la Teología son las Escrituras, en la Filosofía Aristóteles, en el Derecho Graciano y en la Medicina Hipócrates y Galeno.

Dos Universidades acaparan la mayor parte de las grandes figuras del momento:

Oxford, con Roberto Grosseteste, traductor al latín de las obras mayores de Aristóteles y de los Padres Griegos; y, sobre todo, Rogerio Bacon (1210-1292), con sus obras *Opus maius*, *Opus minus* y *Opus tertium*. Hombre profundamente interesado por las ciencias de la observación, las enfocará como un instrumento de preparación a la exégesis bíblica.

París conoció la consolidación del pensamiento aristotélico en la obra de algunos franciscanos como San Buenaventura, aunque equilibrado por una fuerte influencia platonizante. Será con los dominicos cuando la obra del estagirita acabe imponiéndose. La batalla fue dura: desde el siglo XII la Lógica era conocida a través de Pedro Abelardo. La Física y la Metafísica aristotélicas sólo se abrieron paso «purgadas de sus errores» gracias a la mediación de Gregorio IX en 1231. Los comentadores, desde este momento, tenían el camino despejado.

San Alberto Magno, ingresado en los dominicos en 1223, acabó sus días enseñando en el Estudio de la orden en París. Abierto a Aristóteles, no se cerró, sin embargo, a otras tendencias, que fueron desde los comentarios del Evangelio a la elaboración de tratados sobre zoología, mineralogía y botánica, que le dieron fama como maestro de ciencias ocultas.

Santo Tomás de Aquino, nacido en 1226 en el seno de una familia de la nobleza napolitana, estudiante en Monte Cassino, Nápoles y Colonia, acabará teniendo un extraordinario éxito en París. Su obra inmensa puede ser agrupada (Jeauneau) en cinco categorías: comentarios bíblicos, comentarios filosófico-teológicos, cuestiones disputadas y cuodlibetales, opúsculos varios y las dos *Summas*. Más que por su originalidad, Santo Tomás destaca como ordenador y artífice de una síntesis armónica de la revelación cristiana y la filosofía aristotélica. Su obra teológica, a pesar de algunos recelos (condena de algunas de sus proposiciones por el obispo de París Esteban Tempier en 1277), acabará imponiéndose en toda la Iglesia a través de los dominicos.

Frente al tomismo que juzgó a Aristóteles de forma benevolente pero con gran independencia, al averroísmo latino, que tuvo en Siger de Bravante su mejor defensor, adoptó la postura tajante de identificar a Aristóteles con la filosofía misma. La filosofía no es tanto la búsqueda de la verdad como la investigación del pensamiento de los filósofos, y del estagirita en concreto. Verdad y filosofía eran cosas distintas. Sin embargo,

ello podía conducir al equívoco. De ahí que los detractores del averroísmo pensasen que éste defendía la tesis de las dos verdades: una filosófica y otra religiosa.

Condenados varios de los argumentos de los averroístas entre 1270 y 1277, la doctrina no murió con ello, sino que rebrotó en el siglo XIV.

La figura de Raimundo Lulio cierra el ciclo de las grandes personalidades intelectuales del XIII. Redactor de más de 250 obras en catalán, latín y árabe, hubo dos obsesiones en su vida: la refutación del averroísmo y la conversión de los musulmanes a la fe cristiana. Los principios contenidos en su *Arte Magna* constituyen un sistema completo de demostración lógica de los dogmas cristianos que habría de causar fuerte impacto en autores posteriores.

Las vías de perfeccionamiento religioso

En las altas esferas Roma trabajó para someter a los poderes locales, ahogar la disidencia y patrocinar una línea coherente de pensamiento. A otros niveles, la jerarquía eclesiástica se esforzó también por imponer su influencia, ofreciendo a las masas de fieles unas vías de salvación y perfeccionamiento.

Algunas eran creación propia; otras, producto de la religiosidad popular. Junto a los siete sacramentos, regularizados canónicamente en 1274 (II Concilio de Lyon) figuraron variadas formas de piedad. Será el culto a los santos, cuyas vidas aparecían como modelos a seguir, tal y como hizo a fines del XIII Jacobo de Vorágine en su *Leyenda dorada*. O será la práctica piadoso-penitencial de las peregrinaciones, de las que Dante destacaría tres en especial: las de Jerusalen (meta de «palmeros»), Roma (meta de «romeros») y Compostela (meta de «peregrinos» propiamente dichos).

Hacia 1300, por tanto, ningún sector de la sociedad europea parecía escapar a la influencia de Roma.

LOS CONFINES DE LA CRISTIANDAD

Al iniciarse el siglo XI, puede decirse que la Europa occidental ha superado la prueba de las segundas migraciones. El Cristianismo (bien de signo romano o bizantino), al actuar sobre nórdicos, eslavos o magiares, constituyó un excelente medio para su asimilación a las formas culturales y políticas de los pueblos que hasta entonces habían sido víctimas de sus depredaciones.

El resultado de este proceso de cristianización y de fijación en determinadas áreas geográficas será la constitución de una serie de jóvenes Estados que formarán un cinturón en torno a las dos grandes entidades políticas tradicionales de la Cristiandad: la Europa occidental y el Imperio bizantino. Estos Estados, a la larga, constituirán el escudo frente a nuevas irrupciones de pueblos: los mongoles o los turcos.

Las monarquías escandinavas

La vecindad del Sacro Imperio se va a convertir en un factor decisivo en la evolución de los Estados de la Europa nórdica.

Desde mediados del siglo X a comienzos del siglo XI se produce la conversión al Cristianismo de los monarcas de Dinamarca, Noruega y Suecia. En esta última, el paganismo había de resistir pertinazmente hasta entrado el siglo XII. Las sedes episcopales de Riba, Aarhus y Schleswig (para Dinamarca), de Nidaros, hoy Trondheim (para Noruega), y las de Lund y Upsala (para Suecia,

aunque la primera quedase bajo la influencia política danesa), fueron las encuadradoras de la vida eclesiástica en el mundo nórdico.

Con el Cristianismo romano penetraron también otros elementos occidentales: unas instituciones monárquicas más avanzadas; unas corrientes de signo feudalizante que dificultan en ocasiones el reforzamiento de poderes por parte de los monarcas; y unas nuevas formas económicas (de resultas de los contactos con las ciudades alemanas del Báltico) que abren brecha en el cerrado panorama agrícola y pastoril del mundo nórdico.

Desde comienzos del siglo XI, se suceden algunos proyectos de soberanos daneses y escandinavos, de acometer una política expansiva más coordinada que las anárquicas operaciones de sus antecesores los piratas normandos:

En Dinamarca, el intento de Canuto el Grande de crear un imperio sobre el Mar del Norte (según expusimos en otro capítulo), fue quizás la empresa de mayor envergadura. Fracasada a la larga, sus sucesores vieron en el Báltico el mejor campo de expansión. Así lo comprendieron Valdemar I el Grande y Valdemar II el Victorioso. Bajo este último (1202-1241), las fuerzas danesas alcanzaron Pomerelia, Estonia y Curlandia. Pero chocaron con obstáculos insalvables de lado alemán: las ciudades de la Hansa, los príncipes territoriales alemanes y los caballeros de las Ordenes Militares de cuño germánico. Dinamarca tuvo que abandonar sus ambiciosos planes imperialistas.

Del lado noruego, la monarquía se vio repetidas veces mediatizada por la Iglesia nacional que, en el Parlamento de Bergen (1164), pretendió intervenir en la elección de monarca. La política expansiva se orientó preferentemente a la consolidación de posiciones en los nuevos países colonizados: el eje Orkadas-Shetland-Feroe-Islandia-Groenlandia.

Del lado sueco, los fracasos en la política expansiva hacia Novgorod (derrota del Neva en 1240) se compensaron con la consolidación de los avances logrados en el

sur de Finlandia y con las buenas relaciones mantenidas con la Hansa teutónica. A fines del siglo XIII, bajo Magnus I, la nobleza sueca se organiza sobre unos criterios feudalizantes de signo occidental.

Los eslavos balkánicos

Los primeros Estados eslavos organizados se forman en este área en el siglo IX: es lo que F. Dvornick ha llamado el «primer Imperio yugoslavo», desintegrado por la presión franca, búlgara y bizantina. En la centuria siguiente se asiste a la aparición de nuevas entidades, que alcanzan su plenitud en el XI. Algunas declinan, hostigadas por bizantinos, húngaros, venecianos y mongoles. Otras superan la prueba.

Croacia consiguió mantener desde comienzos del X y durante siglo y medio una cierta prosperidad, pese a las presiones de sus vecinos venecianos (que ocuparon las ciudades de la costa dálmata) y bizantinos (asentados en el valle del Neretva). El cisma de 1054 fue el golpe mortal para una Croacia escindida en dos partidos: el popular pro-griego y el latino. Este último para evitar la rapiña veneciana y normanda se echó en manos de la monarquía húngara que, por la «Pacta Conventa» de 1102, se incorporó el territorio, previo compromiso de mantener las libertades de la nobleza feudal croata.

Destino semejante corrió Bosnia, presionada entre griegos y latinos y refugio, desde fecha temprana, de los bogomilos, que huían de las persecuciones religiosas. A comienzos del XI será integrada dentro del Estado húngaro.

Bulgaria, convertida en provincia bizantina tras la destrucción del Imperio eslavo-macedón de Samuel, irá recuperándose lentamente desde fines del siglo XII, al calor de las dificultades que atraviese Constantinopla (tomada por los cruzados en 1202). Bajo Asen II (1218-1241), el nuevo Imperio búlgaro se extiende desde el Mar Negro hasta el Adriático. Las conflictos religiosos y los ataques mongoles (peligro común a todos los Esta-

dos eslavos) acabarán debilitando esta construcción política.

Serbia trató de convertirse, desde la muerte de Basilio II Bulgaróctono, en el aglutinante de todos los eslavos balkánicos. Las graves dificultades para el proyecto (derivadas de las rivalidades entre los distintos grupos tribales, de la presión húngara y de la reacción bizantina bajo los Comnenos) fueron superadas desde mediados del XII por la dinastía de los nemánidas. Uno de sus representantes, San Savas, creará una Iglesia nacional serbia. La penetración de las corrientes feudales y el nacimiento de algunos núcleos urbanos fueron otras tantas vías a través de las que el país experimentó un cierto proceso de occidentalización. A fines del siglo XIII cabe hablar ya de la existencia de una Gran Serbia con el río Morava como eje.

Los Estados de la Europa central

A lo largo del siglo X, surgen en la frontera oriental del Sacro Imperio tres Estados que, en cierta medida, serán un obstáculo para las miras expansivas germánicas.

Polonia logra consolidar su independencia nacional frente a los Otones desde el momento en que el gran duque Mezsco I se convierte al Cristianismo (966). Bajo sus sucesores, la presencia alemana se dejará sentir por otros conductos distintos a los estrictamente políticos: penetración de colonos y mercaderes y dotación de sedes episcopales (Poznan, Gnessen, Cracovia, Breslau y Kolberg) cuyos titulares se encuentran más de una vez vinculados al mundo germánico. Con Boleslao I (992-1025), a los primitivos ducados constitutivos de Polonia (Gran Polonia, Cujavia, Mazovia y Podolia) se sumarán las marcas de Lusacia y Misnia. Bajo Casimiro el Restaurador y Boleslao II se aplastará el paganismo en Silesia y se procederá a la conquista de Pomerania. Pero, con el Cristianismo, Occidente exportó a Polonia

las instituciones feudales que, desde 1138, introducen la costumbre del «seniorado». En virtud de ella el monarca sería, en lo sucesivo, como titular del ducado de la Pequeña Polonia, una especie de *primus inter pares*. La realeza polaca quedaba con ello sumamente debilitada, en unos momentos en que el *drang nach Osten* estaba consiguiendo éxitos notorios. A mediados del XIII, la irrupción mongola alcanzó el ducado de Silesia, en donde los polacos sufrieron una terrible derrota (batalla de Liegnitz). La retirada inmediata de los invasores permitió un respiro al país. Su recuperación habría de producirse, sin embargo, en la centuria siguiente.

La cristianización de Bohemia tiene lugar a lo largo del siglo X tomando como base principal el obispado de Praga que, bajo San Adalberto, se convierte en foco difusor de la cultura latina entre los checos. Desde la elevación del duque Vretislao a la categoría de rey (1086) con entrada en el colegio de electores, Bohemia se constituye en pieza esencial del Sacro Imperio. Mercaderes alemanes darán vida a las ciudades del Cuadrilátero. A mediados del XIII, aprovechando las dificultades del Imperio y de la realeza polaca, Bohemia se convierte en la gran fuerza política de la Europa central. La subida de los Habsburgo al poder frenó —como ya hemos visto antes— esta fulgurante carrera.

Esteban I (997-1038) fue el creador de la realeza cristiana húngara. El arzobispado de Gran se convirtió en el instrumento de irradiación de la nueva religión. Durante siglo y medio, los monarcas húngaros llevan a cabo una fructífera labor de expansión (Croacia, Bosnia) y de occidentalización del país. Esta, sin embargo, como en los países vecinos, tendrá su lado negativo, ya que si bien introdujo nuevas formas económicas (desarrollo de una incipiente vida urbana) contribuyó también a un reforzamiento del poder del clero y la alta nobleza. En 1225, Andrés II hubo de conceder una «Bula de Oro», por la cual sancionaba los privilegios y garantías que estos dos grupos disfrutaban. A la vez que Polonia, Hungría sufrió en 1241 los efectos de la fulgurante incursión mongola. A concluir la centuria, la

dinastía de los Arpad, fundadora de la realeza húngara, se extinguió.

Los principados rusos

Los inicios de la definitiva conversión del mundo ruso se pueden hacer arrancar del 988, momento en que el príncipe de Kiev, Vladimiro, fue bautizado. La Iglesia rusa se organizó sobre el modelo de la bizantina, articulándose en siete diócesis, de las cuales cinco asentadas en Ukrania. La de Kiev contó, desde 1051, con un titular ya ruso y no griego: el patriarca Hilarión. Los contactos con Constantinopla prosiguieron por la vía comercial: Kiev facilita a los griegos mercenarios, esclavos, cera, miel y otra serie de materias primas. La Rusia kieviana recibe, como contrapartida, de Constantinopla, metales preciosos y productos de lujo, necesarios para hacer brillar a la corte de los Grandes Príncipes.

La época de Yaroslav el Sabio (1019-1054) fue la edad de oro de la Rusia kieviana. En estos años fueron construidas las catedrales de Santa Sofía de Kiev y de Novgorod y se fundaron los primeros monasterios en territorio ruso. Las normas jurídicas quedaron compiladas en el primer código del mundo ruso, el *Russkaia pravda*. Los contactos con Occidente fueron mantenidos por Yaroslav a través de una intensa política de enlaces dinásticos que alcanzó a todos los rincones de Europa, desde Hungría a la Inglaterra anglosajona.

A la muerte de Yaroslav se inicia un largo período de crisis. Desde este momento (1054) hasta la irrupción mongola (1223) se han contabilizado hasta ochenta y tres guerras intestinas en una Rusia dividida en más de sesenta principados. En 1096, Vladimiro Monómaco, a fin de conjurar la crisis, patrocinó una asamblea de príncipes de la que salió una reestructuración del espacio ruso en base a una asociación de Estados entre los cuales Kiev no tenía más que una mera preeminencia honorífica. Su potencia se vio sensiblemente mermada

con la lenta reapertura del Mediterráneo al tráfico de los occidentales, situación que fue en grave detrimento de Kiev, hasta entonces zona obligada de paso.

Frente a él, otros principados empezaron a despuntar a lo largo del siglo XII y comienzos del XIII: Tchernigov, Pereyaslav, Susdal, Novgorod, etc. El príncipe se encuentra en ellos rodeado de una asamblea de nobles terratenientes, los boyardos, que desempeñan las altas funciones. La masa de campesinos admite tres categorías: libres, asalariados y esclavos de diversa procedencia. La población de los núcleos urbanos —artesanos y mercaderes— marca en algunas localidades una fuerte impronta: el caso de Novgorod es sumamente significativo. A diferencia de Kiev, Novgorod se ve profundamente influenciada por la presencia de elemento germánico. Un patriciado de mercaderes y propietarios rurales hizo de ella una especie de ciudad-república en la que el príncipe desempeñaba un escaso papel; el gobierno queda en manos de un Consejo, con un jefe militar (el «hertzog») y otro civil (el «possadnik», especie de burgomaestre).

En 1223, los mongoles hicieron acto de presencia en el espacio ruso. Una coalición de príncipes eslavos fue destrozada a orillas del Mar de Azov, en la batalla de Kalka. En los años siguientes vendría el golpe definitivo para la independencia de los distintos principados: entre 1236 y 1240 cayeron en poder de los mongoles Riazan, Vladimir, Susdal y Kiev. De esta forma, tuvieron el camino libre hacia la Europa central.

La mayor parte del espacio ruso quedaba sometido al khanato mongol de la Horda de Oro, con capital en Sarai (Bajo Volga). El principado de Novgorod a duras penas pudo mantener su independencia, sometido a tributo y presionado además por los suecos y las Ordenes Militares germánicas. Los éxitos militares y diplomáticos de Alejandro Nevski a partir de 1240 dejaron abierto un portillo a la esperanza.

La intervención de los caballeros occidentales en Tierra Santa mostró que constituían la única fuerza, a pesar de sus limitaciones, capaz de contener el peligro musulmán en Oriente. El Imperio de Constantinopla entra, a lo largo del siglo XII, en una fase de decadencia irremediable. Una nueva derrota a manos de los turcos, en Miriocéfalo (1176), reforzó la imagen de ineficacia militar que se había forjado años atrás. Las ciudades comerciales italianas (Venecia, Génova, Pisa) y los normandos de Sicilia se aprestaron durante los últimos años de la centuria a ser los herederos económicos y políticos de Constantinopla. El renacimiento del Imperio búlgaro y la creación del reino nemánida de Servia fueron el golpe de gracia para la autoridad bizantina en los Balkanes.

El destronamiento de los Comenos en 1182 dio paso a una gravísima crisis en la capital, con ribetes de auténtica xenofobia antioccidental. Por entonces empezó a abrirse paso la idea de una Cruzada contra Bizancio. Tras distintas peripecias, el proyecto desembocó en la toma de Constantinopla por los latinos el 13 de abril de 1204. Balduino, conde de Flandes, fue coronado emperador.

La «solución franca» (R. Grousset) para el Imperio de Oriente fracasó desde sus comienzos. Los emperadores «latinos» no tuvieron una autoridad efectiva que rebasase los límites de la capital. Buena parte de Grecia fue repartida en una serie de principados feudales y factorías mercantiles. Por otro lado, diversas familias bizantinas crearon Estados independientes en el Epiro, Trebisonda y Nicea. La intervención mongola en el Asia Menor, que destruyó la potencia de los turcos seldjúcidas (1243), benefició indirectamente a los niceanos. De ellos partió la reacción que en 1261 provocaría la caída del nominal Imperio latino de Oriente. La dinastía de los Paleólogos, apoyándose en la ayuda económica genovesa, se hizo con el poder. Su primer representante, Miguel VIII, excomulgado por el Papa logró *in ex-*

tremis (matanza de las Vísperas Sicilianas) evitar una nueva intervención masiva de los occidentales. Sin embargo, el poder de los nuevos emperadores nacionales no era superior al de sus antecesores «latinos»: a finales del siglo XIII el Asia Menor estaba ya prácticamente perdida.

Tan perdida como las esperanzas de una reunificación de las Iglesias de Roma y Constantinopla. El acuerdo logrado por ambas en el II Concilio de Lyon de 1274, habría de tener una duración puramente episódica.

HACIA LA RUPTURA DEL EQUILIBRIO EN LA EUROPA OCCIDENTAL

La relativa estabilidad alcanzada por las monarquías occidentales a mediados del siglo XIII tiende a desembocar, desde fines de la centuria, en una serie de tensiones. Estas se desarrollarán en dos planos:el institucional y el de las relaciones internacionales. El período en torno a 1300 puede tomarse, así, como el prólogo de la crisis general de la Baja Edad Media.

Los últimos Capeto. El desplazamiento hacia Francia de la pugna Estado-Iglesia

El sucesor de San Luis, Felipe III, hombre de menos voluntad que su padre, supo aprovechar la aureola de prestigio de que se había rodeado la monarquía francesa. Bajo su gobierno (1270-1285), los dominios de su tío Alfonso de Poitiers (Poitou y Tolosa) revirtieron a la Corona a la muerte de su titular. El pequeño reino de Navarra pasó también a la órbita política francesa desde 1274.

Felipe IV el Hermoso (1284-1314) es, por su actuación política, una figura equiparable a Felipe Augusto y Luis IX.

Su personalidad sigue siendo enigmática. Sus detractores se han complacido en oponer la «leyenda dorada de San Luis a la leyenda negra de Felipe» (Le Goff). Su proceder estuvo cargado de contradicciones: hombre devoto como su abuelo, pero político a menudo indecoroso e hipócrita. Los numerosos escándalos y vergonzosos

procesos hablan por sí solos. Hay que tener en cuenta, no obstante, que muchas de las impopulares medidas que el monarca y sus consejeros tomaron, lo fueron en momentos particularmente delicados que anunciaban lo que iba a ser la gran crisis del siglo XIV. Las devaluaciones monetarias (se acusará al rey de «monedero falso»), la arrogación de ciertos derechos económicos, la represión de algunas revueltas artesanales, etc., han de ser explicadas dentro de este contexto.

Pero la política de autoritarismo monárquico y de impulso a los mecanismos institucionales arrojó un saldo positivo. Con Felipe IV puede decirse que se concluye la obra iniciada por los primeros Capeto. A ello colaboraron una serie de consejeros, legistas romanistas cuya inteligencia corrió pareja muchas veces con la mayor falta de escrúpulos: Pedro de la Flotte, Enguerand de Marigny, Henri de Sulli y Guillermo de Nogaret. Bajo su impulso, los mecanismos administrativos alcanzaron su apogeo y la autoridad de los bailíos rebasó los dominios estrictamente reales. Nunca el territorio francés (a pesar de la existencia de grandes principados feudales) se pareció tanto a un reino perfectamente definido, al margen de cualquier concepción de signo político universalista. La expresión de esta Francia como una entidad no sólo política sino también moral, quedó reflejada en la convocatoria de la primera gran asamblea estamental francesa, pareja al parlamento inglés o las Cortes hispánicas: los Estados Generales.

La política de «unidad nacional» fue paralela a la de consolidación institucional. Se plasmó en las intervenciones de Felipe IV en el condado de Flandes, en las incorporaciones de Henao, Bar y el condado de Borgoña y en el intento de «confiscación» de Guyena a los ingleses, so pretexto de la negativa de Eduardo I a admitir la autoridad del Parlamento de París para solventar los problemas que surgieran en el territorio. En este roce anglo-francés se incubaba ya lo que en los años siguientes iba a ser la Guerra de los Cien Años.

* * *

Los conflictos más espectaculares protagonizados por Felipe IV fueron aquellos con un mayor transfondo espiritual.

En 1294, Bonifacio VIII accedía al solio pontificio. Su enfrentamiento con Felipe IV se desarrolló en una auténtica escalada de roces que llegaría a su mayor grado de dramatismo en el atentado de Anagni de 1302. La primera chispa saltó con la promulgación de la bula *Clericis laicos* en 1296, por la que se prohibió a los eclesiásticos la concesión de subsidios para asuntos temporales. La tensión inicial decreció en los años siguientes, en que el Papa promovió la canonización de Luis IX. El tiempo fue aprovechado por el pontífice para ganar posiciones al calor de las dificultades por las que atravesó el monarca en aquellos momentos. El 1300 fue declarado año jubilar, circunstancia que canalizó una gran corriente peregrinatoria a Roma. Ello hizo pensar a Bonifacio VIII que disponía de un enorme respaldo moral en toda la Cristiandad. De ahí, la promulgación en los dos años siguientes de tres nuevas bulas: dos de ellas fueron dirigidas personalmente contra el monarca francés, en defensa de la independencia de la jurisdicción eclesiástica. La tercera, la *Unam Sanctam* (1302), defendía la tesis de que «estar sometido al pontífice romano es para toda criatura necesidad de salvación...», y se abogaba ásperamente por el mantenimiento de las libertades eclesiásticas.

Como en tiempos de Gregorio VII y Enrique IV, se desató en estos años una verdadera guerra de libelos. Los defensores de la teocracia (Egidio Romano, Jacobo de Viterbo) sostuvieron que la Iglesia poseía el dominio real, mientras que a los príncipes sólo les correspondía el dominio útil. Por ello la potencia temporal sólo podía alcanzar sus fines de acuerdo con la espiritual. Los autores hostiles a la teocracia mantuvieron posturas que oscilaron entre la defensa de la independencia de los dos poderes (Juan de París) y el simple despojo de los bienes temporales de los pontífices como primera fase para una reforma a fondo de la Iglesia (Pierre Dubois) de la que Francia se debía hacer patrocinadora.

En tal situación, Felipe IV dejó actuar a Guillermo de Nogaret. El consejero real irrumpió en Anagni, residencia pontificia, en donde Bonifacio VIII fue gravemente humillado. Aunque consiguió ser liberado y trasladarse a Roma, murió al poco tiempo. Sus sucesores no se atrevieron a proseguir la polémica; en 1309, Clemente V trasladaba la sede papal a Aviñón. La victoria de la monarquía francesa era de una gran importancia.

* * *

El proceso de los Templarios ha contribuido, quizá más que el enfrentamiento con el pontificado, a crear la aureola siniestra que ha rodeado a Felipe IV.

Era cierto que, como instrumento militar, la Orden había perdido bastante de su razón de ser desde el momento (1291) en que los latinos fueron definitivamente expulsados de Tierra Santa. El Temple no sólo poseía enormes riquezas, sino que era el auténtico banquero del rey y de los grandes señores. De ahí que, en momentos económicamente difíciles para la monarquía francesa, los bienes de la Orden fueran una apetecida presa. Desde 1305, los consejeros de Felipe fueron creando el clima necesario que habría de desembocar en el arresto de todos los miembros del Temple en territorio francés. El inicuo juicio que se inició contra ellos incluía una serie de acusaciones extraordinariamente graves: delitos de blasfemia, sodomía, prácticas de ritos esotéricos, etc. La intervención pontificia no tuvo ningún valor; por el contrario, el concilio celebrado en Vienne en 1311-12 bajo presión del rey de Francia procedió a la disolución de la Orden. Su maestre Jacques de Molay y un grupo de caballeros fueron condenados a la hoguera dos años después. La Orden quedaba abolida. Sus bienes fueron transferidos a las demás órdenes, o sirvieron de base para la fundación de otras de nuevo cuño: Montesa en Aragón o la Orden de Cristo en Portugal.

A Felipe IV, muerto en 1314, le sucedieron en un breve período de catorce años sus tres hijos, Luis X,

Felipe V y Carlos IV. Con ellos se extingue la dinastía Capeto.

La Inglaterra de los primeros Eduardos: la lucha por la estabilidad constitucional

El vencedor de Simón de Montfort en Evesham, el príncipe Eduardo, ascendió al trono a la muerte de Enrique III en 1272.

a) La labor legislativa y administrativa le ha valido a Eduardo I el apelativo de «Justiniano inglés». Con él, se asiste a un perfecto equilibrio entre la autoridad real y las nuevas fuerzas político-sociales surgidas durante las pasadas crisis.

El primer paso de esta importante tarea estuvo marcado por la creación de una comisión de encuesta (el «Quo warranto») encargada de actualizar el «Domesday book». Entre 1275 y 1278 se fueron sucediendo una serie de disposiciones legales (Estatutos) que abarcaron desde la atención a los créditos comerciales a la reglamentación de la justicia. En 1295 fue reunido el «Parlamento Modelo», un nuevo paso en la perfilación de la Cámara de los Comunes esbozada bajo Simón de Montfort, y expresión del equilibrio de fuerzas a que se había llegado entre el poder real y el parlamento. A pesar de las dificultades por las que la monarquía atraviesa en los años inmediatos, Inglaterra era hacia 1300 el Estado mejor organizado de toda la Europa occidental.

b) La política exterior de Eduardo I fue menos afortunada, aunque el saldo no se pueda considerar, en absoluto, como negativo.

En Gales, reducto del celtismo, el monarca combatió duramente, en especial desde 1282, contra una tenaz resistencia nacional encabezada por el príncipe Llewelyn. El país fue sometido a un duro régimen de ocupación. La concesión al heredero del título de «Príncipe de Gales» fue la fórmula elegida para evitar que el territo-

rio fuera pasto de las ambiciones expansivas de los barones ingleses.

El problema escocés presentó más aristas, a pesar de que, desde 1286, los grandes clanes familiares (Baliol, Bruce, etc.) mantenían en él una guerra civil endémica. El sometimiento de Escocia exigió de Eduardo una amplia política de gastos que sólo mediante el asentimiento del Parlamento podía resultar viable. Durante algunos años, en torno a 1300, los objetivos político-militares parecieron alcanzarse por el monarca inglés. Pero, al producirse su muerte, la rebelión retoñó en Escocia.

La política gascona de Eduardo I apuntó en dos direcciones: el reforzamiento de las relaciones económicas de esta franja de la antigua Aquitania con Inglaterra (Burdeos es la proveedora de vino de las Islas Británicas), y el apuntalamiento de la presencia inglesa en el país frente a las aspiraciones de Felipe el Hermoso. La «confiscación» de Guyena por el Capeto (1295) habría de volverse contra él y sus sucesores. El «Parlamento Modelo» permitió a Eduardo agrupar a todas las fuerzas políticas inglesas en torno a su persona frente a las pretensiones francesas. A la larga, como ya expusimos anteriormente, el problema de Guyena constituirá uno de los pretextos para la posterior intervención masiva inglesa en el continente reanudando el viejo conflicto anglo-francés.

* * *

En los veinte años de gobierno de Eduardo II, la obra de su antecesor estuvo a punto de sufrir un serio deterioro. La guerra de Escocia, mal conducida, y la entrega del poder a favoritos, como el bearnés Pedro Gaveston y el conde Hugo Despencer, enfrentaron al rey con los barones y el Parlamento, que pusieron a su frente a Tomás de Lancaster. Hasta 1322 gobernaron de hecho en el país amparados en el desprestigio personal del rey. En este año, Eduardo pareció recuperar la iniciativa tras una victoria sobre sus rivales. Pero la oposición se organizó entonces en torno a la reina Isabel

y a su amante Rogerio Mortimer. En 1327 el monarca fue obligado a abdicar y desapareció misteriosamente. Durante tres años, la reina y Mortimer gobernaron en nombre de un menor, el príncipe Eduardo, que, al fin, a través de un golpe de fuerza, se deshizo de sus tutores. Se inició con ello uno de los más largos reinados de la historia de Inglaterra.

Los reinos hispano-cristianos. Dificultades internas y expansión exterior

En los dos grandes Estados hispano-cristianos (las Coronas castellano-leonesa y catalano-aragonesa), el forcejeo entre los monarcas y la nobleza alterna con los primeros pasos de una política exterior de signo claramente expansivo.

a) A la muerte de Alfonso X se abre la primera gran crisis de la Castilla del siglo XIII. Al calor de la pugna dinástica, mantenida por los infantes de la Cerda (hijos del fallecido primogénito de Alfonso X), la aristocracia castellana (la «nobleza vieja» en expresión de Salvador de Moxó) trató de impedir el reforzamiento de la autoridad real. Los parientes cercanos de los monarcas Sancho IV y su hijo Fernando IV y los grandes magnates (los Lara, López de Haro, etc.) mantuvieron a Castilla en una continua tensión acentuada por dos minoridades en un lapso de ocho años. El estado llano de las ciudades y algunos miembros de la pequeña nobleza fueron los mejores valedores de la autoridad monárquica en los momentos difíciles.

Desde 1325, al ser reconocido mayor de edad Alfonso XI, se abre para la Corona de Castilla un período realmente brillante. El aplastamiento de la turbulenta nobleza tuvo su paralelo en una intensificación del proceso de centralización plasmado en los «Ordenamientos de Alcalá» de 1348.

Frente al Islam, Alfonso XI dio culminación a la batalla del Estrecho —cuyo dominio era vital para los

castellanos— iniciada bajo Sancho IV con la toma de Tarifa en 1292. El mayor peligro no procedía del pequeño reino de Granada, sino de los benimerines, la nueva potencia norteafricana. Tras distintas alternativas, el choque decisivo tuvo lugar en 1340 a orillas del Salado, resolviéndose con un rotundo éxito castellano. Algunos años después, Alfonso XI tomaba Algeciras. El peligro africano quedaba definitivamente conjurado.

b) Las Vísperas Sicilianas (1282) permitieron a la Corona de Aragón instalarse en la Isla. El choque angevino-aragonés se resolvió en los primeros años en una serie de rotundos éxitos de las naves catalanas, mandadas por Roger de Lauria, en las aguas del Mediterráneo occidental.

Los acuerdos de Anagni (1295) y Caltabellota (1302) constribuyeron a deslindar las esferas de acción de las dos dinastías rivales. La de Aragón consolidó sus posiciones en el eje Cataluña-Baleares-Sicilia.

Bajo Jaime II (1291-1327), la confederación catalano-aragonesa acumuló nuevos éxitos internacionales. Cerdeña quedó dentro de su órbita política, aunque su pacificación sería labor de varias generaciones. En relación con Castilla, el tratado de Monteagudo (1291) jugó con una hipotética división del Mogreb entre castellanos y aragoneses, con el río Muluya como divisoria. Pero el mayor éxito de Jaime en relación con sus vecinos peninsulares fue la incorporación a su Corona de parte del reino de Murcia en 1304: Guardamar, Alicante y Elche. En estos mismos años, la «Compañía catalana» —los almogávares— llevaban a cabo su gesta en Oriente frente a turcos, bizantinos y señores francos de Grecia.

Como contrapartida de esta brillante política exterior, los monarcas catalano-aragoneses se encontrarán en dificultades frente a la nobleza aragonesa. Agrupada en una poderosa Unión, logró, por el Privilegio General (1283), garantizar sus privilegios y exenciones y exigir al monarca el que contase con el consejo de ricos hombres, caballeros y ciudadanos a la hora de tomar decisiones que afectasen de forma decisiva al reino. La tensión

entre la aristocracia aragonesa y la realeza se va a convertir en una constante durante toda la primera mitad del XIV.

c) Bajo el reinado de Don Dionís (1279-1325), Portugal conoce el momento de plenitud de su historia medieval. Concluida años antes la Reconquista y delimitadas las fronteras con Castilla (tratado de Alcañices de 1297), el «Rei lavrador» dio un fuerte impulso a las actividades económicas y culturales. Bajo su iniciativa se crearon numerosas ferias francas, se protegieron las explotaciones mineras, se organizó una marina nacional colocada bajo la dirección del genovés Manuel Pessagno y se fundó el Estudo Geral, germen de la futura Universidad de Coimbra.

La consolidación del poder real será un hecho palpable con Alfonso IV (1325-1357). Bajo su impulso se creará un aparato judicial (Juizes da fora, corregedores, desembargadores do Paço) que habrá de mostrar una probada eficacia. Los reinados de sus sucesores (Don Pedro y Don Fernando) enlazan ya con la crisis general de la Baja Edad Media.

CUARTA PARTE

LA BAJA EDAD MEDIA (SIGLOS XIV Y XV): LA CRISIS DE LA SOCIEDAD MEDIEVAL

1

LA CRISIS ECONOMICA Y SOCIAL DE LA BAJA EDAD MEDIA

Hablar de crisis general de la Baja Edad Media europea resulta ya un lugar común dentro de los estudios de Historia medieval. Los siglos XIV y XV (el «otoño de la Edad Media» según la expresión de Huizinga) son el período de desgaste de unas estructuras materiales y mentales configuradas en las anteriores centurias y el puente hacia la Modernidad. De ahí que en distintas ocasiones se les haya querido negar una personalidad propia. Crisis política (Guerra de los Cien Años), crisis espiritual (Cisma de Occidente, conciliarismo, movimientos heterodoxos que preludian la Reforma protestante, etc.) y, sobre todo, por lo que concierne a este capítulo, crisis económica y social.

Sobre este último extremo se ha venido insistiendo desde hace ya muchos años. En 1933, Henri Pirenne, en su *Historia económica y social de la Edad Media,* se expresó en los siguientes términos: «Se puede considerar el principio del siglo XIV como el término del período de la expansión de la economía medieval.» Tal afirmación se mostró extraordinariamente fructífera. Desde entonces hasta la fecha, han sido numerosos los estudios que sobre la «crisis de los siglos XIV y XV» han visto la luz: Postan, Perroy, Verlinden, van Werveke, Graus, Hilton, Heers, Mollat-Wolff, Valdeón, Bois, etc... se encuentran entre los historiadores que han buceado en la problemática planteada por las transformaciones socioeconómicas del Bajo Medievo.

Problemática e interpretación de la crisis

Resulta tarea difícil fijar los rasgos generales bajo los que la crisis del Bajo Medievo se movió en Europa. El problema resulta sumamente complejo por cuanto cada región puede presentar unos matices sensiblemente distintos de los de su vecina. Podemos, por tanto, plantearnos una serie de interrogantes cuyas respuestas variarían de un lugar a otro.

a) Los distintos factores que han incidido en la crisis han sido analizados por los autores con vistas a la creación de una línea metodológica que permita sistematizar de forma coherente su estudio:

—En 1949, E. Perroy indicó que una serie de crisis que se sucedieron en el XIV mantuvieron durante el siglo una paralización de la economía y una «situación de contracción sostenida». Se refería en concreto a: la crisis frumentaria que sacudió Europa, particularmente entre 1315 y 1320; la crisis financiera y monetaria, entre 1333 y 1345, que provocó la ruina de la banca florentina de los Bardi, Peruzzi, Acciaioli, etc.; y, en definitiva, la crisis demográfica, ligada de forma esencial a la catástrofe provocada por la peste negra de 1348.

—Los autores marxistas y no marxistas se han enfrentado a la hora de dar una explicación general de las grandes conmociones sociales que sacuden la Europa de los dos siglos finales del Medievo. Para los no marxistas, las causas se encuentran en un fenómeno de recesión económica. Para los marxistas se trata de algo más profundo: es la crisis de la feudalidad. Desde el siglo XIV se aprecia ya una contradicción entre las fuerzas productoras y las relaciones de producción (J. Kuczinski). Pero el feudalismo (considerado como modo de producción) no se disolverá de inmediato sino que seguirá perviviendo, frente a la presión de las primeras formas capitalistas en la ciudad y en el campo, a lo largo de los siglos siguientes, e incluso se recrudecerá en algunas de sus manifestaciones de opresión hacia el

campesinado. Para Mollat y Wolff, las causas de las conmociones sociales del Bajo Medievo tienen matices tanto estructurales como coyunturales, que se arrastran ya desde mediados del siglo XIII.

—No ha sido tampoco menor el conflicto entre historiadores a la hora de calificar a los movimientos sociales de los siglos XIV y XV: ¿revoluciones o revueltas? La discusión puede derivar en el puro bizantinismo. Siguiendo la pauta trazada por Engels en *Las guerras campesinas en Alemania*, autores de distinto signo (Macek, Wolff-Mollat) han utilizado el término «revolución». G. Fourquin habla de «levantamientos populares». J. Valdeón (refiriéndose a la Corona de Castilla) prefiere la utilización del amplio concepto de «conflictos sociales». El problema no estaría, así, en la utilización de un concepto determinado, sino más bien en fijar la naturaleza de las fuerzas en pugna. En efecto, corremos el riesgo de trasponer situaciones actuales e ideas demasiado generales (la «lucha de clases», por ejemplo) a una época —el Bajo Medievo— en la que la sociedad se encuadra dentro de unos marcos particulares y en la que el sentido de determinados conceptos adquiere peculiares matices. Así, el término «popolo» no designa a la masa popular (en el caso de la ciudad de Florencia), sino sólo a los miembros de las artes mayores y medianas, privilegiados en definitiva. Movimientos en apariencia «democráticos» no sirven (Nuremberg en 1348 o Datzig en 1378) para facilitar el acceso a los puestos de gobierno más que a los maestros de oficios, no a los oficiales o a la masa de obreros no cualificados. Más que de lucha de clases, ¿no se podría hablar las más de las veces de pugna entre élites? ha sugerido G. Fourquin. Por otra parte, advierte este mismo autor, muchas de las conmociones populares del Medievo tienen un sentido más «reaccionario» que «revolucionario» y terminan en el vacío. El papel de las «solidaridades verticales» entre los distintos grupos sociales o a nivel de clientelas de las grandes familias, hace rendir como muy problemática la solidaridad de «clase» en épocas de revuelta.

—Distintos factores —de orden jurídico, político, fis-

cal— son capaces de desencadenar un conflicto. Las explosiones, también, pueden ir cargadas de un fuerte contenido emocional en el que los sentimientos religiosos jueguen un importante papel. La «revolución husita» en Bohemia, aunque con un fuerte trasfondo nacional y socioeconómico, tuvo, ante todo, un marcado cariz religioso. Las explosiones antisemitas de la Península Ibérica desde fines del XIV son otro ejemplo digno de tenerse en cuenta. Frecuentemente, el papel de predicadores populares sirve de aliciente en el contexto de un movimiento subversivo.

—Con frecuencia se ha tratado de deslindar ciudad y campo a la hora de fijar una tipología en los conflictos sociales. Los dos ámbitos pueden, en efecto, tener unas peculiaridades propias, pero es preciso tener en cuenta que la ciudad medieval fue, en muchas regiones de Europa, un ente caracterizado por un profundo ruralismo. Algunos fenómenos, por otro lado, como el hambre, la peste y la guerra afectan por igual a los medios ciudadano y campesino.

—La existencia de un poder monárquico sólido contribuye a amortiguar los efectos de las conmociones. Donde este poder no se da, caso de las ciudades italianas, acabará imponiéndose alguno de signo semejante (podestás, condotieri, duques...) que devolverá la estabilidad a cambio de la claudicación de los ciudadanos en sus derechos.

b) La fijación de una cronología en el desarrollo de los acontecimientos resulta una difícil tarea. El libro de M. Mollat y Ph. Wolff *Ongles bleus, Jacques et Ciompi. Les revolutions populaires en Europe aux XIV et XV siècles* puede servir, con algunas matizaciones, de pauta.

Los primeros síntomas de la crisis se han fijado por algunos autores ya antes de 1300. Paul Labal ha dicho que la Europa posterior a 1250 nos da la imagen de una «sociedad bloqueada». En todo caso, las raíces del descontento hay que encontrarlas en el mismo desarrollo económico que el Occidente experimentó durante la plenitud del Medievo, que produjo unos fuertes desnive-

les sociales. En el caso de las ciudades, la hostilidad hacia el patriciado urbano será tanto mayor, por cuanto «la dominación económica de los ricos se redobla por el acaparamiento del gobierno municipal» (Wolff-Mollat). La primera fase de los conflictos está marcada por el enfrentamiento entre los «grandes» y los «medianos» y cubre la primera mitad del siglo XIV: maitines de Brujas, revuelta del litoral flamenco, agitación promovida por Jacobo van Artevelde, etc. El segundo momento (años centrales del siglo XIV) está marcado por las revueltas contra la miseria: revueltas de los «jacques», movimiento comunal de Esteban Marcel, etc. La tercera etapa (la segunda mitad del siglo XIV) es considerada como la de «los años revolucionarios»: tumulto de los ciompi en Florencia, los tuchins en el sur de Francia, los maillotins en París, y las guerras civiles de Castilla y Portugal, que suponen algo más que el simple cambio de una dinastía por otra. Por último, el siglo XV cubre una amplia gama de movimientos —los «conflictos viejos y nuevos»— muchos de los cuales se desenvuelven con el trasfondo de guerras abiertas: caso del movimiento cabochien de París o de la revolución husita. Otros (la guerra de los campesinos en Alemania) constituyen la primera parte de un conflicto que se alargará hasta el siglo XVI. En la Península Ibérica, en definitiva, los conflictos sociales adquieren diversidad de matices según las regiones: irmandiños de Galicia, forans de Mallorca y el movimiento revolucionario de Cataluña, el más complejo de todos.

El problema de la regresión demográfica

El hambre, la peste y la guerra constituyeron hechos catastróficos para una demografía europea particularmente sensible a todo tipo de embestidas. Fenómenos de este tipo, es cierto, no constituyeron ninguna novedad, pero sí la intensidad con la que se manifestaron en estos años. Se ha calculado que entre 1347 y 1350 Europa había perdido un tercio de los efectivos demo-

gráficos con que contaba a comienzos de la centuria:

a) La crisis de subsistencias fue la primera en aparecer. Una serie de cambios en las condiciones climáticas en los primeros años del XIV incidieron de forma calamitosa en la producción cerealista, base de la alimentación del hombre medieval. En 1309 el sur y oeste de Alemania se vieron particularmente afectados. Entre 1315 y 1317 se produjo en Flandes una verdadera catástrofe («la gran hambre»): en 1316, la población de Ypres, calculada en unos 20.000 habitantes, tuvo 2.794 bajas contabilizadas. Entre 1334 y 1350, se cuentan en la región de Toulouse hasta siete períodos de hambre. Los efectos más sensibles se produjeron en el medio urbano, en donde se crea una auténtica obsesión por el abastecimiento, y entre las capas más miserables del campesinado (caso de los «cottiers» ingleses). A las desfavorables condiciones climáticas hay que unir el agotamiento de los suelos menos propicios por parte de unas prácticas agrícolas demasiado primitivas.

b) La guerra en el panorama de la sociedad medieval fue casi siempre algo familiar. Lo nuevo, desde los primeros años del siglo XIV, fue la continuidad con la que las operaciones bélicas fueron conducidas. Alemania e Italia se mantuvieron en casi permanente estado de anarquía y guerra civil hasta muy avanzado el Cuatrocientos. Y las monarquías occidentales conocieron el largo conflicto de la «Guerra de los Cien Años» que agotó a Inglaterra y arruinó amplias regiones de Francia, particularmente la campiña, por cuanto las ciudades estaban más resguardadas.

c) La peste negra vino a unirse a esta serie de calamidades de signo apocalíptico. La epidemia, llevada a través del Mediterráneo por unos marinos genoveses procedentes de la colonia de Caffa, en Crimea, se enseñoreó a partir de 1348 de buena parte del Occidente.

Este flagelo no era desconocido. Sin embargo, al actuar sobre unas poblaciones particularmente debilitadas por los años de escasez precedente, sus efectos habían de ser más catastróficos. Bocaccio, en las prime-

ras páginas del *Decamerón*, da una patética imagen de los «dolorosos efectos de la pestilencia», manifestados por la aparición de bultos en sobacos e ingles «que la gente vulgar llamaba bubas y podían llegar a adquirir hasta el tamaño de una manzana», y de cómo «para curar tal enfermedad no parecían servir consejos de médicos ni mérito de medicina alguna... pues al tercer día de la aparición de los sobredichos signos los enfermos morían sin fiebre alguna ni otro accidente».

Los efectos de la epidemia, aunque terribles, no parece fueran iguales en toda Europa, y aun hubo profundas diferencias entre núcleos de población cercanos: los Países Escandinavos sufrieron poco, así como también Alsacia y una buena parte de los Países Bajos; Florencia se vio cruelmente afectada, pero no así Milán. En los reinos hispánicos, la Corona de Aragón sufrió los efectos de la epidemia antes y con más intensidad que Castilla, ya desde 1348; y los brotes epidémicos se sucedieron en años posteriores: 1362-63 (la «mortaldat des infants»), 1371 y 1381. La peste será el primer presagio del declive político y económico de Cataluña. Hasta 1430-50 Europa no parece recuperar los efectivos de 1347.

La brusca contracción demográfica trajo una serie de consecuencias inmediatas: la conversión en zonas de pasto de muchas tierras marginales (de «hija de la pestilencia» fue calificada en tiempos la proliferación de la oveja merina en Castilla) y la desaparición de muchos pequeños núcleos de población. Los estudios toponímicos y los modernos procedimientos de fotografía aérea han permitido apreciar la proliferación de numerosos despoblados en Castilla, masos ronecs en Cataluña, lost villages en Inglaterra, wüstungen en Alemania, etc. No siempre, sin embargo, la despoblación ha sido producto de las epidemias: en ocasiones se debe a la simple emigración a la ciudad o a una concentración del campesinado sobre suelos más propicios con terruños más homogéneos.

Las calamidades que sacudieron a la sociedad europea en los siglos finales del Medievo incidieron de forma decisiva en las estructuras socio-económicas del mundo rural.

a) Las oscilaciones sufridas por precios y salarios constituyen tema de primordial interés para los historiadores de los últimos tiempos. Resulta, sin embargo, difícil disponer de los suficientes datos para fijar su trayectoria global en el ámbito de toda la Europa occidental en estos años. Los estudios de algunos autores para centros o comarcas determinadas (trabajos de Postan, Hamilton, Fourquin, van Werveke, etc.) han permitido fijar en los grandes trabajos de síntesis (los de Duby y van Bath en especial) algunas conclusiones de indudable valor.

En base a los cereales y en especial al trigo (elemento sustancial de la alimentación del hombre medieval) se ha apreciado un lento y prolongado ascenso de los precios de los productos agrícolas a lo largo de los siglos XII y XIII. Desde 1300 la tendencia se invirtió, aunque con algunas bruscas alteraciones. Así, la «gran hambre» hizo ascender el precio del trigo en Inglaterra (tomando el índice 100 para 1300) al índice 150 para el decenio 1310-1320. En Flandes, en 1316, el precio del trigo fue 24 veces mayor que en tiempos normales. Desde 1325 (tomando como fuente principal los datos de que disponemos para Inglaterra) los precios tendieron a descender hasta los niveles de 1300. Con la gran oleada de peste de 1348, el consiguiente descenso de la producción volvió a elevar por algún tiempo el nivel de precios. Pero, a partir sobre todo de 1370, estos vuelven a caer, siguiendo el descenso de forma regular a lo largo de todo el siglo XV: en Caen el trigo vale en 1428 la mitad que en 1270; en Inglaterra la desvalorización alcanzó el 63 por 100, en Franckfurt el 73 por 100, en Cracovia el 59 por 100... Frente a esta baja del trigo, otros productos ligados al ámbito rural mantienen una

mayor estabilidad en sus precios: vino, carne, manteca...

Estudiados fundamentalmente a nivel de Inglaterra, los salarios se mantuvieron estables hasta 1320. Su progresiva elevación se precipitó con la peste negra y la consiguiente escasez de mano de obra. Para la abadía de Tavistock, se ha fijado un aumento del 100 por 100 para los salarios entre 1289 y 1375. Algo semejante se ha sugerido para la abadía de Saint Denis entre 1349 y 1370, siendo los salarios de los trabajadores menos calificados los que acusaron más vivamente el alza. La intervención de los poderes públicos se dejó sentir desde mediados del siglo XIV para frenar este proceso: en Castilla se produjo a través de disposiciones como el Ordenamiento de Menestrales de las Cortes de Valladolid de 1351 y la tasación de precios y salarios fijada en 1406. En Aragón fue el Edicto de 1349. En Inglaterra, el «Statute of Laborers» de 1351 y otros posteriores. Sus efectos, sin embargo, serían muy limitados.

b) La inquietud en el ámbito campesino ha tenido su reflejo en una serie de conmociones —los «furores campesinos»— que sacudieron al Occidente desde los inicios del siglo XIV. Henri Pirenne centró su estudio en tres especialmente. El fondo común lo constituyen no sólo el malestar que la guerra produce, sino también una serie de punciones fiscales consideradas abusivas por el campesinado:

La insurrección del litoral flamenco fue reflejo del espíritu de independencia de un campesinado, no precisamente miserable, levantado contra el poder establecido y animado por los sentimientos de revuelta del artesanado de las ciudades. La rebelión concluyó con la intervención francesa y la derrota de los sediciosos en Cassel en 1328.

Menos organizada que la anterior fue la rebelión de los campesinos franceses: la *jacquerie,* que cubrió el Beauvaisis en 1358. Se trató de un violento movimiento de protesta de los aldeanos contra las gentes de armas y los nobles, acusados de no cumplir con sus funciones de defender el país. Numerosas mansiones señoriales fue-

ron saqueadas, hasta que Carlos de Navarra, al frente de un cuerpo de ejército, aplastó a los jacques, sometidos seguidamente a una durísima represión.

La insurrección de los trabajadores ingleses de 1381 fue sin duda la rebelión campesina mejor articulada. Autores marxistas como Hilton no dudan en considerarla como un movimiento concertado de antemano. Pirenne piensa que la rebelión se debió más bien a un intento de destruir los vestigios de un régimen señorial ya muy atemperado en el transcurso del siglo XIII. Duby piensa, sin embargo, que desde 1325 se produjo una multiplicación de las exigencias de los señores, preocupados por el deterioro del mercado de productos agrícolas. Ello creó una inquietud entre el campesinado, que se acentuó en los años siguientes con las medidas oficiales tomadas con motivo de la peste negra (reglamentación del trabajo) y por el establecimiento de la *Poll Tax,* una nueva carga fiscal que fue la chispa que hizo prender definitivamente el descontento. Los rebeldes, sin embargo, no formaron un frente compacto. De un lado, se encontraba un gran número de campesinos acomodados que deseaban la abolición de la servidumbre, la reducción de las prestaciones de trabajo y censos y una mayor intervención en la comercialización de los productos agrícolas (Duby). De otro lado, había campesinos auténticamente pobres, sin tierras: los de Essex, Norfolk, Suffolk y los cottiers de Kent, dirigidos por caudillos populares como Thomas Baker, Juan Wraw, Wat Tyler o el predicador Juan Ball, que dio al movimiento lollardo un vago signo comunistizante resumido en la conocida frase: «Cuando Adán cultivaba y Eva hilaba, ¿qué era del gentilhombre?» Las bandas armadas saquearon los dominios del duque de Lancaster y llegaron a penetrar en Londres, donde procedieron a la destrucción de protocolos y documentos judiciales. A fin de ganar tiempo, Ricardo II se comprometió a una serie de concesiones. Armados los caballeros, la rebelión fue liquidada y los principales cabecillas ejecutados.

Los «furores» campesinos no se limitaron a estas tres

grandes conmociones. En efecto, el término «Jacquerie» acabó convirtiéndose en algo genérico para definir cualquier tipo de movimiento popular en el agro francés. Así, entre 1379 y 1385, bandas de obreros armados y de campesinos arruinados, los «Tuchins», recorrieron el Languedoc saqueando y matando hasta ser vencidos por los caballeros. Entre 1424 y 1432, el descontento retoñó en Maine, Contentin y Normandía con idéntico resultado.

Reviviscencia del lollardismo fue el movimiento dirigido en 1450 por Jack Cade en Surrey, Sussex y Kent contra los abusos del conde de Suffolk, ministro de Enrique VI. El signo de radicalismo que el movimiento tomó, hizo que muchas gentes de orden lo abandonasen siendo al final reprimido por las autoridades constituidas.

A lo largo del XV también, la inquietud en los medios campesinos se extiende a zonas hasta entonces relativamente pacíficas.

—En Bohemia, en donde el problema se encuentra entreverado con la revuelta nacional husita, religiosa en principio, pero con toda una serie de nuevos significados a medida que transcurre el tiempo.

—En Alemania, en donde se produce en 1476 el movimiento dirigido por Hänselin de Helmstatt, el «tambor de Niklashausen». Mezcla de predicador y agitador de masas, sus exhortaciones impulsaron a los campesinos a negarse al pago de los derechos señoriales y a repudiar todo tipo de jerarquía. Aunque prendido y luego ejecutado como hereje, Hänselin se convirtió en el precursor de las graves conmociones sociales que agitaron a la Alemania de la reforma luterana: el movimiento comunistizante de los anabaptistas de Munster y la guerra de los campesinos impulsada por Tomás Münzer.

—En los reinos hispánicos, cabe hablar de tres grandes movimientos campesinos en las postrimerías del Medievo: el remensa catalán, el forense de Mallorca y el irmandiño de Galicia.

Sobre el payés actuaban dos importantes gravámenes:

la adscripción a la tierra y los malos usos. La redención o remensa que el payés había de pagar en caso de abandonar el predio quedó al beneplácito del señor ya desde 1281. A lo largo de los siglo XIV y XV la situación se puso cada vez más insostenible para el payés. La primera explosión tuvo lugar en 1450. La segunda, y más importante, con motivo de la guerra que Juan II de Aragón mantuvo con el municipio barcelonés.

La oposición entre ciudadanos de Mallorca y campesinos o «forans» se hizo más grave desde mediados del siglo XIV, en que los primeros, ante el empobrecimiento mercantil, vieron en las rentas de la tierra un medio para resarcirse. Si a la presión tributaria ejercida sobre el campesinado se une la patente inmoralidad administrativa, el resultado, forzosamente, hubo de ser la rebelión en el medio rural. Esta partió de Inca, dirigida por Simón Tort, que pretendió, al sitiar Palma en 1450, tomar contacto con los desheredados de la ciudad y los payeses de la península. El intento de alianza no cuajó y la rebelión fue sofocada en los años siguientes, aunque nuevos brotes, más amortiguados, se dejan sentir durante la segunda mitad del XV.

La revuelta de los irmandiños gallegos adquiere su mayor grado de crudeza entre 1467 y 1469. En ella incidieron factores de diversa índole. Unos arraigados profundamente en el medio social gallego, dominado por una profunda señorialización; otros, derivados de la situación de anarquía general por la que atravesaba la Corona de Castilla en aquellos años. Todos los sectores de la sociedad gallega se vieron afectados por el movimiento: de un lado la alta nobleza, dirigida por el arzobispo Fonseca, el mariscal Pardo de Cela y Pedro Alvarez de Sotomayor. Del lado de la hermandad se situaron tanto los campesinos como algunos sectores artesanales de las ciudades, que dieron algunos jefes de extracción popular. En un punto oscilante quedaron algunos miembros de la baja nobleza, como Alonso de Lanzós, Pedro de Osorio y Diego de Lemos. Su deserción de la causa irmandiña en el momento crítico facilitó la victoria y consiguiente represión de la nobleza,

cuya posición se había visto sumamente comprometida.

c) Las conmociones del mundo campesino facilitaron un proceso de profundas transformaciones a lo largo de los siglos XIV y XV. No cabe, sin embargo, pensar que en todo el Occidente europeo tal proceso se haya desenvuelto bajo unas características comunes.

En líneas generales, se ha hablado de un golpe de muerte al sistema de producción de signo dominical. Ello en virtud de la tendencia a ir sustituyendo las prestaciones propias del sistema dominical antiguo por las rentas propias del señorío jurisdiccional. La vieja unidad orgánica reserva-mansos sufre otro rudo golpe dado que se refuerza la costumbre del arrendamiento a censo de parcelas de las propiedades. Ello entrañaba un peligro: la posible pérdida del valor adquisitivo del dinero que las rentas facilitaban. De ahí que los señores tomen sus medidas: hacer los arrendamientos por tiempo limitado o asociar al cultivador por el sistema de aparcería, difundido en Italia y Francia. No se puede generalizar, sin embargo, el hecho de que, al calor de la reconstrucción económica iniciada en el siglo XV, el proceso de emancipación del campesinado haya seguido su curso. En Alemania, por ejemplo, apoyados en la disolución del poder del Estado, los señores proceden a someter a los campesinos a una nueva servidumbre.

El aprovechamiento de los suelos tras las grandes conmociones despobladoras del XIV puede ser considerado como un verdadero proceso de «readaptación». Si se llevan a cabo nuevas roturaciones, no es con la misma fiebre que siglos atrás, por cuanto se desechará el aprovechamiento de las tierras de bajo rendimiento. En algunas zonas (Francia, Cataluña, etc.) la burguesía se une a la nobleza como propietaria de tierras. La racionalización de los cultivos, en función de los mercados urbanos o de las posibilidades de exportación, lleva a una mayor difusión de los frutales, el viñedo (caso de Provenza o de la zona de Jerez) o la ganadería.

En este último caso, Inglaterra y Castilla muestran

dos modelos de lo que fueron los intereses de determinados grupos sociales.

En Inglaterra, el impulso a una pañería nacional corrió parejas con una intensificación del proceso de *enclosures*: amplios espacios de tierras de labor pasan a convertirse en campos cerrados dedicados a pastos para rebaños que fomentan la producción lanera. El fenómeno alcanzará un fuerte impulso desde el ascenso de los Tudor.

En el caso castellano, la pauta la da el sistema de trashumancia articulado en el «Honrado Concejo de la Mesta», producto de la fusión, en 1273, de distintas mestas de carácter regional. La aparición de la oveja merina en España hacia 1300 (quizás por aclimatación de esta especie del Norte de Africa en España gracias a los genoveses) provocó el gran *boom* lanero: de medio millón de ovejas en 1300 se pasó a los dos millones a mediados del siglo XV. A través de tres cañadas (leonesa, segoviana y manchega), con distintos ramales, los rebaños pasan de los pastos de invierno a los de verano. La unidad básica es la cabaña, compuesta al menos de mil ovejas, con un mayoral al frente. Por encima de este cargo figuraban los de alcaldes de cuadrilla, recaudadores, entregadores... y el Entregador Principal, que fue de designación real desde mediados del XIV. Aparte su realidad jurídica (abundantes privilegios de monarcas, a cambio del pago de los impuestos de servicio y montazgo), la Mesta tiene otra de carácter social no menos importante. No se trata, como J. Klein pensó, de una institución democrática al servicio de los pequeños propietarios, sino de un organismo controlado por los grandes linajes, monasterios y Ordenes Militares, que detentan los principales cargos. La estructura de la ganadería castellana dio pie así a la perfilación de una sociedad aristocrática que vive del latifundio y de la percepción de rentas. Lejos de dar vida a una industria nacional, como en Inglaterra, la lana castellana constituye el principal soporte del comercio exterior: el motor de la industria textil flamenca en los últimos siglos del Medievo.

La agitación en los medios urbanos

En el siglo XIII, el patriciado urbano había asumido en todas partes el gobierno de los municipios. Fuerza política y económica, su interés estaba en reducir al máximo la representatividad política y los beneficios de la clase trabajadora. Al estallar las sucesivas crisis del siglo XIV, el ambiente estaba, por tanto, ya caldeado: la enemiga contra el «magistrado» se agudizará en los momentos particularmente difíciles. Los descontentos, sin embargo, no llegarán, salvo raras excepciones, a formar un frente homogéneo. Resulta difícil, por tanto, hablar de «revolución democrática» cuando, en numerosas ocasiones, el descontento está encabezado por burgueses acomodados que sólo usan de los grupos populares como simple masa de maniobra para romper el monopolio de las oligarquías dirigentes.

La agitación en el medio urbano, además, no siempre viene dada por unas condiciones económicas desfavorables. Hay que tener en cuenta también otros factores de peso: la anarquía política, que puede provocar serias alteraciones, como la de París bajo E. Marcel; las inquietudes religiosas, que conducen a tumultos populares —persecuciones antisemitas en la Castilla de 1391— o a auténticas guerras de religión como la desencadenada en Bohemia a la muerte de Juan Hus. Aunque mejor organizados que los tumultos campesinos, los movimientos revolucionarios de las ciudades tienen también una fuerte carga emocional. Si bien ésta es capaz de movilizar a las masas de desheredados con relativa facilidad, dificulta, por el contrario, la articulación de un programa perfectamente definido y conduce, consiguientemente, al fracaso del movimiento.

Hay que tener en cuenta también que la gravedad de la agitación en los medios urbanos queda restringida a áreas muy determinadas. En zonas como Inglaterra, Francia o los reinos ibéricos, en donde existe un poder monárquico que puede hacer de árbitro de la situación, las conmociones son poco duraderas. En ciudades como Venecia, con gobiernos sumamente sólidos y estables,

tampoco se dejan sentir excesivamente los efectos de la crisis. Las ciudades flamencas y algunas de las italianas van a ser las principales protagonistas del movimiento.

a) Las revueltas en Flandes comienzan en los mismos inicios del XIV. Entre 1301-2, los «medianos» de Brujas dirigidos por Peter van Conync provocaron un sangriento motín —los «maitines de Brujas»— contra el patriciado y las fuerzas de ocupación francesa. Los sublevados, en alianza con el propio conde de Flandes, lograron una espectacular victoria sobre la caballería francesa en Courtrai, verdadera jornada teñida de nacionalismo. A pesar de producirse una ulterior reacción francesa, la vieja omnipotencia de la *gilde* de mercaderes no quedó restablecida. Brujas volvió a ser escenario de una nueva revuelta en 1328 dirigida por el burgués Nicolás Zannequín, pero que acabó en una derrota a manos de los franceses (batalla de Cassel de 1328).

En los años siguientes, Gante tomará la iniciativa del movimiento revolucionario. La inquietud se inició hacia 1336 con motivo de las dificultades en la importación de lanas inglesas, dada la situación de ruptura de hostilidades entre Francia e Inglaterra. Al frente de la revuelta (su grito fue el de «trabajo y libertad») se colocó un rico patricio, Jacobo van Artevelde. La ayuda prestada por los ingleses fue decisiva, pues la flota francesa fue destruida en L'Ecluse. Sin embargo, el gobierno republicano duró poco, ya que la hostilidad entre los distintos gremios no pudo ser superada: en un enfrentamiento entre tejedores y bataneros murió Artevelde en 1345. El gobierno del nuevo conde, Luis van Mâle (1346-84), supuso una época de prosperidad para Flandes al calor de una revivificación del comercio y de los contactos con Castilla, uno de los principales productores de lana de Europa. Sin embargo, la competencia textil inglesa, la rivalidad entre las propias ciudades flamencas (Gante y Brujas sobre todo con motivo de la apertura del canal del Lys) y la hostilidad de tejedores contra los demás gremios (peleteros, carniceros, pesca-

dores, etc.) volvió a provocar la revuelta desde 1379. La dirigía esta vez, desde Gante, Felipe van Artevelde, hijo de Jacobo. Luis van Mâle recurrió a su yerno el duque de Borgoña, quien, con la colaboración de la flota castellana, derrotó a las milicias flamencas en Roosebeke. Era el golpe de muerte para las libertades del país. En lo sucesivo, la historia de Flandes se liga a la del ducado de Borgoña. Las rebeliones que estallen en el siglo XV serán duramente reprimidas. Brujas dejará progresivamente su puesto a Amberes como primera plaza comercial.

b) Los conflictos sociales en las ciudades italianas son casi constantes a lo largo del siglo XIV. En su origen se deben a la rivalidad entre las dos facciones en que se dividirá la oligarquía patricia: blancos (partidarios de dar entrada al elemento popular en el gobierno) y negros (enemigos de ello). Otros factores jugaron también de forma decisiva a la hora de provocar desequilibrios: las oleadas de peste, la quiebra de algunas importantes firmas bancarias, la estancia del Papado en Aviñón, etc. Alteraciones populares las conocen: Roma (la revuelta encabezada a mediados del siglo por Cola di Rienzo), Génova (en donde el pueblo expulsó a los cónsules en 1399 y elevó al «Dogo» Simón Bocanegra), Siena (en 1368, momento en que el «popolo minuto» accedió temporalmente al gobierno), Pavía, Milán, Bolonia, y, sobre todo, Florencia.

En esta última, el pueblo aparecía dividido en «popolo grasso» (encuadrado en las Artes Mayores), «popolo minuto» (que lo estaba en las Artes Menores) y la masa de trabajadores no calificados, los «popolani», «sottoposti» o «ciompi». En 1342, su odio contra la oligarquía dirigente les agrupó tras el duque de Atenas Gualterio de Brienne, que ejerció la dictadura, aunque sólo durante algunos meses. El cronista Mateo Villani, que murió de efectos de la peste negra en 1348, traza un cuadro desolador para Florencia en los dos años precedentes. Una gravísima carestía obligó a la señoría a tomar serias medidas para tasar el precio del grano y

suavizar las penas contraídas por deudas «a fin de que los pobres no se vieran atribulados por sus deudas mientras sufrían hambre y mortalidad». Los primeros efectos de la peste afectaron, según el propio Villani, a una persona de cada veinte.

Pero el clima de violencia desatada sólo se dejó sentir en 1378, con el «tumulto de los ciompi». La conmoción se inició cuando Salvestro de Médicis propuso una ley por la que no se excluyese de las magistraturas a personas con antecedentes familiares gibelinos. Fue el primer paso para la ruptura del monopolio político de la vieja oligarquía. La circunstancia fue aprovechada por la masa popular, utilizada demagógicamente por el Médicis como fuerza de choque. Pronto se vio desbordado. Los trabajadores del Arte de la Lana exigieron la creación de tres nuevas corporaciones para encuadrarse. El 20 de julio tuvo lugar una verdadera explosión popular con el asalto al palacio de la señoría y a las mansiones de las grandes familias. Un cardador, Michele Lando, pudo equilibrar de momento la situación: nombrado gonfaloniero, logró la constitución de un nuevo gobierno con representantes de las Artes Mayores, Menores y «ciompi», un aplazamiento del pago de deudas y la vuelta del orden a la ciudad. Ello fue tomado por los «ciompi» como medida insuficiente, y en agosto hicieron otra intentona que, mal coordinada, condujo al fracaso. La oligarquía patricia se hizo de nuevo con el poder dando por terminada la revolución. De esta situación confusa una familia, los Médicis, sabrán sacar partido para convertir el gobierno florentino en un régimen personal hereditario.

c) En el resto de la Europa occidental, los conflictos sociales a escala urbana tuvieron unas características menos radicales, dado el menor grado de desarrollo de la vida ciudadana. Sin embargo, es necesario hacer algunas observaciones:

En Francia, la inquietud en los medios urbanos se mostró ya (según expusimos con anterioridad) con motivo de las mutaciones monetarias impulsadas por Feli-

pe IV. Será, sin embargo, el gran conflicto de la Guerra de los Cien Años la circunstancia que provoque el crecimiento de la inquietud. Tras el desastre del ejército francés en Poitiers (1356), la burguesía de París, con el preboste Esteban Marcel a la cabeza, trató de intervenir directamente en los asuntos del Estado a través de una profunda reforma. Los Estados Generales habían de ser su propulsor. Marcel mostró buenas dotes de tribuno ante el pueblo de París y trató de controlar al Delfín Carlos, que actuaba como regente. Este, sin embargo, manifestó unas excelentes cualidades políticas a la hora de organizar un partido realista que aprovechó las tensiones abiertas entre la burguesía de París y los «jacques», sublevados en estos mismos años. Al final, la muerte de Marcel en un motín popular facilitó el triunfo del Delfín y la liquidación del movimiento revolucionario.

En los años finales del siglo XIV estallarán aún otros motines en territorio francés: el de los «maillotins» en París y el de la Harelle de Ruán, con motivo de las exacciones fiscales impuestas por los regentes de Carlos VI. Movimientos mal coordinados acabaron fracasando al poco de iniciados.

De mayor trascendencia es el movimiento impulsado por los gremios de París, particularmente el de carniceros, dirigido por Caboche y Capeluche. El conflicto se apoyó, en buena medida, en la guerra civil que dividió a Francia en los inicios del siglo XV en los dos partidos nobiliarios de «borgoñones» y «Armagnacs». El duque de Borgoña Juan sin Miedo, a fin de atraerse adictos, transigió con las exigencias de los «cabochiens», expresadas en una ordenanza en la que se intentaba una profunda reforma administrativa, entroncando con las antiguas pretensiones de E. Marcel. El conflicto acabará enlazando con una nueva etapa de la Guerra de los Cien Años marcada por la ocupación anglo-borgoñona de buena parte del territorio francés, París incluido.

En Bohemia, la «revolución husita», con un profundo *substratum* espiritual, tiene su reflejo en el medio

urbano pragués, al igual que en el mundo campesino checo. La Universidad y la burguesía de Praga se convirtieron en las defensoras de una tendencia husita templada que, con distintas alternativas, va a mantener un espíritu de inquietud que llega a enlazar con la reforma protestante.

En la Península Ibérica, la agitación en los medios urbanos adquiere —particularmente en 1391— unos violentos ribetes antisemitas. El enfrentamiento de los distintos bandos urbanos, encabezados por los linajes más potentes, va a constituir prácticamente una constante en los disturbios ciudadanos: Ayala contra Silva en Toledo, Aranda contra Trapera en Ubeda, marqués de Cádiz contra duque de Medinasidonia en Sevilla, Fajardo contra Manuel en Murcia, Soler contra Centcelles en Valencia, Urrea contra Luna en Zaragoza, etc. La intervención del poder arbitral de la monarquía se impondrá en más de una ocasión para el restablecimiento del orden, por más que ello sea muchas veces en detrimento de las viejas libertades municipales. El nombramiento de corregidores en Castilla, primero con carácter temporal para apaciguar los tumultos o poner orden en la hacienda municipal, y luego con carácter más estable, conduce, a la larga, a esta meta.

El caso de Barcelona constituye todo un capítulo aparte. Los graves conflictos por los que atraviesa la ciudad, particularmente en el siglo XV, son producto en buena medida del marasmo económico en que el principado catalán va cayendo. A la larga acabará imponiéndose la política de autoritarismo real, pero —según veremos— a costa de toda una guerra civil.

En Portugal, la entronización del maestre de Avis en 1385 frente al pretendiente, Juan I de Castilla, tiene algo más que un sentido puramente dinástico. Se trata de una auténtica guerra civil que enfrenta a la nobleza lusitana pro-castellana contra la burguesía y el bajo pueblo, tal y como lo reflejó el cronista Fernao Lopes. El triunfo de esta última facción lo es también de unos intereses de clase que van a marcar el futuro destino de Portugal: el impulso a la política de descubrimientos

ligada a unos intereses de orden mercantil de primera fila.

En las ciudades del Imperio alemán, la agitación se dejó sentir en los dos siglos finales de la Edad Media. En el XIV se trató fundamentalmente de la pugna entre el patriciado urbano y el artesanado. Las rebeliones de Brunswick (1374) y Colonia (1396) fueron las que se saldaron de forma más satisfactoria para sus promotores. Otras conmociones habidas en Dantzig (1376), Anklam, Stralsund (1396) no tuvieron ningún resultado. La de Lübeck de 1380, encabezada por los carniceros, consiguió arrancar algunas concesiones del consejo municipal, aunque no logró la integración en el de los artesanos. En el XV, los conflictos pierden bastante de su carácter político, para convertirse fundamentalmente en sociales. En 1402 las «corporaciones menores» de Magdeburgo se alzaron contra las «mayores», detentadoras del poder. A la oposición entre gremios se sumará la oposición entre maestros y oficiales. Estos llegarán a formar cofradías para la defensa de sus intereses, hasta el punto que, bajo la iniciativa de Strasburgo, las ciudades del Rin tuvieron una reunión en Brisach en 1436 para fijar un estatuto de «compagnonages».

* * *

Dos siglos de revueltas urbanas no han tenido unos resultados estrictamente democráticos, pues la masa popular seguirá sin acceder a los puestos de gobierno. Pero al menos se produjo la ruptura en muchos casos del cerrado monopolio de las oligarquías a favor de los gremios (de los «medianos»). Pero, en muchos casos también, las ciudades capitularon ante el poder arbitral del príncipe, capaz de garantizar el orden y la paz.

EL COMERCIO EN LA BAJA EDAD MEDIA

La serie de calamidades que afectaron a la Cristiandad a lo largo de los siglos XIV y XV incidieron de forma palpable sobre las actividades mercantiles. Sin embargo, no se podría hablar de crisis del comercio, aunque algunos síntomas así parezcan demostrarlo. Por el contrario, en medio del cúmulo de dificultades, el comercio experimenta una serie de transformaciones que van a capacitar su posterior impulso. La apertura del Estrecho y, con posterioridad, la política atlántica de la Corona de Castilla y, sobre todo, de Portugal, son expresiones de una vitalidad indudable. Tanto como el desarrollo de unas técnicas en embrión ya en los siglos anteriores.

Los fundamentos y las técnicas de las transformaciones mercantiles

Si el comercio europeo vive en los siglos XIV y XV en buena medida de las bases echadas desde la «revolución mercantil» iniciada en el XI, las matizaciones que se van a producir son profundas.

a) La evolución de las técnicas en el transporte por tierra apenas experimenta avance en relación con el período anterior. Los adelantos más importantes se siguen produciendo en el ámbito naval, aunque en muchas ocasiones no se haga más que explotar los logros del período anterior: Brújula, timón de codaste, «báculo

de Jacob», astrolabio... Los mapas portulanos (de los que catalanes y mallorquines serán maestros) permiten un gran desarrollo de la cartografía. A los viejos tipos de naves se unen otros. En el Báltico, la *kögge* sufre la competencia de la *urca,* de mayor capacidad de transporte. En el Mediterráneo, a la galera dedicada preferentemente al transporte de especias, se une la *galea da mercato,* en la que la vela tiene ya mayor papel que el remo. Más adelante, por influencia de los marinos atlánticos, el Mediterráneo conocerá la coca y la carraca, capaces de transportar mercancías con un peso de hasta mil toneladas.

La síntesis de todos los adelantos de la arquitectura naval lo dará la aparición de la carabela, nave de tres palos en la que alternan la vela cuadrada motriz y la vela latina triangular para la maniobra. Más sólida que la clásica galera mediterránea, y más ligera que la embarcación típica hanseática, la carabela va a ser la gran protagonista de los descubrimientos del XV.

b) Los medios de que se valieron los mercaderes para sus actividades en la Baja Edad Media vienen impulsados por las experiencias del período anterior:

En el ámbito de las ferias, la decadencia de las de Champaña no indica que el sistema haya quebrado. Por el contrario, los dos siglos finales del Medievo presencian el nacimiento de otras nuevas; muchas de ellas, instrumentos secundarios del gran comercio internacional. Entre las de más realce cabe destacar: las de Chalons-sur-Marne, impulsadas por los duques de Borgoña; las de Francfort del Mein, enlace entre la Alemania del norte y del sur; las de Ginebra, Leipzig, Deventer, Nordlingen, Lyon, etc. En la Península Ibérica, las ferias de Medina del Campo acabarán eclipsando a las demás: desde (por lo menos) el 1400 concentrarán las operaciones del comercio y del dinero.

Mecanismos más complejos que la *commenda,* empiezan a desarrollarse a partir del siglo XIV: las grandes sociedades y compañías mercantiles. Se trata de organismos más permanentes que desarrollan sus operaciones

sobre un ámbito determinado y con una progresiva estabilidad. La primera de estas organizaciones fue la de los Peruzzi, banqueros florentinos que quebraron en la grave crisis de 1343. Sus continuadores procedieron a una descentralización: a las sucursales de la casa central suceden las sociedades filiales con una amplia autonomía. Si una filial falla no arrastra, de esta forma, a todas las demás, que pueden seguir desarrollando sus actividades. Los Médicis fueron el mejor exponente de esta tendencia, con filiales de su banca en las más importantes ciudades europeas, varias empresas textiles en Florencia, la concesión de la explotación del alumbre de Tolfa desde 1461, etc. Otro sentido tienen las asociaciones de hombres de negocios que reciben el arriendo de impuestos o la explotación de determinados productos en las colonias: es el caso de la «maona» de Quíos para la explotación del alumbre, en la que tenían participación todas las grandes familias de Génova. O la «compera Granata», dependiente también de ciudadanos de esta república para garantizar los negocios en el reino nazarí de Granada.

Junto a los bancos privados, los bancos públicos empezaron a desarrollar su actividad en Italia desde el siglo XIV. El más célebre de todos fue la Banca de San Giorgio de Génova, en la que aportaron sus capitales gentes no sólo de la señoría sino de todo el norte de Italia y hombres de negocios extranjeros. El relieve que el organismo alcanzó se debió también al «importante papel asumido por la casa en la gestión de una comuna, la cual, demasiado débil para equilibrar sus finanzas, enajenaba poco a poco sus recursos» (Heers). De ahí que la actividad de la Banca de San Giorgio se dejase sentir en distintas esferas: la emisión de moneda en la ceca de la ciudad, las gabelas, el monopolio de la sal, administración de las colonias, etc. Sobre esta misma pauta se crearán la Banca de San Ambrogio de Milán, el Monte de Florencia y las Taules de Barcelona y Valencia. La primera fue fundada en 1401 para recibir como caja central de ingresos los tributos municipales, depósitos ejecutivos, tutelas, testamentarías y secuestros. A pesar

de su perfección técnica, la Taula carecía de la debida flexibilidad y contribuyó a la inmovilización de capitales.

Otros medios complementarios contribuyeron a flexibilizar las actividades mercantiles: la contabilidad por partida doble; el seguro marítimo que —al menos— desde 1343 garantiza las cargas bajo determinadas primas. Estas, hacia 1450, oscilan entre el 3 y el 11% del valor de la carga. Por último la letra de cambio. El primer ejemplo se remonta a 1291, siendo el archivo de Francesco di Marco Datini de Prato una excelente fuente para el estudio de este tipo de documentos. R. de Roover define la letra de cambio como «una convención por la cual el dador suministra una suma de dinero al arrendador y recibía a cambio un compromiso pagadero a término pero en otro lugar y en otra moneda». De esta forma, el mercader se veía a salvo frente a las posibles oscilaciones del mercado estacional o local del dinero. Pero también la letra de cambio, observa Le Goff, suponía: un medio de pago de una operación comercial; un medio de transferencia de fondos entre distintas plazas que usaban monedas diferentes; una fuente de crédito; y una ganancia financiera al jugar con las diferencias y variaciones del cambio entre las diversas plazas. Desde fines del Medievo van apareciendo las modernas prácticas del endoso y el descuento.

Los ámbitos mercantiles del mundo mediterráneo

El comercio del mundo mediterráneo se organiza, «ante todo, en función de las factorías de Levante, donde se formaron las grandes fortunas de Italia» (Heers). Génova y Venecia serán las grandes beneficiarias, enfrentadas entre sí más de una vez en Oriente y —particularmente los genoveses— con los catalanes en Occidente.

a) Con Oriente los italianos tienen prácticamente el monopolio del tráfico mercantil. Al amparo del restaurado Imperio bizantino y de la «pax mongólica» en la ruta de la seda, los genoveses controlan en las colonias del

Mar Negro el tráfico de la seda, especias, madera, grano, esclavos, etc. Desde 1350, sin embargo, la caída del Imperio mongol, las devastaciones de Tamerlán y el avance turco, amén de la rivalidad entre Génova y Venecia (guerra de Chioggia concluida en la paz de Turín de 1381), acabarán provocando profundas transformaciones. La ruta del Norte, a la que los italianos siguen mandando barcos, no facilita ya los productos del Lejano Oriente, sino los puramente locales (cera, frutas, pescado, etc.). Para importar aquellos habrá que contar de nuevo con el intermediario musulmán:

Los venecianos concentraron sus esfuerzos en Beirut y Alejandría, volcándose en el tráfico de productos de lujo, especias y seda.

Los genoveses, apoyándose en sus posiciones de Quíos, Brusa, Focea..., se orientan más al tráfico de mercancías pesadas, alumbre, madera, algodón y algo de seda. La presión turca, que culminará con la toma de Constantinopla, obligó a los genoveses a buscar compensaciones en Occidente frente a las pérdidas sufridas en Levante.

El comercio catalán (cuya práctica, amplitud y normas jurídicas son detectables a través del *Libro del Consulado del Mar*) tuvo también una notoria actividad en Oriente. Desde fines del siglo XIII (aparición de un consulado de catalanes) hasta mediados del siglo XIV, Alejandría conoce un marcado predominio de mercaderes súbditos de la Corona de Aragón. Medidas restrictivas tomadas posteriormente por los soldanes egipcios y la crisis interna del principado catalán dieron golpes mortales a este comercio, que bajo los Reyes Católicos «quedó reducido a una simple línea apendicular» (Vicens Vives).

b) En el Occidente, en el siglo XIV, se asiste a una verdadera «promoción del Tirreno» que, a su vez, impulsará el desarrollo de otras regiones cercanas:

La confederación catalano-aragonesa fue una de las potenciadoras del tráfico mercantil en la cuenca occidental. Su actividad se deja sentir a lo largo de una

serie de rutas (Vicens Vives). En Languedoc-Provenza, los catalanes actúan como redistribuidores de las especias. La presencia en Cerdeña-Sicilia les hizo beneficiarios del tráfico del coral y la plata sardos, el trigo siciliano y los paños catalanes. Nápoles, una de las principales aglomeraciones urbanas de Europa, constituía también un importante foco comercial. Sobre el Norte de Africa (Túnez-Bugía-Tremecén) los catalanes ejercerán un verdadero protectorado político paralelo a unos importantes intercambios mercantiles: hierro y paños catalanes a cambio de oro y coral mogrebíes.

Los genoveses, debilitadas sus posiciones en Oriente, desplazaron hacia la cuenca occidental del Mediterráneo buena parte de sus actividades. Hasta entrado el siglo XIV, familias de la República de San Jorge mantuvieron (Doria, Malaspina, Spinola, Fieschi, Grimaldi) una dura oposición a la penetración aragonesa. El gran éxito de los genoveses estuvo, sin embargo, en su instalación en Sevilla y su *hinterland* (según veremos más adelante) y en su intensa penetración económica en el reino de Granada. El Estado nazarí fue para los genoveses «el tipo ideal de la nueva colonia occidental» (Heers). En ella pudieron obtener aquellos productos difíciles de importar ya de Oriente por la amenaza turca: seda, azúcar, frutas, azafrán... El puerto de Málaga se convirtió en uno de los emporios mercantiles del Mediterráneo occidental.

Los venecianos, que lograron mantenerse sólidamente en Oriente, en la isla de Chipre, hasta mediados del siglo XVI, no desdeñaron las posibilidades que la cuenca occidental del Mediterráneo les ofrecía. Después de algunos intentos esporádicos, la república del Adriático lanzó el convoy de Berbería en 1436 y el del «Trafego» en 1460, que ponía en comunicación los puertos de Siria con los del Islam occidental. Su victoria sobre Génova a fines del XIV en la guerra de Chioggia y las conquistas en el valle del Po a costa del ducado milanés, hicieron de Venecia una de las potencias italianas de primera fila. Su fortuna comercial, sin embargo, seguía vinculada a Oriente, en donde se había conver-

tido, desde hacía tiempo, en la verdadera heredera económica del Imperio bizantino.

El campo de acción hanseático

La Hansa de comerciantes alemanes dominada por Lübeck desde mediados del siglo XIII adquiere en la centuria siguiente unos acusados perfiles. En 1358 son 200 las ciudades encuadradas en la «Liga hanseática alemana», dividida en cuatro «distritos»: westfaliano (con capitalidad en Colonia), wendo (con su centro en Lübeck), sajón (con Bruswick al frente) y prusiano (con su sede principal en Dantzig). Sin embargo, la Hansa no constituyó nunca un Estado ni una confederación política, aunque su fuerza fuera respetable. Se trató en todo lugar de una liga de mercaderes que dispuso de una amplia red de factorías extendidas entre el Stahlhof de Londres, el Peterhof de Novgorod y el Muelle Alemán de Bergen. En todo este ámbito, se produce una fuerte corriente migratoria germánica: desde 1296 hay una corporación de zapateros alemanes en Bergen, a las que se sumarán otras de artesanos en Tonsberg, Oslo, etcétera... Se ha hablado en este sentido de una auténtica «marcha alemana hacia el Norte».

Los productos negociados por la Hansa cubren una amplia gama: productos «coloniales» del Este como el ámbar, pieles, cera, madera, trigo; hierro y madera suecos; pescado de las ferias de Escania; lana y luego paños ingleses; paños flamencos obtenidos a través de Brujas, una de las principales factorías de los mercaderes alemanes; vinos de la Rochela y sal de la bahía de Bourgneuf, etc.

Razones de orden político incidirán de forma decisiva en los altibajos que el comercio hanseático vaya teniendo a lo largo de los siglos bajomedievales. Frente a él, en más de una ocasión se alzarán los monarcas del área báltica. En 1370 y tras un forcejeo de varios años, los mercaderes alemanes obtuvieron (paz de Stralsund) la libertad de tránsito por los estrechos bálticos. A lo largo

del XV, el volumen del comercio hanseático se mantuvo en alza, aunque una serie de síntomas permiten hablar de la existencia de fuerzas que trabajan en su contra. En primer lugar, las tensiones internas dentro de la propia liga: bien por la rivalidad entre unas y otras ciudades o bien —según hemos expuesto en el capítulo anterior— por la pugna entre las oligarquías dominantes y los gremios. Las tensiones de los mercaderes de la Hansa con la Orden Teutónica fueron otro factor que contribuyó a bloquear los avances en el Este justamente en un momento en que Polonia se estaba convirtiendo en una peligrosa gran potencia. En el Occidente, toda una serie de fuerzas contribuyeron a contrapesar el papel omnipotente de los mercaderes teutónicos: la marina castellana, que les desalojará del golfo de Gascuña; la aparición de Inglaterra como potencia mercantil e industrial; y la competencia que los marinos holandeses empiezan a hacerles desde el segundo tercio del siglo XV. En 1441 la Hansa hubo de aceptar, por el tratado de Copenhague, el que los marinos holandeses tuvieran también libertad de tránsito por los estrechos bálticos.

Los últimos años del siglo XV son ya de franco declive de la Hansa: el cierre del Peterhof de Novgorod en 1494 es todo un síntoma.

* * *

Punto de convergencia de las grandes corrientes de intercambio, Brujas conoció en el siglo XIV su época de mayor esplendor. Su papel fue doble: mercado internacional bancario y centro distribuidor de mercancías. Exportadora de los productos industriales flamencos, «estapla» de la lana inglesa en diversas ocasiones, plaza comercial básica del mecanismo hanseático y centro frecuentado por los mercaderes italianos que llevaban allí los productos del área mediterránea, Brujas fue, así, elemento clave de las transacciones internacionales. Diversos factores acabaron por eclipsar su papel: el progresivo encenagamiento del Zwyn, que le comunicaba

con el mar, la crisis de la industria pañera flamenca, los conflictos internos que sacudieron a la ciudad y, en definitiva, la competencia de sus vecinas. A lo largo del siglo XV, Amberes le sustituirá como plaza mercantil clave en el área flamenca.

La promoción de nuevas áreas: del Cantábrico al Mar del Norte

El ensamblaje entre los dos grandes conjuntos mercantiles (el Mediterráneo y el de los Mares del Norte) fue casi un monopolio italiano desde el momento que se produjo la apertura del estrecho. Sin embargo, a lo largo de los siglos bajomedievales, otros focos mercantiles empiezan a despuntar en el panorama occidental:

a) La costa francesa se especializará en un tráfico de productos primarios bajo técnicas arcaicas. Naves bretonas, normandas y del estuario del Gironda practicarán un intenso tráfico de cabotaje. Sin embargo, los productos meridionales y hanseáticos fueron distribuidos preferentemente desde Brujas.

b) Inglaterra fue la beneficiaria de la crisis de la industria pañera flamenca y del progresivo deterioro de la Hansa desde mediados del siglo XV. Aunque la lana en bruto se siguió expidiendo desde los puertos ingleses, pronto los «paños largos» fabricados en Inglaterra tuvieron un amplio predicamento. Frente al cosmopolitismo de Londres, importante base de la Hansa y lugar frecuentado por los marinos italianos, Bristol se convierte en un puerto específicamente inglés, síntoma, según Carus Wilson, del despertar nacional de la economía inglesa.

c) El auge de la marina holandesa potenció la actividad de las zonas portuarias de Amsterdam y Roterdam, que introducen sus naves en el Báltico en afortunada competencia con la Hansa. Más al interior, Deft y Leyden se fueron convirtiendo en importantes núcleos de la industria textil cuyos productos llegarán hasta las grandes ferias del interior de Alemania.

d) Las ciudades marítimas del Cantábrico se asociaron desde 1296 en la llamada «Hermandad de las Marismas», en la que se integraron Santander, Laredo, Castro-Urdiales, Bermeo, Guetaria, etc. Factorías mercantiles castellanas jalonaron la ruta del Golfo de Gascuña y Canal de la Mancha: Brujas (la más antigua), Ruan, Nantes, etc. La lana castellana se constituirá en el principal motor de este tráfico mercantil protagonizado por los marinos cántabros. El mineral de hierro vasco, los cueros y el vino constituyeron también importantes capítulos. La Guerra de los Cien Años —según veremos— tendrá tanto de guerra política como económica: será la lucha por el control de las rutas del Golfo de Gascuña y el Canal.

La promoción de nuevas áreas: el Atlántico Sur

La magna política de descubrimientos geográficos que va a ser una de las características de los tiempos modernos se fue gestando en los siglos finales del Medievo en dos de los Estados de la Península Ibérica: Portugal y la Corona de Castilla.

a) Desde los años inmediatos a la conquista por los cristianos, la Baja Andalucía se constituyó en importante plataforma mercantil. Sevilla fue —en expresión de R.S. López— el nexo entre el Mediterráneo y el Atlántico. La presencia en ella de comerciantes flamencos, borgoñones, placentinos, gascones y, sobre todo, genoveses, harán de ella uno de los emporios mercantiles de los siglos bajomedievales. Será ello el preámbulo del trascendental papel que la ciudad tendrá después del descubrimiento de América. Cara a la Europa cristiana, Sevilla —y también las otras ciudades de la plataforma mercantil: Cádiz, Jerez, Sanlúcar, etc.— será el centro canalizador de importantes partidas de aceite, atún, mercurio, frutas secas, vinos, alumbre procedente del Mogreb (el mal llamado «bon allume de Castille» en Douai y Brujas) y lanas. Como contrapartida, a través

de Sevilla entran especias, sándalo, almizcles, púrpuras de Siria, telas escarlata de Imola y Montpellier.

Pero Sevilla —y ésta es la gran novedad de los siglos bajomedievales— orienta también sus actividades hacia el Atlántico Sur: el eje Sevilla-Rabat facilita el oro y la cochinilla. Heers ha calculado que en 1377, de las 68.300 liras en oro que entraron en Génova, unas 54.000 procedían de la Andalucía cristiana y del reino nazarí de Granada. Desde 1393, los castellanos (una expedición conjunta de andaluces y vascos) ponen los pies en Canarias, arruinando la labor llevada a cabo en el archipiélago en los años anteriores por italianos y mallorquines. Los esclavos, el marfil y el oro («rescatar el oro» se dice en estos momentos) se convirtieron en importantes capítulos de la actividad mercantil de los marinos de la Baja Andalucía, precursores de los acompañantes de Colón en la ruta del Atlántico occidental. El eje Sevilla-Canarias, sin embargo, sufrió pronto la competencia de otros aventajados marinos: los lusitanos.

b) Los portugueses contaron en los años finales del Medievo con una serie de ventajas que explotaron a fondo:su estratégica posición cara al Atlántico, la conclusión de la empresa reconquistadora ya en el siglo XIII, y la subida, a fines de la centuria siguiente, de una dinastía —la casa de Avis— identificada con los objetivos que perseguía la burguesía de los grandes centros portuarios de Lisboa y Oporto. La figura del infante don Enrique, con un pie en el Medievo y el otro en la Modernidad, es una buena expresión de los móviles de la política descubridora portuguesa. P. Chaunu los ha recapitulado de acuerdo con el siguiente esquema: la tierra (explotación de la caña de azúcar, aprovisionamientos de trigo mogrebí, política de conquistas como prolongación de la «reconquista en suelo peninsular»); el oro como «respuesta colectiva a un insoportable desafío que amenazaba con desmantelarlo todo desde el interior»; la sed de conocimientos más que de ciencia; el espíritu de Cruzada (búsqueda del enlace con el legendario Preste Juan de las Indias) y la esperanza de crear

una ruta exclusivamente cristiana para el tráfico de especias.

Desde la conquista de Ceuta en 1415 hasta la llegada de Vasco de Gama a Calicut en 1498 se van cumpliendo las etapas del largo periplo de los lusitanos en las costas africanas. El tratado de Alcaçovas suscrito con Castilla en 1479 y los acuerdos de Tordesillas, firmados una vez que los castellanos hubiesen puesto pie en América, constituyen los jalones clave del reparto de influencias a escala planetaria de las dos grandes potencias peninsulares. Ello constituye ya el inicio de un nuevo capítulo de la Historia.

Las vías continentales

Si el mar era la ruta ideal para productos baratos y de mucho peso, las vías terrestres seguían siendo útiles para los productos de lujo y otras mercancías que hicieron la fortuna de las nuevas ferias.

Francia, a pesar del grave conflicto de la Guerra de los Cien Años, vio aparecer figuras como la de Jacques Coeur y sus fantásticas, aunque a la larga fallidas, empresas en el Mediterráneo. Francia fue campo propicio para el tráfico de una serie de productos, ceñidos, eso sí, a un ámbito puramente nacional: telas, cáñamo, azafrán, etc.

La Europa central mantuvo un tráfico aún más activo, al calor, además, del auge industrial de las ciudades del sur y centro de Alemania. Metales y telas dinamizaron este comercio. El cobre, el estaño y, sobre todo, la plata (minas de Turingia, Harz, Bohemia, etc.), dieron vida a un verdadero capitalismo urbano en Augsburgo y Nuremberg. Las telas hicieron la fortuna de Constanza, San Gall y Ravensburgo.

La proyección de este gran desarrollo alcanzó por el Este a Polonia y el espacio ruso. Por el Sur, los alemanes meridionales tendrán sus salidas por Venecia —en donde se agruparán en el Fondacho dei Tedes-

chi— y Génova, desde donde saltarán al Levante español.

Lombardía constituye el otro área importante —seguimos la exposición de Jacques Heers— del gran comercio por vía continental. Su tradición como importante foco económico se remontaba a siglos atrás. Al igual que las ciudades marítimas italianas, Milán tuvo sus grandes hombres de negocios, y además una privilegiada situación cerca de las rutas alpinas y una industria textil altamente competitiva. Puede decirse que la prosperidad de las ciudades del sur de Alemania se corresponde con las del valle del Po.

3

LA CRISIS ESPIRITUAL Y LAS NUEVAS CORRIENTES CULTURALES

La quiebra de la teocracia pontificia desde la muerte de Bonifacio VIII da paso a la profunda crisis que el Papado va a padecer en los dos siglos finales del Medievo. A la cada vez más deteriorada imagen espiritual de la institución se une la renuncia a las viejas aspiraciones de dominio universal. Este desprestigio incidió en la secularización de la teoría política y en la aparición de nuevos movimientos heterodoxos. Situaciones, en definitiva, que encierran los gérmenes espirituales de una nueva época.

El Pontificado de Aviñón

Desde Clemente V (1305-1314) a Gregorio XI (1370-1378) trascurre la estancia de los Papas en Aviñón. Se ha hablado, en un tono un tanto retórico, de una «segunda cautividad de Babilonia». Nada menos exacto: La lejanía de las turbulencias romanas permitió a los pontífices un amplio margen de maniobra a la hora de dotarse de un aparato administrativo de gran eficacia. Experimentó el Papado, eso sí, un indudable afrancesamiento, producto del medio en que se desenvolvió. Pero ello no fue obstáculo para que en Aviñón se diesen algunos de los primeros frutos del humanismo: desarrollo de la Universidad del lugar, creación de una importante biblioteca y un notable depósito de archivos. Dentro de este ambiente refinado, mundano y nepotista se

van echando las bases de lo que en los años siguientes va a ser el Pontificado del Renacimiento.

La brillante corte pontificia tendrá múltiples reflejos (Chelini) en las pequeñas cortes y *entourages* familiares de los miembros del Colegio cardenalicio, algunos de los cuales (Gil de Albornoz, Napoleón Orsini, Bertrand de Poujet) ejercerán papeles preponderantes.

La política de «centralización monárquica» impulsada por los pontífices aviñonenses se puede apreciar en tres campos (Renouard):

a) La reorganización de los servicios. La Cámara Apostólica fue la pieza clave del sistema; dirigida por un Camarero que hace las veces de Primer Ministro, secundado por un Tesorero, que registra la entrada y salida de fondos. La Cancillería, con un Vice-canciller al frente, constituye una especie de secretariado particular del Papa, encargado de la recepción y expedición de cartas y del examen de los candidatos al notariado apostólico. La Penitenciaría se erige en auténtico tribunal espiritual, dirigida por un Gran Penitenciario perteneciente al Colegio cardenalicio. El «Tribunal de la audiencia del Palacio Apostólico» (Tribunal de la Rota) se constituyó en 1331 como organismo que juzgaba, a través de sus auditores altamente cualificados, las causas que le remitían el Papa o el Vicecanciller.

Todos estos servicios quedaron ubicados en el imponente palacio que los pontífices construyeron en su nueva capital.

b) Los pontífices aviñonenses se reservaron un cuasi monopolio en la nominación de beneficios eclesiásticos. Por la Constitución *Ex debito* dada por Juan XXII y otras sucesivas, los Papas dieron un serio golpe a las potestades que se habían arrogado los monarcas, príncipes feudales y capítulos catedralicios. La resistencia fue lentamente vencida. Los obispos comenzarán a titularse desde estos momentos «obispos por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica».

c) El desarrollo de la fiscalidad pontificia constituyó otro importante capítulo de la política de los Papas de

Aviñón. Juan XXII y su camarero Gasbert de Laval fueron los grandes impulsores. Los ingresos procedieron de: Rentas de los dominios de la Iglesia, censos de los derechos de suzeranía sobre los soberanos vasallos, impuestos sobre beneficios eclesiásticos (visitas, procuraciones, vacancias, etc.), jurisdicción espiritual de la Santa Sede, y rentas diversas. Los de la tercera categoría constituían más de la mitad de los ingresos de la Cámara Apostólica.

Una buena parte de los ingresos fueron invertidos por Inocencio VI en la pacificación de los Estados de la Iglesia, dirigida por Gil de Albornoz. Sus sucesores, Urbano V y Gregorio XI —que trasladaron su residencia a Roma— tuvieron que enfrentarse con una situación económica deficitaria. De ahí el interés de la fiscalidad pontificia de acrecentar los ingresos por todos los medios. Sin embargo, llevar a la práctica este empeño en una Europa arruinada por la guerra forzosamente había de contribuir a crear una mala prensa para los pontífices.

El cisma y la crisis conciliar

En 1377, Gregorio XI volvió a instalar la sede papal en Roma. Sin embargo, cuando se produjo su muerte al año siguiente, tuvo lugar una doble elección. La mayor parte de los cardenales se inclinaron por Bartolomé Prignano, que tomó el nombre de Urbano VI. Pero una fracción del Colegio (pretextando irregularidades en los procedimientos) eligió a otro pontífice en la persona del que había de tomar el nombre de Clemente VII, que seguiría residiendo en Aviñón.

La Cristiandad occidental se escindió en dos campos: Francia se puso a la cabeza de los aviñonistas e Inglaterra de los urbanistas. Razones de orden político (la «Guerra de los Cien Años», que en mayor o menor grado comprometió a todos los Estados del Occidente) hicieron bascular a los distintos monarcas hacia uno u otro campo.

No pasó mucho tiempo sin que tan anómala situación no despertase entre las personas más avisadas la idea de una pronta solución. Puede decirse que fueron cuatro las vías puestas en juego para la liquidación del cisma. La Universidad de París habría de tener en ello un importante papel:

a) La *via cessionis*, iniciada a la vez que se producía la sucesión de Clemente VII en el cardenal aragonés Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII. La *via*, sin embargo, estaba condenada al fracaso, desde el momento en que exigía, como condición *sine qua non* para la liquidación del cisma, la abdicación voluntaria de los dos pontífices. Esta no se produjo y se dio un nuevo paso.

b) La sustracción de la obediencia por parte de los monarcas del Occidente (1397) como medio de presión para forzar a los Papas a ceder. Se pasaba, así, a una verdadera situación de dependencia de las iglesias nacionales en relación con los soberanos. Ante lo infructuoso de la medida, se volvió a la obediencia en 1403.

c) En 1406, tras el intermedio de dos efímeros pontificados, ascendió a la sede romana Gregorio XII. El y Benedicto XIII se vieron presionados a poner en práctica una nueva salida:la *via conventionis*, de la que el monarca aragonés Martín el Humano fue decidido impulsor. Ello exigía una entrevista entre los dos pontífices a fin de que llegasen a un acuerdo por el que uno de los dos reconociese la legitimidad de su contrario y renunciase voluntariamente. Las sucesivas dilaciones de los dos pontífices hicieron la solución tan imposible como la patrocinada por la *via cesionis*.

d) El cansancio general de la Cristiandad forzó a la puesta en práctica de la solución más delicada: la vía del concilio. «El concilio, desde el siglo XII, había sido un mero instrumento para dar a conocer la voluntad de los Papas. Pero podía emplearse para otros fines y corregir el absolutismo pontificio, si se definía como la representación de la entera comunidad de los creyentes.» (F. Rapp).

Ya el propio Huguccio, canonista maestro de Inocencio III, muerto hacia 1210, había esbozado la idea de que el Papa puede errar, pero no la Iglesia romana y universal representada, en su comunidad de fieles, por el Concilio universal. Juan de París y Marsilio de Padua, algunas generaciones posteriores, fueron aún más lejos: la potestad de la Iglesia reside en la cabeza y en los miembros, que han transmitido su potestad al Papa. El Concilio general —se expresa Marsilio— representa a la Iglesia y está por encima de todos los miembros de su jerarquía, sin excluir al pontífice.

No faltaban precedentes, con anterioridad al cisma, en la apelación al Concilio frente a un Papa que se pensaba se había salido de sus atribuciones: Felipe IV de Francia lo propuso —por vía de Nogaret— en 1303 en su disputa con Bonifacio VIII. Luis de Baviera pensó algo semejante a propósito de la suya con Juan XXII.

La situación en los inicios del siglo XV era mucho más grave. Tanto aviñonistas como romanistas pensaron en el Concilio como única solución para neutralizar el cisma y atajar el movimiento herético (el husismo) que partiendo de Praga amenazaba con contagiar a toda la Europa central. Los criterios de dos profesores de la Universidad de París (Gerson y d'Ailly) expresaban de forma tajante cuáles eran las esperanzas que la Cristiandad había depositado en la convocatoria de un Concilio: la reforma de la Iglesia «in capite et in membris», tan importante o más que la liquidación del cisma.

El primer intento de poner en práctica la nueva vía constituyó un rotundo fracaso: fue el Concilio de Pisa de 1409. Los cardenales asistentes procedieron a destronar a Gregorio XII y Benedicto XIII y a nombrar un nuevo pontífice, Alejandro V, pronto sucedido por Baltasare Cossa, que tomó el nombre de Juan XXIII. Pero ni el Papa aviñonense ni el romano aceptaron esta solución. Pisa había convertido un cisma bicéfalo en tricéfalo.

El nuevo intento, la convocatoria de otro concilio para fines de 1414 en la ciudad de Constanza, tuvo más

éxito. Se debió en buena medida a la actitud enérgica y buenos oficios diplomáticos desplegados por el emperador Segismundo, deseoso tanto de liquidar el cisma como de neutralizar los efectos del husismo. Ambos objetivos parecieron alcanzarse en los meses inmediatos. Los tres sedicentes pontífices fueron depuestos. Aunque Benedicto XIII se negó a abdicar y se retiró a Peñíscola, no logró arrastrar consigo más que a un pequeño grupo que le acompañó en su voluntario destierro. El problema husita fue atacado frontalmente por Segismundo: Juan Hus y su colaborador Jerónimo de Praga, a pesar del salvoconducto imperial con el que asistieron a Constanza, fueron juzgados y condenados a la hoguera. Ello, sin embargo, no iba a conseguir más que exacerbar las pasiones en el mundo checo.

Vacante la Sede de San Pedro, se abría la incógnita: ¿debería el Concilio proceder con amplio margen de libertad a la reforma de la Iglesia o, por el contrario, había de elegirse antes un nuevo y único pontífice? De inmediato se advirtió una polarización de posiciones: Segismundo y el bajo clero eran partidarios de la reforma, mientras que los cardenales creían más oportuno lo segundo. La votación por «naciones» solventó la disputa. La francesa y la italiana se alinearon junto a los cardenales, mientras que la alemana y la inglesa se pusieron en el otro campo. La llegada de los representantes de la nación española (reinos de Aragón, Castilla, Navarra y Portugal) avanzadas ya las deliberaciones, hizo oscilar la balanza del lado italo-francés, aunque admitiéndose una cierta solución de compromiso. Se procedió a la elección de un nuevo Papa (Martín V) pero también a la promulgación de dos decretos (*Frequens* y *Haec sancta*) por los que se decidía la periódica reunión de concilios para acometer la reforma de la Iglesia. En abril de 1418 se ponía fin a la asamblea de Constanza con un solo éxito notorio: la liquidación del cisma.

Los años que sucedieron hasta la convocatoria de otro magno concilio en Basilea (1431) fueron aprovechados por el Pontificado para corregir su deteriorada ima-

gen y hacerse obedecer. Sin embargo, las victorias obtenidas por los husitas en aquellos años y el crecimiento de las doctrinas conciliaristas pusieron al nuevo Papa Eugenio IV en muy mala situación. En 1433, puede decirse que la monarquía pontificia se encuentra en franca derrota frente a la asamblea de Basilea. Las tesis conciliaristas más avanzadas fueron puestas en práctica: la Curia de Roma fue reducida a la impotencia y el Concilio se arrogó no sólo el poder legislativo, sino también el ejecutivo. La liquidación de las posturas más extremas del husismo y la reconciliación de las más moderadas con la Iglesia hicieron pensar que el Concilio era el instrumento ideal para la reunificación de una Cristiandad desgarrada.

Desde 1436, sin embargo, Eugenio IV volvió a tomar la iniciativa frente a unos padres conciliares ensoberbecidos por sus éxitos. La ocasión se la brindaron los griegos cuando, en sus negociaciones con vistas a la unión de las Iglesias, optaron por dialogar con el Papa y no con el Concilio, como figura representativa de la Cristiandad. Las conversaciones iniciadas en Ferrara concluyeron en Florencia en 1439 con el Acta de Unión de las Iglesias. El éxito que el Papa se apuntó con ello fue decisivo. Aunque rodeado de escasos prelados, tuvo fuerza suficiente para declarar rebeldes a los padres basilenses que se vieron paulatinamente abandonados por las «naciones». Su último intento, la elección de un antipapa en la figura de Félix V, no tuvo el menor éxito. Durante algunos años, sin embargo, mantendrían su actitud de rebelión, hasta que el nuevo emperador, Federico III de Habsburgo, buscó un acercamiento a Roma. La victoria del poder monárquico pontificio era importante, pero no por ello el conciliarismo murió. Un buen sector de intelectuales y las Universidades se convirtieron en refugio de su ideología celosamente transmitida a las sucesivas generaciones.

Los años que siguen al fracaso del intento teocrático de Bonifacio VIII conocen la aparición de algunos tratados, importantes jalones hacia la secularización del pensamiento político. Sin tenerlos en cuenta como precedentes, resulta difícil comprender la aparición, en los albores de la Modernidad, de *El Príncipe*, de Maquiavelo.

De acuerdo con las tesis del averroísmo latino, el Estado es tomado como un organismo «autosuficiente» que ha de regirse sin la intromisión de poderes extraños, e incluso puede aspirar a gobernar la Iglesia en tanto ésta existe dentro del Estado. Las tesis conciliaristas se nutrieron en buena medida de estas corrientes.

a) La figura de Marsilio de Padua ha sido decisiva dentro de este movimiento de ideas. Junto con Juan de Jandun redactó en 1324 el *Defensor pacis*, en el que, como en Aristóteles, el Estado es presentado como una comunidad perfecta en la que cada hombre alcanza su plenitud. El pueblo es la fuente de poder del Estado y las leyes son «mandatos de la totalidad de los ciudadanos o de la parte más importante de ellos». La «parte más importante» no lo es tanto por la cantidad como por la calidad, ya que Marsilio da una mayor importancia a las categorías superiores.

La Iglesia en las tesis marsilistas no pasa de ser «el conjunto de fieles que invocan el nombre de Cristo». No posee, por tanto, ninguna soberanía; la autoridad suprema no reside ni en el Papa ni en la jerarquía (que, por otra parte, no son considerados como instituciones divinas) sino en el Concilio. El pontífice no pasa así a ser más que «una especie de presidente de una república cristiana, gobernada, en última instancia, por el emperador» (Mollat).

Marsilistas fueron las tesis sustentadas por Guillermo de Occam, para quien el Papado no había recibido nunca de Dios el poder temporal y su única misión era ayudar a la salvación espiritual. La Iglesia era, para

este autor, el conjunto de los fieles que obtienen su salvación por sus obras y su fe, no gracias a los prelados.

En estos argumentos se apoyó Luis de Baviera en su disputa con Juan XXII, al que depuso en 1328 nombrando un antipapa, aunque sin obtener más que un éxito pasajero, por cuanto el poder imperial había perdido por entonces la mayor parte de su efectividad.

b) Sin embargo, aún hubo algunos autores en la península italiana que vieron en estos mismos años las últimas intervenciones de los emperadores alemanes (Enrique VII, Luis de Baviera) como una expresión de lo que podía ser una autoridad soberana única, encarnación del «intelecto universal de la humanidad». En este contexto escribió Dante su *De Monarchia*, en donde toca de forma magistral dos temas:

La aspiración a la unidad política. Esta sólo es alcanzable a través de una paz plena y universal, únicamente viable con una monarquía universal. Pero Dante no concibe su estructura en un sentido amorfo, sino federalista y jerárquico: entre el individuo y la monarquía universal (el Imperio, con otras palabras) se alzan una serie de organismos (aldeas, ciudades, reinos) escalonados, que desarrollan sus actividades con una gran autonomía. La necesidad de que exista una especie de tribunal supremo para velar por la paz y el derecho refuerza más aún la necesidad del poder monárquico.

Los dos poderes tradicionales —Iglesia y Estado— son para Dante meros accidentes; remedios para la debilidad del hombre. En cierta medida, el autor retoma el hilo de la tradición gelasiana. Cada uno de los poderes tiene su esfera definida, aunque vayan encaminados a un mismo fin: la felicidad y el ejercicio de la propia virtud en el mundo y el alcanzar la beatitud en la vida eterna. Pero, en este medio, el Imperio constituye una autoridad autónoma que procede directamente de Dios y, por tanto, no debe más que reverencia al Papa.

La doctrina de Dante, aunque respondiera a problemas efectivos, resultaba de difícil aplicación. Descan-

saba (dice M. Pacaut) sobre el principio de la unidad del poder, cuando la civilización europea caminaba indefectiblemente al establecimiento de una diversidad de Estados monárquicos fuertemente establecidos. Las monarquías del Renacimiento harán una realidad las viejas aspiraciones de los soberanos de la plenitud del Medievo: llegar a ser «emperadores en sus reinos».

Los movimientos heterodoxos

Los deseos de reforma de la Iglesia en la Baja Edad Media puede decirse que fueron generales. Las tesis conciliaristas, determinadas corrientes místicas y la labor emprendida por algunos monasterios y nuevas órdenes religiosas (caso de los jerónimos en Castilla) son encuadrables dentro del marco de la ortodoxia. A su lado, sin embargo, adquieren extraordinaria virulencia movimientos de otro signo. Algunos tienen sus raíces en el pasado. Otros son producto de la crisis general del Bajo Medievo y anuncian ya lo que va a ser la gran eclosión protestante en los comienzos de la Modernidad.

a) Entre los movimientos herencia del pasado cabe destacar:

—El milenarismo joaquinita, surgido a fines del siglo XII, concibió la próxima llegada de la Era del Espíritu Santo (transcurridas ya las del Padre y el Hijo) en la que la historia llegaría a su plenitud: reino del amor y fin de la estructura jerárquica de la Iglesia. A lo largo del XIII se fundió con las tendencias más radicales del franciscanismo: los espirituales o *fraticellis*. Bajo Juan XXII apoyaron al emperador Luis de Baviera en su disputa con el Pontificado. Este, sin embargo, se mantuvo firme. Por las bulas *Quorundam exigit* y *Cum inter nonnullos* se especificó que por encima de la pobreza, tal y como la concebían los espirituales, se encontraban el espíritu de pobreza y la obediencia. Las persecuciones de la Inquisición acabaron quebrando el movimiento de los espirituales, aunque su proyección se

dejara sentir, aun en fecha muy avanzada, en algunos brotes heterodoxos. Tal fue el de los Herejes de Durango, en torno a 1445, que tuvo como cabeza dirigente a un franciscano, Alonso de Mella. Su vago misticismo y sus ideas anarquizantes hicieron intervenir a los poderes públicos que ahogaron este movimiento de forma expeditiva.

—El ambiente comunal sigue siendo en la Baja Edad Media campo abonado para movimientos con ribetes de heterodoxia. El más espectacular fue el dirigido a mediados del XIV por Rienzi en Roma, aprovechando la ausencia del Pontificado. Mezcla de espiritualismo franciscano y de arnaldismo, el objetivo del «Tribuno Augusto» (como fue proclamado por el pueblo) era la restauración de la república romana, confundida con una especie de «reino del Espíritu Santo sobre la ciudad». El turbulento panorama político italiano producirá en Florencia, en los años postreros del Medievo, la figura del visionario Savonarola, autor de obras ascéticas y apologéticas. Dueño de la ciudad en 1494, sobre ella estableció, en un ambiente de exaltación escatológica y de puritanismo antihumanista, una verdadera república teocrática de muy efímera duración.

—Las comunidades de beguinas y begardos como centros de piedad que agrupaban a personas ligadas por los votos de castidad y obediencia, aunque sin sujeción a ninguna regla monacal establecida, no plantearon problemas a la Iglesia a lo largo del XIII. La penetración de las corrientes extremas del franciscanismo y los contactos con la secta panteísta del Libre Espíritu, acabaron radicalizándolos. El Concilio de Vienne de 1311 dio algunas disposiciones sumamente severas contra estos beaterios, muchos de los cuales se vieron obligados a vivir en la clandestinidad, o a ser encuadrados por dominicos, agustinos y terciarios franciscanos.

b) Dos grandes movimientos heterodoxos cubren la atención del estudioso de la sociedad europea de fines del Medievo. Ambos suponen una variante en relación con los antes mencionados:

—El wiclefismo surgió de las predicaciones de un profesor de la Universidad de Oxford, Juan Wiclef, que expuso sus puntos de vista en los últimos años de su vida (entre 1378 y 1382): el pecado ha hecho necesaria la ley civil, ya que de lo contrario bastaría sólo con la ley evangélica; las Escrituras son suficientemente claras y no necesitan la interpretación de la Iglesia; ésta, es, ante todo, la de los predestinados, no la de los clérigos. Estas y otras tesis de contenido francamente heterodoxo le enajenaron a Wiclef las simpatías de su protector el duque de Lancaster y de algunos miembros de la alta nobleza. Sin embargo, después de su muerte, sus doctrinas matizaron tres corrientes de opinión: la universitaria, la política (grupos de parlamentarios y nobles deseosos de que la monarquía inglesa se sacudiese la tutela del Pontificado) y la popular que, en las últimas décadas del XIV, habría de proyectarse en el movimiento de subversión social de los lollardos.

—Las doctrinas de Wiclef tuvieron su eco en la lejana Bohemia, en las predicaciones de Juan Hus. Hombre de fogosa elocuencia, accedió en 1409 al rectorado de la Universidad de Praga, lo que supuso una inyección de nacionalismo en un centro en el que hasta entonces la presencia de los maestros alemanes era absorbente. A los presupuestos wiclefitas, Hus añadió otros, producto del medio checo, en el que las predicaciones contra los vicios del clero y la corrupción del Pontificado alcanzaron altas cotas. Sin embargo, Hus nunca tuvo intención de romper abiertamente con la Iglesia establecida. De ahí que, al ser acusado de heterodoxia, acudiese para defenderse —provisto de un salvoconducto imperial— al concilio de Constanza. Todo fue inútil, según expusimos anteriormente: consideradas como heréticas diversas proposiciones extraídas de sus obras, Hus y su compañero Jerónimo de Praga murieron en la hoguera. De sus cenizas surgió el husismo.

Como tal movimiento «herético», el husismo se nutrió de diversas corrientes que no eran todas producto de la obra del predicador: un deseo general de reforma extendido a todas las capas de la población, unos senti-

mientos de signo nacionalista frente a un ahogante germanismo y una fuerte polarización social. De ahí que se pueda distinguir, según J. Maceck, entre la reforma husita, mantenida por la nobleza y burguesía checas, y la revolución husita que encontró su refugio entre las masas populares. Los primeros se adscribieron al utraquismo o calicismo (el cáliz será su emblema) y aspiraron simplemente a la libertad de predicación, comunión bajo las dos especies (*sub utraque specie*) y a una secularización de bienes eclesiásticos. Los segundos, la rama de los taboritas (del nombre de una ciudad de nuevo cuño por ellos fundada frente a Praga: Tabor), aspiraban a una radical transformación de las estructuras de la sociedad, siguiendo la pauta de un vago milenarismo. A pesar de las tensiones entre los dos grupos, el sólido encuadramiento militar dado al husismo por caudillos como Juan Zizka y Procopio el Grande logró, frente a los sucesivos ejércitos lanzados por el emperador Segismundo, éxitos resonantes. La «herejía» amenazó con extenderse por toda la Europa central. En 1434 el Pontificado y el emperador llegaron a un acuerdo con el ala moderada del movimiento mediante la aceptación de algunos de sus postulados por los padres basilenses. Ello permitió el aplastamiento del ala taborita del husismo en la batalla de Lipany. Las manifestaciones más virulentas del movimiento quedaron ahogadas, pero no los deseos de una reforma a fondo, que se mantuvieron aún vivos.

Las transformaciones intelectuales en la Baja Edad Media

La nueva estructura que se dan las Universidades a lo largo de los siglos XIV y XV y la crítica a la ortodoxia escolástica se van a convertir en importantes símbolos del cambio de los tiempos y en precursores de las grandes corrientes humanistas.

a) Desde mediados del XIV se asiste a una verdadera proliferación en la fundación de Universidades: Erfurt,

Heidelberg, Colonia, Leipzig, Rostock y Wurtzburgo en el Imperio; Ferrara, Turín y Catania en Italia; Lérida en la Península Ibérica; San Andrés en Escocia, etc. Circunstancias de orden político y tomas de postura espiritual con motivo del cisma contribuyen a la aparición de algunos centros: los ingleses, durante su ocupación en Francia, fundaron las Universidades de Caen y Burdeos; Carlos el Temerario fundó las de Lovaina y Dole para acoger a los estudiantes borgoñones expulsados de París por Luis XI.

Razones de este tipo llevan también a algunas Universidades a adquirir ribetes auténticamente nacionalistas: la de París tendrá en adelante un rector siempre francés y se convertirá en la «Universidad del rey de Francia» (Delaruelle). En Bohemia, el Decreto real de Kutna Hora de 1409 obligó a profesores y estudiantes de Praga a jurar fidelidad a la Corona checa, con lo que se produjo una verdadera estampida de alemanes, que fundaron la Universidad de Leipzig.

París y Praga habrán de intervenir muy directamente en las querellas del momento. La primera en el cisma y en los grandes «affaires» de la Guerra de los Cien Años: problema del tiranicidio, que enfrentó a los maestros Petit y Gerson, proceso de Juana de Arco, etc. La de Praga fue importante refugio del husismo templado.

Junto a las nuevas Universidades, se fundan multitud de colegios (Navarra, Queen's College, Corpus Christi, Trinity Hall, Colegio de España en Bolonia, etc.) a través de los cuales se intenta la sedentarización de los alumnos y evitar el vagabundeo. Frente a la sencillez de estilo del siglo XIII, la Universidad va creando una verdadera casta con auténticas «dinastías de profesores» (Verger) y una fuerte penetración nobiliaria. Los conatos intervencionistas de los poderes públicos acabarán por limar las tradicionales libertades y convertirán a las Universidades en «centros de formación profesional al servicio de los Estados» (Le Goff). Las nuevas funciones del Estado burocratizado dan así también a la Universidad nuevas funciones.

b) Desde comienzos del XIV se asiste (G. Leff) a una

crítica de la vieja tradición anselmiana de la fe en busca de la inteligencia.

Duns Scoto (1266-1308), al revés que Santo Tomás, retiró del campo de la especulación filosófica algunos problemas teológicos. Se rompe con ello el equilibrio establecido por la generación anterior entre fe y razón. La voluntad de Dios se convierte en el eje de todo, ya que «no puede ser determinada por nada que sea exterior a ella misma».

Guillermo de Occam (1300-1349) es la cabeza del nominalismo del siglo XIV, al que llevó a radicales conclusiones. Ninguna doctrina teológica puede ser demostrada por la razón: A Dios sólo se puede llegar a través de la fe. Como en Duns Scoto, la voluntad divina se encuentra en el centro de la teología. El criticismo occamiano no admite más que la experiencia sensible como base del conocimiento humano. En este sentido, Occam se convirtió en el padre de la «vía moderna» por oposición a la «via antiqua» tomista. De ella surgieron importantes ensayos sobre geografía y astronomía. Las figuras de Juan de Buridan o de Nicolás de Oresmes ocupan un lugar de honor en los años centrales del siglo XIV. El retraso de la técnica y la ausencia de un eficaz simbolismo científico —dice Le Goff— impidieron sacar el debido provecho de este primitivo impulso.

c) La Reforma protestante fue «una respuesta religiosa a la angustia de fines de la Edad Media» (Delumeau). La serie de graves conmociones políticas y religiosas que sacuden al Occidente (Guerra de los Cien Años, rebelión husita, terribles crímenes políticos, etc.) crearon el clima apropiado para unos peculiares sentimientos religiosos. Frente a la teología especulativa de signo tomista, se trata de encontrar otras vías de acceso a Dios con un profundo carácter «antiintelectualista». La piedad popular del hombre bajomedieval trata de buscar por todos los medios los «baluartes contra la muerte terrena y la muerte eterna» (Delumeau). En este contexto cabe explicar la floración de particulares manifestaciones literarias: Danzas de la Muerte, *Dies Irae,*

el *Ars moriendi...*, y ciertas formas de piedad que producen una auténtica exacerbación del culto a la Virgen y a los santos, de la veneración de las reliquias y de la acumulación de indulgencias. Todo puede constituir una garantía para el más allá. La actitud de un Luis XI de Francia, personaje de tortuosa política (la «araña universal» según le calificó un contemporáneo) y de piedad gazmoña, es todo un símbolo de las contradicciones en las que se mueve la espiritualidad del hombre bajomedieval.

En este contexto de auténtica angustia cabe explicar también las ardientes predicaciones de San Vicente Ferrer, San Bernardino de Siena o San Juan Capistrano. La exaltación religiosa puede llevar a virulentas manifestaciones: las procesiones de flagelantes, expresión de una «élite de redentores por la autoinmolación» (Cohn) o los «pogroms» antijudíos que sacudieron a la Península Ibérica desde la violenta explosión de 1391.

Dentro de las corrientes del misticismo bajomedieval, descuellan algunas figuras:

—El maestro Eckhart, nacido en 1260 en el seno de una familia de caballeros turingios. Maestro en Colonia y París, une a su fondo aristotélico unas ciertas dosis de neoplatonismo. Aunque su figura no se identifique con el «retrato más o menos convencional del místico», su obra tuvo una profunda influencia en los adeptos de la «devotio moderna» y en otras corrientes de más dudusa ortodoxia.

—Discípulo de Pedro d'Ailly fue J. Gerson (1363-1429). Su obra conecta con las de un San Bernardo o un Ricardo de San Víctor más que con los teólogos del siglo XIII: conocimiento de Dios por la vía intuitiva, tomando como principal fuente la vida interior de los santos.

—Nicolás de Cusa (1400-1461) fue autor de la última gran Suma escolástica, lo que no fue obstáculo para que tomase la defensa de Eckhart, condenado en 1329, atacase al aristotelismo y se convirtiese en el apóstol de la «docta ignorancia».

—La región del Rin produce en los años finales del Medievo una importante pléyade de místicos: Ruysbroeck (muerto en 1381), Gerardo Groote (fundador en Deventer de la comunidad de «Hermanos de la vida común»), Tomás Kempen, autor de la *Imitatio Christi*; Juan Tauler y Enrique Suso, dominicos alemanes influidos por las enseñanzas de Eckhart, etc. Todos ellos protagonizan una corriente bautizada con el nombre de la «devotio moderna». En ella, frente a la antigua devoción de grupo típica del ideal monacal, se abre paso otra en la que la unión del alma con Dios es un producto de la ascesis y la meditación individual. En ella el laicado tiene plena cabida.

d) Decir que la Italia de fines del Medievo era terreno abonado para el desarrollo del humanismo es una verdad tan manoseada que acaba sonando a tópico. La figura de Dante, como primer gran hombre de letras laico desde Boecio, ha sido tomada como el ensamblaje entre dos mundos. La *Divina Comedia* supone una nueva apreciación de los autores clásicos (Virgilio en particular), pero es aún una «summa poética del saber y de la mentalidad medievales» (Le Goff). Una generación posterior, Petrarca (1304-1374) supone un paso más en la revalorización del pasado político y cultural de la Roma pagana, cuya historia adquiere para él una autonomía propia, no el carácter de una simple etapa preparatoria para el Cristianismo.

A lo largo del XV, las cortes de los príncipes italianos abren sus puertas a las distintas corrientes humanistas en sus versiones latinista, helenista y biblicista. En el Nápoles de Alfonso V trabajan Lorenzo Valla y Joviano Pontano. En la Florencia de los Médicis, tanto en la Academia platónica como en la Universidad, destacan las figuras de Marsilio Ficino, Pico de la Mirándola y Filelfo. En la Ferrara de los Este vivió Teodoro de Gaza, uno de los primeros helenistas de la época. Bolonia, Padua, la «Sapiencia» de Roma, etc. son otros tantos focos de cultura.

A pesar de la oposición entre el intelectual medieval y

el humanista, la Universidad europea se va abriendo a las nuevas tendencias frente a un escolasticismo esclerosado perdido en las corrientes de una especulación que para los «modernos» carece ya de sentido. Las influencias provenientes de Italia (Petrarca, Besarión...) se dejan sentir en Praga, París u Oxford. A lo largo del siglo XV, y al calor de la difusión de las corrientes italianizantes, se asiste a una intensificación de las tendencias individualistas. De ellas tenemos excelentes muestras en algunas manifestaciones historiográficas en las que se relatan las acciones de un solo personaje (Pero Tafur, Alvaro de Luna...). El humanista estuvo convencido de las posibilidades del hombre; ello es «lo que da al humanismo su auténtica tónica» (Dresden). Fenómeno inicialmente italiano, el humanismo se va a convertir pronto en europeo.

4

EL OCCIDENTE EUROPEO DURANTE LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

Bajo el nombre (convencional pero ya consagrado) de «Guerra de los Cien Años» se oculta uno de los aspectos de la grave crisis que sacude a todo el Occidente en los últimos siglos de la Edad Media. El conflicto, con distintas etapas de tregua, enfrenta a Francia e Inglaterra como principales protagonistas. Junto a ellas, y por diversos motivos, militarán los demás Estados europeos. La «Guerra de los Cien Años» rebasa ya los marcos esencialmente feudales bajo los que se desenvolvieron la mayor parte de los enfrentamientos político-militares del Medievo. Puede considerarse, por tanto, como el preámbulo de los futuros choques entre las grandes monarquías del Renacimiento.

Los comienzos del conflicto y las grances victorias inglesas

En 1328 moría Carlos IV, el último monarca de la dinastía Capeto. Una asamblea de barones y prelados franceses eligió como sucesor a Felipe de Valois, frente a su antagonista Eduardo III de Inglaterra, provisto quizás de mejores títulos pero, a fin de cuentas, extranjero. Podría decirse que con este acontecimiento se gestó la rivalidad anglo-francesa que dio paso a la guerra generalizada. Esta, sin embargo, tardaría aún casi veinte años en desarrollarse con toda su crudeza. La cuestión dinástica no fue más que uno de tantos factores que incidieron en el desencadenamiento de hostilidades. A

la rivalidad entre las dos casas reales se unían otros factores de igual o mayor peso: el problema de Guyena, no solucionado aún y que suponía una cuña inglesa en territorio francés; la cuestión de Flandes, sometida militarmente a Francia desde la derrota de sus ciudades en Cassel (en 1328) pero con unos intereses económicos (los abastecimientos de lana inglesa) que podían constituirse en elemento de fricción entre los Valois y los Plantagenet; la guerra de sucesión de Bretaña, que desde 1341 enfrentó a un candidato profrancés (Carlos de Blois) y otro proinglés (Juan de Montfort); la endémica guerra de Escocia, en donde la monarquía francesa vio una posible aliada a espaldas de Inglaterra, etc.

La derrota de la escuadra francesa en L'Ecluse a manos de los navíos ingleses (1340) puede ser tomada como el primer hecho de armas del conflicto, pero no decisivo. Las negociaciones emprendidas por Felipe VI con la monarquía castellana forzaron a Eduardo a una intervención directa sobre Francia con el fin de reivindicar la plenitud de sus derechos a la Corona. En julio de 1346 el soberano británico concentraba un pequeño pero aguerrido ejército en Wight: no más de quince mil hombres, con escasa caballería pero con eficaces contingentes de a pie. Eran los arqueros y acuchilladores curtidos en las duras campañas de Gales y Escocia y reclutados entre la masa de los *yeomen*, o campesinos libres.

a) El primero de los grandes éxitos militares ingleses fue la batalla de Crecy, librada cerca de las costas del Canal el 25 de agosto de 1346. El ejército inglés, escalonado en tres cuerpos o «batallas» en una colina de suave ladera, destrozó a la valerosa e indisciplinada caballería pesada francesa. El heredero de la Corona británica, Eduardo de Gales, el «Príncipe Negro», fue el héroe de la jornada. Del éxito militar Eduardo III sacó excelente partido: a los pocos meses y tras un duro asedio, era tomada la plaza de Calais que, desde estos momentos, fue una magnífica cabeza de puente para futuros desembarcos. Las victorias de los ingleses sobre

los escoceses en Neville's Cross, también en 1346, y sobre la flota castellana en Winchelsea (1350) daban a los británicos una posición militar de prepotencia. La propagación de la peste en estos años y la quiebra financiera que afectó al Occidente, obligaron, sin embargo, a desarrollar las operaciones militares bajo un signo distinto al del choque frontal de dos grandes ejércitos.

Coincidiendo con la subida la trono de un nuevo monarca francés —el caballeresco y poco inteligente Juan II—, los capitanes de uno y otro bando se obstinaron en una guerra informal en la que se sucedieron los golpes de mano dados por pequeñas partidas, en las que destacaron pronto soldados de fortuna como el bretón Beltrán Duguesclin, Eustaquio de Auberchicourt, Hugo Calverley, Juan de Grailly (captal de Buch), etcétera. A su lado, se producen de tarde en tarde las grandes cabalgadas: avances de crecidos efectivos en columnas paralelas en un frente de varios kilómetros, con el fin de destruir los recursos del enemigo. La más famosa en estos años fue la emprendida por el «Príncipe Negro» en 1355 desde Burdeos hasta el Narbonesado. Francia conoció, así, en estos años la plaga de las partidas de soldados-bandoleros (las «Compañías», «routiers», «ecorcheurs»...). El cronista Froissart, comtemporáneo de los acontecimientos, puso en boca de uno de estos soldados de fortuna, Merigot de Marchés, una viva descripción de lo que era su peculiar modo de vida.

La incapacidad del nuevo monarca francés se mostró palpablemente en su actitud pusilánime frente a Carlos II, rey de Navarra y conde de Evreux, convertido en instigador de una nueva intervención oficial inglesa. El 19 de septiembre de 1356, en las cercanías de Poitiers, se repitió el lance de Crecy. El ejército francés sufrió otra importante derrota con el agravante de que Juan II cayó prisionero del «Príncipe Negro».

b) En los años siguientes, al compás de la grave quiebra militar, se abatió sobre Francia una terrible crisis en la que confluyeron una serie de factores: los manejos de Carlos de Navarra; la rebelión de la muni-

cipalidad de París dirigida por el preboste Etienne Marcel que exigió la pronta reunión de los Estados Generales para acometer una depuración de los organismos de gobierno; y la terrible revuelta de aldeanos (la «Jacquerie») contra los nobles y las gentes de armas.

El Delfín Carlos, como regente del reino, supo obrar con extraordinaria habilidad aprovechando la desunión de los revoltosos. La «jacquerie» fue aplastada y el movimiento comunal concluyó con el asesinato de E. Marcel. El paso siguiente había de ser la entrada en negociaciones con Inglaterra. El intento de forzar la situación por parte de Eduardo III a través de una nueva cabalgada iniciada en Calais no obtuvo el éxito deseado para los ingleses. El Delfín pudo negociar, así, con mayor margen de maniobra. El primero de mayo de 1360 se llegó a un acuerdo: la paz de Bretigny. Por ella Eduardo renunciaba a sus derechos a la Corona francesa a cambio de la retención de Calais, Aquitania, Guines y Ponthieu (un tercio de Francia) y el cobro de tres millones de escudos. Juan II murió en Londres en 1364 por no poderse cumplir al pie de la letra todas las condiciones previas para su liberación. El Delfín Carlos accedió al trono, disponiéndose de inmediato a rehacer una Francia física y moralmente hundida por la guerra. La búsqueda de apoyos en el exterior resultaba de todo punto imprescindible.

Los reinos hispánicos nuevos protagonistas de la guerra

El reino castellano-leonés fue pieza importante del mecanismo diplomático puesto en juego por los dos principales protagonistas de la «Guerra de los Cien Años». Tanto Alfonso XI como su sucesor Pedro I en sus primeros años, mantuvieron una actitud de abierta francofilia. La derrota de Winchelsea y la agotadora guerra en corso que se abrió entre marinos ingleses y cántabros condujo a un acuerdo anglo-castellano. Carlos V de Francia hubo de buscar apoyos en otros lados:

en los hermanos bastardos del monarca castellano que, con Enrique de Trastámara al frente, se convirtieron en dirigentes de la turbulenta nobleza en su lucha contra el autoritarismo del soberano; y en Aragón, cuyo monarca Pedro IV acabó chocando con su homónimo castellano-leonés. En la guerra que sucede (la «guerra entre los dos Pedros»), caracterizada por una inusitada crueldad en los dos bandos, estaba en juego la supremacía política sobre la península de una de las dos Coronas. Entre 1357 y 1363 los éxitos castellanos se sucedieron a todo lo largo de la frontera. Al aragonés no le quedó otro recurso que la solicitud de ayuda a la Francia que unos años antes había firmado la paz de Bretigny. Carlos V vio la ocasión propicia: una entronización de su huésped Enrique de Trastámara en Castilla podía prestarle el aliado necesario para tomarse el desquite de las últimas humillaciones ante Inglaterra.

a) La guerra civil castellana entre Pedro I y Enrique de Trastámara se convirtió en un choque internacional: un desplazamiento hacia el Sur de los campos de batalla del conflicto anglo-francés. Del lado del bastardo figuraban los mercenarios en paro desde la paz de Bretigny, dirigidos por Hugo Calverley, Mateo Gournay y, sobre todo, Beltrán Duguesclin. Del lado de Pedro I (contra la promesa de entrega a Inglaterra de Vizcaya y una fuerte suma de dinero) las bandas encabezadas por el «Príncipe Negro». El conflicto se liquidó en dos años: en abril de 1367 los petristas y sus auxiliares ingleses vencían en Nájera. Pero la retirada del «Príncipe Negro», desengañado, dejó a los pocos meses el campo libre a sus rivales. En marzo de 1369 Enrique de Trastámara vencía y daba muerte en Montiel a su hermano bastardo. El ascenso de la nueva dinastía al trono tenía un profundo significado: un triunfo de la nobleza castellana —principal soporte del Trastámara — y una basculación de Castilla a la órbita francesa merced a los tratados suscritos en Toledo por Enrique II con su aliado Carlos V.

b) Desde 1369 a 1380 se asiste a dos procesos inse-

parables: la consolidación de la dinastía Trastámara en Castilla y la «reconquista» del suelo francés impulsada por los capitanes de Carlos V. Mientras Enrique II reducía los últimos focos de legitimismo petrista (Carmona, Zamora, etc.) y rompía el cerco a que le sometían sus colegas peninsulares —en especial Fernando de Portugal que se arrogaba derechos a la Corona castellana— el monarca francés unificaba el mando de sus fuerzas nombrando condestable a Duguesclin. A través de la escaramuza, en la que el bretón era maestro consumado, la presencia inglesa en suelo francés se fue haciendo cada vez más difícil. En junio de 1372, la marina castellana obtenía un éxito resonante sobre la inglesa en La Rochela. Al año siguiente, Juan de Gante, tercer hijo de Eduardo III y marido de Constanza, hija de Pedro el Cruel, proyectó una fantástica aventura: una cabalgada desde Calais que recorriese de forma arrolladora Francia de Norte a Sur, para luego cruzar el Pirineo y proclamarse rey en Castilla. La operación terminó en un desastre en los alrededores de Burdeos.

La réplica franco-castellana fue demoledora: los almirantes Juan de Vienne y Sánchez de Tovar hicieron una serie de razzias sobre los puertos ingleses del Canal. En 1377 Eduardo III se vio obligado a firmar una humillante tregua en Brujas. En los años inmediatos se produce la desaparición de toda la generación que había combatido en la primera fase de la guerra: Eduardo III (su hijo el «Príncipe Negro» había muerto en 1376), Enrique II de Trastámara, Carlos V, Duguesclin.

c) La alianza franco-castellana siguió funcionando con eficacia hasta 1383 en que se produjo una crisis sucesoria en Portugal. Las opiniones del país se polarizaron en dos partidos: el legitimista, que pretendió la proclamación de Juan I de Castilla, yerno del difunto Fernando de Portugal, y el nacionalista que, en Cortes reunidas en Coimbra, elevó al trono a Juan, maestre de Avis, un bastardo de la familia real lusitana. En torno a él se concentró la masa popular del país, la incipiente burguesía y una parte de la baja nobleza. La alta aris-

tocracia optó por el bando castellanista. El pleito se saldó de forma dramática para el Trastámara: primero en el fracasado cerco de Lisboa y después (15 de agosto de 1385) en la derrota sufrida a manos del maestre de Avis en Aljubarrota.

El significado y consecuencias de este encuentro son importantísimos: la independencia portuguesa se consolidaba de manos de una nueva dinastía —la Casa de Avis— que iba a dar al país su época de mayor esplendor. Pero Aljubarrota también fue el punto de partida en el debilitamiento de la posición hegemónica franco-castellana. Así lo comprendió Juan de Gante, duque de Lancaster, que vio en ello una nueva ocasión para reivindicar sus derechos a la Corona de Castilla. En julio de 1386 desembarcó en Galicia con un fuerte ejército. No pudo, sin embargo, forzar el paso hacia la meseta, dada la enconada resistencia que opuso Benavente. Al final, el agotamiento a que habían llegado todos los contendientes impuso una tregua. El de Lancaster renunciaba a sus pretendidos derechos a cambio de una fuerte suma y del matrimonio de su hija Catalina con el heredero de Castilla, el futuro Enrique III.

Los acontecimientos de la península se convirtieron así en factor decisivo en la trayectoria de la «Guerra de los Cien Años» y en punto de partida para un cierto restablecimiento del equilibrio de fuerzas.

Hacia un largo intermedio de paz (1388-1415)

La subida al trono de Carlos VI en Francia, Ricardo II en Inglaterra, y Juan I y luego Enrique III en Castilla supuso un verdadero «relevo de generaciones» (Contamine). Sus antecesores habían dejado un legado en su política interior que marcó una fuerte impronta:

Carlos V, tras superar la grave crisis institucional surgida después del desastre de Poitiers, logró dar a la realeza un importante papel como punto de equilibrio entre las diversas instituciones —Consejo, Estados Ge-

nerales, etc.— y las fuerzas sociales en juego: las ciudades por un lado y la nobleza por otro, en la que pronto se van perfilando dos categorías. En un primer lugar, la alta nobleza, muchos de sus componentes parientes del rey, beneficiarios de una generosa política de «apanages» impulsada por Juan II. En segundo lugar, una pequeña nobleza de oficio, sin grandes posesiones pero eficaces colaboradores del monarca: el condestable Duguesclin, el almirante Juan de Vienne, etc. Pero, sobre todo, serán gentes de mediano estado los que apoyen a Carlos V en el enderezamiento del país: Nicolás de Oresmes, Felipe de Mezieres.

Eduardo III tuvo sus principales colaboradores —por razones obvias— entre la gente de armas que hizo las campañas de Francia o de Escocia, sometida a protectorado después de Neville's Cross. Bajo su reinado el Parlamento va adquiriendo ya unos perfiles auténticamente bicamerales. Las fricciones entre los Comunes y la monarquía, dados los enormes presupuestos de guerra, serán frecuentes: en 1376 el duque de Lancaster se decidió a disolver las cámaras, lo que contribuyó a acrecentar el descontento. Las fricciones con la Iglesia no fueron menores: los Estatutos de Provisors (1351) y De Praemunire (1353) trataron de establecer un cierto control sobre la provisión de cargos eclesiásticos por parte de la realeza, que nunca llegó a ser efectivo. Al calor de las dificultades para mantener unas normales relaciones comerciales con Flandes, se fue desarrollando en Inglaterra en estos años una auténtica industria textil nacional. La guerra —auténtica sangría aunque propiciase el prestigio de unas victorias militares—, la peste y las tensiones derivadas de los estatutos sobre salarios (1349, 1351, 1361 y 1370) con el fin de fijarlos en los de 1346, fueron factores que contribuyeron a enrarecer el panorama. Algo semejante cabría decir de la política de prebendas desarrollada por el monarca hacia sus doce hijos, habidos del matrimonio con Felipa de Hainaut: Eduardo, príncipe de Gales; Juan, duque de Lancaster; Lionel, conde de Clarence... Ello habría de suponer una pesada hipoteca para el futuro.

Bajo los dos primeros Trastámara —Enrique II y Juan I— se asiste en Castilla a un reforzamiento de posiciones de la nobleza colaboradora de la dinastía: parientes de los monarcas y señores de pequeño estado fueron los beneficiarios de la política de «mercedes enriqueñas». Pero ello no fue obstáculo para que los Trastámara tratasen, por otro lado, de impulsar un robustecimiento de la autoridad real a través de la institucionalización de una serie de organismos hasta entonces poco perfilados: la Audiencia, el Consejo Real, las Hermandades. Incluso las Cortes castellanas —expresión de la participación ciudadana en la vida política— conocieron en estos años uno de sus mejores momentos. La alianza con Francia y la derrota de Inglaterra en el Golfo de Vizcaya constituyeron circunstancias de gran interés en el desarrollo del comercio exterior castellano, particularmente en el sector lanero. Al eje Inglaterra-Flandes sucederá el Castilla-Flandes. Comercio exterior floreciente pero que ocultaba las limitaciones de unas estructuras socio-económicas de signo aristocratizante, que acabarán imponiéndose de forma ahogante en el panorama político castellano.

* * *

Un signo —la reacción nobiliaria al calor de los privilegios de los propios monarcas— parece ser común a todo el Occidente en el largo período de paz que sucede al 1388. La propia institución monárquica, a través de sus nuevos representantes «generacionales», hubo de sufrir esta pesada hipoteca:

En Francia, Carlos VI quedó en sus primeros años bajo la tutela de sus tíos, beneficiarios de los «apanages» de Anjou, Berry y, sobre todo, Borgoña, que se estaba convirtiendo —con la incorporación de Flandes— en un poderosísimo Estado. En 1384 el rey tomó personalmente las riendas del gobierno tratando de seguir la política de su padre de apoyarse en gentes de mediano estado (Clisson, Le Mercier, etc.). La enajenación men-

tal que sufrió el monarca desde 1392 devolvió el poder a manos de una nobleza en la que cada uno de sus componentes trataba de neutralizar a sus contrarios. En 1407, el duque de Orleáns era asesinado a instigación de Juan sin Miedo, duque de Borgoña. Puede decirse que la guerra civil se desató sobre Francia desde este momento. En torno a Bernardo de Armagnac se reunió un partido, de signo pronobiliario, que tomó su nombre. Frente a él, los «borgoñones» supieron atraerse las simpatías de ciertos sectores gremiales de París, especialmente los carniceros (revuelta de los *cabochiens*, en pro de una mejor administración y un saneamiento de las finanzas). «Borgoñones» y «Armagnacs» se sucedieron sangrientamente en el dominio de la capital. Ambos partidos pensaron en la intervención inglesa para inclinar a su favor la balanza.

En Inglaterra, Ricarlo II hubo de enfrentarse con graves disturbios sociales (movimiento campesino de los lollardos) y la oposición de ciertos sectores de la nobleza. Enrique de Lancaster, hijo de Juan de Gante, acabó convirtiéndose en su cabeza dirigente. En 1399 se hacía con el trono. El nuevo monarca, sin embargo, procedió con energía frente a los linajes más turbulentos y tuvo un especial interés en procurarse la ayuda del Parlamento. Cuando sube al trono su hijo —Enrique V— Inglaterra se ha constituido en un sólido Estado dispuesto a recuperar en el continente la iniciativa al calor de la guerra de partidos en Francia.

El reinado de Enrique III de Castilla cubre los años finales del XIV y los inicios del XV. El mantenimiento de la alianza con Francia y el matrimonio del monarca con una hermana de Enrique IV de Inglaterra, daban al reino una posición de equilibrio en el contexto de unas relaciones internacionales que se desenvolvían en estos años bajo el signo de la tregua. La rivalidad naval con los marinos ingleses del Canal y un conflicto en tono menor mantenido con los portugueses no obscurecen en absoluto el panorama. En el interior, Enrique III mantuvo una política enérgica frente a la nobleza, particularmente la alta aristocracia de parientes del rey

que fue reducida y contrapesada con el encumbramiento progresivo de la pequeña nobleza de servicio (los linajes de los Estúñiga, Dávalos, Velasco, Mendoza, etcétera). Esta, a la larga, habrá de jugar un importante papel en la política castellana.

La reanudación de la lucha: el imperialismo lancasteriano y la doble monarquía

El 25 de octubre de 1415, el ejército de Enrique V, contando con la inhibición de los borgoñones, batía a los franceses en Azincourt. Normandía fue rápidamente ocupada por los invasores. Francia vivió durante algún tiempo en el mayor anonadamiento. El asesinato de Juan sin Miedo a manos de amigos del Delfín acabó por echar a los borgoñones en manos de los Lancaster. A este frente se unieron pronto la propia reina de Francia, Isabel de Baviera, el Parlamento y la Universidad de París y los Estados del Languedoil. En nombre del demente Carlos VI llegaron a un acuerdo: la paz de Troyes de 1420. Enrique V retenía Normandía a título personal y casaba con Catalina, hija del soberano francés. Pasaba con ello a titularse «Rey de Inglaterra y heredero de Francia». Se trataba de un intento (la «doble monarquía») de unión personal de las dos Coronas, en el que cada uno de los dos reinos seguiría manteniendo sus propias peculiaridades. El Delfín Carlos, repudiado por su propia madre, pasaba a convertirse en una especie de proscrito, refugiado en Bourges y reconocido como legítimo heredero por la cada vez más debilitada facción de los «Armagnacs».

En 1422, y con el intermedio de unos pocos meses, murieron Carlos VI y Enrique V. El hijo de éste, un niño de pocos meses, pasó a ser reconocido (Enrique VI) como soberano por parte de los valedores de la «doble monarquía». Dos regentes (el duque de Bedford en Francia y el de Gloucester en Inglaterra) actuaron como gobernantes efectivos. Mientras tanto, en las zo-

nas no controladas por los angloborgoñones un vago sentimiento nacionalista francés empezó a forjarse en torno a la figura del Delfín, considerado como Carlos VII por sus partidarios. Los recursos materiales del «rey de Bourges» o el «sedicente Delfín del Vienesado», como le llamaban sus rivales, eran limitados, y el equipo de consejeros (Regnault de Chartres, La Tremoille, etcétera) no era sino una camarilla de intrigantes. Su causa era mantenida militarmente por los focos de resistencia en las zonas ocupadas por los ingleses (Tournai, Mont-Saint-Michel...) y por algunos capitanes como La Hire y el bastardo de Orleáns Dunois que seguían haciendo una guerra sin cuartel a los ingleses. En Verneuil (1424) fue derrotado el más importante ejército del Delfín, haciendo su situación cada vez más difícil. Maine fue ocupado por las fuerzas de Enrique VI que, en octubre de 1428, procedieron a cercar Orleáns, llave del Loira y, de rechazo, de las posiciones más sólidas del Delfín. Del éxito o fracaso de esta operación podía depender el destino de la doble monarquía.

La recuperación francesa: Juana de Arco y las últimas etapas del conflicto

Los recursos de Enrique VI en 1428 aunque abundantes eran esencialmente ingleses. Su posición en Francia era menos sólida de lo que aparentaba, salvo en la Guyena (con una fuerte tradición de fidelidad a los reyes de Inglaterra) y en Normandía (sometida a una férrea ocupación militar). El resto de las zonas controladas por el duque de Bedford distaban mucho de aceptar de buena gana la tesis de la «doble monarquía». La fidelidad a esta causa de los duques de Bretaña y Borgoña era sumamente fluctuante.

El «rey de Bourges» Carlos VII (resalta Contamine) contaba con el apoyo de las grandes casas de Anjou, Foix, Orleáns y Borbón, pero, como contrapartida, su corte se desenvolvía dentro de un gigantesco desorden administrativo y una ineficacia militar prácticamente

total. La apatía del propio soberano constituía un aspecto muy poco idóneo para galvanizar los ánimos de sus partidarios.

La falta de «prestigio carismático» fue salvada en mayo de 1429 con la llegada de la corte de Carlos de una figura singular: Juana de Arco. El sentido místico-político que atribuyó a su misión fue juzgado útil por el *entourage* del «Delfín» que pensó en la doncella como un instrumento válido para levantar la moral de una causa muy debilitada por los últimos descalabros militares.

Los acontecimientos que se sucedieron en los dos años siguientes sobrepasaron, sin duda, las previsiones más optimistas de los consejeros de Carlos. El pequeño ejército de socorro conducido por Juana levantó el cerco de Orleáns después de forzar el campo fortificado (*les tourelles*) construido por los ingleses. El 18 de junio, Talbot, el «Aquiles inglés», era derrotado en Patay, dejando el camino libre para que se cumpliera la segunda parte de las predicciones de Juana: la coronación de Carlos en Reims, circunstancia de profundo impacto en los ánimos de los franceses. El soberano, sin embargo, no supo explotar su éxito a fondo, en el momento en que el duque de Bedford, en plena desmoralización, pensó en un repliegue general sobre Normandía. A lo largo de 1429, la «doncella de Orleáns» logró algunos éxitos parciales, pero, mal apoyada por Carlos y sus consejeros, fracasó ante París. Al año siguiente fue hecha prisionera por los borgoñones delante de Compiegne.

Para el duque de Bedford, la desaparición de Juana constituía una condición esencial para el apuntalamiento de la «doble monarquía». Su proceso, conducido por miembros de la Universidad de París y el colaboracionista Pierre Cauchon, obispo de Beauvais, comenzó en febrero de 1431. Las acusaciones de herejía y brujería fueron las normales en situaciones de este tipo. Las respuestas de Juana a un «cuestionario pérfido e insidioso, revelaban su buen sentido, su fe y su nobleza de alma» (Contamine). Salvo en un momento pasajero en

que la acusada perdió las energías, Juana mantuvo siempre frente a sus jueces el carácter sagrado de su misión. Condenada al fin como «herética, relapsa, apóstata e idólatra», la doncella fue quemada en la plaza de Ruan el 30 de mayo de 1431.

En sus dos años de actuación, Juana había logrado dar un vuelco radical a la situación. En 1435, Carlos VII y el duque de Borgoña se reconciliaron por el tratado de Arras. El borgoñón era dispensado del juramento de homenaje al monarca y veía sus dominios ampliados, aunque se comprometía a romper con los ingleses. Era el golpe mortal para la «doble monarquía».

En los años siguientes, Carlos VII procedió a una reestructuración administrativa y militar que duplicó sus posibilidades frente a los ingleses. En 1436 fue recuperado París. Las treguas suscritas con los ingleses en Tours en 1441 fueron aprovechadas por el francés para la promulgación de una serie de ordenanzas que pusieron en marcha un temible aparato militar. Los elementos incontrolados fueron eliminados y se procedió a la creación de un ejército semipermanente, pagado y avituallado por el reino y mandado por un reducido número de jefes dependientes directamente de la Corona. Junto a una infantería nacional, la caballería se organizó sobre la base de la «lance fourni», compuesta de un caballero, un auxiliar y dos arqueros, todos montados. Un tren de artillería de campaña fue organizado por Gaspard Bureau.

Esta máquina de guerra no tardó en mostrar su eficacia cuando los ingleses trataron de tomar la iniciativa. La victoria francesa de Formigny abrió a Carlos VII las puertas de Normandía en 1449. Cuatro años después, la ofensiva sobre Guyena se remató con la derrota de los ingleses en Castillón. Burdeos, después de varios siglos, volvía a la Corona francesa. En manos de los británicos no quedaba en el continente más que la plaza de Calais. La Guerra de los Cien Años se podía dar por concluida aunque la rivalidad anglo-francesa habría de arrastrarse aún durante algunos años.

Los reinos ibéricos en la primera mitad del siglo XV

Durante la segunda fase de la «Guerra de los Cien Años», los Estados hispano-cristianos se desentienden sensiblemente del conflicto. Un acontecimiento decisivo —el Compromiso de Caspe de 1412— elevó a un Trastámara castellano, Fernando de Antequera, a la Corona de Aragón una vez agotada con Martín el Humano la dinastía barcelonesa. Sus hijos —los famosos Infantes de Aragón— mantuvieron en Castilla unos fuertes intereses señoriales que se unieron a los de la oligarquía castellana en ascenso.

La figura de don Alvaro de Luna, valido de Juan II de Castilla, cubre prácticamente todo el panorama político de la Castilla del momento. Hombre de indudable ambición y dotes políticas, se convirtió en el defensor del principio de autoridad monárquica frente a los grandes linajes y los «aragoneses», respaldados en ocasiones por el propio Alfonso V —sucesor de Fernando de Antequera— en los momentos en que su política italiana se lo permitió. Frente a la sofocante influencia aragonesa, el De Luna optó por un acercamiento a Portugal en donde el infante don Pedro, regente de Alfonso V, desempeñaba un papel semejante al suyo. De esta forma, el enfrentamiento entre la nobleza y la autoridad monárquica (si bien sostenida ésta por validos) acabó cubriendo toda la península.

La pugna tuvo variadas alternativas en las que los distintos miembros de la nobleza reorganizaron sus filas aunque sin llegar a formar nunca un frente demasiado compacto. Ello favoreció ampliamente a Don Alvaro que, pese a haber sido desterrado en dos ocasiones, pudo en 1445 quebrar la resistencia de los «infantes de Aragón» y sus parciales en la batalla de Olmedo. Su triunfo fue efímero pues encerraba una profunda contradicción: el poder real no era ejercido por su titular. La oligarquía pudo rehacer sus fuerzas y presionó al monarca para hacer caer en desgracia al valido, que fue preso y más tarde ajusticiado en Valladolid en junio de

1453. Unos años antes su colega portugués había seguido un camino semejante.

* * *

A pesar del acrecentamiento del poder de la nobleza castellana, la monarquía prosiguió la consolidación de los organismos institucionales que, a la larga, constituirán la osamenta de la monarquía autoritaria del Renacimiento, aunque de momento no tengan la debida operatividad. Frente a ellos, las Cortes van viendo reducidas sus funciones a lo largo del siglo XV: el número de ciudades representadas va disminuyendo drásticamente. La propagación del sistema de corregidores irá a su vez limando las libertades municipales conquistadas tiempo atrás.

La confederación catalanoaragonesa siguió una trayectoria distinta. Con la victoria de Pedro IV el Ceremonioso frente a la poderosa Unión de nobles valencianos y aragoneses en 1348, parecía destinada a ser dirigida por Cataluña, la gran beneficiaria de la expansión mediterránea. Sin embargo, desde estos momentos se van apreciando los primeros síntomas de regresión económica que van a ir sacudiendo al principado en los años sucesivos. Con la entronización de los Trastámara triunfa la orientación continentalista: «la terra ferma se impone al litoral» (Reglá). La Corona de Castilla, con su mayor potencia territorial y demográfica, acabará por imponerse a su vecina aragonesa, minada desde mediados del siglo XV en sus cimientos económicos e institucionales. La revolución catalana será la expresión más dramática de este fenómeno.

5

LA MARCHA HACIA EL AUTORITARISMO MONARQUICO EN LA EUROPA OCCIDENTAL

Las turbulencias nobiliarias y la «Guerra de los Cien Años» causaron un fuerte impacto en los Estados del Occidente. Frente a un panorama nada halagüeño, las monarquías se van a erigir en las principales fuerzas políticas. Si antes resulta difícil hablar de «monarquías nacionales», el término puede ser empleado ya con muy pocas reservas en los últimos momentos del Medievo. Ellas serán las que contribuyan a reforzar unos sentimientos de este signo al margen de los tradicionales poderes universales: frente al Imperio la autonomía es total. Frente al Pontificado los criterios regalistas y concordatarios son todo un síntoma de los nuevos tiempos.

Si los monarcas de fines del cuatrocientos quiebran la omnipotencia de la nobleza, también van a hacer lo propio con los organismos parlamentarios. B. Guenée ha destacado que la burocratización sigue el curso impulsado en el XIII y luego interrumpido por la «Guerra de los Cien Años». En Francia, los Estados Generales se reúnen muy pocas veces: los de Tours de 1484 fracasaron en su intento de mediatizar a la realeza. En Inglaterra, los monarcas cubren los escaños del Parlamento con nuevas hornadas de pares y oficiales reales. En la Castilla de los Reyes Católicos sólo habrá 17 ciudades con voto en Cortes (frente a las 48 de cien años antes). El fracaso de la revolución catalana hizo triunfar la política llamada por Vicens Vives de «preeminencialismo», que se traduce en la actitud de pactismo moderado de las Cortes de 1480-1.

Las monarquías de fines del XV crean los instrumen-

tos que les permitirán un margen mayor de maniobra y sobreponerse a las fuerzas centrífugas: un ejército con efectivos permanentes, una diplomacia dirigida por juristas y un aparato fiscal cada vez más perfeccionado. Impuestos como las ayudas, tallas y gabelas en Francia o las alcabalas castellanas, tiempo atrás aleatorios, tienden a convertirse en fijos. Frente a la crisis de los organismos parlamentarios, los de carácter conciliar experimentan un fuerte impulso como punto de contacto entre el príncipe y los problemas del país. Aún sin suprimirse de raíz la vieja organización administrativa de signo feudal, la realeza le superpone un nuevo aparato al que imprime su sello. La administración de Justicia será el sector donde mejor se aprecie este proceso: Chancillerías castellanas, Parlamentos franceses, Cámara Estrellada inglesa, etc.

La Francia de Luis XI y el Estado borgoñón

La institución monárquica había reforzado su prestigio en Francia como artífice de la liberación del territorio frente a los ingleses. La obra que inició Carlos VII al liquidar la ocupación extranjera, la completó su sucesor Luis XI al enfrentarse con los grandes príncipes territoriales.

La política de recuperaciones impulsada por el monarca francés fue guiada las más de las veces por una tortuosa diplomacia que dio excelentes frutos. Cabe distinguir dos etapas en este proceso:

a) Hasta 1469. Luis XI se enfrenta a una temible alianza de nobles (la «Liga del Bien Público») integrada por los titulares de Bretaña, Borbón, Berry, Orleáns y Borgoña. El más peligroso de todos era Carlos el Temerario, duque de Borgoña, que había concentrado en sus manos un conjunto de Estados que cubrían desde el curso alto del Saona a la desembocadura del Rin: toda una reviviscencia de la vieja Lotaringia. La confusa batalla de Monthelry, librada en 1465, abrió paso a un período de negociaciones en las que el monarca sufrió

una seria humillación en Peronne a manos de Carlos el Temerario, que obtuvo plenas garantías del rey para sus dominios.

La primera fase del conflicto nobleza-monarquía parecía saldarse con un fracaso para ésta. Luis XI, sin embargo, había trabajado también en otros frentes obteniendo éxitos notorios: en Navarra, en donde apoyó a Gastón de Foix frente a las presiones castellanas; en el Pirineo Oriental, donde obtuvo el reconocimiento de Rosellón y Cerdaña de un Juan II de Aragón en posición harto delicada; y en los Estados Generales, dóciles a la autoridad real.

b) Hasta 1477, Luis XI trabajó pacientemente para procurar la aniquilación de su enemigo borgoñón, utilizando todos los hilos de una sutil diplomacia con el fin de envolverle. Eduardo IV de Inglaterra desembarcó en Calais con el fin de ayudar a su aliado Carlos el Temerario. Pero el monarca francés supo conducir el asunto con habilidad firmando con el británico el acuerdo de Picquigny que (según Calmette) puede decirse que supone la definitiva liquidación del conflicto anglofrancés de la «Guerra de los Cien Años». En los años siguientes, la diplomacia francesa movió a los enemigos de Carlos en el Este: suizos y loreneses. El borgoñón cosechó una serie de fracasos: derrotas de Grandson, Morat y Nancy, la última de las cuales le costó la vida. Parte de sus Estados (Borgoña Ducal, Boloñesado y Picardía) fueron incorporados a la Corona francesa. El resto (el Franco Condado, Artois y Flandes) fue salvado por su heredera María, casada con el emperador Maximiliano.

Desde 1481, Luis XI procedió a redondear los logros territoriales antes conseguidos con la incorporación de Anjou, Bar, Maine y Provenza.

A su muerte, Luis XI dejaba un Estado cuya solidez no peligró ante una minoridad: la de Carlos VIII. La monarquía, con el concurso de un dócil tercer Estado, logra poner coto a las veleidades de la nobleza. El último principado territorial independiente, el ducado de Bretaña, quedaba neutralizado con el matrimonio del monarca con la heredera de éste, Ana. Una «unión personal» a

través de la cual se trataba de salvaguardar el nacionalismo bretón. Francia así, dotada de una fuerte cohesión interna, se aprestaba a intervenir en los asuntos de la península italiana. El choque con otra no menos sólida entidad política —la España de los Reyes Católicos— resultó inevitable.

Inglaterra: la Guerra de las Dos Rosas y el ascenso de los Tudor

La derrota en suelo francés supuso un decisivo quebranto para el prestigio de los Lancaster. De hecho, el nominal titular de la «doble monarquía», Enrique VI, era un incapaz a merced de los distintos jefes de los grandes linajes. El aflujo a Inglaterra de las fuerzas derrotadas en el continente y la gigantesca sangría económica a la que había sido sometido el país sin provecho político alguno, fueron circunstancias que aumentaron el descontento en todos los sectores. El choque, sumamente violento, conocido como «Guerra de las dos Rosas» (roja de los Lancaster, blanca de los York) «opuso a dos partidos exclusivamente aristocráticos, que buscaban en la conquista del poder compensaciones a las pérdidas sufridas en el continente» (A. J. Bourde).

La figura central en la primera fase del conflicto fue el duque de Warwick, el «Kingmaker». Apoyó, primero, a Ricardo de York y a su hijo Eduardo (Eduardo IV en el futuro) frente a Enrique VI y su mujer, la impopular Margarita de Anjou; y más tarde al Lancaster, restaurado de nuevo en el trono. El conflicto se convirtió en internacional al recabar los yorkistas el apoyo de Carlos de Borgoña. En las batallas de Barnet y Tewkesbury, Eduardo IV recuperó la Corona haciendo desaparecer a Enrique VI y al de Warwick (1471). Sin ninguna oposición gobernó hasta 1483 en que murió, dejando como heredero a un menor, Eduardo V, que no llegó a gobernar, ya que su tío Ricardo de Gloucester le hizo desaparecer, coronándose él con el nombre de Ricardo III.

Su reinado fue efímero, ya que un fuerte partido de

oposición se formó en torno a Enrique Tudor, miembro de una rama colateral de los Lancaster. En Bosworth, Ricardo fue derrotado y muerto. El Tudor pudo coronarse rey con el nombre de Enrique VII. Su matrimonio con Isabel de York clausuraba el conflicto entre las dos dinastías rivales.

La «Guerra de las Dos Rosas» tuvo consecuencias decisivas para la ulterior evolución social y política de Inglaterra. La vieja nobleza había quedado prácticamente aniquilada; bien arruinada por el conflicto, bien muertos sus componentes en el campo de batalla o en el cadalso. La burguesía inglesa, con un espíritu sumamente pragmático, se sometió a los dictados de la nueva dinastía que aseguraba al país el orden y la paz, presupuestos imprescindibles para el desarrollo de sus actividades. El Parlamento se convirtió en un simple juguete de la voluntad real, que no tuvo necesidad de reunirle para cubrir sus necesidades financieras, satisfechas a través de prestaciones forzosas de las nuevas hornadas de nobles adictos a la dinastía, impuestos sobre el comercio, etcétera. El Consejo Privado y la Cámara Estrellada fueron excelentes soportes del autoritarismo real. Una inteligente política internacional (enlaces familiares con las casas reales de Escocia y Castilla-Aragón, paz con Francia, ayuda diplomática del Pontificado) completó el cuadro de medidas del primer Tudor. A su muerte en 1509 legaba a sus sucesores una monarquía sólidamente estructurada y auténticamente nacional.

Los reinos hispanocristianos y la unión personal castellano-aragonesa

Durante el tercer cuarto del siglo XV, la institución monárquica sufre, aunque por distintos motivos, graves quebrantos tanto en Castilla como en la confederación catalano-aragonesa. Al final la crisis será superada y, al igual que en los demás Estados del Occidente, en la península se echan las bases del Estado autoritario moderno.

a) La pugna nobleza-monarquía en Castilla adquiere bajo Enrique IV sus caracteres más dramáticos y anárquicos. A ello contribuyó el espíritu excesivamente tolerante del monarca, cuya figura ha pasado a ser una de las más vilipendiadas de la historia de España. En los primeros años de su reinado supo, sin embargo, cosechar algunos éxitos al saberse rodear de algunos personajes, como el condestable Miguel Lucas de Iranzo, no mal dotados políticamente. Pero desde 1463 se sucedieron las claudicaciones frente a la levantisca nobleza, sin que el soberano supiese aprovechar a fondo el apoyo que el estado llano, a través de la Hermandad General, le prestó. La «Farsa de Avila» (en 1465) en la que la nobleza destronó al monarca en efigie; la creación de la leyenda de ilegitimidad de su hija Juana y, en definitiva, el acuerdo de los Toros de Guisando (septiembre de 1468) por el que Enrique reconocía como heredera a su hermana Isabel, son otros tantos jalones que muestran la inoperancia a la que había llegado la institución monárquica en Castilla. La energía de que empezó a dar muestras la infanta Isabel y su unión con el heredero de Aragón Fernando (1469) fueron factores decisivos para el posterior desarrollo de los acontecimientos.

b) La crisis político-social de los Estados orientales de la península tiene su eje en la figura de Juan II de Aragón. Infante de Castilla en su juventud, rey consorte de Navarra más tarde y soberano de la confederación catalano-aragonesa a la muerte de su hermano Alfonso V, nadie mejor que él para comprender globalmente los problemas más intrincados de la política peninsular. Las convulsiones de la guerra civil navarra (agramonteses de la llanura contra beamonteses del Norte) y las más graves de la revolución catalana retuvieron su atención prácticamente durante toda su vida como monarca. El problema catalán se plantea con toda su agudeza desde 1461 y es producto de distintas circunstancias: la oposición entre señores y payeses de remensa en el campo y entre el patriciado urbano (la Biga) y las clases populares (la Busca) en la ciudad. Del lado del autoritarismo monárquico representado por Juan II militaron payeses y

buscarios que dieron al movimiento un tinte de revolución social. Por el pactismo, defensor de las libertades políticas tradicionales y de la reacción social, estaban los grandes barones y la oligarquía burguesa, representada en la «Generalitat», órgano supremo de la rebelión contra el monarca. La guerra se alargó hasta 1472. Los rebeldes del Principado destronaron a Juan II y ofrecieron la Corona sucesivamente a Enrique IV de Castilla, al condestable Pedro de Portugal y a Renato, conde de Anjou. La capitulación de Pedralbes —bajo la condición del mantenimiento de la constitución del Principado— abrió a Juan II las puertas de una Barcelona arruinada por la guerra y la crisis económica que arrastraba desde tiempo atrás. Rosellón y Cerdaña quedaban, ocupadas por los franceses, como «Cataluña irredenta».

Juan II murió en 1479. Ya para entonces su sucesor, Fernando II (V en Castilla) y su mujer Isabel habían consolidado posiciones en Castilla frente a la coalición de nobles y portugueses que pretendieron, a la muerte de Enrique IV, defender los intereses de su hija Juana.

* * *

La unión personal de los dos grandes Estados peninsulares, (consolidada con la desaparición del reino nazarí de Granada en 1492), fue acompañada de una sistemática política de reforzamiento del autoritarismo real:

En Castilla se aprovecharon los organismos creados por los Tratámara (Consejos, Audiencia, Hermandad, Corregimientos) a la par que se procedía al sometimiento político de la nobleza que, por otro lado, quedaba consagrada como la principal fuerza económico-social del reino.

De los Estados de la Corona de Aragón, Cataluña era, después de la guerra civil, el más necesitado de atención. El problema remensa fue paliado con la Sentencia de Guadalupe de 1486, que alivió considerablemente las cargas a que el agricultor estaba sometido. En la ciudad, la derrota en la guerra del pactismo radical

favoreció la política de «enderezamiento» patrocinada por Fernando que, aún respetando los principios básicos de la constitución tradicional, depositaba en el monarca amplias facultades de gobierno. Sin embargo, Barcelona, con graves dificultades económicas, dejaba su puesto hegemónico en Levante a Valencia, pieza del ensamblaje entre Castilla y Aragón.

6

ALEMANIA E ITALIA A LA BUSQUEDA DE LA ESTABILIDAD POLITICA

En los siglos finales del Medievo se va a acentuar el divorcio entre los dos elementos teóricamente constitutivos del Imperio: Alemania e Italia. En la primera, las disputas entre los grandes príncipes territoriales hacen incluso problemática la existencia de una sólida «monarquía germánica», tal y como algunos emperadores desearon.

En Italia, la división se acentúa no sólo al calor de los particularismos locales, sino también de las profundas diferencias entre el norte y el sur de la península. Ni el Papado ni los emperadores serán capaces de darle la estabilidad política de que careció a todo lo largo del Medievo.

Los intentos de reorganización política en Alemania. Habsburgos y Luxemburgos

La potencia territorial alcanzada por Rodolfo de Habsburgo despertó profundos recelos entre los príncipes. De ahí que, a su muerte, una guerra civil sacudiese al Imperio: su hijo Alberto I hubo de enfrentarse durante seis años con otro candidato al trono, Adolfo de Nassau, al fin derrotado y muerto en la batalla de Göllheim (1298). Las pretensiones de Alberto al trono de Bohemia habrían de ser causa de nuevas inquietudes de los príncipes que a su muerte (1308) optaron por elegir a Enrique de Luxemburgo.

a) Durante su breve reinado (1308-13), Enrique VII

protagonizó un nuevo intento universalista. Las profundas disensiones en la península italiana, le convirtieron en la esperanza de gibelinos y güelfos moderados (los «blancos») frente al güelfismo intransigente apoyado en el Pontificado y los angevinos de Nápoles. La presencia del emperador en Italia fue acogida con grandes esperanzas. Dante anunció la llegada de tiempos mejores de la mano del *Rex pacificus* y esperó de él los comienzos de una Italia grande. Sin embargo, la tradición de independencia de las ciudades-república del Norte, y la resistencia de Roberto de Nápoles a reconocer la autoridad imperial echaron rápidamente por tierra todos estos sueños. En última instancia, Clemente V, ligado demasiado a Francia y, consiguientemente, a los intereses angevinos en Italia, negó su apoyo al emperador. Enrique VII moría de fiebres en 1313 al levantar el sitio de Florencia.

b) La dura lucha mantenida por Federico el Hermoso de Austria y Luis de Wittelsbach (Luis de Baviera), acabó con el triunfo de éste, que consolidó su posición en Alemania desde 1322. Sin embargo, se enfrentaría con otro enemigo de no inferior talla: el Pontificado, representado en la figura de Juan XXII que, amparándose en las disensiones internas alemanas, pretendió barrer la influencia gibelina del norte de la Península. Luis de Baviera intentó reanudar la política italiana de Enrique VII, pero por procedimientos más clásicos y menos idealistas: en 1327 se coronó emperador y procedió al nombramiento de un antipapa en la figura de Nicolás V. Las excesivas ambiciones personales de Luis en Alemania (creación de un amplio dominio para sus sucesores) acabaron enajenándole las simpatías en su propio país. Los príncipes alemanes se unieron para devolver, a su muerte (1349), la Corona a los Luxemburgo.

c) Con Carlos IV, el Imperio alemán pasa a constituirse definitivamente en una asociación de príncipes. La buena política que el emperador desplegó en su reino de Bohemia, fue acompañada en territorio alemán de un *modus vivendi* con los grandes poderes territoriales. A los prepotentes Habsburgo se les reconocieron sus domi-

nios patrimoniales sin ninguna reserva. Por otro lado, la Bula de Oro aprobada en la Dieta de Metz de 1356 dejó el derecho a la elección imperial en manos de siete grandes magnates: los arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris, el conde palatino del Rin, el elector de Sajonia, el rey de Bohemia y el margrave de Brandeburgo.

d) Los sucesores de Carlos IV hubieron de enfrentarse con una serie de problemas de difícil solución: el cisma, la herejía husita, el peligro turco y la crisis de autoridad en el interior de Alemania. Los gobiernos de Wenceslao de Luxemburgo y Roberto de Wittelsbach (entre 1378 y 1410) no lograron atajar la crisis. El ascenso al poder de Segismundo, hermano de Wenceslao, pareció una buena oportunidad de regeneración. Sus bases de partida eran excelentes: rey de Hungría, desde la muerte de su suegro Luis el Grande, y de Bohemia, una vez destronado Wenceslao. En el saldo positivo de su obra se encuentra la reunión del Concilio de Constanza, que liquidó el Cisma de Occidente. En el negativo, las dificultades para la represión de la herejía husita y la derrota frente a los turcos en Nicópolis en 1396. Durante los últimos años de su vida, su meta fue la unión de sus dominios patrimoniales con los de los Habsburgo a través del matrimonio de su hija Isabel con Alberto de Austria. Este, sin embargo, no reinó más que un año después de la muerte de Segismundo.

e) El gran sueño de unión de los dominios de los Habsburgo y Luxemburgo se esfumó después de 1439. Los checos eligieron como rey a uno de sus nobles, Jorge Podebrady; los húngaros hicieron lo propio al dejar el gobierno en manos de Juan Hunyadi, voivoda de Transilvania. El Imperio quedó en manos de un Habsburgo, Federico III, cuya autoridad efectiva no rebasaba los límites de Austria, en la que pasó buena parte de su vida. La realidad política de Alemania la viene a dar el predominio de una serie de familias: Hohenzollern, Wettin, Wittelsbach, que ejercen su autoridad indiscutida en sus respectivos principados, a los que dotan de unos mecanismos administrativos (las *Landtag* o asambleas

territoriales son un buen síntoma) que escapan al control imperial. Otro tanto cabría decir de las ciudades alemanas, que prosiguen la política iniciada por las del Rin y el Báltico, en la constitución de ligas para defenderse de las turbulencias del momento. Así, en 1376, se constituyó la Liga suaba. Sin embargo, la confederación de más interés fue la creada por los cantones suizos, precisamente en pugna contra los Habsburgo.

Su proceso de independencia se inició con la «Liga Eterna», fundada por los cantones de Uri, Schwytz y Unterwalden (circunstancia identificada con la legendaria figura de Guillermo Tell) en 1291. A lo largo del siglo XIV una serie de victorias sobre los austríacos (batalla de Morgarten en 1315, de Sempach en 1386) reforzaron los sentimientos de unidad de los campesinos suizos. Al acceder Federico III al trono imperial, consiguió interesar en los asuntos helvéticos a Carlos el Temerario de Borgoña, pero sin ninguna fortuna. En 1499, Suiza se separó del Imperio por el tratado de Basilea. Sin embargo Federico logró en su política exterior algo positivo: el compromiso matrimonial de su heredero Maximiliano con la heredera del ducado de Borgoña: María. Un paso más en la táctica de enlaces dinásticos que había de hacer la grandeza de la Casa de Habsburgo.

Las ciudades-repúblicas del norte de Italia

Entre el arco de los Alpes y el curso del Arno, cuatro ciudades-estado se disputan a lo largo de la Baja Edad Media la hegemonía en el norte de la península: Génova, Venecia, Milán y Florencia. Las pugnas entre güelfos y gibelinos y —más tarde— entre blancos y negros, dominan el panorama político y rompen con frecuencia la estabilidad interna de las ciudades. A través de distintos procedimientos se tratará de buscar un equilibrio de fuerzas. Unas veces será la intervención de un poder supranacional, tal y como Dante lo imaginó con el viaje a Italia de Enrique VII. Pero, las más de las veces, se producirá la capitulación de la ciudad ante una prepo-

tente familia o un señor de fortuna. Así es como nace la figura del condotiero, jefe de una partida militar, semejante a las que recorrieron Francia durante la «Guerra de los Cien Años». La guerra es para él un verdadero arte, aunque su final no sea siempre tan afortunado como el de Francesco Sforza, señor de Milán desde 1450.

a) Florencia era en los comienzos del siglo XIV una potente ciudad-república en la que el patriciado mercantil, adscrito a las «Artes mayores» y a la «parte güelfa», mantuvo el control del gobierno. Las dificultades económicas y trastornos sociales por los que atravesó Europa en esta centuria tuvieron su particular reflejo en Florencia: quiebra de algunos banqueros, tumulto popular de los «ciompi»... La solución se encontró en la dejación de poderes en alguna fuerte personalidad: el primero en abrir paso fue Gualterio de Brienne, señor de Atenas, cuyo gobierno fue efímero. Después fue Maso d'Albizi, miembro de una poderosa familia de comerciantes pañeros. Y, en definitiva, sería, desde 1434, la poderosa familia de banqueros Médicis. Bajo el gobierno de Cosme, Florencia siguió con su forma republicana de gobierno, aunque su personalidad (aun sin desempeñar más que temporalmente la más alta magistratura, la de Confaloniero de Justicia) se proyectaba en todos los ámbitos de la vida de la ciudad. De hecho, se tradujo en un gobierno casi tan personal como el de cualquier déspota. Su nieto Lorenzo (muerto en 1492) siguió la misma línea de conducta. Su identificación con todo lo que pudiese ser beneficioso para la ciudad constituyó la base de la popularidad de la familia. Algunos años después, el historiador Guicciardini, refiriéndose a la «era de los Médicis», hablaría de la paz interna, el comercio floreciente y la protección a artistas y humanistas como base de esta prosperidad.

b) El engrandecimiento de Milán constituyó uno de los más graves peligros para la hegemonía de Florencia en el norte de Italia. La familia de los Visconti va a ser el artífice de su grandeza. La obra de Juan Galeazzo (1379-1402) hizo de Milán la capital de un Estado centralizado cuya influencia no sólo se dejó sentir sobre las

restantes ciudades del Po, sino también hacia el Sur: sobre Bolonia, Pisa, Luca y Siena. La prosperidad interna del ducado milanés se vio reforzada con una acertada política internacional que llevó a los Visconti a entroncar con miembros de las familias reales del Occidente. Mitad por la astucia, mitad por la fuerza, Juan Galeazzo gobernó sus Estados hasta su muerte. Sus sucesores se mantuvieron en el poder hasta 1447, momento en que Milán volvió a convertirse en república, aunque por poco tiempo. A los tres años, un soldado de fortuna, Francesco Sforza, empujado por Cosme de Médicis, se hacía con el poder.

c) La derrota de los pisanos a manos de Génova a fines del XIII, hizo de esta ciudad la dueña del comercio en el Tirreno. No obstante, pronto hubieron de enfrentarse los genoveses con serios rivales. Aunque mantuvieron el control sobre Córcega, Cerdeña —después de grandes dificultades— fue conquistada por los catalano-aragoneses. La pugna con los venecianos dentro de la península y en el Mediterráneo oriental se desenvolvió, desde fines del XIV, desfavorablemente para Génova. Minada por las discordias internas, la ciudad hubo de buscar en el futuro la protección de sus vecinos: Florencia, el ducado de Milán, Francia. Sin embargo, su aparato mercantil y financiero (Banco de San Giorgo, familias como los Doria, Spínola, etc.), no se desmoronó, sino que se orientó —deteriorada su situación en el Mediterráneo— hacia los nuevos objetivos que la navegación atlántica le abría.

d) Frente a la inestabilidad política interna genovesa, Venecia presenta una solidez admirable. Rara vez se vio la ciudad sacudida, como sus vecinas, por pugnas de facciones familiares. El símbolo de la república es el *dux* o dogo, cuyo cargo es electivo y vitalicio. La pompa de que se rodea, de un signo bizantinizante, no guarda relación con su poder efectivo, que es muy limitado. El poder descansa en el Gran Consejo, en donde se encuentra representada la oligarquía de la ciudad. Sin embargo, sus funciones son también reducidas, por cuanto el Senado (elegido por el Gran Consejo) es el auténtico

organismo de gobierno. Las funciones ejecutivas corresponden al Colegio, de 26 miembros, dividido en cuatro comisiones. Más aún: la concentración de poder en un reducido número de ciudadanos se hizo más estrecha con la creación, desde 1310, del Consejo de los Diez, que actuó como tribunal extraordinario, con poderes casi omnímodos para defender la seguridad de la república.

Con tan sólido sistema, Venecia evitó sobresaltos e intentos de toma del poder personal. La figura del dogo Marino Faliero, ejecutado por sospecharse que preparaba una conjura con tales fines, resulta verdaderamente simbólica. La estabilidad derivada de estas medidas de gobierno dio a Venecia, tras distintas alternativas, la victoria sobre Génova en el mar y algunas ventajas en tierra (la «terra ferma») frente al ducado de Milán tras la muerte de Juan Galeazzo Visconti.

Desde mediados del siglo XV, las ciudades-república italianas parecen llegar a un equilibrio de fuerzas, sellado en la paz de Lodi de 1454.

Los Estados Pontificios

La estancia de los Papas en Aviñón favoreció la aparición en las ciudades de los Estados Pontificios de poderes dotados de amplia autonomía. La familia de Este en Ferrara logró consolidar las posiciones que había ido ganando a fines del XIII. Bolonia (con una fuerte tradición cultural), Faenza, Rímini, etc., siguieron un camino semejante.

La propia Roma se vio sacudida por las turbulencias desatadas por las dos grandes familias rivales, los Colonna y los Orsini. Sin embargo, lo más destacable en este período fue la aparición del mitad héroe mitad visionario Cola di Rienzo (Rienzi), que aspiró —desde 1347, en que fue proclamado Tribuno del Pueblo— a una reconstrucción de la república romana con una proyección universal. Su carrera terminó con su muerte violenta en 1354. En este momento el cardenal Gil de Albornoz, como legado pontificio, procedió a la pacificación y reorgani-

zación de los Estados de la Iglesia. Fruto de ello fue la redacción de las *Constituciones Egidianas*, base para su gobierno.

El Cisma de Occidente, con la existencia de dos (y luego tres) Papas rivales fue ocasión favorable para los señores de los dominios pontificios que siguieron actuando como poderes autónomos. Cuando Martín V regresó a Roma en 1421, una vez rehecha la unidad de la Iglesia, se empezó en firme la tarea de recuperación política del Pontificado que, desde este momento, pasó a convertirse en un poder temporal italianizado. Nicolás V y Pío II serán buenos exponentes de las corrientes humanistas del momento. Sixto IV y Alejandro VI lo serán de la turbulenta política de la Italia del Cuatrocientos.

Los reinos de la Italia meridional e insular

Frente a la Italia del norte, caracterizada por sus pujantes ciudades protagonistas de un notorio desarrollo mercantil, el Sur de la península se presenta como una zona preferentemente rural, en donde unas débiles monarquías tratan de sobreponerse a una masa de turbulentos barones. El reparto de esferas de acción entre aragoneses y angevinos se mantuvo desde comienzos del XIV hasta mediados del XV.

a) En la primera mitad del XIV, la gran figura en Nápoles es su monarca Roberto de Anjou, hombre bien dotado política y culturalmente, «el único monarca de su época amigo de la sabiduría y de la virtud», como le definió Petrarca. Su afortunada oposición a las pretensiones italianas de Enrique VII y Luis de Baviera le convirtió durante algunos años en árbitro de los destinos de la península. Su muerte (1343) abrió un largo período de decadencia, temporalmente interrumpida durante el reinado de Ladislao (1386-1414), momento en que se volvió a vislumbrar la esperanza de una unión de Italia bajo dominio angevino. Las posibilidades se esfumaron con Juana II (1414-35), mujer sumamente inestable y bajo cuyo gobierno Nápoles vivió en estado latente de

guerra civil. La intervención aragonesa desde Sicilia pondrá fin a la dinastía angevina.

b) Cerdeña y Sicilia constituían, con las Baleares, la «diagonal insular» (Vicens Vives) hacia la que se proyectó la política mediterránea de la Corona de Aragón. Durante el largo reinado de Pedro IV el Ceremonioso, a la reincorporación del reino de Mallorca a la rama mayor de la dinastía aragonesa se unió una actitud de franco intervencionismo en Sicilia, al calor de la debilidad de sus monarcas, miembros de la rama menor de la Casa de Barcelona. Los frutos de esta política serán recogidos en 1414 por Fernando I de Aragón que unirá la Isla a los dominios ibéricos.

Sobre Cerdeña, la ocupación catalano-aragonesa chocó con gravísimas dificultades: la hostilidad del pueblo sardo y los intereses de determinadas familias (los Doria, Malaspina, los jueces de Arborea) que acabaron convirtiendo a la Isla en un campo de desgaste de las energías de la Corona de Aragón. Cuando Pedro IV murió, la pacificación parecía segura. En los años siguientes, sin embargo, se perdieron todas las conquistas, salvo las bases de Alghero y Cagliari. El esfuerzo supremo vino de manos de Martín el Humano y su hijo Martín el Joven, rey consorte de Sicilia. El resultado fue el aplastamiento de los rebeldes en la batalla de San Luri (1409) y el definitivo sometimiento de la Isla.

* * *

Sicilia y Cerdeña fueron excelentes bases que utilizó Alfonso V de Aragón para presionar sobre el reino de Nápoles. Tras múltiples peripecias, la ocupación fue posible en los años que siguieron a la muerte de Juana II. En 1442, el soberano aragonés hacía su entrada en la capital. Los asuntos italianos retuvieron a Alfonso en la península el resto de su vida. En 1454 se suscribía la paz de Lodi que estableció un equilibrio de fuerzas entre las principales potencias del panorama político italiano: Milán, Venecia, Florencia y Nápoles. La toma de Constantinopla por los turcos el año anterior exigió, en efecto,

poner fin a las rencillas entre los pequeños Estados peninsulares. Sin embargo, sus tensiones internas —revueltas baroniales en Nápoles contra Ferrante, hijo de Alfonso V; usurpación del ducado de Milán por Ludovico Sforza; revuelta de los Pazzi, aunque fracasada, contra Lorenzo de Médicis, etc.— acabarían provocando la intervención extranjera en Italia. En 1494 irrumpió Carlos VIII de Francia en la península. En los años sucesivos lo haría la monarquía de los Reyes Católicos. Italia entraba en los tiempos modernos siendo campo de batalla de intereses extraños a ella.

7

LA EUROPA ORIENTAL Y NORDICA EN LA BAJA EDAD MEDIA

El conjunto de países situados más allá del Imperio alemán forjan su personalidad en la Baja Edad Media frente a la presión de una serie de peligros exteriores: alemanes (mercaderes y Ordenes Militares), mongoles y turcos, principalmente. A lo largo de los siglos XIV y XV, desde el Mar del Norte hasta la cuenca del Danubio y Moscú, se asiste a intentos de unificación de distintos Estados, que rara vez llegan a dar los resultados deseados.

Los Estados de área báltica y la búsqueda de una difícil unidad

Los Estados constituidos sobre las dos penínsulas nórdicas no llegan a conocer en la Baja Edad Media la debida estabilidad. Frente a sus monarcas se levantan dos fuerzas de una potencia temible: la nobleza territorial, que más de una vez dispone de las distintas Coronas, y los mercaderes vinculados a la Hansa Teutónica que mediatizan con frecuencia la vida política de los Estados constituidos en torno al Báltico.

El primer intento de unidad fue acometido por Magnus Ericson (1319-1363), que llegó a reunir las Coronas de Noruega y Suecia, aunque sin demasiado fruto. La gran figura de los años centrales de la centuria es Valdemar IV el Restaurador (1346-1375). Elevado al trono danés tras un período de anarquía, logró enderezar el país, aunque a costa de algunos sacrificios: cesión de

Estonia a los Teutónicos y tratado de Stralsund, por el que la Hansa obtenía enormes privilegios. La recuperación de Scania y Gotland de manos de los suecos fue una buena compensación territorial.

Bajo el patrocinio de una hija de Valdemar, Margarita, casada con el monarca noruego Haakon VI, se lleva a cabo en los últimos años del siglo XIV la asociación de las tres Coronas nórdicas (Unión de Calmar). No hubo, sin embargo, una auténtica potencia escandinava. Erico VII (1412-1439), que luchó por la centralización y por contrapesar la influencia de los comerciantes hanseáticos mediante la atracción de mercaderes ingleses y holandeses, fracasó rotundamente. Holstein no pudo ser incorporado a Dinamarca, y la Hansa volvió a infligir otra terrible derrota, seguida de una paz humillante en la que se confirmaban todos sus privilegios (tratado de Voldingborg de 1435).

La Unión de Calmar, por otro lado, sólo se mantuvo nominalmente, ya que la nobleza sueca siempre fue reticente a esta política. La primera rebelión separatista fue encabezada por Engelberto Engelbrektson, aunque sin demasiado éxito, entre 1434-1436. Años más tarde, retoñó la revuelta, dirigida por Sten Sture contra Cristian I de Oldenburgo, el último monarca que logró mantener la vieja Unión. Hacia el 1500, los intentos de Hans, reconocido como rey en Dinamarca y Noruega, de recuperar Suecia, no obtuvieron a la postre ningún resultado.

Las monarquías de la Europa central

El intento de creación de un gran Estado eslavo en la Europa central, con la unión de Bohemia y Polonia, llegó a su fin con la muerte de Wenceslao III en 1305.

a) El reinado de Casimiro el Grande (1333-70) ha sido identificado con un largo período de prosperidad para Polonia: codificación de las costumbres de la Gran y Pequeña Polonia en sendos Estatutos, fundación de la Academia de Derecho de Cracovia, impulso a la labor de colonización y perfilación de una asamblea de dignatarios, oficiales y grandes nobles, de la que en el futuro

surgirá el «Senado». El país ganó en cohesión, aunque ello fuese a costa de ceder Silesia a los checos y Pomerania a los Caballeros Teutónicos.

A la muerte de Casimiro, sin descendencia, el trono polaco fue ocupado algunos años por Luis el Grande de Hungría. En 1384 los polacos eligieron como soberano a la pequeña princesa Eduvigis, que casó con el duque de Lituania Jagellón. Este recibió previamente el bautismo, con lo que se eliminó la última bolsa compacta de paganismo en el Báltico. La unión polaco-lituana amenazó con arrinconar a los Caballeros Teutónicos en sus dominios litorales.

Desde mediados del siglo XIII, la Orden empezó a convertirse en una auténtica potencia. Con su sede central en la inexpugnable fortaleza de Marienburgo, procedió a una sistemática colonización de Prusia y Pomerelia cortando, por tanto, la salida de Polonia al Báltico. Bajo el gobierno del Gran Maestre Winrich de Kniprode (1351-1382) la Orden llegó a su momento de mayor esplendor. Pero, a los pocos años, Jagellón de Polonia-Lituania (Ladislao II desde su conversión) concibió como una auténtica empresa nacional el poner freno a sus apetencias expansivas. En efecto: en 1410 los polacos obtuvieron una gran victoria sobre los teutónicos en Grünwald (Tannenberg). Las dificultades internas del Estado polaco derivadas de la yuxtaposición del reino de Polonia y el ducado de Lituania y de las diferencias religiosas (brotes husitas, roces entre ortodoxos y latinos, etc.), fueron limadas con el transcurso de los años. Bajo Casimiro IV (1477-1492), aprovechando la impopularidad de los teutónicos entre la misma población germana, se reanudó la guerra: Marienburgo fue tomada por los polacos en 1457 y los Caballeros hubieron de aceptar la Paz de Thorn por la que se sometieron a la suzeranía de los Jagellón. A fines del Medievo, el Imperio polaco-lituano cubría el espacio comprendido entre el Báltico y las desembocaduras del Bug y el Dnieper de Norte a Sur, y el curso del Oder y el principado de Moscú de Occidente a Oriente. Era, sin duda, la mayor potencia de la Europa oriental.

b) En 1306, se extinguió la dinastía nacional de Bohemia, los Premyslidas. Con Juan de Luxemburgo, hijo del conde Enrique, más tarde emperador, se introduce una nueva casa real. Bajo Carlos I (luego Carlos IV de Alemania) Bohemia alcanza su plenitud (1346-1378): la sede episcopal de Praga fue transformada en arzobispado; se fundó en ella una Universidad, bajo los mismos estatutos que la de París; Lusacia y Silesia fueron sometidas a la órbita política bohemia. En los años que siguen a su muerte, sus sucesores (Wenceslao y Segismundo) habrán de afrontar la terrible crisis planteada por el movimiento husita, que tuvo un fuerte contenido nacionalista. De hecho, Bohemia corría el riesgo de constituirse en un simple dominio patrimonial de los emperadores germánicos. El peligro fue temporalmente conjurado por la elección como rey en 1448 de Jorge Podebrady, un noble checho, husita moderado. Su cancillería llegó a imaginar un magno proyecto de paz perpetua entre todos los soberanos europeos, que marginaba a la Santa Sede, pero que aspiraba a una nueva Cruzada contra los turcos, dueños de Constantinopla desde 1453. Jorge Podebrady murió en 1471. Con él desaparecía el último monarca nacional checo.

c) La entronización en Hungría de la Casa de Anjou trae, con los dos primeros monarcas —Carlos I y Luis el Grande—, un restablecimiento de la autoridad real y un fuerte impulso de la política exterior. Frente a la poderosa aristocracia, los monarcas angevinos se convierten en promotores de un desarrollo del aparato institucional (Cancillería, Curia Regis, reorganización de los cuadros militares). La fundación de las primeras Universidades nacionales (Pecs en 1367; Buda en 1389) y el florecimiento artístico, permiten hablar de un primer «Renacimiento» favorecido por los contactos con Italia. El creciente peligro turco acabó convirtiendo a diversos principados balkánicos en «Estados» protegidos por la monarquía húngara, que alcanza con Luis el Grande (soberano también de Polonia en los últimos años de su vida) su momento de plenitud política.

La crisis estallará con su sucesor, Segismundo de

Luxemburgo, que reunió en su persona las Coronas húngara, bohemia e imperial. Los fracasos se fueron sucediendo a lo largo de su reinado: la nobleza húngara recuperó parte del poder perdido, el husismo sólo con grandes dificultades pudo ser sometido, y los turcos —vencedores del monarca y de la caballería francesa en Nicópolis— se situaron en las mismas fronteras de Hungría. Después de la muerte de Segismundo (1437), la defensa del país corrió a cargo, más que de sus sucesores de efímero reinado, de un simple noble, Juan Hunyadi. Verdadero héroe nacional, defensor victorioso de Belgrado contra los otomanos (1456), a su muerte, el ejército y la baja nobleza elegirán como soberano a su hijo Matías Corvino.

Su reinado (1458-90) fue, en buena medida, un intento de retomar el hilo de la política de los angevinos. Los brotes husitas fueron sofocados. La nobleza fue sometida, el ejército reorganizado con la introducción de contingentes de mercenarios, se mantuvo la actividad de la Dieta, a la que asistieron representantes de las ciudades junto a los de la nobleza... Cara a sus vecinos, Matías mantuvo una política de signo expansivo, que le permitió la incorporación a su reino de Moravia, Silesia y parte de Austria. La vida urbana cobró en estos años un fuerte impulso, paralelamente al desarrollo de las industrias extractivas, sobre todo el cobre. El interés por la cultura —creación de la Biblioteca Corvina, introducción de la imprenta, impulso a las Universidades y a las artes— ha dado de Matías Corvino la imagen de un auténtico príncipe del Renacimiento. Nada parecía pronosticar el dramático declive en que Hungría habría de caer en los primeros años de la Modernidad.

Los principados rusos. Los inicios de la hegemonía de Moscú

El establecimiento de los mongoles en tierra rusa contribuyó a acentuar la pauta de dispersión bajo la que vivían los principados eslavos de este área. Más que de

una tartarización cabe hablar del establecimiento de un *modus vivendi* entre los grandes khanes y los príncipes rusos. El sometimiento de éstos se refleja en el acto de obediencia, en el pago de pesados tributos y en la entrega de tropas de infantería como auxiliares del ejército tártaro. Se ha hablado incluso de una «pax mongólica» que evitó durante algunos años el enfrentamiento, antes endémico, entre los distintos poderes territoriales del mundo ruso.

La reunificación del espacio ruso no vino de Novgorod, demasiado excéntrica y volcada hacia el mundo báltico. Lituania empezó a convertirse desde mediados del siglo XIII en un gran principado, libre de la dependencia mongola. Sin embargo, su unión con Polonia bajo los Jagellones hizo bascular al principado hacia Occidente. El «reagrupamiento de las tierras rusas» habría de venir de la mano de Moscú.

La primera figura de interés fue Iván I Kalita (1325-1341), vencedor de los príncipes de Vladimir-Susdal. Uno de sus sucesores, Dimitri Donsky (1359-89), combatió a los príncipes de Tver y Riazan. Su éxito más importante fue, sin embargo, la victoria de Kulikovo lograda sobre los tártaros de la Horda de Oro en 1380. Algunos años después, los generales de Tamerlán saquearon los alrededores de Moscú. Pero la ciudad ya se había convertido por entonces en símbolo del renacimiento del pueblo ruso.

A lo largo del siglo XV, la expansión moscovita se proyectó en distintas direcciones: anexión de Novgorod, Tver, Smolensko y ruptura de la dependencia con la Horda de Oro.

La gran figura de este proceso fue Iván III (1462-1505). No sólo dejó un principado engrandecido territorialmente, sino también dotado de una gran solidez espiritual. Moscú sería en adelante el gran baluarte de la ortodoxia griega. El proceso fue iniciado ya desde comienzos del XIV por el metropolitano Pedro y siguió una firme trayectoria hasta entrar en los tiempos modernos. En 1439, el arzobispo Isidoro, que había aceptado en Florencia la reunificación con Roma, fue sustituido por

Jonás, partidario de la independencia. Bajo Ivan III, casado con la princesa bizantina Sofía, los príncipes de Moscú toman el título de «zar de toda Rusia». La caída de Constantinopla en manos de los turcos fue interpretada por los moscovitas como el castigo divino por sus negociaciones con el Pontificado. De ahí la consolidación del mito de Moscú como la «tercera Roma», que quedó reflejado en una carta del monje Filoteos de Pskow en la que se dice que «todos los reinos cristianos han pasado y en lugar de todos ellos está el reino de nuestro dominador, según los libros proféticos; éste es el imperio ruso. Pues dos Romas han caído, pero la tercera está en pie y no habrá cuarta». Con este bagaje, el zar (convertido progresivamente en un autócrata) y el pueblo ruso (camino de identificarse con un Estado nacional) se disponían a ser los herederos del Imperio de Bizancio y depositarios de la verdadera fe.

8

LOS TURCOS OTOMANOS Y EL FIN DEL IMPERIO BIZANTINO

La reacción nacionalista que elevó a los Paleólogo al trono de Bizancio no logró dar paso a una estabilidad en el área. Desde comienzos del siglo XIV se asiste a un lento declinar del Imperio de Constantinopla, víctima, siglo y medio más tarde, del poder otomano. Se inicia así lo que Grousset llamó la «solución turca» para el problema de Oriente. Solución que se clausurará en Lepanto en 1571.

Los Paleólogo entre occidentales y turcos: los comienzos del poderío otomano

El intento de los occidentales de volver a poner los pies en Constantinopla quedó cancelado —según ya hemos visto con anterioridad— con la matanza de las Vísperas Sicilianas. Bizancio se salvaba de una peligrosa intromisión pero a costa de romper sus relaciones con un Pontificado hacia el que Miguel VIII no se encontró en principio mal dispuesto. Su sucesor, Andrónico II (1282-1328), se convertirá en un ferviente paladín de la independencia de la Iglesia griega. Sin embargo, la idea de la vuelta a la unidad con Roma jugará en los años siguientes, al calor de las graves dificultades por las que Bizancio atraviese.

Se ha hablado para los siglos XIV y XV de una «tercera edad de oro» de la civilización bizantina. De hecho, nos encontramos ante manifestaciones de indudable interés pero, en la práctica, no ocultan la grave crisis

por la que el Imperio atraviesa. P. Lemerle ha hablado de «descentralización» para definir el proceso de irremediable decadencia de Constantinopla y el desplazamiento de los centros motores de la vida cultural hacia otras áreas.

Frente a las manifestaciones artísticas de la capital (iglesia de Fetijé-djami, mosaicos de Kahrie-djami, etc.), nos encontramos con otras de no menor importancia en zonas más excéntricas: iglesias de la región de Novgorod, iconos de Andrés Rubliev en Moscú, frescos de Mistra...

La descentralización alcanza, incluso, a la idea imperial. Así, en 1346, el monarca servio Esteban Duschan se proclamará, en emulación con el de Constantinopla, «emperador de servios y romanos».

Los últimos años del reinado de Andrónico II conocen el inicio de una áspera guerra civil. Detrás de intereses puramente dinásticos se ocultan realidades más profundas: la intervención de servios y búlgaros, siempre deseosos de debilitar a Constantinopla; y las querellas religiosas entre partidarios y enemigos de un entendimiento con Roma. Estas acabaron derivando en la formación de grupos doctrinales que trataron de buscar el apoyo de los monjes y de la masa popular: los «zelotes», ardientes defensores de la ortodoxia, y los exicastas, partidarios, frente a las tendencias racionalistas, de una especie de ascesis contemplativa.

Hacia 1350, un general de fortuna, Juan Cantacuzeno, subió al solio imperial y logró establecer un equilibrio de fuerzas entre las distintas tendencias doctrinales y los diversos poderes políticos del espacio balkánico. Pero ya entonces se estaba revelando un nuevo poder en el Asia Menor: los otomanos.

* * *

Desde mediados del XIII, el poderío islámico se articulaba de Occidente a Oriente en cinco entidades políticas principales: los nazaríes granadinos, los meriníes del Atlas y el Sahara occidental, el reino de Tlemezén, los hafsíes tunecinos y los mamelucos del Próximo Oriente.

Estos últimos habían constituido una verdadera casta militar, heredera en Egipto de los viejos intereses políticos y económicos de los Fatimíes.

En el tránsito al siglo XIV, un nuevo poder islámico inicia una auténtica escalada político-militar: los otomanos. Instalados en el Asia Menor se convertirán, a la larga, en los herederos del mundo seldjúcida en plena desintegración.

Sin embargo, en sus comienzos los turcos otomanos no fueron más que uno de tantos poderes asentados en la meseta de Anatolia. Los emperadores de Bizancio en ocasiones les contrataron como mercenarios, y en otras les combatieron para mantenerlos a raya. En esta última línea cabe situar la colaboración —aunque efímera— de los almogávares con Andrónico II en 1305, que llevó a la Compañía catalana en sus brillantes campañas hasta el corazón del Asia Menor.

Pero estos auxilios occidentales tuvieron siempre para los bizantinos un carácter aleatorio y derivaron, las más de las veces, en roces dramáticos que contribuyeron a hacer difícil una política de entendimiento de mayor envergadura.

Los otomanos, por el contrario, fueron impulsando, desde débiles bases de partida, la creación de un fuerte poder en el que jugaron una serie de factores:

—La desunión de los cristianos. En realidad los turcos rara vez tuvieron que enfrentarse con dos poderes políticos a la vez.

—El control, desde un principio, de las costas del Mar de Mármara, que les permitía alcanzar Constantinopla en cualquier momento.

—El mantenimiento del grupo turcomano originario, que se erigió en aglutinador de los principados conquistados: ghazis y derviches se convirtieron en el elemento humano que dio cohesión militar y moral a la comunidad otomana. La potencia bélica la dio un ejército perfectamente organizado y disciplinado que fue anulando uno por uno a todos los Estados cristianos del espacio balkánico: spahis, fuerzas de caballería ligera dotadas de una extraordinaria movilidad a diferencia de la caballería

acorazada de los cristianos; los jenízaros, milicias de infantería organizadas a través de la recluta hecha entre las poblaciones sometidas y que contituían la fuerza más eficaz del ejército turco; y, en definitiva, y desde fecha temprana, un excelente tren de artillería de sitio.

A lo largo del siglo XIV la máquina de guerra turca logra éxitos fulminantes. Bajo los primeros sultanes se conquistan Nicea, Nicomedia, Brusa, y se ponen los pies al otro lado del Mármara ocupando Gallípoli y Andrinópolis. En tal situación, Constantinopla quedaba prácticamente aislada. En 1389, la victoria de Kossovo sobre los servios permitió a los otomanos alcanzar el Danubio. El sultán Bayaceto procuró equilibrar las conquistas del espacio balkánico con una consolidación de posiciones en el Asia Menor. Para los occidentales, aquellos éxitos inesperados fueron aldabonazos de aviso. En un verdadero clima de Cruzada, un gran ejército marchó hacia Oriente, pero sólo para dejarse aplastar por los jenízaros en Nicópolis (1396), en donde la brillante caballería francesa volvió a cometer los mismos errores que en Crecy o Poitiers. La tenaza parecía cerrarse para Constantinopla. Inesperadamente, su agonía habría de prolongarse durante medio siglo más.

El intermedio timúrida

De la desintegración del Imperio gengiskánida surgieron una serie de Estados. Uno de ellos, el de Transoxiana, con su capital en Samarkanda, estuvo llamado durante algunos años a ser el heredero de los grandes khanes. El artífice de esta obra fue Timur-Lenk (el Tamerlán de los cristianos) subido al poder en 1370. Hasta el 1405 controló un gran Imperio que se extendió desde la Rusia central hasta los confines de China, y desde el norte de la India hasta Siria y el Asia Menor. En una serie de sangrientas campañas fueron cayendo dentro de su órbita los khanatos persas, el khanato de la Horda de Oro, el sultanato turco del norte de la India (Delhi fue ferozmente saqueada), los principados de Alepo y Da-

masco (ocupa en 1400). En 1403 les llegó el turno a los otomanos. En el centro de la meseta de Anatolia, el 24 de julio, se libró la terrible batalla de Ankara entre turcos y mongoles. Dos caballeros castellanos, Pelayo de Sotomayor y Fernando de Palazuelos, fueron testigos de este choque en el que los otomanos sufrieron una terrible derrota. Las conquistas logradas por los primeros soberanos turcos estuvieron a punto de perderse, permitiendo —consiguientemente, según hemos anticipado— un respiro a los emperadores de Constantinopla. Así parecieron comprenderlo algunos soberanos que, temerosos del peligro otomano, pensaron en la posibilidad de constituir un frente común —un tanto paradójico, desde luego— con Tamerlán. De ahí que el soberano castellano Enrique III enviase una embajada al mongol encabezada por el caballero Ruy González de Clavijo. Todo fue inútil, ya que en 1405 moría Tamerlán y su Imperio entraba en rápida descomposición.

Aún hubieran podido los cristianos beneficiarse de la crisis pasajera por la que atravesó el mundo otomano, dividido entre los sucesores de Bayaceto. El emperador bizantino Juan VIII llegó a una alianza con Génova, Venecia y los caballeros de Rodas. La escuadra veneciana llegó a obtener una victoria sobre la turca en Gallípoli en 1416. El éxito, sin embargo, tuvo efectos muy limitados ya que los aliados, dados los encontrados intereses económicos, acabaron rompiendo justamente cuando Mahomet I reunificaba el mundo otomano.

El nuevo empuje otomano y la caída de Constantinopla

Reducido a una porción de la Tracia y algunos dominios dispersos, el Imperio bizantino era bajo los últimos Paleólogo, «un cuerpo débil y miserable con una gran cabeza, Constantinopla» (Diehl). La propia capital, cuya población descendió notoriamente desde el siglo XII (un millón de habitantes aproximadamente) a fines del XIV (algo más de cien mil), era ya sólo una ciudad «decadente y melancólica» (Runciman).

Los sultanes otomanos procedieron a completar la táctica de aislamiento iniciada tiempo atrás, sometiendo los focos de resistencia en los Balkanes. Amurates II ocupó Tesalónica en 1430. Algunos éxitos parciales de los cristianos (contraofensiva llevada hasta Sofia por el caudillo húngaro Juan Hunyadi) fueron contrarrestados sangrientamente con dos rotundos éxitos militares turcos en Varna y Kosovo, entre 1444 y 1448. La suerte de los Balkanes quedaba sellada y la caída de Constantinopla se vislumbraba a muy corto plazo.

En 1448 subió al trono el último emperador de Oriente, Constantino Dragasés. Tres años más tarde, un nuevo sultán, Mahomet II, se propuso como objetivo inmediato la conquista de la capital. El posible apoyo del Occidente, en virtud del Acta de Unión de las Iglesias firmada en Florencia en 1439, se reveló como una quimera. Dentro de la propia capital, el peso de la opinión de los antiunionistas era considerable; la tolerancia religiosa de los turcos para con los vencidos fue, además, un factor que jugó a su favor.

El cerco de la ciudad por las fuerzas otomanas empezó en abril de 1453. Durante casi dos meses las murallas fueron batidas por la artillería de sitio turca. El 28 de mayo tuvo lugar el asalto general que derivó en una auténtica carnicería de la que el último emperador bizantino fue una de las víctimas.

En los años siguientes a la toma de Constantinopla por los turcos, estos procedieron a la ocupación de Mistra y Trebisonda (1461), hechos con los que se podía dar por definitivamente liquidado el Imperio de Oriente. La caída de la «segunda Roma», como la de la primera, parece poner fin a toda una época de la Historia.

CONCLUSION

Al concluir la lectura de una obra de síntesis dedicada al estudio de la Edad Media europea, el lector puede preguntarse cuál es la valoración global que puede darse a este período. El historiador, por su parte, debe hacer aunque sólo sea una sumaria rendición de cuentas. Ella permitirá fijar las líneas maestras a través de las cuales se puede apreciar la «recuperación» de los siglos medievales en el contexto general de la evolución de la Humanidad.

Quizás corramos con ello el riesgo de abundar en algunas de las apreciaciones expuestas en las páginas de introducción. Pensamos que ello no tiene, sin embargo, mayor importancia, siempre y cuando logremos llegar a conclusiones que nos permitan presentar el pasado medieval como una época que fue algo más que un simple compartimento estanco del proceso histórico. Algo más, en definitiva, que un mundo que murió en un momento determinado sin dejar ninguna huella.

Por todo ello, podemos hacernos algunas preguntas.

¿Fue la Edad Media una época caracterizada por una absoluta homogeneidad y un cerrado inmovilismo? ¿Hasta qué punto el Medievo se proyectó en la Modernidad iniciada en la eclosión renacentista? ¿Tiene el Medievo algún valor para el mundo actual o, por el contrario, se trata de posiciones completamente antitéticas?

Las respuestas a estas cuestiones tienen, forzosamente, una cierta ligazón.

* * *

La Edad Media europea (como cualquier otro período de la Historia) no fue, a pesar de su aparente inmovilismo, un conjunto uniforme y monolítico. El que en nuestra exposición hayamos procedido a una periodización en cuatro etapas ha respondido esencialmente a un deseo de afirmar que este mundo, aunque de forma lenta, evoluciona inequívocamente.

Más aún. No hay que dejarse eclipsar por un Medievo dominado por grandes figuras, soportes del «orden establecido»: Carlomagno, los Otones, Inocencio III, San Luis, Fernando III, Santo Tomás de Aquino... Tan medievales como ellos lo fueron los Scoto Eriúgena, Pedro Abelardo, Joaquín de Fiore, Averroes, Federico II, Marsilio de Padua o Juan Hus, poco respetuosos con las corrientes doctrinales vigentes en su momento. Sus particulares puntos de vista —que les costaron la marginación, cuando no la propia vida— contribuyen a dar una mayor riqueza y variedad a una época mucho más heterogénea de lo que a primera vista se puede suponer. Negar a estos personajes y a sus doctrinas la categoría de medievales para decir que fueron «modernos antes de tiempo» o meros precursores de la Modernidad, supone una muy poco convincente simplificación de los hechos. Cada época de la Historia presenta, a través de sus figuras o de los acontecimientos que estas protagonizaron, profundos contrastes. Ni a los de un signo ni a los de otro se les debe dar el monopolio de la representantividad.

* * *

La existencia de resabios medievales en la Modernidad es algo que nadie puede poner ya en duda. Múltiples ejemplos resultan lo bastante elocuentes.

La mentalidad de los descubridores y colonizadores del Quinientos, ¿no tiene amplios precedentes en las anteriores centurias? Años antes de iniciarse el periplo africano, los viajes al interior de Asia impulsados desde el siglo XIII —franciscanos, Marco Polo, etc.—, constituyen el elemento precursor de la curiosidad universal

que animó a los hombres del Renacimiento y a sus sucesores.

En el campo de las relaciones internacionales, la pugna hispanofrancesa por la hegemonía de la Península Itálica, enlaza con la vieja enemiga entre angevinos y aragoneses. El peligro otomano en la Modernidad no es otra cosa que la prolongación en esta época de la crisis balkánica del Bajo Medievo. Si bien fue conjurado navalmente en Lepanto en 1571, en tierra se dejará sentir periódicamente, en el valle del Danubio, hasta los inicios del XVIII.

La pugna entre el autoritarismo monárquico y las libertades ciudadanas constituye un importante capítulo en la historia de la confrontación de fuerzas políticas a lo largo de la Modernidad. La pauta en estos siglos la da el Estado absolutista, cuyos instrumentos se fueron forjando en los últimos tiempos del Medievo.

Sin embargo, las resistencias a él serán a veces ásperas. En algunas ocasiones el esfuerzo se verá retribuido; en otras, los intentos quedarán ahogados. En todos los casos, los precedentes medievales tendrán su peso, aunque se trate de ir más allá de su mero sostenimiento y defensa. Así, la fallida revolución de los comuneros castellanos enlaza, en buena medida, con la tradición de las rebeliones comunales del Medievo. Las conmociones inglesas del XVII, que garantizaron la continuidad constitucional al país, son también en parte el intento de proseguir el hilo de una tradición iniciada en el siglo XIII y cortada más adelante por el despotismo de las monarcas Tudor y Estuardo.

La propia estructura social oficialmente reconocida hasta fines del XVIII seguirá siendo la de raigambre medieval en base a los tres órdenes tradicionales: nobleza, clero y estado llano. Habrá que esperar al triunfo de las revoluciones burguesas para que este equilibrio de fuerzas quede roto y se pase definitivamente de una sociedad estamental a otra de clases.

Si junto a las estructuras sociales consideramos las económicas, es obligado reconocer que el modo de producción feudal seguirá dominando en los siglos de la

Modernidad. Por otro lado, si a lo largo de ellos va tomando forma la mentalidad capitalista, ésta no surgió a partir del Renacimiento, como pensó W. Sombart. Sus gérmenes, por el contrario, se encontraban ya en la incipiente burguesía medieval que pugnó por encontrar un puesto en el cerrado orden agrario y feudal bajo el que vivió.

En el campo de las estructuras mentales, el Renacimiento es hijo de una diversidad de corrientes cuyos orígenes hay que hacerlos remontar al siglo XII. J. Le Goff ha indicado que la figura del intelectual aparece en esta centuria al calor del renacimiento de la vida urbana y cobra perfiles definidos en el XIII, en el ámbito de la Universidad. La actividad profesional del intelectual supone ya una dedicación al trabajo del espíritu, considerado como un fin en sí mismo, no como un mero apéndice del trabajo material o de la oración.

El Humanismo, por otra parte, si vio su triunfo acelerado con la emigración de sabios griegos a Occidente a la caída de Constantinopla, no dependió única y exclusivamente de este fenómeno. En efecto, el saber de la Grecia clásica empezó a ejercer su influencia sobre la Europa occidental desde tiempo atrás.

La ruptura espiritual que tuvo en la figura de Lutero su decisivo detonante fue gestándose a lo largo de los siglos anteriores. En los movimientos heterodoxos del Medievo hay, en efecto, muchos elementos precursores de la Reforma. En buena medida, Lutero fue la respuesta a las angustias que el hombre bajomedieval tuvo. Desde una perspectiva menos benevolente hacia el personaje, otros autores como Denifle han considerado a la teología luterana como el resultado de la degeneración teológica del siglo XV. Con todo, queda hoy fuera de duda que si el reformador alemán trató de romper con buena parte del dogmatismo medieval, se inspiró, por otro lado, en la obra de algunos maestros del Medievo: Hugo de San Víctor, Pedro Lombardo o Guillermo de Occam.

En el ámbito espiritual también, la Modernidad heredó muchos de los procedimientos de intolerancia de la

época precedente. Las guerras de religión, que asolaron Europa hasta mediados del siglo XVII, o el perfeccionamiento del aparato represivo esbozado en los siglos medievales, son muestras de sentimientos de continuidad con el pasado, más que de superación de los viejos hábitos.

* * *

Hasta el siglo XVIII se puede decir que más que ruptura violenta entre la Modernidad y su inmediato pasado hay una especie de solución de compromiso. El Siglo de las Luces fue, por tanto, el recodo en el que se pretendió poner fin al antiguo régimen, hijo de las secuelas del «feudalismo».

La Ilustración anuncia la fe en el progreso como motor de la Historia frente a los criterios providencialistas, mantenidos aún por Bossuet en la segunda mitad del XVII.

Pero esta fe ilustrada se extiende también a otros terrenos:

En el de la economía, en función de la confianza creciente en la libre iniciativa del hombre frente a las trabas de raigambre medieval de signo feudal o corporativo.

En el campo de la política, la fe en la libertad del hombre cubre un amplio recorrido, desde Locke hasta Rousseau.

Cuando la Asamblea Nacional Francesa o las Cortes de Cádiz deliberan, parecen tener conciencia de poner fin a todo un pasado de oscurantismo, ignorancia, etc.

A pesar de todo, las profundas convulsiones por las que atravesó la Europa de los siglos XIX y XX no fueron capaces de barrer totalmente las huellas del pasado medieval. Por el contrario, éste —multiforme, según hemos expuesto— ha seguido dando dinamismo a una serie de corrientes del más variado signo a lo largo de las dos últimas centurias.

Los ejemplos han sido patentes tanto en la progresiva recuperación de sus valores culturales como en la pro-

fundización de la investigación histórica en sus realidades materiales. La reivindicación de arte medieval, particularmente el gótico, por los autores del romanticismo, constituyó un paso decisivo en la superación de múltiples prejuicios acumulados desde el Renacimiento a la Ilustración.

Ello dio pie a todo un cúmulo de nuevas observaciones.

Ideales aparentemente contrapuestos como la unidad de Europa o el principio de las nacionalidades han contado en el Medievo con precedentes dignos de tenerse en cuenta.

Así, en la Europa posnapoleónica, autores como Görres, Schlegel, de Maistre, Chateaubriand, etc., vieron en la unidad espiritual de la Edad Media un modelo a imitar. La figura de Carlomagno ha constituido una especie de mito para un europeísmo de signo conservador y un tanto nostálgico, pero no por ello falto totalmente de consistencia. Las obras de Dante y Dubois o los magnos proyectos de Jorge Podebrady para la concordia entre los distintos pueblos del Occidente figuran como otros tantos jalones en la historia de la idea de la unidad europea.

De otro lado, las culturas nacionales del momento presente hincan sus raíces en buena medida en los siglos objeto de estudio en este libro. Algunas de ellas, aún englobadas con el transcurso del tiempo en entidades políticas de superior rango, han conseguido mantener sus rasgos diferenciales. Los ejemplos de Occitania, Cataluña, Gales, Flandes o Bretaña, entre otros, son lo bastante ilustrativos.

En un contexto parecido, el mesianismo que caracterizó al alma rusa hasta tiempos recientes (la «Santa Rusia», «Moscú, la tercera Roma») miró a un pasado —el mundo bizantino— del que pretendía ser heredero y perpetuador.

En pleno corazón del continente, en el cuadrilátero de Bohemia, la figura de Juan Hus ha constituido un símbolo capaz de superar las distintas transformaciones habidas en el país y adaptarse a las más variadas cir-

cunstancias. Para los hombres de la Modernidad fue el precursor de la Reforma. Para los revolucionarios del XIX que combatieron en las barricadas de Praga y para los padres de la independencia en 1918 fue un símbolo de la resistencia nacional frente al germanismo. Para los historiadores marxistas del mundo checo actual, Hus fue portavoz de ideas socialmente revolucionarias.

Cara al mundo hispánico, los siglos medievales han constituido el período a través del cual se ha tratado de explicar la verdadera naturaleza del *homo hispánicus*. Basta, para ello, con remitirnos a las obras de dos autores tan enfrentados en sus puntos de vista como Américo Castro y Sánchez Albornoz. Para el primero, la historia de España ha estado condicionada por las relaciones que en el Medievo se establecieron entre las tres castas que habitaron en su solar: judíos, moros y cristianos. Para Sánchez Albornoz, el carácter del español se forjó en la secular lucha que enfrentó durante ocho siglos a la Cristiandad con el Islam en el territorio peninsular. En cualquiera de los dos casos, la ulterior trayectoria histórica del español, desde el «Cortocircuito de la Modernidad», quedó marcada por estos hechos decisivos.

Nos encontramos, por tanto, ante una serie de valoraciones de las que sólo hemos expuesto una pequeña muestra.

* * *

En definitiva, dadas las múltiples conexiones entre el Medievo y las etapas posteriores, hemos de tener en cuenta un hecho elemental e irrefutable: el proceso histórico ha de ser considerado como un todo continuo. Así lo han entendido las más variadas interpretaciones. Para los providencialistas es la realización de un divino pensamiento. Para ciertos sectores del pensamiento ilustrado y positivista, se trata del discurrir de una serie de etapas en donde la idea de progreso actúa de fuerza motriz. Para los autores marxistas, es la sucesión necesaria de los distintos regímenes sociales y económicos.

En cualquier caso, dentro de este fluir, la larga etapa que conocemos con el ya consagrado nombre de Edad Media, ha tenido un lugar que no representa, en ningún modo, un simple paréntesis entre dos épocas de esplendor.

BIBLIOGRAFIA

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

La presente obra tiene las características de una introducción al tema. Por tanto, las orientaciones bibliográficas van a ser sumarias. Hemos procurado seleccionar aquellos estudios de carácter más general —muchos de ellos vertidos al castellano o de fácil acceso para el lector— dejando intencionadamente al margen trabajos especializados recogidos en revistas dedicadas al mundo medieval, tales como *Le Moyen Age* (publicada desde 1888), *Speculum* (cuyo primer número apareció en 1926), *Anuario de Estudios Medievales* (publicado desde 1964) y, sobre todo, las puestas al día de los distintos temas medievales, recogidas desde 1954 en las *Settimane* del *Centro di Studio sull'Alto Medioevo* de Spoleto.

En una línea semejante, optamos por no hacer una exhaustiva relación de fuentes, repertorios bibliográficos y estudios relacionados con la metodología de la Historia medieval. El lector puede encontrar buena información para ello en dos excelentes síntesis:

M. PACAUT: *Guide de l'etudiant en Histoire Médiévale.* París, P. U. F., 1968.

R. DELORT: *Introduction aux sciences auxiliaires de l'Histoire.* París. Col. U. Ed. Armand Colin, 1969.

Excelente auxiliar para el estudio de la Historia es el contacto con los documentos. Para el mundo medieval disponemos de algunas colecciones útiles.

La Col. U. de la Editorial Armand Colin ha publicado una en tres volúmenes: el I a cargo de LA RONCIERE. DELORT-ROUCHE: *L'Europe au Moyen Age* (395-888). París, 1969. El II a cargo de LA RONCIERE-CONTAMINE-DELORT: *L'Europe au Moyen Age (fin IX siècle-fin XIII siècle).* París, 1969. Y el

III a cargo de los mismos autores: *L'Europe au Moyen Age (fin XIII siècle-fin XV siècle).* París, 1971.

La Editorial Teide ha publicado también unos *Textos comentados de época medieval* (siglos V al XII). Barcelona, 1975, recopilados por RIU-BATLLE-CABESTANY-CLARAMUNT-SALRACH y SÁNCHEZ.

Para España: J. A. GARCÍA DE CORTÁZAR: *Nueva Historia de España en sus textos (Edad Media).* Ed. Pico Sacro. Santiago, 1975.

Ello sin olvidar la colección de M. ARTOLA, más general: *Textos fundamentales para la Historia.* Madrid. Revista de Occidente, 1968.

No menos importante soporte para el estudio de la Historia son los Atlas históricos. Entre otros pueden utilizarse:

VICENS VIVES: *Atlas de Historia Universal.*

El *Westermann Grossen Atlas zur Weltgeschichte.*

El *Muir's Historical Atlas.*

El *Atlante Storico,* editado por el Instituto Geográfico de Agostini.

Y el utilísimo *Atlas zur Weltgeschichte* de la Deutsche Taschenbuch Verlag, del que hay numerosas versiones. En España, ha sido adaptado por la Ed. Istmo y publicado en dos volúmenes bajo el título de *Atlas histórico mundial.*

A) Entre las *obras de síntesis y volúmenes de grandes colecciones,* con referencia al Medievo y, particularmente, a la Europa occidental, cabe citar:

PREVITTE-ORTON: *Historia del mundo en la Edad Media.* Barcelona, Ed. Sopena, 1967. 3 vols. (Traducción de la *Shorter Cambridge Medieval History).*

LACARRA-REGLA: *Historia de la Edad Media.* 2 vols. Barcelona. Ed. Montaner y Simón, 1960.

J. A. G.ª CORTÁZAR: *Historia General de la Alta Edad Media.* Madrid. Mayfe, 1970. Su continuación corre a cargo de J. VALDEÓN: *Historia general de la Edad Media (siglos XI al XV).* Madrid. Mayfe, 1971.

El tomo III de *Historia General de las Civilizaciones* (dirigida por M. CROUZET) va dedicado a «La Edad Media». Barcelona. Destino, 1961. Colaboran en él varios autores dirigidos por E. PERROY.

L. SUÁREZ FERNÁNDEZ: *La Edad Media,* vol. III de *Historia Universal* de Espasa Calpe. Madrid, 1971.

J. HEERS: *Precis d'histoire du Moyen Age.* París. P.U.F., 1968.

BALARD-GENET-ROUCHE: *Des barbares a la Renaissance.* París. Ed. Hachette, 1973.

La Editorial Siglo XXI en su *Historia Universal* tiene varios volúmenes dedicados al Medievo. Concretamente: J DHONT: *La Alta Edad Media,* Madrid, 1971. J. LE GOFF: *La Baja Edad Media,* Madrid, 1971. Y ROMANO-TENENTI: *Los fundamentos del mundo moderno,* Madrid, 1971.

Breve y ordenada síntesis de los aspectos políticos y culturales del mundo medieval es la de J. L. ROMERO: *La Edad Media.* Méjico, F. C. E., 1974 (8.ª ed.).

Un clásico de útil lectura es H. PIRENNE: *Historia de Europa (desde las invasiones hasta el siglo XVI).* Méjico, F.C. E., 1956.

M. RIU: *Lecciones de Historia Medieval.* Barcelona. Teide, 1969.

La Colección U, en línea paralela a la marcada por la antes mencionada colección de textos históricos, ha publicado en tres volúmenes una Historia General del Medievo: el I a cargo de G. FOURNIER: *L'Occident de la fin du V a la fin du IX siècle.* París, 1970. El II redactado por G. DEVAILLY: *L'Occident du X siècle au milieu du XIII siècle.* París, 1970. El III escrito por B. CHEVALIER: *L'Occident de 1280 a 1492.* París, 1969.

N. F. CANTOR: *Medieval history. The life and death of a Civilisation.* New York. MacMillan, 1965.

L. GENICOT: *El espíritu de la Edad Media.* Barcelona. Noguer, 1963.

J. LE GOFF: *La civilización del Occidente Medieval.* Barcelona. Ed. Juventud, 1969.

R. S. LOPEZ: *El nacimiento de Europa.* Barcelona. Ed. Labor, 1965.

B) Los aspectos de la *vida social y económica* en el Medievo se encuentran bien reflejados en algunas obras como:

H. PIRENNE: *Historia económica y social de la Edad Media.* Méjico, F.C.E.; diversas ediciones desde 1939. Se trata ya de una obra clásica a la que, en las últimas ediciones, se ha añadido un valioso apéndice bibliográfico y crítico de H. VAN WERVEKE.

L. SUÁREZ: *Historia social y económica de la Edad Media Europea.* Madrid. Espasa-Calpe, 1969.

R. LATOUCHE: *Los orígenes de la economía occidental (siglos IV-XI).* Méjico, U.T.E.H.A., 1957.

A. DOPSCH: *Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea.* Méjico, F.C.E., 1951.

C. CIPOLLA (Ed.): *The Fontana economic history of Europe. The Middle Ages.* Londres, 1972.

G. A. J. HODGETT: *Historia social y económica de la Europa Medieval.* Madrid. Alianza Universidad, 1974.

G. FOURQUIN: *Histoire economique de l'Occident medieval.* París, Col. U., 1970.

R. FOSSIER: *Histoire sociale de l'Occident Medieval.* París, Col. U., 1970.

La «Cambridge Economical History of Europe» tiene varios volúmenes dedicados al Medievo, traducidos al castellano por la «Revista de Derecho Privado»: *La vida agraria en la Edad Media.* Madrid, 1948. *El comercio y la industria en la Edad Media.* Madrid, 1967. Y *Organización y política económica en la Edad Media,* 1972.

G. DUBY: *Economía rural y vida campesina en el Occidente Medieval,* Barcelona. Ed. Península, 1968.

B. H. SLICHER VAN BATH: *Historia agraria de la Europa Occidental (500-1850).* Barcelona. Ed. Península, 1974.

G. CHERUBINI: *Agricoltura e societá rurales nel medioevo.* Firenze. Sansoni, 1972.

A. SAPORI: *La mercatura medievale.* Firenze. Sansoni, 1972.

E. FOURNIAL: *Histoire monetaire de l'Occident Medieval.* Paris, Nathan, 1970.

Los aspectos concernientes al trabajo y su organización técnica se encuentran bien recogidos en:

J. HEERS: *Le travail au Moyen Age.* París, P.U.F. Col. «Que sais-je?», 1968.

PH. WOLFF y F. MAURO: *L'age de l'artisanat (V-XVIII siècles),* vol. II de *Histoire generale du travail* (Ed. L. H. Parias). París, 1960.

L. WHITE: *Technologie medievale et transformations sociales,* Paris. Mouton, 1969.

B. GILLE: «Les origines de la civilisation technique», en *Histoire generale des techniques* (Ed. Daumas). París, P.U.F., 1962.

Para las cuestiones demográficas en sentido global, J. C. RUSSELL: «Late ancient and medieval population», Philadelphia. Transactions of the American Philosophical Society, 1958.

C) Las cuestiones de *vida religiosa e intelectual* se encuentran bien recogidas en los grandes manuales de Historia de la Iglesia. Entre otros cabe citar:

FLICHE-MARTIN (directores): *Histoire de l'Eglise.* París. Ed. Bloud et Gay, desde 1934. Vols. IV a XIV referentes al Medievo.

D. KNOWLESS: «*Le Moyen Age*», vol. II de *Nouvelle Histoire de l'Eglise.* París, 1968.

LLORCA-VILLOSLADA-MONTALBÁN: *Historia de la Iglesia Católica,* vol. II; *La Edad Media* (800-1303). Madrid, B.A.C., 1963.

J. CHELINI: *Histoire religieuse de l'Occident Medieval.* París. Col. U., 1968.

Para las órdenes religiosas, son útiles las síntesis de:

H. MARC-BONET: *Histoire des Ordres Religieux.* París. P.U.F., col. «Que sais-je?», 1960.

D. KNOWLES: *El monacato cristiano.* Madrid. Ed. Guadarrama. Biblioteca del Hombre Actual, 1970.

Para el Pontificado en concreto:

G. BARRACLOUGH: *La Papauté au Moyen Age.* París. Flammarion, 1968.

W. ULLMANN: *A short History of the Papacy in the Middle Ages.* Londres, 1972.

Los movimientos heterodoxos plantean una específica problemática. Se puede encontrar recogida en:

LE GOFF (Ed.): *Heresies et societés dans l'Europe preindustrielle.* París. Mouton, 1968.

N. COHN: *En pos del milenio. Revolucionarios, milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media.* Barcelona. Barral Editores, 1972.

E. MITRE: *Sociedad y herejía en el Occidente Medieval.* Madrid, ZYX, 1972.

Las corrientes de pensamiento están bien analizadas en:

D. KNOWLES: *Evolution of medieval thought.* Londres. Longmans, 1965.

CHEVALIER: «*El pensamiento Cristiano*», t. II de *Historia del pensamiento.* Madrid. Aguilar, 1960.

J. BUHLER: *Vida y cultura en la Edad Media.* Méjico. F.C.E., 1957.

J. PAUL: *Histoire intellectuelle de l'Occident Medieval.* París. Col. U., 1969.

J. LE GOFF: *Los intelectuales en la Edad Media.* Buenos Aires. Eudeba, 1965.

PH. WOLFF: *L'eveil intelectuel de l'Europe,* t. I. de *Histoire de la pensée europeene.* París. Editions du Seuil, 1971.

G. LEFF: *Medieval thought. St. Augustine to Ockham.* Harmondsworth. Penguin Books, 1965.

R.TATON: *La science antique et Medievale.* París, P.U.F., 1966.

Las cuestiones especificamente filosóficas pueden encontrarse en:

E. BREHIER: «*La filosofía de la Edad Media*». Méjico. U.T.E.H.A., Col. «La Evolución de la Humanidad», 1950.

E. GILSON: *La filosofía de la Edad Media.* Madrid. Gredos, 1965.

A. MAURER:«Filosofía Medieval», en *Historia de la Filosofía* (dirigida por E. GILSON), vol. II. Buenos Aires. EMECE Editores, 1967.

JEAUNEAU: *La filosofía medieval.* Buenos Aires. Eudeba, 1965.

D) La *problemática política* a nivel de ideas se encuentra bien recogida en algunas obras generales, como las de TOUCHARD (Ed. Tecnos) o SABINE (F.C.E.). Para la época especificamente medieval contamos con algunas obras de interés. Entre ellas:

W. ULLMANN: *Principios de gobierno y política en la Edad Media.* Madrid. Revista de Occidente, 1971.

M. PACAUT: *Les structures politiques de l'Occident Medieval.* París. Col. U., 1969.

O. GIERKE: *Teorías políticas de la Edad Media* (con introducción de F. W. MAITLAND). Buenos Aires. Huemul, 1963.

R. FÉDOU: *L'Etat au Moyen Age.* París. P.U.F., col. Sup., 1972.

R. FOLZ: *L'Idée d'Empire en Occident du V au XIV siècle.* París, Aubier Montaigne, 1953.

J. ELLUL: *Histoire des institutions,* 3 vols. P.U.F., París, 1955-6. (El vol. I, ha sido traducido en 1970 por Ed. Aguilar: llega en su exposición hasta la época carolingia.)

M. PACAUT: *La theocratie. L'Eglise et le pouvoir au Moyen Age.* París. Aubier, 1957.

W. ULLMANN: *The Growth of Papal Government in the Middle Age.* Londres. Methuen, 1965.

H. X. ARQUILLIERE: «L'Augustinisme politique» en *Etudes de Philosophie Medievale.* París, 1955.

M. GARCÍA PELAYO: *El reino de Dios, arquetipo político.* Madrid. Revista de Occidente, 1959.

E) Para el conjunto de la *civilización bizantina* disponemos de excelentes trabajos como:

L. BREHIER: *Vida y muerte de Bizancio.* Méjico. U.T.E.H.A. (Col. «La evolución de la Humanidad»), 1965. *La civilización bizantina,* en ibid., 1955, y *Las instituciones bizantinas*, en ibid., 1965.

VASILIEV: *El Imperio Bizantino.* Barcelona, ed. J. Gil. 1946, 2 vols.

OSTROGORSKY: *Histoire de l'Etat byzantin.* P.U.F., París, 1956.

N. H. BAYNES: *El Imperio bizantino.* Méjico, F.C.E., 1957 (3.ª ed. española).

P. LEMERLE: *Histoire de Byzance.* París. P.U.F., col. «Que sais-je?», 1969 (6.ª edición).

CH. DIEHL: *Grandeza y servidumbre de Bizancio.* Madrid, Espasa-Calpe (Col. Austral), 1963.

A. GUILLOU: *La civilisation Byzantine.* París, Arthaud, 1975.

F. G. MAIER: «Bizancio», en *Historia Universal, Siglo XXI.* Madrid, 1974.

T. WARE: *The Ortodox Church.* Londres. Pelican Books, 1967.

F) La *civilización islámica* ha sido objeto de múltiples estudios de conjunto. Entre los más conocidos se encuentran:

PH. K. HITTI: *Historia de los árabes.* Madrid. Razón y Fe, 1950.

B. LEWIS: *Los árabes en la Historia.* Madrid. Espasa-Calpe, 1956.

D. SOURDEL: *L'Islam.* París P.U.F., col. «Que sais-je?», 1968.

D. y J. SOURDEL: *La civilisation de l'Islam classique.* París. Arthaud, 1968.

A. MIQUEL: *L'Islam et sa civilisation.* París. A. Colin (Col. «Destins du monde»), 1968.

PAREJA-BAUSANI-HERTLING: *Islamología,* 2 vols. Madrid, 1952-4.

C. CAHEN: *El Islam desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio otomano.* Madrid, *Historia Universal siglo XXI,* 1973.

C. CUEVAS: *El pensamiento del Islam.* Madrid. Istmo, 1972.

H. SEROUYA: *La pensé arabe.* París. P.U.F. (col. «Que sais-je?»), 1967.

E. I. ROSENTHAL: *El pensamiento político en el Islam medieval.* Madrid, Revista de Occidente, 1967.

G) La trayectoria histórica de la *España Medieval* puede ser seguida, de acuerdo con unas sumarias orientaciones bibliográficas, a través de tres medios:

1. Las grandes colecciones de Historia de España, desde la Prehistoria hasta nuestros días, que dedican algún volumen al mundo medieval. Cabría destacar entre otras:

La *Historia de España* dirigida por MENÉNDEZ PIDAL y editada por Espasa Calpe. En ella, desde 1940, hay varios volúmenes dedicados a la época medieval: los III, IV, V, VI, XIV y XV.

F. SOLDEVILLA: *Historia de España,* 8 vols. Barcelona, Ariel, 1947-1959.

Historia de España, publicada por el «Instituto Gallach», entre 1958 y 1962. 6 vols., de los cuales el II y el III van dedicados al Medievo hispánico.

Nueva Historia de España, de editorial Edaf, dedica los volúmenes 4 al 8 al mundo medieval. Madrid, 1973-4.

Historia de España y América. Social y económica. Barcelona, Ed. Vicens Vives, 1972. Los vols. I y II van dedicados al mundo medieval. Las últimas páginas recogen una abundante y actualizada bibliografía.

2. Obras específicamente dedicadas a la Edad Media Española (algunas, por otra parte, incluidas en Historias Generales), son:

L. SUÁREZ: *La época Medieval,* en *Historia de España.* Madrid, Gredos, 1970.

L. G. DE VALDEAVELLANO: *Historia de España. De los orígenes a la Baja Edad Media.* Madrid. Revista de Occidente. 2 vols., 1952 (varias ediciones desde esta fecha).

L. G. DE VALDEAVELLANO: *Curso de Historia de las Instituciones españolas. De los orígenes al final de la Edad Media.* Madrid. Revista de Occidente. Varias ediciones desde 1968.

J. A. GARCÍA DE CORTÁZAR: *La época medieval,* en *Historia de España Alfaguara,* vol. II. Madrid, 1973. Visión novedosa del pasado medieval español, que se acompaña de un útil y actualizado apéndice bibliográfico.

J. A. MARAVALL: *El concepto de España en la Edad Media.* Madrid. Instituto de Estudios Políticos, 1964.

J. F. O'CALLAGHAM: *A History of Medieval Spain.* Ithaca and London. Cornell University Press, 1975.

La más importante polémica sobre el pasado español (tomando en buena medida el Medievo como eje) se encuentra recogida en dos obras. La de A. CASTRO: *La realidad histórica de España.* Méjico, Ed. Porrúa, 1954. Y la de C. SÁNCHEZ ALBORNOZ: *España un enigma histórico.* Buenos Aires. Editorial Sudamericana, 1962.

El proceso progresivo de avance de la Cristiandad queda bien plasmado en *La Reconquista Española y la Repoblación del País,* que recoge una serie de ponencias presentadas en un curso celebrado en Jaca en agosto de 1947 y publicadas en Zaragoza, C.S.I.C., 1951.

3. El estudio de las grandes unidades políticas de la España medieval ha sido objeto de trabajos algunos de los cuales constituyen excelentes síntesis-guía:

J. VALDEÓN: *El reino de Castilla en la Edad Media.* Bilbao, Ed. Moretón, 1968.

J. M. LACARRA: *Aragón en el pasado.* Madrid, Espasa-Calpe. Col. Austral, 1972.

J. REGLA: *Introducció a la Historia de la Corona d'Aragó.* Palma de Mallorca. Raixa, 1969.

El mundo catalán ha sido, sin duda, el más tratado a nivel de obras de síntesis, en las que se ha sabido conjugar la seriedad científica con los criterios de una alta divulgación. Cabe recordar, por ejemplo, la *Historia dels Catalans,* dirigida por SOLDEVILA. Barcelona, 1964 y sgts., y la excelente colección *Biografies Catalanes,* cuyos volúmenes I al VIII van dedicados al mundo medieval.

Una buena síntesis para el mundo hispano-musulmán es la de W. M. WATT: *Historia de la España Islámica.* Madrid. Alianza Editorial, 1970. Mucho más ambiciosa es la de P. GUICHARD: *Al-Andalus. Estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente.* Barcelona. Barral Editores, 1976.

BIBLIOGRAFIA
ESPECIFICA POR CAPITULOS

Siguiendo las mismas orientaciones utilizadas para la bibliografía general cara al Medievo, remitimos al lector a algunas obras, a través de las cuales puede ampliar el estudio de los aspectos tocados en cada uno de los capítulos.

PRIMERA PARTE

1 La crisis de la civilización clásica

Obra reciente que toca los distintos aspectos de la cuestión es la de R. REMONDON: *La crisis del Imperio Romano. De Marco Aurelio a Anastasio.* Barcelona. Labor. Col. «Nueva Clio», 1967.

Clásicas y aún sumamente útiles son:

M. ROSTOVTZEFF: *Historia social y económica del Imperio Romano.* Madrid, dos vols. Espasa-Calpe, 1957.

F. LOT: *El fin del mundo Antiguo y los comienzos de la Edad Media.* Méjico, U.T.E.H.A. (Col. «La Evolución de la Humanidad»), 1956.

Interesante estudio sobre la idea de decadencia en el mundo clásico es el de S. MAZZARINO: *El fin del mundo antiguo.* Méjico, U.T.E.H.A., 1961.

Las transformaciones espirituales que van a desembocar en el triunfo del Cristianismo están excelentemente tratadas en M. SIMÓN Y A. BENOIT: *El judaísmo y el Cristianismo antiguo.* Barcelona, Labor. Col. «Nueva Clio», 1972. Idéntica temática y dentro de la línea del materialismo histórico está G. PUENTE OJEA: *El Cristianismo como fenómeno ideológico.* Madrid. Siglo XXI, 1974.

2 Las migraciones germánicas y la constitución de los primeros Estados bárbaros en la Europa occidental

El mencionado libro de F. LOT toca también esta problemática. Hay que añadir otros trabajos como:

L. MUSSET: *Las invasiones. Las oleadas germánicas.* Barcelona. Labor. Col. «Nueva Clio», 1967.

P. RICHÉ: *Les invasions barbares.* París, P.U.F., Col. «Que sais-je?», 1958.

E. MITRE: *Los germanos y las grandes invasiones.* Bilbao. Ed. Moretón, 1968.

G. FOURNIER: *Les merovingiennes.* París. P.U.F., Col. «Que sais-je?», 1966.

E. A. THOMPSON: *Los godos en España.* Madrid. Alianza Editorial, 1969.

J. ORLANDIS: *Historia social y económica de la España visigoda.* Madrid. Confederación Española de Cajas de Ahorros, 1975.

D. WHITELOCK: *The beginnings of English Society (from the Anglo-Saxon Invasion)* en *The Pelican History of England,* 1951.

3 Los destinos del Imperio romano en Oriente

Remitimos al lector a los títulos recogidos en las orientaciones bibliográficas generales.

4 La Iglesia católica como heredera del Imperio en Occidente

Más ceñidas al mundo occidental que la antes mencionada obra de SIMÓN y BENOIT son:

CH. N. COCHRANE: *Cristianismo y cultura clásica.* Méjico. F.C.E., 1939.

O. GIGÓN: *La cultura antigua y el Cristianismo.* Madrid. Gredos, 1970.

J. FONTAINE: *La Litterature latine chretiènne.* París. P.U.F., colección «Que sais-je?», 1970.

H. I. MARROU: *Saint Augustin et la fin de la culture antique.* París de Boccard, 1958 (4.ª ed.).

G. M. COLOMBAS: *El monacato primitivo.* Madrid. B.A.C. 1974.

1 Mahoma y la expansión del Islam

Las obras generales sobre el mundo islámico mencionadas con anterioridad, recogen ampliamente la problemática concerniente a este capítulo. Podemos añadir otros trabajos como:

GODEFROY-DEMOMBYNES: *Mahomet.* París. Albin Michel, colección «L'evolution de l'Humanité», 1969.

T. ANDRAE: *Mahoma.* Madrid. Alianza Editorial, 1966.

W. M. WATT: *Mahoma, profeta y hombre de estado.* Barcelona, Col. «Nueva Labor», 1967.

F. GABRIELLI: *Mahoma y las conquistas del Islam.* Madrid. Guadarrama, 1967.

R. MANTRAN *L'expansion musulmane (VII-XI siècles).* París, P.U.F., col. «Nouvelle Clio», 1969.

2 El repliegue bizantino: Las dinastías heráclida e isáurica

Remitimos al lector a las orientaciones bibliográficas generales referidas al mundo bizantino.

3 El Occidente europeo en torno al 800. Fundamentos políticos

Entre otras obras de carácter general cabe destacar:

H. FICHTENAU: *L'Empire carolingien.* París. Payot, 1958.

G. TESSIER: *Charlemagne,* Col. «Le Memorial des Siècles». París, 1964.

J. BOUSSARD: *La civilización carolingia.* Madrid. Guadarrama, 1968.

J. M. WALLACE-HADRILL:*El Oeste Bárbaro.* Buenos Aires. Eudeba, 1966.

L. HALPHEN: *Charlemagne et l'empire carolingien.* París, Albin Michel. Col. «L'Evolution de l'Humanité», 1968, reedición de un clásico sobre el tema al que se le ha añadido un actualizado apéndice bibliográfico.

La restauración imperial del 800 ha dado pie a numerosas hipótesis y controversias. Para su estudio son de utilidad:

R. FOLZ: *Le courennement imperial de Charlemagne.* París. Gallimard, 1964.

R. E. SULLIVAN (Ed.): *The coronation of Charlemagne.*

Boston. Col. «Problems in European Civilization», 1959. Recoge todo un abanico de opiniones extractadas de obras de especialistas sobre la Europa carolingia.

4 Fundamentos económicos y sociales de la Europa carolingia

El conocido estudio de H. PIRENNE: *Mahomet et Charlemagne,* París-Bruselas, 1937, ha sido motivo de numerosas réplicas. Algunas de ellas se encuentran recogidas en la recopilación llevada a cabo por A. HAVIGHURST: *The Pirenne Thesis.* Boston («Problems in European Civilization»), 1958.

R. DOEHAERD: *Le Haut Moyen Age Occidental, economies et sociétés.* París, P.U.F., col. «Nouvelle Clio», 1971.

M. BLOCH: *Les caracteres originaux de l'histoire rurale française.* París. 2 vols., 1961-64.

De alto interés es también la consulta de algunas de las ponencias de las *Settimane* de Spoleto siguientes: la XIII, dedicada a *Agricoltura e mondo rurale in Occidente nell'alto Medioevo,* 1966; la VIII dedicada a *Moneta e scambi nell'alto Medioevo,* 1961 y la I dedicada a *Problemi della civilità carolingia,* 1954.

5 Iglesia y cultura en la Europa carolingia

Estas cuestiones están bien especificadas en los correspondientes capítulos de las obras generales citadas en el cap. III. Cabe añadir otros estudios más especializados como los de:

P. RICHE: *Education et culture dans l'Occident barbare VI-VIII siècles.* París, Ed. du Seuil, 1962.

L. WALLACH:*Alcuin and Charlemagne. Studies in Carolingian History and Literature.* Ithaca, 1959.

A. KLEINCLAUSZ: *Eginhard.* París, 1942.

E. PATZELT: *Die Karolingische Renaissance,* en Akademische Druck. Graz, 1965. (Reedición de una obra publicada en Viena en 1924.)

6 El nuevo asalto contra la Europa cristiana

La visión más completa sobre las *segundas invasiones* se encuentra recogida en la obra de L. MUSSET: *Las invasiones.*

El segundo asalto contra la Europa cristiana (siglos VII al XI). Barcelona. Labor, Col. «Nueva Clio», 1968.

Las grandes conmociones de la Europa alto-medieval han sido recogidas en uno de los volúmenes de la *Histoire Universelle* de *Le Livre de Poche Larousse;* el escrito por P. RICHE bajo el título de *Grandes invasions et Empires (fin du IV-debut du XI siècle).* París, 1968.

La expansión normanda (la de más interés para el Occidente) se encuentra estudiada en:

F. DURAND: *Les vikings.* P.U.F., Col. «Que sais-je?», 1965.

A. D'HAENENS: *Les Invasions normandes, une catastrophe?* París, Flammarion («Questions d'Histoire»), 1970.

La XVI *Settimana* de Spoleto fue también dedicada al tema, bajo el título *I Normani e la loro espansione in Europa nell' Alto Medioevo,* 1969.

7 La Europa del Año Mil: Los primeros intentos de recuperación

Un clásico cuya lectura resulta aún de suma utilidad es el estudio de H. FOCILLÓN: *El Año Mil.* Madrid. Alianza Editorial, 1966.

J. CALMETTE: *Le Reich Allemand au Moyen Age.* París. Payot, 1951.

J. CALMETTE: *La formation de la France au Moyen Age.* P.U.F., Col. «Que sais-je?», 1955.

R. D'ABADAL: *Els primers comtes catalans,* vol. I de *Biografies catalans.* Barcelona. Ed. Vicens Vives, 1965.

S. SOBREQUES VIDAL: *Els grans comtes de Barcelona,* en ibid, 1961.

C. SÁNCHEZ ALBORNOZ: *Despoblación y repoblación del valle del Duero.* Buenos Aires, 1966.

F. J. PÉREZ DE URBEL: *El condado de Castilla,* 3 vols. Madrid (5.ª ed.), 1969.

8 Movimientos heterodoxos y secesionistas en el mundo islámico

A la bibliografía recomendada con anterioridad, cabe añadir:

H. LAOUST: *Les schismes dans l'Islam.* París. Payot, 1965.

9 El régimen feudovasallático y la sociedad feudal

F. L. GANSHOF: *El feudalismo.* Barcelona. Ariel, 1963. Visión típicamente institucionalista del fenómeno, que va acompañada en sus páginas finales de un apéndice a cargo de L. G. DE VALDEAVELLANO: *Las instituciones feudales en España.*

C. SÁNCHEZ ALBORNOZ: *En torno a los orígenes del feudalismo,* 3 vols. Mendoza, 1942.

M. BLOCH: *La société féodale.* París. Albin Michel, Col. «L'évolution de l'humanité», 1968 (5.ª ed.).

G. FOURQUIN: *Seigneurie et féodalité au Moyen Age.* París, P.U.F., col. Sup., 1970.

R. BOUTRUCHE: *Seigneurie et féodalité,* 2 vols. París. Aubier, 1968. (En curso de publicación su versión al castellano por Ed. Siglo XXI).

La visión aportada por el materialismo histórico sobre el feudalismo se encuentra recogida en la colección de ponencias que bajo el título *El Feudalismo* ha sido vertida al castellano por Ed. Ayuso. Madrid, 1972. Entre ellas se encuentran las de primeras figuras del mundo de la historia como CH. PARAIN, P. VILLAR, R. MANDROU, A. SOBOUL, etc... Sin embargo, sólo una pequeña parte del libro en cuestión trata aspectos estrictamente medievales. En la misma línea: CAHEN, PARAIN y otros: *El modo de producción feudal.* Madrid. Akal, 1976.

TERCERA PARTE

1 Oriente en vísperas de las Cruzadas

A las orientaciones bibliográficas generales recogidas en el apartado correspondiente a la civilización bizantina, puede añadirse:

F. DVORNIK: *Bizancio y el Primado Romano.* Bilbao. Desclée de Brouwer, 1968.

2 La contraofensiva en el Mediterráneo. Las Cruzadas

La bibliografía sobre Cruzadas es abundantísima. Remitimos al lector a los grandes trabajos de síntesis y algunas obras de iniciación.

Entre ellas se puede destacar:

R. GROUSSET: *Las Cruzadas.* Buenos Aires. Eudeba, 1960.

G. MORRISON: *Les croisades.* París, P.U.F., Col. «Que sais-je?», 1973.

M. A. LADERO: *Las Cruzadas.* Bilbao. Ed. Moretón, 1968.

Entre las grandes obras de síntesis cabe destacar:

S. RUNCIMAN: *Historia de las Cruzadas.* 3 vols. Madrid. Revista de Occidente, 1956-8.

R. GROUSSET: *Histoire des croisades et du royaume franc de Jerusalem.* París, Ed. Plon. 1934-1936. 3 vols.

J. PRAWER: *Histoire du Royaume latin de Jerusalem.* París, C.N.R.S., 1969-71. 2 vols.

K. M. SETTON (ed.): *A History of the Crusades.* University of Pennsylvania Press., varios volúmenes, desde 1955.

P. ALPHANDERY-A. DUPRONT: *La chretienté et l'idée de croisade.* París. La Renaissance du Livre. 1954-1959. 2 vols.

3 La pugna de los poderes universales

A los títulos recogidos en la bibliografía general (apartado correspondiente a las ideas políticas) y en la particular del capítulo VII de la 2.ª parte, se pueden sumar:

G. BARRACLOUGH: *La historia desde el momento actual.* Madrid. Revista de Occidente, 1959. Se trata de una recopilación de artículos de este profesor, algunos de los cuales van referidos al Sacro Imperio.

M. PACAUT: *Federico Barbarroja.* Madrid. Espasa-Calpe, Col. Austral, 1971.

HALLER-DONNENBAUER: *De los Carolingios a los Staufen. Epoca antigua de los emperadores alemanes (900-1250),* vol. II de *Historia de Alemania,* Méjico, U.T.E.H.A., 1964.

4 La evolución política de las monarquías feudales

Una obra ya clásica, pero aún imprescindible es la de CH. PETIT-DUTAILLIS: *La monarchie féodale en France et en Angleterre.* París. Albin Michel, Col. «L'évolution de l'humanité», 1971.

M. DE BOUARD: *Guillaume le Conquerant.* París. P.U.F., Col. «Que sais-je?», 1958.

R. PERNOUD: *Leonor de Aquitania.* Madrid. Espasa-Calpe, Col. Austral, 1969. Obra con mucho de evocación literaria.

G. M. TREVELYAN: *A shortened History of England.* Pelican Book, 1967.

D. M. STENTON: *English Society in the Early Middle Ages (1066-1307),* vol. 3 de la «The Pelican History of England», 1965.

M. DEFOURNEAUX: *Les français en Espagne aux XI et XII siècles.* París, P.U.F., 1949.

R. MENÉNDEZ PIDAL: *La España del Cid.* Madrid. Espasa-Calpe, 1969, 2 vols.

R. MENÉNDEZ PIDAL: *El Imperio hispánico y los cinco reinos. Dos épocas en la estructura política de España.* Madrid. Instituto de Estudios Políticos, 1950.

J. GONZÁLEZ: *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII.* Madrid. C. S. I. C., 1960. 3 vols.

BAGUE-CABESTANY-SCHRAMM: *Els primers comtes-reis,* volumen IV de *Biografies catalanes.* Barcelona, 1963.

J. BOSCH VILA: *Historia de Marruecos. Los Almorávides.* Tetuán. Instituto de Estudios Africanos, 1956.

A. HUICI MIRANDA: *Historia política del Imperio Almohade.* Tetuán. Instituto de Estudios Africanos, 1956.

S. TRAMONTANA: *I normanni in Italia. Linee di ricerca sui primi insediamenti. I. Aspetti politici e militari.* Mesina Peloritana Editrice. 1970.

5 La plenitud del siglo XIII en los Estados del Occidente europeo

La mayor parte de los estudios recogidos en la bibliografía útil para el anterior capítulo, son de interés también para éste. Entre otros trabajos más específicos se pueden citar:

L. GENICOT: *Europa en el siglo XIII.* Barcelona. Labor. Col. *Nueva Clio,* 1970.

F. M. POWICKE: *The thirteenth century.* Oxford History of England. 2.ª ed. Oxford 1953.

P. LABAL: *Le siècle de Saint Louis,* París, P.U.F. Col., «Que sais-je?», 1972.

J. GONZÁLEZ: *Repartimiento de Sevilla.* Madrid. C. S. I. C., 1951.

F. SOLDEVILA: *Jaume I. Pere el Gran,* en vol. V de *Biografies Catalanes.* Barcelona 1965.

6 *El triunfo de la teocracia pontificia*

El estudio de este capítulo puede ser elaborado a través de los trabajos mencionados en las orientaciones generales bibliográficas (particularmente la obra de PACAUT: *La Theocratie...)* y en las concernientes al Sacro Imperio. Pueden tenerse también en consideración los siguientes estudios:

La figura de Inocencio III queda analizada de forma antológica en la recopilación *Inocent III. Vicar of Christ or Lord of the World?* Boston (Problems in European Civilization). Ed. J. M. Powell. 1963.

G. FASOLI: *Aspetti della politica italiana di Federico II.* Bolonia, 1964.

La presencia angevina en Italia y sus posteriores consecuencias está bien reflejada en S. RUNCIMAN: *Vísperas sicilianas. Una historia del mundo mediterráneo a finales del siglo XIII.* Madrid. Revista de Occidente, 1961.

A través de la figura del pretendiente castellano, la etapa del Interregno alemán queda estudiada en:

A. BALLESTEROS: *Alfonso X el Sabio.* Murcia-Barcelona. C. S. I. C.-Salvat 1963.

W. F. von SCHOEN: *Alfonso X de Castilla.* Madrid, Rialp, 1966.

7 *Las transformaciones económicas y sociales en la plenitud del Medievo (I): La expansión agraria*

Los títulos recogidos en el apartado de Historia social y económica de la Bibliografía General estudian ampliamente la temática tratada en este capítulo. Habría que añadir:

M. BLOCH: *Seigneurie française et manoir anglais.* En *Cahiers des Annales.* 1967.

Con intenciones de renovación metodológica para los estudios de historia rural de los reinos hispánicos (prácticamente marginados en las grandes síntesis), cabe mencionar: J. A. GARCÍA DE CORTAZAR: *El dominio del monasterio de San Millán de la Cogolla* (siglos X a XIII). *Introducción a la Historia rural de Castilla Altomedieval.* Universidad de Salamanca, 1969.

8 Las transformaciones económicas y sociales en la plenitud del Medievo (II): la «revolución mercantil» y el renacimiento urbano

Para este capítulo valen, en principio, los mismos criterios generales que hemos fijado para el anterior. Para el caso concreto de las ciudades (no reseñado en la Bibliografía General) y su movimiento expansivo, cabe hacer algunas precisiones:

H. PIRENNE: *Las ciudades de la Edad Media.* Un clásico cuya lectura sigue siendo sumamente útil a pesar de las numerosas objeciones que se le han hecho con el transcurso del tiempo. De sus múltiples ediciones, la última en castellano ha corrido a cargo de Alianza Editorial, 1972.

FASOLI Y BOCCHI: *La città medievale italiana.* Firenze. Sansoni, 1973.

L. G. DE VALDEAVELLANO: *Orígenes de la burguesía en la España Medieval.* Espasa-Calpe. Col. Austral. Madrid, 1969.

D. WALEY: *Las ciudades-república italianas.* Madrid. Guadarrama, 1969.

J. L. ROMERO: *La revolución burguesa en el mundo feudal.* Buenos Aires. Ed. Sudamericana, 1967.

CH. PETIT-DUTALILLIS: *Les Communes françaises, caractéres et evolution, des origines au XVII siècle.* París. Albin Michel. Col. *L'Evolution de l'humanité.* 1970.

J. LE GOFF: *Mercaderes y banqueros de la Edad Media.* Buenos Aires. Eudeba, 1962.

9 Espiritualidad y cultura en el Occidente (siglos XI al XIII)

Dada la amplitud del tema, la bibliografía existente es abundantísima:

La problemática de las órdenes religiosas se encuentra bien analizada en las historias generales de la Iglesia de que hemos hecho mención. Se pueden añadir además:

L. J. LEKAI: *Les moines blancs. Histoire de l'Ordre cistercien.* París, Seuil, 1957.

M. H. VICAIRE: *Histoire de Saint Dominique,* 2 vols. París, Le Cerf, 1957.

O. ENGLEBERT: *Saint François d'Asise.* París, 1957.

A la bibliografía general reseñada sobre los movimientos heréticos puede añadirse:

T. MANTEUFFEL: *Naissance d'une hérésie. Les adeptes de la pauvreté volontaire au Moyen Age.* París., Mouton, 1970.

F. NIEL: *Albigeois et Cathares.* París. P.U.F. Col. «Que sais-je?», 1967.

CH. THOUZELLIER: *Catharisme et Valdéisme en Languedoc à la fin du XII et au début du XIII siècle.* París. Beatrice-Nauwelaerts, 1969.

La configuración de las lenguas romances dispone para su estudio de una buena y reciente síntesis en la obra de PH. WOLFF: *Origen de las lenguas occidentales. 100-1.500 d. C.* Madrid. Guadarrama. *Biblioteca del Hombre Actual*, 1971. Para el castellano en concreto: R. MENÉNDEZ PIDAL: *El idioma español en sus primeros tiempos.* Madrid. Espasa-Calpe. Col. Austral, 1968 (7.ª ed.).

La transmisión del pensamiento islámico a la Europa Occidental por la vía de la Península Ibérica queda bien reflejada en C. SÁNCHEZ ALBORNOZ: *El Islam de España y el Occidente.* Madrid Espasa-Calpe. Col. Austral, 1974.

Para la génesis y desarrollo de la Universidad en el Medievo existen distintos estudios. Dos asequibles síntesis son:

R. MONDOLFO: *Universidad: pasado y presente.* Buenos Aires, Eudeba, 1966.

J. VERGER: *Les universités au Moyen âge.* París, P. U. F. Col. Sup. 1973.

10 Los confines de la Cristiandad

El mundo escandinavo medieval cuenta con un excelente estudio de L. MUSSET: *Les peuples scandinaves au Moyen Age:* París. P. U. F., 1951.

Para el mundo eslavo (sobrepasando los ámbitos del estricto medievalismo) es excelente la obra de R. PORTAL: *Les slaves. Peuples et Nations (IX-XX siècles).* A. Colin, Col., «Destins du Monde». 1965. Para cada una de las naciones de este espacio, la Col. «Que sais-je?», ha dedicado algunos números que dan una panorámica de su Historia, sumamente útil:

P. BONNOURE: *Histoire de la Tchecoslovaquie.* París, 1968.

M. DE VOS: *Histoire de la Yougoslavie.* París, 1965.

H. BOGDAN: *Histoire de la Hongrie.* París, 1966.

A. JOBERT: *Histoire de la Pologne.* París, 1965.

P. PASCAL: *Histoire de la Russie. Des Origines a 1917.* París, 1967.

Para el amplio espacio ruso son también asequibles de lectura:

G. DE REYNOLD: *El mundo ruso.* Buenos Aires. EMECE, 1951.

D. CHIZHEVSKI: *Historia del espíritu ruso. La Santa Rusia.* Madrid. Alianza Editorial, 1967.

11 Hacia la ruptura del equilibrio en la Europa occidental

M. BLOCH: *La France sous les derniers Capétiens (1223-1328) en Cahiers des Annales.* París. A. Colin, 1971.

WOOD: *Felipe el Hermoso y Bonifacio VIII.* Méjico U.T.E. H.A. Col. *La Evolución de la Humanidad*, 1968.

A. OLLIVIER: *Les templiers.* París. Seuil, 1974.

L. F. SALZMAN: *Edward I.* Nueva York 1968.

S. DE MOXO: *De la nobleza vieja a la nobleza nueva. La transformación nobiliaria castellana en la Baja Edad Media,* en *Cuadernos de Historia. Anexos de la Revista Hispania.* Madrid, 1969.

M. GAIBROIS DE BALLESTEROS: *María de Molina. Tres veces reina.* Madrid. Espasa-Calpe. Col. Austral, 1967. Al hilo de la vida de esta reina se relatan los acontecimientos de la turbulenta Castilla de fines del XIII y comienzos del XIV.

MARTÍNEZ FERRANDO-SOBREQUÉS-BAGUÉ: *Els descendents de Pere el Gran.* Vol. VI de *Biografies catalanes.* Barcelona, 1961.

J. F. CABESTANY: *Expansió catalana per la Mediterrània.* Barcelona. *Quaderns de Cultura.* Ed. Bruguera, 1967. Exposición breve y ordenada del tema con una útil nota bibliográfica final.

CUARTA PARTE

1 La crisis económica y social de la Baja Edad Media

La depresión que sacude al Occidente europeo desde los inicios del siglo XIV ha sido objeto de múltiples estudios. Muchos de ellos se encuentran plasmados en artículos de revistas especializadas. De forma periódica, sin embargo, se acomete la publicación de algunas útiles obras de síntesis a través de las cuales puede seguirse el estado actual de las distintas cuestiones:

J. HEERS: *Occidente durante los siglos XIV y XV. Aspectos económicos y sociales.* Barcelona. Labor. Col. Nueva Clio, 1968.

M. J. ARAGONESES: *Los movimientos y luchas sociales en la Baja Edad Media.* Madrid, C. S. I. C., 1949.

G. FOURQUIN: *Les soulèvements populaires au Moyen Age.* París. P. U. F. 1972. Col. Sup.

MOLLAT-WOLFF: *Ongles bleus. Jacques et Ciompi. Les revolutions populaires en Europe au XIV et XV siècles.* París, Calman-Levy, 1970.

Para algunos aspectos concretos:

R. B. DOBSON: *The Peasant's Revolt of 1381.* Londres. Macmillan, 1970.

Y. RENOUARD: *Histoire de Florence.* P. U. F. Col. «Que sais-je?, 1967.

E. CARPENTIER: *Une ville devant la Peste. Orvieto et la Peste Noire de 1348.* París, Sevpen, 1962.

Para los reinos hispánicos, disponemos de más abundante bibliografía en lo que concierne a la Corona de Aragón y a la crisis del Principado de Cataluña en concreto:

J. VICENS VIVES: *Historia de los remensas en el siglo XV.* Barcelona, 1945.

E. HAMILTON: *Money, wages and prices in Valencia, Aragón and Navarre.* Cambridge, Mass, 1936.

C. BATTLE GALLART: *La crisis social y económica de Barcelona a mediados del siglo XV.* Barcelona C. S. I. C., 1973, dos vols.

C. CARRERE: *Barcelone, centre économique à l'époque des difficultés 1380-1462.* París-La Haya. Mouton, 1967. 2 vols.

P. VILAR: *El declive catalán de la Baja Edad Media, hipótesis sobre su cronología,* en *Crecimiento y desarrollo.* Barcelona, 1964.

Para la Corona de Castilla, la más reciente obra de síntesis es la de J. VALDEÓN: *Los conflictos sociales de Castilla en los siglos XIV y XV.* Madrid. Siglo XXI, 1975. Recoge al final una abundante y actualizada bibliografía.

2 El comercio en la Baja Edad Media

El libro de J. HEERS mencionado en la bibliografía del capítulo anterior es sumamente útil también para éste. Pueden consultarse además otras obras como:

J. HEERS: *Gênes au XV siècle.* París. Flammarion, 1971.

F. THIRIET: *Histoire de Venise.* París. P.U.F. Col. «Que sais-je?», 1961.

El comercio catalán en la Baja Edad Media ha sido objeto de múltiples trabajos. Basta para ello consultar los apéndices bibliográficos de la *Historia Económica de España* de J. VICENS VIVES y de los volúmenes correspondientes de la *Historia de España y América, social y económica,* dirigida por este mismo autor. Podemos remitirnos también a los títulos recogidos en la bibliografía del capítulo anterior.

La actividad de la marina cántabra queda reflejada en la obra de L. SUÁREZ FERNÁNDEZ: *Navegación y comercio en el Golfo de Vizcaya.* Madrid. C. S. I. C., 1959.

El comercio en el espacio báltico cuenta con una obra de singular importancia; la de PH. DOLLINGER: *La Hanse, XII-XV siècles.* París. Aubier, 1964.

La promoción de nuevas áreas del comercio (en especial con referencia a los descubrimientos portugueses) ha sido y es objeto de un vivo interés. Una excelente puesta al día de todo lo problemático que ello suscita, se encuentra en P. CHAUNU: *La expansión europea (siglos XIII al XV).* Barcelona. Labor. Col. Nueva Clio, 1972.

3 La crisis espiritual de la Baja Edad media y las nuevas corrientes culturales

A las obras de carácter general sobre vida religiosa e intelectual en el Medievo, y a determinados pasajes de los estudios reseñados para el capítulo IX de la tercera parte, hay que añadir:

J. HUIZINGA: *El otoño de la Edad Media,* una obra ya clásica para el estudio de las mentalidades y el tono de vida de los dos últimos siglos del Medievo, particularmente en Francia y Países Bajos. Hay diversas ediciones en castellano, Revista de Occidente, desde 1931.

F. RAPP: *La Iglesia y la vida religiosa en Occidente a fines de la Edad Media.* Barcelona. Labor. Col. Nueva Clio, 1973.

Y. RENOUARD: *La Papauté a Avignon.* París. P. U. F. Col. «Que sais-je?», 1969.

Sobre el movimiento conciliar y el desarrollo de los distintos concilios bajomedievales resultan de utilidad dos breves obras de síntesis:

H. JEDIN: *Breve Historia de los concilios.* Barcelona. Herder, 1960

F. DVORNIK: *Histoire des conciles de Nicée à Vatican II.* París Ed. du Seuil, 1962.

Para el caso específico de Castilla: L. SUÁREZ: *Castilla, el Cisma y la crisis conciliar.* Madrid, C.S.I.C., 1960.

Para los movimientos heterodoxos contamos con una obra general en 2 vols., la de G. LEFF: *Heresy in the Later Middle Ages.* Manchester, 1967.

Para el caso concreto del husismo, han sido vertidas al castellano dos obras del autor checo J. MACEK: *¿Herejía o revolución? El movimiento husita.* Madrid. Ciencia Nueva, 1967 y *La revolución husita.* Madrid. Siglo XXI, 1975.

Para el espíritu laico, G. DE LAGARDE: *La Naissance de l'esprit laïque au déclin du Moyen Age.* 5 vols. 3 ed. París-Louvain, 1956.

4 El Occidente europeo durante la Guerra de los Cien Años

E. PERROY: *La guerra de Cent Ans.* París. Gallimard, 1945.

PH. CONTAMINE: *La guerre de Cent Ans.* París. P. U. F. Col. «Que sais-je?», 1968. También de este mismo autor es una obra de mayor envergadura: *Guerre, état et societé a la fin du Moyen Age.* París, 1972.

El papel de la Península Ibérica en la Guerra de los Cien Años ha sido tratado a través de distintos estudios:

P. E. RUSSELL: *The english intervention in Spain and Portugal in the time of Edward III and Richard II.* Oxford, 1955.

J. VALDEÓN: *Enrique II de Castilla: la guerra civil y la consolidación del régimen (1366-1371).* Universidad de Valladolid, 1966.

L. SUÁREZ FERNÁNDEZ: *Nobleza y Monarquía. Puntos de vista sobre la Historia política castellana del siglo XV.* Universidad de Valladolid. *Estudios y documentos.* 1975 (2.ª ed.).

S. DÍAS ARNAUT: *A crise nacional dos fines do seculo XIV.* Coímbra, 1960.

La segunda etapa de la Guerra de los Cien Años, se ha estudiado, en la línea más clásica, tomando como eje la figura de Juana de Arco, sobre la que existe abundante literatura. La Col. «Que sais-je?» ha publicado dos obras de iniciación. La de J. CALMETTE: *Jeanne d'Arc.* París, 1950, y la más reciente de A. BOSSUAT: *Jeanne d'Arc.* París, 1972.

5 La marcha hacia el autoritarismo monárquico de la Europa occidental

Los fundamentos políticos y bases institucionales de los Estados europeos en la Baja Edad Media quedan magistralmente estudiados por B. GUENEE: *Occidente durante los siglos XIV y XV. Los Estados.* Barcelona. Labor. Col. Nueva Clio, 1973.

P. M. KENDALL: *Louis XI.* París. Fayard, 1971.

J. CALMETTE: *Les grandes ducs de Bourgogne.* París, A. Michel, 1959.

A. R. MYERS: *England in the Late Middle Ages.* Vol. 4 de *The Pelican History of England,* 1966.

La crisis de la Corona de Aragón en la Baja Edad Media, objeto de múltiples estudios, se encuentra perfectamente sintetizada en J. VICENS VIVES: *Els Trastàmares (segle XV).* Volumen VIII de *Biografies catalanes.* Barcelona, 1961. Puede completarse con S. y J. SOBREQUES: *La guerra civil catalana del segle XV.* 2 vols. Barcelona. Ediciones 62, 1973.

Los inicios del Estado moderno en Castilla quedan analizados en T. DE AZCONA: *Isabel la Católica.* Madrid, B.A.C., 1964.

La evolución del reino nazarí de Granada y su conquista por los castellanos cuenta con una buena obra de síntesis, en el libro de M. A. LADERO: *Granada, historia de un país islámico.* Madrid. Gredos, 1969.

6 Alemania e Italia a la búsqueda de la estabilidad política

A las obras citadas en capítulos anteriores (tanto las de carácter estrictamente político como las concernientes a las actividades mercantiles en el Mediterráneo y Báltico) pueden añadirse:

A. TENENTI: *Florencia en la época de los Médicis.* Barcelona. Península, 1974.

Sobre la presencia aragonesa en el sur de Italia: R. TASIS i MARCA: *Pere el Cerimoniós i els seus fills.* Vol. VII de *Biografies catalanes,* 1962, y la mencionada obra de VICENS VIVES: *Les Trastamares.*

El gran intento universalista de Dante está bien expuesto por A. TRUYOL: *Dante y Campanella. Dos visiones de una sociedad mundial.* Madrid. Tecnos, 1968.

7 La Europa oriental y nórdica en la baja Edad Media

A las obras citadas en capítulos anteriores, habría que añadir las mencionadas a propósito de la revolución husita, por cuando este fenómeno condiciona en buena medida la trayectoria política de la Europa oriental. Para el caso concreto del mundo ruso se pueden también tener en consideración:

J. L. I. FENELL: *The Emergence of Moscow (1304-1359)*. Berkeley, 1968.

W. LETTENBAUER: *Moscú la tercera Roma*. Madrid. Taurus, 1963.

8 Los turcos otomanos y el fin del Imperio bizantino

Las grandes obras de síntesis sobre la trayectoria histórica del mundo bizantino, reseñadas en la bibliografía general, dan cumplida cuenta de la decadencia y fin del Imperio. Sobre estas cuestiones en concreto, hay un trabajo que da una excelente visión de los hechos; el de S. RUNCIMAN: *La caída de Constantinopla*. Espasa-Calpe. Col. Austral, 1973.

Para los otomanos, aparte los grandes estudios de conjunto sobre el Islam: F. BABINGER: *Mahomet II le Conquerant et son temps*. París. Payot, 1954.

Sobre los mongoles y el mundo de las estepas en general: R. GROUSSET: *L'Empire des steppes*. París. Payot, 1939.

Aportes bibliográficos de cara a un nuevo milenio

El presente libro, redactado en el curso 1976-1977, aún es recomendado a alumnos que se inician en el estudio del Medievo. Los contenidos de la obra fueron redactados con esa finalidad y por ello, y pese al tiempo transcurrido, los cambios introducidos en sucesivas ediciones han sido mínimos.

En la cuarte edición (julio de 1995) añadimos al apéndice bibliográfico el anexo «Recientes aportes». Hoy exige una reelaboración y actualización en la forma de un útil elenco de títulos aparecidos en el último cuarto de siglo. Los redactados por autores foráneos han sido casi todos vertidos al castellano.

a) Como obras de introducción o auxiliares:

BONNASSIE, P., *Vocabulario básico de Historia medieval*, Barcelona, Crítica, 1983.

FEDOU, R., *Léxico de la Edad Media*, Madrid, Taurus, 1982.
GUERREAU, A., *El futuro de un pasado. La Edad Media en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2002.
LE GOFF, J., *En busca de la Edad Media*, Barcelona, Paidós, 2003.
— y SCHMITT, J. C. (eds.), *Diccionario razonado del Occidente medieval*, Madrid, Akal, 2003.
LYON, H. R., *Diccionario Akal de Historia medieval*, Madrid, Akal, 1998.
MACKAY, A. y DITCBOURN, D. (eds.), *Atlas de Europa medieval*, Madrid, Cátedra, 1997.
MITRE, E., *Textos y documentos de época medieval (análisis y comentario)*, Barcelona, Ariel, 1998.
RUIZ DE LA PEÑA, J. I., *Introducción al estudio de la Edad Media*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1984.
RUIZ GÓMEZ, F., *Introducción a la Historia Medieval*, Madrid, Síntesis, 1998.
VV.AA., *Atlas histórico de España*, vol. I, Madrid, Istmo, 2003.

b) Para el Medievo en general y con especial referencia al Occidente:

ÁLVAREZ PALENZUELA, V. A. (ed.), *Historia Universal de la Edad Media*, Barcelona, Ariel, 2002.
CLARAMUNT, S.; GONZÁLEZ, M.; PORTELA, E. y MITRE, E., *Historia de la Edad Media*, Barcelona, Ariel, 2003.
FOSSIER, R. (ed.), *La Edad Media*, Barcelona, Crítica, 1988, 3 vols.
GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A. y SESMA, A., *Historia de la Edad Media. Una síntesis interpretativa*, Madrid, Alianza Universidad, 1997.
LADERO, M. A., *La Edad Media*, Barcelona, Vicens Vives, 1987.
MITRE, E., *Historia de la Edad Media en Occidente*, Madrid, Cátedra, 1999.
— (coord.), *La Alta y la Plena Edad Media*, en *Manual de Historia Universal*, vol. 3, Historia 16, Madrid, 1994 y *La Baja Edad Media*, vol. 4 de la misma colección, Madrid, 1995.

c) Sobre los mundos bizantino e islámico pueden estudiarse obras como:

CABRERA, E., *Historia de Bizancio*, Barcelona, Ariel, 1998.
DUCELIER, A. (ed.), *Bizancio y el mundo ortodoxo*, Madrid, Mondadori, 1992.

HOURANI, A., *Historia de los pueblos árabes*, Barcelona, Ariel, 1991.

KAPLAN, M.; BERNADETT, M. y ALAIN, D., *El cercano Oriente medieval*, Madrid, Akal, 1994.

MANZANO, E., *Historia de las sociedades musulmanas en la Edad Media*, Madrid, Síntesis, 1992.

SHABAN, M. A., *Historia del Islam*, Madrid, Guadarrama, 1976-1980, 2 vols.

d) Para la España medieval, contamos con obras de muy diversa extensión y naturaleza. Recomendables entre otras:

ÁLVAREZ PALENZUELA, V. A. (coord.), *Historia de España de la Edad Media*, Barcelona, Ariel, 2003.

BARKAI, R., *Cristianos y musulmanes en la España medieval (el enemigo en el espejo)*, Madrid, Rialp, 1984.

DUFOURCQ, C. E. y GAUTIER DALCHÉ, J., *Historia económica y social de la España cristiana en la Edad Media*, Barcelona, El Albir, 1983.

GLICK, T. F., *Cristianos y musulmanes en la España medieval (711-1250)*, Madrid, Alianza Universidad, 1991.

IRADIEL, P.; MORETA, S. y SARASA, E., *Historia medieval de la España cristiana*, Madrid, Cátedra, 1989.

LADERO, M. A., *La formación medieval de España. Territorios. Regiones. Reinos*, Madrid, Alianza Editorial, 2004.

LOMAX, D. W., *La Reconquista*, Barcelona, Crítica, 1984.

MARTÍN, J. L., *La península en la Edad Media*, Barcelona, Teide, 1976.

MITRE, E., *La España medieval. Sociedades. Estados. Culturas* [1979], Madrid, Istmo, 2002.

MOXÓ, S. DE, *Repoblación y sociedad en la España cristiana medieval*, Madrid, Rialp, 1979.

La Historia de España de Ed. Labor (dir. M. Tuñón de Lara), dedicó al Medievo, entre 1980 y 1982: SAYAS, J. J. y GARCÍA MORENO, I. A., *Romanismo y germanismo. El despertar de los pueblos hispánicos*; VALDEÓN, J.; SALRACH, J. M. y ZABALO, J., *Feudalismo y consolidación de los pueblos hispánicos (siglos XI al XV)* y ARIÉ, R., *España musulmana (siglos VIII-XV)*.

La Historia de España de ediciones Istmo ha dedicado al Medievo el vol. X: PORRAS, P., RAMIREZ VAQUERIZO, E. y SABATÉ, F., *La época medieval. Administración y gobierno*, Madrid,

2003 y el vol. VIII: NIETO, J. M. y SANZ, I., *La época medieval. Iglesia y cultura*, Madrid, 2002.

Editorial Síntesis viene promoviendo una Historia de España 3.er Milenio, con títulos como: ISLA, A., *La Alta Edad Media. Siglos VIII-XI*, Madrid, 2002; ÁLVAREZ BORGE, I., *La Plena Edad Media. Siglos XII-XIII*, Madrid, 2003 y MONSALVO, J. M., *La Baja Edad Media en los siglos XIV y XV. Política y cultura*, Madrid, 2000.

e) Las grandes líneas de la vida económica y social pueden seguirse a través de obras como:

CONTAMINE, P. (ed.), *La economía medieval*, Madrid, Akal, 2000.

DUBY, G., *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1976.

DUTOUR, T., *La ciudad medieval. Orígenes y triunfo de la Europa urbana*, Barcelona, Paidós, 2004.

FOSSIER, R., *El trabajo en la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 2000.

HEERS, J., *La ville au Moyen Age*, París, Fayard, 1990.

LÓPEZ, R. S., *La revolución comercial en la Europa medieval*, Barcelona, El Albir, 1981.

POUNDS, I. J. G., *Historia económica de la Europa medieval*, Barcelona, Crítica, 1981.

RÖSENER, W., *Los campesinos en la Edad Media, Barcelona*, Crítica, 1990.

f) Para el feudalismo desde las diversas ópticas: sociales, mentales, etc.:

BARBERO, A. y VIGIL, M., *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Barcelona, Crítica, 1978.

BONNASSIE, P. *et al.*, *Estructuras feudales y feudalismo en el mundo mediterráneo*, Barcelona, Crítica, 1984.

DUBY, G., *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Madrid, Taurus, 1992.

GUERREAU, A., *El feudalismo. Un horizonte teórico*, Barcelona, Crítica, 1984.

KEEN, M., *La caballería*, Barcelona, Ariel, 1983.

POLY, J. P. y BOURNAZEL, E., *El cambio feudal (siglos X al XIII)*, Barcelona, Labor, col. Nueva Clío, 1983.

g) Para la vida religiosa e intelectual y sus desviaciones cabe citar:

CAROZZI, C., *Visiones apocalípticas en la Edad Media. El fin del mundo y la salvación del alma*, Madrid, Siglo Veintiuno, 2000.

LAMBERT, M. D., *La herejía medieval*, Madrid, Taurus, 1986.

LIBERA, A. DE, *Pensar en la Edad Media*, Barcelona, Anthropos, 2000.

MARTÍN, H., *Mentalités mediévales. XI-XV siècles*. París, PUF, Nouvelle Clio, 1996.

MAYEUR, J.; PIETRI, L.; VAUCHEZ, A. y VERNARD, V. (eds.), *Histoire du christianisme*, vols. 3 a 7, París, Desclée, 1983 y ss.

MITRE, E., *La Iglesia en la Edad Media*, Madrid, Síntesis, 2003.

— y GRANDA, C., *Las grandes herejías de la Europa cristiana (380-1520)*, Madrid, Istmo, 1999.

SARANYANA, J. I., *La filosofía medieval*, Pamplona, EUNSA, 2003.

SCHMITT, J. C., *Historia de la superstición*, Barcelona, Crítica, 1992.

VAUCHEZ, A., *La espiritualidad del Occidente medieval*, Madrid, Cátedra, 1985.

h) Las grandes etapas del Medievo y el desarrollo de algunos importantes procesos pueden seguirse en títulos como:

ALLMAND, B., *La guerra de los Cien Años*, Barcelona, Crítica, 1990.

ÁLVAREZ PALENZUELA, V. A., *El cisma de Occidente*, Madrid, Rialp, 1982.

BARTLETT, R., *La formación de Europa. Conquista, civilización y cambio cultural, 950-1350*, Universitat de València-Universidad de Granada, 2004.

BLACK, A., *El pensamiento político en Europa, 1250-1450*, Madrid, Cambridge UP, 1996.

BOIS, G., *La grande depresion médiévale. XIV et XV siècles*, París, PUF, 2000.

CHAUNU, P., *Le temps des Reformes. La crise de la Chretienté. L'eclatement. 1250-1550*, París, Fayard, 1975.

COLLINS, R., *La Europa de la Alta Edad Media (300-1000)*, Madrid, Akal, 2000.

FOSSIER, R., *La infancia de Europa (siglos X al XII)*, Barcelona, Labor, col. Nueva Clío, 1984, 2 vols.

HAY, D., *Europa en los siglos XIV y XV*, Madrid, Aguilar, 1980

ISLA, A., *La Europa de los carolingios*, Madrid, Síntesis, 1993.

MEYER, H. E., *Historia de las Cruzadas*, Madrid, Istmo, 2001.

MISKIMIN, H. A., *La economía de Europa en el alto Renacimiento (1300-1460)*, Madrid, Cátedra, 1980.

PHILLIPS, J. R. S., *La expansión medieval de Europa*, México, FCE, 1994.

SANZ, R., *Las migraciones bárbaras*, Madrid, Síntesis, 1995.

SEIBT, F. y EBERHARD, W. (eds.), *Europa 1400. La crisis de la Baja Edad Media*, Barcelona, Crítica, 1993.

i) La marginalidad y conflictividad social cuentan con una rica bibliografía. Entre otras obras pueden citarse:

BAQUERO, H., *Marginalidade e conflitos sociais em Portugal nos seculos XIV e XV*, Lisboa, Presença, 1985.

GEREMEK, B., *La piedad y la horca. Historia de la miseria y la caridad en Europa*, Madrid, Alianza Universidad, 1989.

GUGLIELMI, N., *Marginalidad en la Edad Media*, Buenos Aires, EUDEBA, 1986.

HILTON, R., *Conflictos sociales y crisis del feudalismo*, Barcelona, Crítica, 1988.

—, *Siervos liberados. Los movimientos medievales campesinos y el levantamiento inglés de 1381*, Barcelona, Crítica, 1978.

MOLLAT, M., *Les pauvres au Moyen Age*, París, Hachette, 1978.

MOORE, R. I., *La formación de una sociedad represora. Poder y disidencia en la Europa occidental. 950-1250*, Barcelona, Crítica, 1989.

PASTOR, R., *Resistencias y luchas campesinas en la época de crecimiento y consolidación de la formación feudal. Castilla y León, siglos X-XIII*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1980.

SARASA, E., *Sociedad y conflictos sociales en Aragón, siglos XIV y XV*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1981.

El Medievo ha sido considerado tradicionalmente como un paréntesis entre dos épocas de esplendor, hasta los últimos tiempos, en los que a través del estudio profundo de sus estructuras materiales y mentales se ha ido precisando su contribución al acervo cultural de nuestra sociedad.

Es esta una obra excepcional de síntesis que incorpora datos fundamentales procedentes de la investigación histórica más reciente.

ISBN 978-84-7090-479-0

www.istmo.es

ISTMO

CREATIVE COMMONS

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible